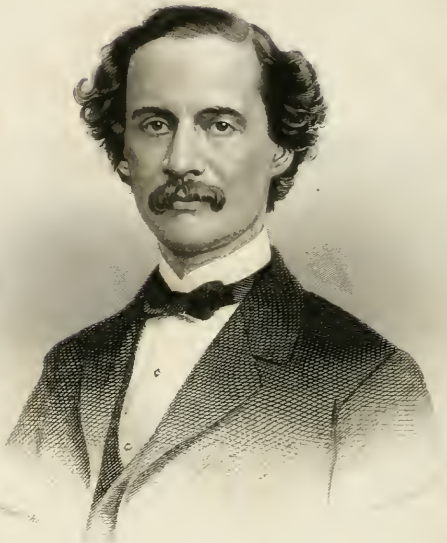
rnia
l

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

COSAS DE LOS ESTADOS UNIDOS.



Simon Samuel

COSAS

DE LOS

ESTADOS UNIDOS,

POR

NAZARENO.

J. DURAND, Editor,
24 y 26½ BROADWAY, NUEVA YORK.

NUEVA YORK:
IMPRENTA DE "EL PORVENIR,"
109 Pearl Street.
1864.

E
166
.O14

T. E. ROJAS.

A. E. LEVEL. F. V. MAYTIN.

Oh! morts que j'aime toujours, comme je pense encore à ce beau temps à jamais passé, quand nous "étions" hommes de lettres.

(F. Soulie.)

1113706

COLECCION

DE

ARTICULOS DE COSTUMBRES.

LA CAPITAL DE LOS ESTADOS UNIDOS.

I.

DE VIAJE.

Cambiar de aires es el remedio supremo de la medicina. Cuando el galeno ha agotado toda la farmacopea y el mal continúa tenaz, un cambio de aires es su prescripcion única: reconociendo la impotencia del saber humano fia la curacion á la *vis medicatrix naturæ* y el enfermo sale de viaje, por el camino de la eternidad tal vez.

No salí yo por él sino por el de Camden y Amboy en solicitud de la fuerza regeneradora del espíritu. Ver otra escena, otro cielo, otras gentes con otras mentiras y otras pesadumbres y otras miserias, era una necesidad del alma el dia 19. Satisfacerla era una necesidad mas apremiante y ¡como á la vez era tan fácil!

> "Desde las tristes márjenes del Húdson,
> Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
> De nieve el suelo y de pesar el alma,"

metíme en un carro del ferrocarril en la ciudad de Jersey y echamos á andar cuando mas arreciaba la tormenta. — ¿Dónde iba y á qué? Cuestiones eran esas demasiado secundarias para quien viaja por cambiar de aires.

El hecho es que el tren rodaba estrepitosamente haciendo el ruido estridente que producen las ruedas sobre los rieles, ruido monótono, punzante, ingrato como el de los dolores morales sobre el corazon, y echando bocanadas de humo es-

peso como la respiracion fatigosa de un monstruo de la fábula. Devoraba el espacio y tras él desaparecian las fajas oscuras de los montes, salpicadas de los puntos blancos á que la velocidad reduce las casas.

—Noventa millas! gritó el conductor. La ciudad de Filadelfia.

La máquina se detuvo. La mitad de los pasajeros salió para ser reemplazada por igual número de caras impasibles, de bocas mudas, de ojos incesantemente fijos en un periódico ó un libro, de seres completamente abstraidos de cuanto les rodea, de individuos incomunicativos, de viajeros americanos, en fin, que no se conocen unos á otros, que no se hablan, que no se miran, y que forman la *sociedad* viandante de nuestros caminos.

El tren siguió su marcha y la misma escena se desplegó en las 100 millas que separan á Filadelfia de Baltimore, escena de mudos y de egoista aislamiento en el interior, de tristeza y desolada desnudez en el campo que íbamos cruzando, envuelto en su mortaja de nieve.

—Veinte minutos para comer, gritó el conductor. Aquella voz y la idea de comer recordaban la existencia. Desde las ocho de la mañana veníamos encerrados en un cajon sin vida, en un ataud.

—En marcha! volvió á decir la voz y cada cual ocupó su asiento y el tren arrancó con nuevo ímpetu para devorar las 40 millas que distaba de Washington. El sol poniente se abria paso por entre las nubes de un cielo mas meridional que el que nos habia angustiado todo el dia. Parecia alegrarse de decirnos adios. La campana de la locomotora anunciando su paso por la calle del suburbio que atravesaba, era un doble de agonía. De repente el doble cesó: el sol se habia hundido detrás de los montecillos que cercaban el horizonte. El tren se detuvo. No se podia pasar porque dos trenes cerraban el camino; habian tropezado y un peon caminero avanzado sobre el lugar de la catástrofe anunciaba con una luz de color que el tren nuestro no debia seguir. Poco tardó en cambiar el color de la luz: á la claridad azulada del farol sucedió una roja que luego fué sustituida por otra blanca. Dos carros deshechos atestiguaban el "accidente" sobre ambas orillas del camino. Los demás carros estaban en un codo esperando que pasase nuestro tren, que era el del espreso. El maquinista duplicó la fuerza de la locomotora para ganar el tiempo perdido y volábamos. En la oscuri-

dad de la noche brillaban las chispas que arrojaba la chimenea de la hornalla y de todas las colinas recibíamos repetido el eco de nuestro paso. El agudísimo silbato de la máquina anunciaba á intérvalos nuestra aproximacion á las poblaciones inmediatas.

—Washington! 40 millas!

—No continúa el tren? pregunté al conductor.

—Por ahora no.

Quedéme por eso en el paradero de Washington. Una trahilla de cocheros dando voces con que anunciaban el nombre de los hoteles, que tambien llevaban escritos en los sombreros, se disputaba á los recien venidos.

—Por aquí, señor, al hotel *Nacional.*

—El mejor hotel es el *Brown.*

—Vengan Vds. al *Willard.*

—Quiere V. un carruaje?

—Tomaré el equipaje de V.

Los perros de una jauría cuando han alcanzado la res, ó la tienen acogotada en el suelo, no son mas pertinaces ni muestran mas ahinco porque no se les escape, que los aurigas èmisarios de los grandes hoteles en los Estados Unidos. Teme uno que lo despedacen para alojar los cuartos consiguientes á la division en los de las posadas cuyas rentas fomentan. En aquella Babilonia lo mejor es someterse á su destino, sobre todo cuando no se tiene uno determinado: dos de aquellos mensajeros se apoderaron de mi cuerpo y héme aquí instalado en un cuarto de pocos piés cúbicos, cuarto celestial si va á juzgarse por la elevacion, pero donde no hay nada que recuerde los goces de la otra vida, sino es la estrechez de una cama que por mas que no sea de "cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos," tiene mucho del tacto de guijarro que tanto magullaba las carnes en la venta de la moza asturiana. Debajo de una colcha que parecia colchon me encontró el rubio Febo cuando asomó la cara por entre la neblina que envolvia á la capital federal.

II.

LA AVENIDA DE PENNSYLVANIA.

La capital del mundo es Francia, la capital de Francia es París. Cuando París se mueve el mundo se mueve. Muchas veces he oido y leido, de boca de franceses, y en libros franco-

ses, ese que ellos creen axioma. La capital de los Estados Unidos es Washington: la capital de Washington es la Avenida de Pennsylvania, ó sea en castellano Pensilvania. Cuando la Avenida se mueve, se mueve Washington, pero no se mueven los Estados Unidos. Y hé ahi la gran diferencia entre la cabeza de la gran monarquia, imperio ó república (segun la época) de Francia y la cabeza del gobierno federal. Los ecos de Washington llegan generalmente tan desvanecidos á las demás ciudades de la Union, que las mas de las veces no se les escucha, y cuando se les escucha, no se les oye.

Lo mas notable en la Avenida de Pensilvania, lo mismo que en todas las calles de Washington, es su anchura descomunal. Un rejimiento podria maniobrar holgadamente en ella y formar cuadro sin embarazar el tránsito. He oido decir á una señora rica y vieja que jamás habia ido sino en coche á visitar á su vecina de la acera de enfrente! En la Avenida de Pensilvania no aparecerán nunca los hombres como una avellana y la tierra como un grano de mostaza, por mucha malicia que en verlos se emplee.

Y en esa anchura todo tiene un carácter especial, una fisonomia enteramente distinta del carácter y fisonomia de las ciudades del Norte. La capa es el traje comun de invierno; la poblacion negra es mayor; forma la avanzada del Sur. allí se empiezan á confundir los tintes y el hombre que no nació blanco, nació hombre siquiera. En el Norte no es hombre: es cualquiera cosa menos hombre. La tirantez del puritanismo cede y se ablanda asimismo en los demas usos sociales y es lícito á un estranjero dirigir la palabra á quien no conoce sin recibir un "no sé" por respuesta de un caballero, ó la mirada altiva y sorprendida de una dama que se ve interrogada.

Pero en Washington hay todavia algo mas especial, mas distintivo. Todos los hombres tienen un aspecto de empleados, una cara de cortesanos, que pudiera llamarse oficial. A la legua se puede traslucir en las facciones al oficinista, al hombre de pluma, al curial en fin, si es lícito dar tal estension á la palabra. El traje, el porte, la espresion, todo revela una ciudad en que la política y los empleados públicos ocupan casi esclusivamente á sus habitantes, y si hay escepciones, ellas forman otra rama de la misma familia—los aspirantes. Cierto anhelo, cierto aire de perro perdiguero (perdone la humana altaneria,) cierta impaciencia no satisfecha, cierto deseo mal servido se pintan en un entrecejo medio fruncido, en los ojos ávidos de mi-

radas, en la boca semi-risueña y semi-contraida, que delatan la lucha interior del presente con el pasado, de la realidad con la esperanza, de la pobreza con el empleo en ciernes.

En la Avenida de Pensilvania se figuraría uno estar dentro de una gran oficina si otros objetos bien diferentes no desvirtuasen esa idea. Del uno al otro estremo se encuentra en la acera *fashionable* al *coronel* H, al *capitan* F, al *gobernador* M, al *general* Q. Todos tienen un título civil ó militar, militar sobre todo, pues si se quisiera formar un ejército mayor que el de los aliados en la Crimea, sobrado seria el cuadro de oficiales que pudiera tomarse en Washington. Ni faltarian cabos y sarjentos con que llenar las clases. Una señora que viajaba por gusto, preguntaba siempre al encontrar una persona:

—Y qué capitan es ese?

Tan habituados estaban ya los oidos á no percibir el nombre de un sujeto sin su correspondiente título por delante. Esta circunstancia contribuye sobremanera á dar á Washington el aspecto oficial con que á primera vista sorprende al estranjero.

Mas en esa misma Avenida se pasean en calmosa y nunca perturbada paz las vacas de leche de todo el vecindario; engordan los cerdos con las sobras de la mesa del rico y los potros no habituados aun á la silla ni al tiro, gozan de su mocedad recorriendo á su albedrio, ó divirtiéndose en alegre retozo por todas las calles donde sus projenitores, los caballos formados, arrastran magníficos carruajes decorados con libreas dignas de la corte de Luis XIV.

Entre el espléndido Capitolio y la Casa Blanca está el mercado enmedio de una plaza mal empedrada y llena de lodo, donde se estiende en confusa amalgama cuanto pudiera hacer la dicha de un gastrónomo: carnes, aves, legumbres, conservas, &c. &c.; pero ni frutas ni flores. Todo ello tendido en mesas portátiles que desaparecen con la última venta, y cubierto por toldos que prestan al mercado toda la apariencia de una feria ó de un campamento árabe. A esta última semejanza le da mas visos de verdad el número considerable de cerdos sueltos que se cruzan por entre las piernas de los transeuntes y la innúmera tribu de perros con que se tropieza á cada instante. Si no hay tantos perros en Washington como en Constantinopla, tampoco hay menos.

Muy característico es tambien el espectáculo que ofrecen las bellas compradoras que concurren al mercado vestidas, de

seda como para un baile y seguidas de una como criada de color que lleva el cesto de las provisiones. Para un ojo esperto aquel par formado por la niña de miradas curiosas y la criada de apariencia mas que comunicativa, atrayente é incitadora, ofrece algo de equívoco y misterioso cuyo enigma no á todos es dado descifrar. Pregúntase el observador, sin saber por qué, si aquella criada va al mercado á comprar ó á vender.

Por lo demás el mercado no tiene absolutamente un esterior agradable; su dudosa limpieza interior está dignamente cubierta por un esterior de cuartel de tropas, á estilo de los de la América del Sur, y ante su frente forman un contraste chillon y *deplacé* las galas de las damas y damiselas que lo frecuentan y el esplendor de los carruajes y libreas que lo orillan.

Los carruajes son comparativamente mas numerosos en Washington que en las ciudades vecinas: al menos así lo imajina el que los ve cruzando incesantemente en la Avenida de Pensilvania, sin recordar que en esta Avenida están todos los de la ciudad. El lujo es tener un gran cochero negro con cabos blancos. ¿Cabos es la palabra? La elegancia requiere un podenco corriendo entre los descomunales normandos que arrastran un vehículo diminuto.

Las hermosas por escelencia, y probablemente las que no tienen carruaje, pasean su juventud y sus gracias en el lado *fashionable* de la Avenida. Por la acera opuesta van los plebeyos. Tanta seda, tanta gasa, tanta gentileza deslumbra. Qué ojos, oh Dios! qué bocas! qué colores! El sueño de las huríes realizado! Pero ¿qué late debajo de aquella blonda de Alenzon? Un enamorado decia por halagar á su adorado tormento (que era un tormento americano): "Mira, Elisa: te hizo Dios tan bella que no creyó necesario darte corazon."

Mi amabilísima *cicerona* me tiró del brazo fuertemente, convidándome á ir al Congreso.

—Al Capitolio, Patricio! Y el coche salió de escapada en direccion opuesta á la Casa Blanca.

III.

LAS CAMARAS.

La primer idea que se le ocurre á un viajero que entra en el Capitolio es preguntar por los gansos que lo salvarian en otra irrupcion á lo Breno.

—Contamos mas con Mucio Scévola que con los gansos, me observó mi compañera.

Pasó la alusion histórica desapercibida, porque la concurrencia nos empujaba hácia dentro. Iba á hablar Mr. Douglas, el campeon infatigable que por conseguir popularidad sufriria los trabajos de Hércules. Mr. Douglas, que es orador, escritor, lejislador, jefe de partido, *politician* por dentro y por fuera, sin haber estudiado nunca las artes oratorias, las leyes, ni las trápalas de los partidos; gladiador novel que lucha contra todos y por su propia cuenta, porque tiene la confianza de su fuerza, la inspiracion de su conciencia, el presentimiento del porvenir. Podrá caer, mas si no estuviere herido de muerte, se levantará mas terrible, con el puño alzado y amenazante, sin imajinarse siquiera que puede ser impotente.

A ese hombre, á ese orador sin escuela, sin ley, sin freno iban á oir las jóvenes capitolinas con el mismo entusiasmo con que las romanas acudian al circo y las damas de la edad media al palenque cuando en la arena del torneo anunciaban los heraldos á un campeon sin lema ni divisa, que se habia inscrito en el libro de las justas bajo el modesto rubro de *El Desdichado.*

Un silencio profundo reina en la Cámara y dan una alta idea del consejo de los ancianos la compostura y el decoro que en su continente se observan. Son la salvaguardia nacional, los curules modernos en quienes estriba el porvenir. Mr. Douglas tenia la palabra, discutiendo con el calor que le es propio los argumentos de un su competidor sobre la cuestion de Kansas.

Nada nuevo en sus observaciones; en Kansas no hay cuestion de discursos sino de hechos. Los discursos sobre Kansas producen el mismo efecto que una regadera de jardin sobre un incendio. Por eso no conmueven, no escitan, no convencen. Se ve en ellos al orador mas que al asunto; tanto mejor para Mr. Douglas si nadador intrépido logra hacerse ver en medio de las ondas embravecidas. Pero *quid inde?* El *Herald* decia al dia siguiente que Mr. Douglas habia pronunciado un discurso de palabreria y el *Herald* tenia razon, aunque no fuese culpa de Mr. Douglas no poder mostrar su habilidad en un cuadro terminado.

Sin embargo se le oia y se le oia con no interrumpida atencion como se oye á Brignolli, el tenor de la ópera, no ya porque canta bien, sino porque canta Brignolli. A la salida nos deciamos todos que habiamos oido á Douglas. Nadie se acor-

dó de haber oido su discurso, ni habia motivo. Señoras me mostraron que tomaron asiento en la galeria á las diez de la mañana, dos horas antes de abrirse la sesion.

La Cámara de Representantes es distinta por esencia de la del Senado. La sesion versaba sobre asuntos sin interés, y así no debia buscarse este sino en la escena que representaban sus miembros. Supóngase una reunion de doscientos y tantos hombres ocupando los radios de un círculo en cuyo centro está el *Speaker* (presidente). Delante de cada hombre hay una mesa y sobre cada mesa recado de escribir. Cada hombre escribe cartas para su familia, para sus amigos, para sus amantes. Concluida la carta todos lo saben, porque un golpe seco dado con ella sobre la mesa lo anuncia á una nube de muchachos que andan arriba y abajo, cruzándose en todas direcciones para servir á los representantes. El constante golpear sobre la mesa aturde. Aturde la voz fuertemente acentuada y varonil del presidente Mr. Banks, que habla como redobla un tambor. Marea el ir y venir de tantos chicos que se mueven como las abejas en una colmena. Es increible el ruido que de todos los bancos honorables sale para interrumpir al que habla.

—*Speaker! Speaker!* dicen cinco, ocho, diez voces á un tiempo.

—Pido la palabra!

—Llamo al órden!

—Me opongo á la medida!

—Un muchacho aquí para llevar esta carta.

—Los hechos no son esos.

Jesus, Jesus, y qué confusion, y qué manga de viento, y qué remolino! Solo guardan silencio los que no pueden usar del órgano oral por tenerlo ocupado con alguna manzana cuyas cortezas ruedan por el suelo ó alternan en la escupidera con la rumiada *mascadura*. Los que comen están callados mientras comen y hablan despues para que otros coman.

El alma se contrista ante la imájen de la democracia, ante la democracia y el sistema representativo en accion; las repúblicas platonianas se desvanecen viendo aquella marea por entre la V que forman cruzados sobre una mesa-escritorio los dos piés de un representante de la nacion. Discursos de "Buncomb" profusamente prodigados á un auditorio desatento y tumultuoso, interrupciones frecuentes, ¿fué eso lo que soñó Platon como el *summum* de la perfeccion lejislativa?

El que desee una descripcion del Capitolio consulte la Guia de Forasteros. Por mi parte no me quedó vagar para hacer apuntaciones. Patricio, mi cochero, se habia marchado á llevar quizas á otra persona, aprovechando nuestra estancia en las Cámaras y fué preciso buscarlo y perder tiempo. Mi *cicerona* me propuso tomar un ómnibus y se lo agradezco, porque si no, me faltaría una observacion curiosa. En el interior del carruaje comun se lee en letras doradas un anatema que dice: "En este carruaje no se admite á los borrachos." No me atreví á preguntar á mi amiga si era tan corriente uso emborracharse en la ciudad federal que fuese necesario escribir aquel precepto. Callé por cortedad, prefiriendo mas bien tirar á otro rumbo.

—Qué es un discurso "Buncomb?" le pregunté.

—Ah! No lo sabria V. si no se lo esplicase. Observábasele á un representante que su discurso no era atendido y se le aconsejaba que callase. "No por cierto, contestó él; yo no estoy hablando para que me oigan los representantes, sino para que me lean mis constituyentes de Buncomb."

—Oh! gracias! Es muy curiosa la esplicacion.

—Y esta noche que se hará V.? Quiere V. ir al teatro conmigo?

—Señorita, me honraria tanto! Pero...

—Pero qué?

—Hoy es juéves de Pasion.

—Pero sin embargo el teatro está abierto.

—No para mí.

Ella calló satisfecha, pero no convencida. Despues ví la gente que iba efectivamente al teatro.

IV.

¿QUE HACEN LOS HONORABLES EN WASHINGTON?

Una ilusion menos en el hotel para persuadirme mas de que no es el camino del cielo: cuando fuí á la mesa encontré solo hombres que comian de prisa y todo en un plato.

—Y aquí no viven señoras? pregunté á mi vecino.

—Sí, pero comen en mesa separada. Si V., número *singular*, quiere comer con ellas, pida permiso al dueño del hotel y le paga un *extra*.

—Conque el posadero exhibe á las señoras por paga?

—Todo es negocio: y ¿por qué no habria V. de pagar por un rato de *flirtation* (coqueteo)?

La conversacion iba á profundizarse y abrí el periódico de la tarde para evitarla. El *Star* trae esta "Interesante Reminiscencia," escrita por un *valet de chambre*. Paciencia si es muy larga.

"Comida del cuerpo (colejiado) el sábado en la noche. Presente un gran número de los miembros de la Lejislatura. Cantidad escesiva de champaña: á todos les gusta. Bríndis personales á la nacion entera de los Estados Unidos. "Al señor Presidente" bebian todos los que podian mantener el equilibrio del cuerpo sobre los piés. Encuentros navales de ideas que navegaban por el salon sin brújula ni gobernalle y tenian escaramuzas parciales en escuadrillas separadas. Fragmentos interesantes de *speeches* agradablemente variados con misteriosas desapariciones debajo de la mesa. Ordenes para llamar á los miembros muy temprano á fin de alcanzar el vapor. Banquete concluido á eso de las dos de la madrugada. Todos los sombreros y sobretodos cambiados, sin duda por haber tomado champaña. Cambio de escena á las siete de la mañana. Llamados varios caballeros manifestaron soñolientos un vivo deseo de saber en qué estado se encontraban. Pensaban allá en sus adentros que estaban en uno malísimo. Una puerta cerrada cuidadosamente se encontró abierta. Una corbata muy bien doblada sobre la mesa y un enorme par de botas asomadas por el estremo inferior de las sábanas. Tirando las botas resulta que tienen dueño. El dueño esclama "Sr. Presidente" y pide informes sobre un punto de órden. Pensó que el honorable miembro estaba fuera de órden, pero que sus miras respecto á las "mejoras internas" eran muy racionales. El honorable se imajina que es secretario de la cámara y empieza á pasar lista. Pasando lista pasa del medio á la orilla de la cama y allí como no tiene quien le interrumpa, ocupa la tribuna por media hora larga. Constitúyese luego en comision de uno y se retira á consultar. Suena la campana del almuerzo y vuelve á su cuarto con dos "rabos de gallo" para abrir la sesion, asegurando á uno, que habia visto al pasar por frente á un espejo á cierto sujeto muy parecido á él que tenia cara de...de... borracho, y que mejor era tomar el vapor inmediatamente. El hombre que se vió en el espejo brinda por su propia salud y se marcha en busca del vapor. Cambio de decoraciones."

Leer en la mesa parecerá pecado mortal en otras partes, donde no se acostumbre, pero entre nosotros no lo es, y menos aun si la lectura es un artículo del diario semi-oficial del gabinete

—Gusta V. de sopa amostazada ? me preguntó el criado. Acepté pensando que el pícaro habia estado leyendo á mis espaldas la "Interesante Reminiscencia." En los postres la conversacion con mi vecino habia llegado á la atenta familiaridad que da el champaña á gentes que no representan. Eramos bastante amigos para confiarnos un secreto. Le alargué el *Star*.

—Lo he leido, me dijo. ¿Y no ha leido V. el *Herald* que acaba de llegar?

—No.

—Pues añade que "desde el Capitolio hasta la Casa Blanca se juega, y fuerte, en ambas aceras de la Avenida de Pensilvania."

—Y V. lo cree?

—Yo, señor... Mire V., mire V. aquella señora con pantalones.

—Sí; es una blumerista. Pero ¿y lo del *Herald?*

—Mire V.; ese traje reune á las estrecheces incómodas del pantalon las incómodas holguras de las enaguas.

Al dia siguiente el *Star* publicó tres noticias muy interesantes. Primera: Relacion de la funcion de teatro el jueves santo: representacion de la comedia *The Extremes*. Segunda: Un consejo á los vecinos de Washington para que siembren hortaliza en sus patios: "el frente de cada casa producirá *abono* bastante para sesenta piés cuadrados de sembradura." Tercera: El tren espreso sale para Nueva York á las cuatro de la tarde.

Aprovechando tan feliz coyuntura vuélvome á mis lares. Qué me valieron los aires? Hay enfermedades que no se curan.

NAZARENO.

WASHINGTON, marzo 21 de 1856.

LAS BALLENAS DE LA CRINOLINA.

ARTICULO MEDIO PLAGIADO Y MEDIO TRADUCIDO DEL INGLES.

Introduccion.

Lector, permíteme que te presente á doña Gertrúdis Esponjosa, mi mas íntima amiga.

I.

La estuve esperando en la sala tanto tiempo que temí me saliesen canas antes que llegara á presentarse. El carruaje estaba en la puerta y el cochero se paseaba arriba y abajo, dándose golpes en los brazos para calentarse las manos. Me miré al espejo, me arreglé el pelo y el cuello de la camisa, revolví su aparador de música para divertirme y estudié minuciosamente todos los cuadros de la sala para ocuparme. Hice parar á *Medoro* sobre sus patas traseras una, dos, tres, tantas veces que el pobre lanudo principiaba á convencerse de que aquella era su posicion natural. Traté de tocar la cancion del *Amor en vela* con la mano derecha y el piano se resistió á que profanase la música. Abandoné las dulces melodías por los dulces pensamientos: las botas me apretaban horriblemente. Por olvidarlas me volví á arreglar el pelo y el cuello de la camisa, visto lo cual *Medoro* es escapó apresuradamente. Sudando de angustia por fin siento el crujido de la seda en el pasadizo y el ruido de los tacones en el suelo, abrirse una puerta, una risita musical, de garganta, un trinado en sí bemol y... héla aquí abotonándose todavia un guante, á Tula, la divina Tula. Con seráfica sonrisa y voz de allá muy arriba, del cielo—

—Le he hecho esperar mucho tiempo, mi buen Arturo, me dijo. ¿Se ha fastidiado mucho?

—No existe esa palabra en el diccionario de la lengua de mi Tula, contesté como Napoleon el Grande en el asunto del *Simoom*. Nombre mas oportuno! Habia estado estudiando la respuesta media hora. Así son todas las agudezas y los *calembours*.

Y al contestarle mis ojos se fijaron en el traje de Tula. "Cuarenta siglos os contemplan" habria podido decirme Tula si cuarenta siglos hubieran vivido sus diez y seis primaveras, como era cierto que me comtemplaba de lo alto de una pirámide. La arenga del *Petit Caporal* tenia base. ¡Y qué base! Las pi-

rámides de Egipto no tienen absolutamente nada que aventaje á Tula: su cabeza el vértice, su ruedo el pié. Abrí dos veces los ojos para abarcar la circunferencia. El problema de la cuadratura del círculo está resuelto. Y ¿ cabrá por la puerta de la calle ? Cupo ; pero ¿ cabrá por la portezuela del coche ?

—No cree V., Tulita, que será mejor que me siente al lado del cochero ?

—¿ Cómo, querido Arturo ? y con esta noche ! Levante V. los piés, así, sobre el asiento de enfrente. Ahora yo no me siento.

Encantadora Tula! pensé yo. ¡Cómo te sacrificas por tu amante!

Tula como una ninfa del Hipódromo en su carricoche romano hizo el viaje entero de pié y con gran denuedo hasta llegar á la casa del baile.

II.

La casa estaba llena. ¡ Cómo se alegraría una *prima donna* de ver así el teatro el dia de su beneficio cuando la entrada es á duro por cabeza ! Remontando por entre una corriente de seres humanos navegué á barlovento con el remolque de mi Tula. Cerraba los ojos por no ver destrozada aquella obra maestra de madame Ciseaux, pero aunque abollada y aplastada, la elasticidad hubo de sacarla incólume. De vez en cuando alguno al pasar descuidado se llevaba la orla del vestido dejándome ver aquellos piececitos (Tula no es americana), aquellos piececitos de ánjel, y entonces su rostro se sonrojaba como si la oleada fuese á abrir mitad por mitad aquel casco de fragata Pero la oleada pasaba y la pirámide era pirámide.

—Bailaremos un vals, amor mio ?

—Oh ! no : yo jamás valso.

Malditas ballenas ! pensé yo. Pero tratamos de *pasear* un rigodon con mucho cuidado, mucho. La figura queda completa con dos pasos, mas el torpe de su *vis-á-vis* dió uno en falso y para conservarse en equilibrio asentó el otro pié cuando Tula hacia la *reverence*, y traje y ballenas quedaron bajo la planta del titan que con Tula prisionera hacia la figura de san Miguel etc. Cumplimientos, escusas y retirada al aposento. Declaróse majistralmente que no habia remedio para el descosido y fué preciso mandar por el coche. En lugar de tener una *soirée* espléndida Tula y yo volvimos á casa, ella sentada ya y yo á su lado : le tomé la linda mano cubierta con cabritilla Jouvin, color de perla, y traté de dar consuelo á su aflijido corazon. Llegamos á su casa como á las once. Qué horror!

III.

Dentro de pocos dias nos casaremos Tula y yo. Vivan las ballenas! El anillo de boda (quisiera que tuviese otra forma: me recuerda las ballenas) ahi está sobre la mesa, y á juzgar por el carro de ballenas que iba el otro dia para su casa (le pregunté si tenia fábrica de paraguas) sospecho que están hechos los trajes *a la pyramide d' Egipte.*

Bautista me ha dicho que cuando Tula le pide agua corre primero en busca de una tijereta de estira y encoje para servirla á distancia respetable.

Sé tambien que Tula no va á misa hace tres meses porque el asiento de la iglesia es tan estrecho! y que no se ha confesado en la cuaresma porque no hubo modo de "atracar" al confesionario. Cuando su mamá la ayudaba, la ballena cedia, pero no bien la dejaba sola, cuando la ballena se ensanchaba como el rabo de un pavo, haciendo salir su contenido del cajon del reclinatorio. Vivan las ballenas!

IV.

Y siéntome en mi butaca á pensar cómo son esas cosas y si son así, cómo pueden ser buenas. Y acabo por persuadirme de que las cosas son como son.

El dia de la boda. "Ahora es ella, hijo mio, me dije en un mudo soliloquio. Por esta no se pasa sino una vez en la vida, aunque muchos la hacen hasta tres y cuatro; pero eso es raro. Chico abre la ventana y mira si hay algo raro en el cielo, en la tierra, en la acera opuesta, en el techo del vecino. Nada! Pues la naturaleza me traiciona, pérfida! Hoy ha de haber algo; no queda duda!"

Palabras proféticas! Debiamos casarnos en la iglesia, *en grande tenue*, á las diez. Llega la hora y con ella los coches, los amigos &c. &c. Llegamos á la puerta de la iglesia, bajamos, vamos á la puerta de la sacristía. Estrecha! La novia no podia entrar. El ruedo muy ancho, la puerta muy angosta. Me dió una ira que la sangre me reventaba por los ojos.

—Meterla á empujones! grité desesperado, confuso y brutal.

—Caballero! dijo Tula, tales espresiones y en tal sitio?

Volvimos á tomar los coches, lo mismo hicieron los amigos y derecho á la casa de la novia. Y allí Arturo de Santistéban, caballero de no sé cuántas órdenes, sin cruz, recibió un pasa-

porte en toda regla para tomar soleta hácia donde mas le conviniese. Tengo la alforja al hombro, *mademoiselle*, pero V. se queda... con sus ballenas.

Hurrá por las ballenas!
Que son de moda
Y nos sacan de penas
En una boda.
Pues rompiendo cadenas
Dan libertad:
Hurrá por las ballenas!
Hurrá! Hurrá!

NUEVA YORK, abril de 1856.

EL AÑO BISIESTO.

COSTUMBRES DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Se ha de mudar de bisiesto
El año cincuenta y seis;
Las mujeres harán de hombre
Y los hombres de mujer.

ALMANAQUE PROFETICO.

Otra vez el año bisiesto! Vuelve la antigua costumbre de conceder á las damas el privilejio de "hacer la declaratoria." Los solterones verdi-negros é inveterados andan como el cazador de vedado, orillando á toda muchacha bonita que encuentran en la calle, no sea que les espete una declaratoria, y bendiciendo de todo corazon á la modista que inventó los armadores de ballena, porque hacen guardar la distancia é impiden que se les agarre *vi et armis*. Dulcísimas, modestísimas criaturas por quienes en vano suspiraron rendidos amadores, sacan fuerzas de flaqueza y entre una y otra indirectilla picaro na que nadie calificaria de no señoril, lanzan el flechazo con una puntería á lo Guillermo Tell y tiemblan los tiranos del bello sexo al sentirse heridos. Vaya V. á decir *no* á una docena y media de años con un par de ojos mas grandes que la mano! Puf! Seria torpeza imperdonable!

Las estratégicas mamás dan gracias al cielo de todo corazon porque nos manda un año bisiesto cada cuatro años. Las

mamás no saben jota de lo que se llama calendario gregoriano. Pero tambien sienten en lo mas profundo del corazon que el año bisiesto no pase revista cada 365 dias y echan el ojo á la cosecha de caballeros implumes y tímidos y se apresuran á presentar sus pimpollos en sociedad para que " gocen del sol mientras dura. "

Los mismos papás regañones se frotan las manos con júbilo por el privilegio del año bisiesto, que puede acrecer en gran manera su balance en caja, bien pesado por supuesto lo que *vale* una hija y calculado el ciento por ciento que se gana con tener un yerno. Bienaventurado año bisiesto! Propicio año de 366 dias!

Al inventor de tan oportuna costumbre ha debido erigírsele doble estatua por medio de una contribucion universal de las enaguas. Y si fué inventora (pues cabe mucha duda en si tiene nuestro sexo sagacidad bastante para tan espléndido *coup de main*) debiera consagrársele una fiesta floral como la de los antiguos á Ceres.

Siempre me ha parecido una crueldad para con nuestro sexo feo obligar al hombre á que " pique los puntos " de la gran cuestion. De Enrique IV se cuenta que cuando asaltó á Cahors tenia tal sobresalto, como que era su primer hazaña, que dejó el hacha enclavada en la maciza puerta. Pero con sobresalto y todo el rey era valiente, y haciendo un esfuerzo volvió á tomar el hacha y gritando " Cahors " á los suyos, dió á la puerta golpes redoblados hasta rendirla. Mas de un cuitado se ha estremecido al hacer su declaratoria en regla. Cuánto temblor de piernas, cuánto castañeteo de dientes, y palpitaciones de corazon, y tumulto de voces, y aire en la garganta, y cuánto no saber qué hacer atacan al mas valeroso y decidido cuando tiene que " picar puntos " á una *miss* anjelical que *tal vez* (obsérvese que va subrayado!) *tal vez* no tiene ménos temor que él mismo. Solamente gritándose uno á sí propio: " Ea, muchacho, aúpa! arriba! " como el gran héroe gritaba " Cahors " solo cerrando los ojos como el toro que embiste á un espada, solo así puede darse el salto á riesgo de la vida. Benditos sean por eso mas que todas las humanas grandezas, benditos sean los *pic-nics* (paseos de campo), los soliloquios á la luz, de la luna y especialmente los paseos en trineo cuando el termómetro se ha olvidado de los hombres, y la capa de pieles y las mantas de pieles y la dulce intimidad y estrechez

de un *tete-á-tete* hacen que la declaratoria reviente como el corcho de una botella de champaña mal asegurado.

Y sin embargo ¡caprichos del corazon! puede comerse jamon fiambre y ternera fiambre y aun pudin fiambre; mas para hacer la declaratoria se necesita comida mas caliente. Nadie la espeta á sangre fria ni con propósito deliberado. Verdad es que la cosa es una monstruosidad. Por eso las mujeres, que tienen dos veces mas tacto que nosotros, están llamadas á sacarnos del apuro, y lo harán este año bisiesto, si ya no lo hubieren hecho en el ordinario ó comun. Si yo fuese soltero, cómo se me haria agua la boca viéndome sentado en rueda de muchachas bonitas que estarian todas deshechas por "picarme puntos!" Ha llegado el buen tiempo para los solteros.

Vamos, niñas: fuera gazmoñerías, por el que azotó á Cristo! El matrimonio es el mejor estado para nosotros los tontos, lo mismo que para vosotras las agudísimas, y hareis un verdadero servicio á la humanidad echando el guante á todo verbo soltero y sometiéndolo á la *leve* coyunda del matrimonio. *Go ah ead!* Un deslenguado dijo no sé cuándo, que el matrimonio es como una de esas ratoneras de alambre cuya ancha entrada en forma de cono deja ver un pedazo de queso frito que convida á entrar con su olor, color y sabor; pero cuando se trata, comido el queso, de salir de la ratonera, los puntiagudos alambres del cuello estrechísimo dicen con dolorosas punzadas lo que Elvira en *Macías el Enamorado*: "Es tarde! Imposible!"—Señoritas, señoritas, este es un libelo infamatorio contra el matrimonio, que no es trampa de ratones como no sois vosotras queso frito.

El hombre que no sabe que el matrimonio le conviene, está mas que loco de atar y tanto mejor para él cuanto mas pronto le pongan la paletilla en su lugar. Teneis, muchachas, un deber imprescriptible de civilizar á la gente brusca. Bien se lo sabia Franklin cuando dijo que el hombre y la mujer (qué posposicion tan poco galante!) no son sino dos medias tijeras que de nada sirven estando separadas. Los niños nunca saben lo que les conviene y los hombres no son mas que niños grandes.

Vaya pues! Corazon de palo y orejas de mercader:

Aprovechar el año bisiesto y hacer con los hombres una sarracina como la de la patrona en dia de pascuas con las gallinas del corral. El destino del ganso es ser comido, y el del

hombre ser casado. Pues con ellos! de frente! bayoneta calada, al trote! marchen! Pin-pan! Pin-pan.

Traducido re-sueltamente del ingles por

NAZARENO.

LA INAUGURACION DE UN PRESIDENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS.

I.

MI QUERIDO.—Por fin llegué. Demos juntos gracias al cielo, tú porque tienes todavía un amigo, yo porque me siento en mi propia carne despues de haber pasado por todo lo que precede á este valle de Josafat. A mi salida te ofrecí escribir mis Impresiones de Viaje, pues no se necesita ser Dumas para ser Alejandro, sentir impresiones, viajar y escribir lo que se siente. Ahi va.

Apenas nos separamos en el embarcadero de Jersey City anteayer mañana, cuando en el *ferry* me encontré á la señora W... ¡Dichoso encuentro que me salvó de un suicidio á la inglesa! La señora, tan amable como siempre, tan cortesana y franca, era la mejor compañera de viaje que mi buena estrella me habria podido deparar. Iba sola: las americanas viajan solas para honra de la civilizacion de su pais. En todas partes no encuentran sino proteccion. La mujer es la hurí del profeta, que si inspira amor, impone un respeto religioso.

Te confesaré mi flaqueza? Apenas vi á la señora W.. cuando empecé á pensar en la pequeña cesta de provisiones que tu buena hermana me regaló al salir. Habiala puesto bajo mi butaca en el *ferry* y la sentia como una serpiente enroscada en mis pies que me daba mordeduras implacablemente. ¿No se reiria la señora de mí, de un turista que presenció la caida de Santa Anna, la toma de Sebastopol, la coronacion del Czar, el bautismo del príncipe de Argelia, y que de Nueva York á Washington llevaba una carga de comestibles como en los desiertos de las Pampas? No habria podido tolerar la pregunta, acompañada de una sonrisa, que veia salir por mo-

mentos de la boca de Mrs. W... sobre el contenido de la cesta. Cuando salimos del *ferry* para tomar los carros dejé *olvidada* aquella serpiente. Para ruborizarme mas un imprudente me llamó la atencion sobre el olvido. No sé cómo no le maté con mi cuchillo de monte que llevaba sobre el maletin. No estrañes esto del cuchillo. Tengo entendido que aquí todos usan *revolver* en los bolsillos y me pareció mas espedito y mas leal llevar mi arma defensiva á la vista de todos.

En el paradero del ferrocarril encontramos á Mr. C... y á Mr. Van... que iban para Washington, comisionados por los demócratas de Nueva York para "inquirir de Mr. Buchanan si pensaba dejar en su destino á los actuales empleados." La franqueza de la embajada me petó completamente. Debo añadir que el administrador de una oficina de primera importancia formaba parte de la comision.

Cuando arrancó el tren conté 22 carros, fuera de las máquinas y del de los equipajes. Donde quiera que parásemos, éramos bastantes para fundar una colonia. Instintivamente pensé en los paises de la América del Sur, y en una breve pero ardiente oracion mental pedí al cielo que el ferrocarril estendiese sus rieles hasta el Cabo de Hornos.

Por desgracia no llegaban sino hasta Filadelfia y allí nos embarcamos en otro *ferry* que nos llevó á traves del Delaware hasta la ciudad capital de Pensilvania. No es novedad que hubiese mas pasajeros de los que humanamente cabian en los coches que debian conducirnos al ferrocarril de Baltimore. Entramos en ellos velis nolis y nos acomodamos, ó nos acomodó la presion, como higos de Esmirna ó arenques en barril. Llegamos al paradero. El tren de Baltimore habia partido algunos minutos antes! ¿Qué hacer? ¿Por qué esta detencion involuntaria, que no estaba en el programa?

La señora W. . tuvo la bondad de esplicárnosla.

Es que las compañías de ferrocarriles tienen acciones en los hoteles y la demora de un tren equivale al progreso de un hotel. Los 1500 pasajeros que habiamos salido de Nueva York haciendo estacion en Filadelfia dejariamos 3 ó 4,000 duros, calculando prudentemente, y un yankee es una máquina demasiado exacta en sus cálculos para dejar de aprovechar tan buena coyuntura solo por no finjir un desacuerdo de tiempo. La tempestad del sábado era ademas una esplicacion muy honrada de la tardanza. La estraordinaria acumulacion de pasajeros contribuia por su parte á disculpar la salida prematura de un

tren. Sin embargo la compañia, bien persuadida de sus deberes para con el público, nos dijo el empleado del paradero, tenia un tren estraordinario que debia salir dentro de cinco minutos.

Cinco minutos! Para ir al hotel mas inmediato se necesitaban diez: no habiamos comido desde las siete de la mañana: el hambre nos afligia. Mi cesta! Mi cesta! Pero quedarnos en Filadelfia equivalia á no ver sino parte de la inauguracion. Salgamos en el tren estraordinario. Corrimos hácia él. Estaba lleno! Ni un asiento vacio! Pero perder parte de la inauguracion! En un breve consejo de guerrra resolvimos seguir viajando. Nos metimos en el carro. Un caballero dió su asiento á la señora W... Nosotros continuamos en pié, como muchos otros. Las sacudidas del carro nos mecian á manera de un campo de espigas movidas por el viento. Ya era un martirio casi la posicion, porque teniamos que balancear el movimiento de los carros con los resortes de nuestras rodillas. La noche iba cerrando, y la luz de las lámparas, interceptada por un muro animado, aumentaba la oscuridad con las sombras movedizas que se dibujaban en las paredes. Y el hambre? Ah! Mi cesta!

De repente una sacudida tan violenta como la de un terremoto hizo banbolear á cuantos íbamos de pié. No caimos por falta de espacio. Saltaron los carros como un potro no acostumbrado á la silla. El ruido del vapor, que se escapaba con estruendo, ensordecia los oidos como la trompeta del juicio final. Los ojos perdieron la vista y latió el corazon como en el momento de las grandes catástrofes. Aquel era nuestro último instante.

Cesó el ruido, cesó el movimiento del tren: no se oia sino el latido de los corazones.—Una voz entró por la puerta del carro: "*Un accidente.*" Las carnes se estremecieron. La imaginacion se figuraba ya montones de ruinas, cadáveres sepultados, una escena de horror demasiado frecuente por desgracia en los caminos de los Estados Unidos. Todos salimos de los carros á ver el estrago.

Fortuna fué que no hubiese desgracias. Solo la máquina yacía rota sobre el suelo, como el toro rendido en una gran lucha, jadeando todavia y lanzando vapor por sus narices espumosas.

—El maquinista? Los fogoneros? preguntó el conductor.

—Somos salvos! contestaron muchas voces.

Una respiracion fuerte, como si hubiese estado retenida largo tiempo, acompañó la respuesta. Esas pobres víctimas del progreso desmesurado del *go-ahead* habian escapado una vez mas en el juego peligroso á que esponen sin cesar la vida. Los pasajeros todos debian estar salvos cuando los empleados estaban vivos.

Una procesion de hombres y mujeres cual la que acompaña á un entierro, fué con lámparas hácia la cabeza del tren para averiguar la causa del accidente. En ambos lados del camino habia pilas de leña acomodada como las faginas de una fortificacion de campaña. La tempestad del dia 2 habia hecho perder el equilibrio á la muralla sin trabas, y ella se habia ido derribando pausadamente hasta ocupar los rieles. La máquina se estrelló contra aquel obstáculo, no previsto ni observado. En la lucha por vencerlo sacudió con violencia su rabo de carros como una serpiente herida en la cabeza, y al fin cayó rendida.

Toda esa poesía que ahora esparce la pluma estaba entónces representada por una realidad mas que prosáica. En medio de una verdadera sabana sembrada de pinos flacuchos y deshojados por las ráfagas del Norte, sin mas amparo que los carros y á distancia de 17 millas de Havre de Grace, primera poblacion, si tal puede llamarse, donde pudiesen prestarnos ausilio, allí estábamos 1,500 ó 1,600 personas en medio de la noche oscura, frias y llenas de hambre, hambre que no podia caber ya en un estómago acostumbrado á las *friandises* del Palais Royal y del Saint Nicholas, y que se iba estrechando á proporcion que se vaciaba por la simple operacion de ese laboratorio químico que conducimos á todas partes.

Los americanos llevaron *como siempre* la catástrofe en paciencia. Contra el hambre hallaron remedio en la *mascadura:* un rio de tabaco triturado y humedecido corria por los carros. Contra el fastidio se parapetaron en sus propios pensamientos. Los pensamientos de un americano lo absorben siempre por la concentracion que requieren todos los cálculos numéricos.

Contra el frio se inventó un espediente sencillo, aunque curioso. Ignoro quién fué el Colon de aquel nuevo mundo á quien ocurrió la idea de parar un huevo de punta trayendo de la pila de leña un trozo que encendió con fósforos en mitad del *piacer* mas limpio de la sabana. A Colon siguió un Americo Vespuci, y otro y otro, cada cual con su contribucion de leña, y se formó una hoguera tan alta que al fin costaba trabajo aumen-

tar el número de maderos puestos á saco de los fondos de la compañía del ferrocarril. En torno de la hoguera nos agrupamos á usanza salvaje viendo la proyeccion indefinida de nuestras sombras en el raso de la pampa. Un frances propuso bailar á estilo de caribe en torno de la hoguera y á un sur-americano se le ocurrió asar camarones. Pero dónde encontrarlos? La señora W... empezó á quejarse de hambre; aprovechando la llaneza de la situacion le confesé mi flaqueza de la canasta, que tanto habria podido contribuir á aliviar la del estómago. Reímonos del asunto. La novedad del espectáculo sacó á los americanos de su sequedad insociable y todos los pasajeros gozaban en la privacion de goces, cuando empezó una finísima lluvia de nieve á hacernos recojer al cuartel general de los carros.

Uno preguntó cuándo saldríamos de aquella trampa.

—Al amanecer, cuando venga el tren de Filadelfia, contestó otro.

—Y ese tren no tropezará con nosotros?

Una alarma general siguió á la pregunta. Morir aplastados despues de haber salido tan bien librados!

El conductor esplicó para calmar los ánimos que habia despachado dos hombres en opuestas direcciones, á fin de avisar á los dos trenes la posicion topográfica en que estábamos los náufragos y evitar así ellos un escollo y nosotros un cogotazo mas fuerte de lo que quisiéramos.

Por fin llegaron los trenes esperados, aproximándose con la cautela que era del caso, y no sé por medio de qué combinacion injeniosa trasbordando sus respectivos pasajeros empezaron á desandar el camino que traian. El sueño nos habia rendido: dormímos casi todos, aunque de pie, como el llanero de Venezuela duerme al galope de su caballo. La voz de—Washington! nos despertó. Habiamos llegado á la ciudad capital despues de 24 horas de viaje, ó de permanencia en el camino, como mas te guste.

II.

Despertóme á mí una mano insegura que me rozaba el cuello. Temí que me *agarrotasen* y volví súbitamente el rostro. El Sr. ***, ministro plenipotenciario de la república de..., queria que dejase mi única posicion de descanso. Morfeo huyó ante el que yo calumniaba de *agarrotador* y que en realidad es

agarrotado. ¿No lo son, y en garrote vil, las mas de las repúblicas de Sur América?

Abrí los ojos y ví á mi amigo plenipotenciario cuando aun no tenia todavia la plenipotencia de mis sentidos.

—Usted viene á la inauguracion?

—Y usted?

—Cómo no habria de estar representando mi pais en tan gran suceso? Y ¿á dónde va V. á llegar?

—No lo sé. A un hotel.

—Hotel! Cree V. que hay tal cosa para los que llegan hoy! Mire V. el gentio.

Efectivamente, el desembarcadero del ferrocarril de Washington era, poco mas, un hormiguero, ó mejor una colmena, donde zumbaban y se movian innumerables abejas y un buen número de zánganos. El valle de Josafat en miniatura! Todas las lenguas de la torre de Babel por completo, todas las fisonomías, todas las clases, todos los trajes, desde el parisiense hasta el chino, desde el administrador de aduana hasta el portero. En medio de aquella batahola corrian desatentados los padres buscando á sus hijas, estas á aquellos, maridos sin esposas, esposas que no sabian de sus maridos (el caso no es raro,) niños que clamaban por sus familias... Babel, pero Babel con frio, con nieve y con lodo. Babel con hambre. Mi cesta!

—Y usted dónde ha llegado?

—Yo, contestó el ministro, me uní con mis colegas de las demas repúblicas hispano-americanas y hemos formado alianza en un *boarding-house.*

—Así la formáran sus gobiernos! Pero y ¿cabria uno mas en su casa de huéspedes?

—Lo dudo.

Un americano habria contestado: —Probemos.

Abandoné al ministro y en pocos minutos recorrí los hoteles. Washington es la Avenida de Pensilvania, y lo que no hay en ella no debe buscarse fuera, desde el Presidente abajo. Dejé de buscar hotel y me entregaba á la buena ventura, esperando que la casualidad me deparase alojamiento, cuando en la puerta del Nacional, donde el gentío era mayor, sonó la voz de "¡El Presidente!" Una diputacion iba á buscar á S. E para la procesion inaugural.

No hay quien no conozca á Mr. Buchanan: todo el mundo ha visto á Mr. Buchanan: el retrato de Mr. Buchanan ha estado en las esquinas de todos los pueblos de la Union durante

muchos meses. Pero Mr. Buchanan una hora antes de ser Presidente no era Mr. Buchanan, sino el leon del dia. Todos queriamos verlo: las señoras de pié sobre las sillas para gozar de la última vista del hombre, los hombres empinados sobre las puntas de los piés, los muchachos en las ventanas, en los árboles, en los faroles, todos ansiaban verlo á *él.*

El se presentó al fin y el tumulto le abrió paso. Mr. Buchanan me pareció mas alto de lo que solia estar, y aunque muy conservado, algo viejo: 65 navidades son un algo. Para disimular la pequeña inclinacion ó desplomo de su cuello tiene una lozanía de montañes, y un aire de sinceridad y pureza campesina que no es de esperar en un diplomático tan hábil. Su traje, un tanto cuáquero, y su sombrero de anchas alas contribuyen mucho á la llaneza ciudadana del Presidente.

Leerás en los periódicos descripciones pomposas, floridas, estraordinarias de la inauguracion. La *Union* la compara con la coronacion del Czar! El amor propio de los hombres es estupendo, y los pueblos son colecciones mas ó menos grandes de hombres. Cree esas descripciones si te parece. Lo que yo ví, tenia de todo, menos de grande y sorprendente.

Habrás leido en los diarios de hoy que habia un carro en que iba la Libertad. La *lady* que personificaba *el paso* era de un color tan sospechoso, que léjos de simbolizar á la diosa de la Libertad, en un estado mas hácia el Sur correria peligro de perder la suya. Como el movimiento del carro era proporcional á las desigualdades del empedrado de la Avenida, que nada por cierto tiene de democrático, la *lady* para atender á su seguridad personal iba asida del asta de bandera con la fuerza de un ahogado, y te digo que á estar en cualquiera de esas repúblicas que brillan como fósforos en el continente meridional, se habria podido decir que llevaban á la Libertad atada á un poste para azotarla.

Al pié de aquella asustada señora iba una niña que si no tenia personificacion teológica que representar podia pasar por la imájen del Espanto. Tanto era el que tenia de rodar del carro al suelo! La chica seria como de diez años, é ignoro lo que hacia en el carro. Como la Libertad no es casada, á lo que entiendo, no me atrevo á suponer que la niña fuera hija suya.

Como otros te hablarán de la grandeza del acto, para completar tus ideas te remito estas mis Impresiones de la fiesta. Pesábame tanto mas de tener que observar tales faltas de

gusto cuanto que en aquel momento me ocurrian ideas consoladoras para la humanidad y el progreso. Veia á un hombre que subia al mando por el querer de todos sin pensar en conspiraciones futuras, en usurpacion de poder ni en ninguna de las calamidades que aquejan al que gobierna en otras partes. Pensaba... Pero no intento darte un curso de política constitucional.

La apariencia general de Washington es concebible. La concurrencia superabundante que atestaba las calles no daba grandes muestras de su quietud natural. Los *bar-rooms*, repletos de todo género de personas podian esplicar en parte una animacion en que entraba por mucho el entusiasmo. Justicia es tambien no olvidar aquí á los empleomaniacos, de los cuales no habia pocos millares de millares. El público americano, siguiendo sus costumbres tradicionales, se complacia en disparar tiros como hacen los sur-americanos en sus fiestas de iglesia, y habia concierto ó desconcierto de cohetes, fusilazos, pistoletazos y triquitraques. *Algunas* muestras de intemperancia por las calles probaban que por Washington no se conoce la ley de Maine, y ademas que los efectos son hijos de las causas aquí y en Flándes. Permíteme disfrazar así las riñas y cachetes, que no faltaron. Las delicias del *bar-room* se veian por las calles con harta frecuencia.

Apénas instalado Mr. Buchanan en su empleo, cuando puede decirse que no le habia encontrado la comodidad al asiento que le dejara Mr. Pierce, le fué anunciada una comision de los demócratas de Nueva York con Cisco, Van Buren y el administrador de la aduana á la cabeza. Su mision era preguntar al Presidente (creo que te lo he dicho) si pensaba conservar los empleados ó mudar camisa limpia. S. E. contestó que estaba por la "rotacion," es decir, que queria la alternabilidad. Van Buren hizo presente que se contentaria en su calidad de jefe de los demócratas con que Cisco, el administrador de la aduana de Nueva York, y no sé cuál otro empleado de alta categoría conservasen sus destinos. Buchanan se reservó el derecho de pensarlo. De esto se habla en Washington con franqueza como de un uso recibido, como quien trata de un propósito justificado. Confieso que tanta claridad me dejó satisfecho. ¡Cuánto mejor es eso que las intrigas de antecámara, los embrollos, las trampas, empeños y caminos torcidos de otras partes! Un hombre pide un empleo como quien lo merece.

No puedo darte cuenta del baile de la Inauguracion: me

quedé con la entrada en el bolsillo . . . . por falta de ropa. Mi baul no habia llegado y cuando pienso que llegué yo, me importa poco lo demas. En un diario he leido que el baile fué un completo chasco para los empresarios, que perdieron 3,000 pesos en la especulacion. Calcularon vender 10,000 *tickets* á $2 y solo vendieron 4,000. Las demas diversiones que te he referido llamaban mas la atencion del pueblo en aquellos momentos.

Volviendo á mi pobre humanidad y como muestra de la vida de Washington durante la Inauguracion, te diré que á fuerza de dinero logré una cama en un hotel muy de segundo órden. Pagué por ella $10, ó algo mas de dos libras esterlinas. Por supuesto no tenia ni colchon de plumas, ni colgaduras de damasco: mas bien se parecia á la de la venta en que mantearon á Sancho. Pero despues de tantas aventuras y desventuras que habia tenido en mi viaje, me pareció una cama de nubes como la de los dioses del Olimpo. La dificultad consistia en que se hallaba tabla en medio con el *bar-room*, donde se fumaba mas tabaco que el de la cosecha entera de Virginia, se bebia mas brandy que agua tiene la fuente Helicona y se hablaba, se disputaba y se juraba que era un contento. Otro ítem era que mi cama no estaba sola. Cuatro mas habia en el cuarto y lo ocupaban de tal modo que podia decirse formaban un piso intermedio entre el suelo y el entresuelo.

Empezaba á rendirme el cansancio. Los tiros de la calle me parecian entre sueños las descargas de una accion naval. La misma confusion de voces del vecindario formaba un ruido unísono como el de un torrente, y la imaginacion principiaba á crear las sombras del sueño cuando sentí pasos en la puerta, que esta se abria y que entraban tres hombres. Mi mano se dirigió instintivamente al cuchillo del maletin. La idea del Dr. Burdell me ocurrió sin quererlo. Pero fingí que dormia.

—Ola! dijo uno. Aquí hay mas camas que esta mañana.

—Sí, respondió otro: el dueño del hotel me lo dijo. Es un viajero de Nueva York.

—De Nueva York! Pues digo ¿ y estaremos seguros con él aquí? Esa gente de Nueva York... me entiendes?

En mis sueños me gozaba con la fama bien ó mal adquirida que me hacia pasar de temeroso á temido, dándome por añadidura una nacionalidad prestada.

—Oye, dijo el que primero habló; ten cuidado. Yo soy de sueño lijero y no se moverá sin que lo sienta. Ahora está muy dormido.

—Déjalo dormir y vamos á otra cosa. ¿Qué te ha dicho el general?

—El general ha hecho lo que todos: ántes de empuñar el látigo mucho entusiasmo, mucho afan, muchas promesas: despues que agarran el empleo, lo mismo que los demas: son esencialmente conservadores. Ya podemos pensar en otra cosa. Ese pelucon encarnado no consentirá en empresas como la nuestra. "La Inglaterra se quejaria, y debemos conservar nuestras buenas relaciones con la gran nacion." Eso me dijo.

—Y quien lo oyera en el Senado!

—Sí, hijo mio; pero otra cosa es obrar.

—Y el empleo? Tú crees que lo dará?

—Ni por esas.....

Cuando volví á Nueva York tuve un viaje felicísimo sin mas accidente que el ocurrido á Mr. Butterworth, superintendente de la casa de Moneda. Al quitar de un asiento en los carros un sobretodo que lo cubria, se oyó una detonacion. Un *revolver* que el dueño del sobretodo llevaba en uno de sus bolsillos, se disparó al tocarlo, y la bala le atravesó la pierna al empleado en rentas. Algunas ha de gastar Mr. Butterworth en memoria de la costumbre general de su pais, tan grande como raro, tan adelantado como...—Te quiere mucho

NAZARENO.

UN MATRIMONIO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Gastando su dinero locamente
En divertir la gente.
AROLAS.

Descuella sobre mi escritorio en medio de los diarios de la mañana, los apuntes de la lavandera, el álbum de *miss* Fanny, las poesías de Heredia y las cuentas del sastre, una targeta muy sencilla, pero muy elegante, en que se me participa que "Mrs. David Van Praag estará en su casa el juéves 16 del corriente desde la una hasta las tres de la tarde." No tiene *address*, es decir, no esplica dónde vive Mrs. Van Praag. Pero ¿quién no sabe dónde *ella* vive? Trazas de muy poco elegante

tendria quien no lo supiera. Mrs. Van Praag pertenece á la aristocracia de Nueva York, al mejor círculo de la Quinta Avenida. Todo el mundo sabe dónde vive Mrs. Van Praag, como sabe dónde vive Eugenia, dónde vive Isabel II y dónde vive la esposa de Nicolas. La direccion de la casa es inútil: no es de buen tono.

Junto á la targeta de tan alta señora se hallan dos unidas con una sola cinta, como dos bueyes á una misma coyunda, si los poetas me perdonan el símil prosáico y vaquero. La cinta es blanca y el lazo ostenta los primores de una mano ejercitada en el arte de los encajes y las sedas. Las targetas uncidas quieren significar la union de dos novios. La de la Sra. Van Praag prueba que soy yo uno de los escogidos para presenciar tan feliz acontecimiento.

—Bautista, Bautista, corre y llama al peluquero. Ve al almacen de Jouvin por guantes *gris-de-perle*. Prepárame el frac. Acepilla el sombrero y sacude el polvo á las botas. Oye, Bautista... Al cochero que mande un coche *de gala*: ¿entiendes?

A la una y tres cuartos iba yo de camino para el coche, vestido, perfumado, rizado, enguantado y brillante como un onza de oro de Carlos III, salida de las manos de un joyero para regalo de bautizo.

—¿A dónde vamos, señor, si V. gusta? preguntó el cochero.

—A la casa de Mrs. Van Praag.

—¿Al matrimonio, señor?

—Sí, al matrimonio.

Patricio se dió por satisfecho con la esplicacion y yo con la perspicacia de Patricio, quien enderezó sus caballos hácia la Quinta Avenida. Pasada la casa de Townsend, el fabricante de la célebre zarzaparrilla, y la de Mr. Smith, el revendedor de clavos de la calle de Water, y la de Madame Denneville, la ex-modista, y la de muchos otros nobles por el estilo, llegámos á casa de Mrs. Van Praag. La ingénita penetracion de Patricio no habia menester de aguzarse demasiado para descubrirla. Cosa de trescientos carruajes de plaza podian bien guiar su rumbo al número 301, á donde iba arrastrada mi acicalada humanidad. Lo difícil era penetrar; pero penetramos, Patricio con sus caballos y yo hasta el verdadero vestíbulo del santuario en que reverencia á sus abuelos la última descendiente de los Van Praag que vinieron á América con el capitan Hudson.

Un negro, no de la familia (en Nueva York hay negros asociados en compañías anónimas para servir en este género de

festividades) dióme acceso por la angosta puerta de estilo en todos los palacios de la Quinta Avenida, y una música alquilona saludó mis oidos con las melodias de una polka-mazurca. Mi sombrero Genin, reciente importacion de Paris, desapareció con mi caña de las Indias, regalo de un teniente que fué á la espedicion anglo-americana del Japon, ambas cosas entre las manos de un sabeo de los de las compañías anónimas.

Pobre de mí, neófito no iniciado en los usos y costumbres de la sociedad de *haut ton*, habríame quedado inamovible en la puerta de los salones de la señora Van Praag si un caballero de corbata blanca no se me hubiese espontaneado para introducirme en la sala de recibo. Permítaseme aquí una digresion arquitectónica.

Las casas de Nueva York son todas, ó casi todas, de 25 piés de frente por 100 de fondo, medida tradicional que constituye un *lot*. En esas ocho varas y pico han de caber un zaguan y un salon, que tienen este seis varas y aquel cinco piés de frente sobre la calle. La estension interior, el fondo entero va dividido todo él entre zaguan y salon en las proporciones indicadas, formando dos localidades muy semejantes á las de las cajas de cigarros de 250 MILLAR COMUN. En el paralelógramo del salon hay sofás, sillas, *étageres*, piano, mesas y toda la multitud de muebles inútiles que amontona el lujo adinerado.

Y en el mismo paralelógramo, reducido por los adornos, habia toda la generacion semoviente de los 300 vehículos que cerraban el paso en la calle apiñada como sardinas en conserva ó higos de Esmirna. La crinolina dejaba exhalar suspiros sordos y ahogados por la presion de diez atmósferas en que se la tenia aplastada. En una testera del salon estaban en pié los novios, ya casados. Junto á Arturo los padrinos introduciendo las visitas de felicitacion, junto á Guillermina las madrinas *calculando* sobre la felicidad de haber encontrado marido. Un matrimonio de la Quinta Avenida tiene de ordinario la gala de seis padrinos y seis madrinas. El salon, ó para que no se enoje conmigo la Sra. Van Praag, los salones estaban herméticamente cerrados é iluminados *á giorno* á fin de que resplandeciese mas el brillo de las prendas naturales y ficticias de las bellas. Hacia calor bastante para poner en movimiento los pistones de la gigantesca locomotora del *Adriatic*.

Mi amable introductor de embajadores, que hacia de padrino en la fiesta, me presentó á la hasta entónces señorita Van Praag, hoy simplemente Mrs. Mac Gregor; y despues de la

frase obligada:—"Doy á Vds. la enhorabuena," y de la cortesia forzada entre aquel agrupamiento de sedas y pretendidos, tocados y abuchados y crinolinas y farfaláes, escurríme solo, como quien se escapa de un baño de vapor, á correr fortuna por mi cuenta en los salones.

Deparóme la suerte una mas que cumplida en la señora de Gutiérrez, hispano-americana de aquellas á quienes la carrera mercantil de sus esposos ó los desdenes de la contraria suerte han confinado á vivir bajo el cielo que da nostalgia. La tabla que ansioso agarra á dos manos el náufrago en la agonía, solo puede ser mas preciosa que lo fué para mí la aparicion consoladora de una amiga.

Tras los cumplidos de cajon y un diálogo indispensable sobre el tiempo, diálogo enteramente americano, recayó naturalmente la conversacion sobre el acontecimiento del dia.

—Qué hermosa está la novia! No le parece á V? dijo la señora de Gutiérrez.

—Muy hermosa, señora, mejorando lo presente, como dice el proverbio

—Empalagoso! Pero ¿ha observado V. qué vestido tiene? Oh! qué rico! Fué encargado á Paris con todo el *trousseau* de Guillermina. Me alegraria de que V. viese el *trousseau.*

—Cómo, señora, yo en esos misterios?...

—Qué misterios ni qué calabazas, Nazareno! Como que no conoce V. á las americanas! El *trousseau* de Guillermina ha estado en posicion en la tienda de la modista.

—Lo dice V. de veras?

—Cómo? Pues no sabe V. lo que pasa en Nueva York. Yo lo he examinado todo. Los trajes han costado mil pesos cada uno. Tiene un chal de la India, lejítimo, que importó 1500; medias de...

—Señora, señora!

—Vaya V. á pasear, Nazareno! Si estará V. como las americanas, que no nombran las medias, pero sí las enseñan á mas y mejor en los dias de lluvia y de nieve.

—No, señora, no; pero la exhibicion en la tienda de madame Rouliere...

—Tu-tu-tu! Y mas que eso, Nazareno: desde las manteletas hasta los zapatos. Y ¿no ha visto V. los regalos? Ya V. sabe que todos los amigos y amigas de la casa tienen que hacer un regalo á la novia, no en proporcion á los medios del que regala, sino á la categoria de la familia á quien se regala.

Guillermina, por ejemplo, tiene un soberbio servicio de oro para el té, un juego completo de diamantes, un traje de punto de Alenson, un juego de China encargado espresamente con su cifra, media docena de pañuelos que han costado de 100 á 250 pesos cada uno...

—Y ¿hay quién se case en esta tierra, señora?

-Ahí verá V. Por eso hay tantos jóvenes que prefieren el fastidio del club y los placeres del billar ó el *bar-room* á los goces de la sociedad. Los matrimonios que se verifican á gusto de los padres son matrimonios de conveniencia, verdaderos contratos en que se reunen, no dos corazones, sino dos fortunas ó una fortuna ganada en el comercio de revendedores, con un título que casi siempre viene de contrabando á Nueva York.

—Señora, está V. en todos los misterios.

—¿Pues de qué me valdrian, si no, los veinte años que hace estoy suspirando por mi Perú, por mi dulce Perú? Quiere V. saber mas?

—Señora, V. conoce que soy naturalmente curioso.

—Pues oiga: un matrimonio en Nueva York es un negocio como cualquier otro. Vale el tanto por ciento: se pesa el lujo que puede sufragar el novio, el *set* ó círculo á que pertenece la novia, las eventualidades de adquirir fortuna. Ve V. aquella *miss*, la del collar azul? Esa pregunta siempre *cuánto vale* el jóven que le es presentado, porque en su juego de novios es preciso que todos *valgan.*

– Permítame V. añadir que eso será lo de Fray Gerundio.

—Qué es eso de Fray Gerundio?

—Carmencita la coqueta
Jugaba con cada amante
Como niño con volante,
Como viento con veleta.
Seis traia en derredor,
A amante por cada dia,
Y el domingo reunia
Todo su estado mayor.

—Cabal. No se puede pintar con mas ecsactitud el amor de una anglo-americana rica.

—Pero Fray Gerundio escribió para España.

—Eso querrá decir que la cosa es universal. Aquí es una epidemia. ¿No le parece á V. que la libertad absoluta, sin límites, que tienen las niñas, contribuye mucho á este resultado?

—Sí; pero hay escepciones honrosas, matrimonios por amor, sin duda alguna.

—Por supuesto que sí, los matrimonios de *run-away*. Cuando tienen su nombre, conocidos han de ser.

—Comprendo.

—Se quiere casar una muchacha con aquel á quien ama de veras: papá se opone, porque el papá tiene un socio, un amigo rico, un medio millonario cualquiera que *le conviene*. Como no puede meter á la niña en un convento á estilo del siglo XVIII, la llama una mañana ántes de irse al almacen y en la mesa entre uno y otro sorbo de té, sin mas consejos, ni mas rodeos, ni mas artes de las que inspira el cariño, le dice: "Julia, quiero que te cases con Fulano: si persistes en querer á Mengano, te desheredo." Solemne argumento de que Julia se rie cuando ama, casándose un dia al salir de paseo por Broadway.

—Habla V. en serio?

—Tu, tu, tu! Nazareno, V. no sabe lo que es un matrimonio de *run-away*?

—Y cree V. tambien que se hagan los matrimonios por anuncio?

—Cuando se gasta el dinero en los anuncios algun provecho debe resultar.

—La observacion es lógica. He oido contar de muchos matrimonios hechos por medio del *Herald*, aunque no entre la aristocracia. Es un método muy estimable por lo espedito. Las demas naciones del mundo están muy atrasadas bajo este respecto. Y si el matrimonio es solo una locura, ¿no cree V. que "el mal camino andarlo pronto?"

—Locura! El loco es V. ¿Y los divorcios?

—Los divorcios... los divorcios... casi no son necesarios señora. Pero ¿qué va á buscar tanta jente á ese cuarto inmediato?

—A refrescar. Quiere V. acompañarme?

—Con mucho gusto. Hace tanto calor en estos salones!

En una pieza ocupada casi esclusivamente por una mesa espléndida, lucian las producciones mas preciadas de todos los paises.

Al lado de la piña cubana y de la naranja tropical presentaba la fresa de los invernaderos su color de rosa y su gusto esquisito; las pasas de Málaga, las aceitunas de Estremadura, las uvas de Italia, los vinos del Rin ..... los sueños de las *Mil y Una Noches*. ¿Qué no puede realizar el dinero? Sobre la mesa habia en enormes ramilletes de rosas un tulipan y una pasiflo-

ra rodeados de camelias. Aquella maravilla en la época adelantada del frio valia un capital. Las flores exóticas nacen y crecen regadas con oro. La señora Gutiérrez, usando del privilegio imprescriptible de las damas, se abrió paso por entre la multitud gastronómica que devoraba tantos primores, asió llena de gozo aquellas dos flores hijas del sol y me presentó la pasiflora.

Para mí no hubo desde entónces sino la contemplacion agradable y triste de aquella flor de mi pais, modesta y hechicera como las vírgenes de Ossian, como las sacerdotizas del Cuzco, como las jóvenes que alegran el hogar doméstico en las faldas del Avila, á las orillas del Anauco. Salíme de la casa, donde tanto habia costado el azafran de la primera antorcha de Himeneo, repitiendo con el poeta mejicano:

Unida á un nuevo amor, de esta morada
Tu esposo te desvía,
Traslado de tu padre, idolatrada
Prenda del alma mia!
No ya tu madre al escuchar tu llanto
Sobresaltada vela,
Ni te arrulla en la noche con su canto,
Paloma pequeñuela!
Pero te miro jóven floreciente
En retirada estancia
Como ignorada rosa que el ambiente
Inunda de fragancia.
Modesta y pura, sin hacer alarde
De tus hechizos, bella
Eres como en las sombras de la tarde
La solitaria estrella.

El rudo contacto del africano de la puerta me sacó de las esferas de la imaginacion para hundirme en las realidades de mi sombrero. Digo hundirme, porque efectivamente mi cabeza desapareció en la ancha cavidad de un chambergo que no era el mio, á ménos que hubiese disminuido mi ócciput en fuerza de las meditaciones á que habia dado orígen un matrimonio en Nueva York.

Cuando Patricio me volvió á mis lares el primer objeto con que tropecé fueron las obras de Washington Irving y en ellas marcada (casualidad sería) la página en que recomienda al editor del *Knickerbocker* que aconseje á las señoras pongan en sus esquelas de convites:—"*Exchanging hats and shawls positively prohibited.*" (Se prohibe espresamente el cambio de chales y sombreros.) Las reflecsiones sobre el matrimonio se habian desvanecido.—NAZARENO.

NUEVA YORK, diciembre de 1856.

CONCIERTOS DE MUSARD.

Quién es Musard y dónde se le encuentra.—Supongo que el parisiense ha dormido hasta las doce de la mañana y despues de bien almorzado alquila un carruaje para ir á gozar de la vida al bosque de Boulogne. Allí irremediablemente encuentra á un amigo, á una *demoiselle*, á... una griseta, si V. quiere, y la primera pregunta despues del saludo es:

—¿Adónde va V. esta noche?

—Hombre! No sé: anoche estuve en la ópera.

—Pues vamos *chez* Musard.

—Convenido.

Chez Musard es el sitio mas cómodo para una cita. La entrada cuesta un franco y en el edificio se encuentra reunido cuanto puede apetecer un ocioso. En el centro del jardin está la orquesta: y qué orquesta mayúscula! Hay además de la música mesas servidas á la carta por garzones listos, y que contestan sin cesar: *Oui monsieur*, y *s' il vous plait.* La concurrencia es numerosísima y variada hasta donde cabe en la capital del mundo... francés. El panorama no puede ser mas bello. Pero sobre él descuella la figura de un hombre alto, seco, enjuto de carnes, de ojos demasiado vivos para sus años que no son pocos, y cuya mano mueve incesantemente una varilla negra como la baqueta de un tambor, y poderosa como la de un mago de las historias de encantamientos. Aquella varita apunta sin cesar á todas partes y donde quiera que apunta hace brotar un sonido musical. Aquel hombre semi-humano, semi-brujo, es el director de la orquesta.

Es Musard.

Dotado de un instinto músico esmeradamente cultivado, ó teniendo, como decia Gall, muy protuberante el órgano de la filo-armonia, Musard inventó un jénero de especulacion en la cual no ha tenido hasta ahora sino imitadores, no rivales. Fuéralo, á no ser hijo de la fábula,

> Aquel Apolo famoso
> Que al son de su dulce lira
> Las piedras sobre las piedras
> Formar murallas hacia.

Strauss con su orquesta ambulante de violines imitó á Musard, y dicen que curaba á los locos, y á los sanos los volvia locos de alegria; Jullien imitó á Musard trayendo á los Esta-

dos Unidos una órquesta de *solistas* en la cual descollaban el contrabajo de Bottesini, una trompa sobrenatural y una flauta que envidiaria el rubio Apolo. Jullien era de la escuela de Barnum y con una prosopopeya petulante y un tono de maestro sorprendente llenó el teatro de Castle Garden en los rigores de uno de nuestros veranos mas abrasadores. Un húngaro llamado Koeller vino despues de Jullien con cierta compañia de cantantes alemanes que daban conciertos de perros, chivos y gatos, con tanta gracia, seriedad y semejanza como los darian aquellos inocentes animalitos si les enseñasen el secreto de las armonias. Despues ha venido...

"*Nuestro*" *Musard.*—Musard, el padre, el fundador de los conciertos, el director de los bailes de máscara, el autor de todas las cuadrillas, galopas, polkas y valses que enloquecen á los estudiantes de París, el que ha sido cargado en hombros de la multitud frenética de titíes, postillones, pilluelos, *pierrots* y *debardeurs*, y paseado en triunfo por todo el salon al compás de los gritos de un enjambre de espectadores ébrios de gozo... y de champaña, ese Musard tiene un hijo, y supongo que una mujer, de cuya mujer le nació el hijo, por supuesto, y de cuyo hijo ha procurado el famoso papá hacer una segunda edicion de sí mismo en tipo, contenido, encuadernacion y recortes dorados. Mr. Ullman, el gran empresario americano (Mr. Ullman es aleman, ó húngaro, ó cosaco, no importa): el gran empresario americano, conociendo su jente prometió traernos á Musard, y nos ha traido á Musard, y nos lo ha traido de veras, á Musard, hijo, que como Alejandro Dumas, hijo, ha heredado al padre cuerpo y talento. Musard, hijo, es pues "nuestro" Musard.

Su biografia.—Los cronistas mas consumados en los estudios genealógicos de Musard 2.º dicen por unanimidad que

es el primo de su prima,
y el hijo de su mamá.

que tuvo padre y madre—á lo menos se sospecha que los tuvo—y que se educó en los conciertos de Musard 1.º, donde aprendió á darlos.

Cómo es y qué hace.—Musard 2.º es un hombre, á juzgar por el vestido y las barbas calificativas del sexo, que lleva á *la inglesa.* Estudia mucho; lo sé porque le oigo sobre el piano todas las mañanas durante el tiempo que paso en el hotel con mi amigo Márquez, su vecino de puerta en medio. Es muy se-

rio, no usa guantes (al revés de todos los empresarios y directores de orquesta,) y recibe los aplausos del público como quien los merece, esto es, sin hacer cortesia. Cuando se le pide repeticion contempla al público un instante como para preguntar y descubrir si ha oido bien, y luego une la punta de la barba con el primer boton de la camisa, cual si dijese *All right*, y da con la vara la señal de atencion. Otro movimiento: apunten. Otro: fuego!

La orquesta.—Y rompe á tocar una coleccion de doscientos músicos que están sobre el escenario de la Academia de Música formando una especie de montecillo cuyos árboles son los mangos de los bajos y contrabajos. Las frutas serán las cabezas de los ejecutantes. El escenario se estremece con la vibracion de doce trombones, tres cajas de guerra, dos timbales, doce trompas y lo demas en proporcion. La orquesta es de americanos, aunque no lo diga el cartel-programa, escepto el cornetin de Legendre y uno que otro frances mas. Obedece á la batuta de aquel jóven, dando sonidos donde ella apunta, como da chispas la máquina eléctrica donde la toca el electróforo. Es una máquina bien construida y aceitada que trabaja sin esfuerzo, al parecer, sobre un juego de ruedas pulidas y montadas sobre acero templado.

Música.—La orquesta ejecuta los valses de Musard, las polkas de Musard, los rigodones de Musard. Hablo de Musard, padre. Ejecuta la *Galopa del Tren Expreso.* Hable ahoel programa. "La Galopa del Tren Expreso forma un gran cuadro musical de rápidas y poderosas impresiones como la de un viaje en ferrocarril. *Describe*: 1.º La reunion de los pasajeros en la estacion, sus apuros y carreras.—2.º El pito del conductor y la campana de la locomotora.—3.º El arranque del tren: la locomotora anda con mucho cuidado al salir de la poblacion... tan... tan... tan... tan... Anda mas pronto en el campo... tan... tan... Y sigue veloz... tan... tan... tan... furiosa, tan—tan—tan—tan, ganando fuerza con la velocidad, y devorando el espacio, y ensordeciendo los aires. (Los trombones, trompas, cornetas, cajas y tambores desempeñan la última parte á las mil maravillas.) Bang! pasó una encrucijada."

—Bravo! bravo! gritan los espectadores.

—Hurrah! Cuarenta millas por hora!

—Hurrah por Musard!

"Bang! (continúa diciendo el programa.) La locomotora

va mas despacio: el ruido se va apagando... Pasa por un tunel y es preciso ir poco á poco, con prudencia. (Ojalá fuese así á lo vivo!) Vuelve al campo. Va desalada. Bang! Juuí! Juuí!.. El pito! Se acerca á la poblacion; entra despacio, lentamente, y la música *piano pianísimo* va desvaneciéndose. Repentinamente un contrabajo y un fagot dan el *do* grave y prolongado. Es el último resoplido de la locomotora al pararse."

La máquina invisible—Supongo que ya alguna de mis lectoras ha mandado tomar pasaje en el vapor *Isabel* para estudiar en el tránsito por tierra hasta Nueva York los efectos musicales de una locomotora, y verlos aplicados despues en la orquesta de Musard, el hijo de Musard. Hágalo, que será bien servida, porque "la melodía *spiritosa* de esta galopa, dice Mr. Ullman en su programa, se recomienda por sí misma á todos los oyentes, que se dejarán llevar á donde quiso el compositor. Pero oid! Hay muchos puntos á que es preciso llamarles la atencion. Tales son los varios métodos característicos de imitar los percances de un viaje en ferrocarril, como el *puff* de la locomotora, el silbo del pito, el roce de los carros sobre los rieles etc, por medio de una injeniosa distribucion de sonidos instrumentales ayudados, ayudados, ayudados, pues... ayudados por *cierta máquina* que *Monsieur* Musard trajo de Paris! Pero como hay una diferencia importante entre una locomotora francesa y una americana, Mr. Musard consultando "la verdad local" ha tenido que hacer fabricar *espresamente* una nueva máquina para su uso en la famosa fábrica de Novelty Works, cuya máquina se usará en la Galopa del Tren Expreso."

—Pero dónde está la máquina? me preguntaba Sofia en medio del estruendoso estrépito de la galopa y de los gritos de los americanos. ¿Dónde está la máquina?

—Hurrah! hurrah! Cuarenta millas por hora! gritaba e público.

—Nazareno, V. está sordo?

—Hurrah! hurrah! Tan—tan—tan—tan—tan.

—Y la máquina?

—Tan—tan—tan—tan—tan. No la oye V.?

—Pero dónde está? Dónde está?

—Tan tan tan tan tan.

—Yo la oigo muy bien, Sofia.

—Pero yo no la veo, Nazareno. V. la ve?

—Sí.

—Dónde?

—En el programa.

—Hurrah! hurrah! Bravo! bravo!

—Bang! J u u u u í!

Llegamos á la estacion. Sofia (niña irascible!) se incomodó con Mr. Ullman por la falta de la máquina, sin recordar que el empresario ofreció el *puff* de la máquina, y que *puff* es *puff*. (*Vide* dicionario.)

Lacayos, criados, doncellas, alumbrado.—Yo reconozco que el veterano de los teatros de la Habana, el amigo Marti, sabe hacer sus negocios. Maretzeck asi lo asegura; pero á fé de Nazareno le aseguro yo que le convendria un nuevo baño de empresas americanas para reformar el Gran Teatro, de manera que el mismo don Despechado Tagliáfico no le encontrase pero, ni mas que ponerle desde el *foyer* á la reja de la entrada.

Cuando se llega á la de la Academia se encuentran en la puerta lacayos negros de pantalon corto, casaca á lo Luis XIV, cordones, corbata blanca y peluca... *au naturel.* Los lacayos hacen reverencias á las señoras y les ruegan cortesmente tengan la bondad de aceptar un abanico que nada les cuesta, sino el honor que en recibirlo hacen al mensajero del palacio musical y á su señor el empresario.

Este empresario de abanicos no es Napoleon B (arnum) Ullman, sino el tendero *Monsieur* Genin, que ha mandado hacer algunos millares de anuncios impresos en un carton redondo, sujeto á un mango y bautizado todo á la gruesa con el nombre de abanico. En él consta cuanto el tendero tiene en su almacen, sito al lado del Museo de Barnum. La empresa de Opera, Conciertos de Musard (Musard, el hijo, se entiende) y Bailes de Máscaras hán proporcionado al franco-yankee una buena coyuntura para anunciar sus "novedades de la estacion," y dar un ausilio indirecto de galanteria al amable Mr. Ullman.

Despues de los criados vienen los muchachos de uniforme que venden el Libro de los Conciertos: contiene las polkas, valses, rigodones y galopas, inclusa la del Expreso con su máquina y todo.

Las doncellas son treinta jóvenes solteras (*sine qua non*) de *prepossesing appearance*, ojos negros y modales atrayentes, que despachan los sorbetes, el chocolate y demas *refreshments* de la soirée, y atienden á las señoras en sus necesidades me-

nores, como la falta de una alfiler que se cayó, la de una cinta que sostenia un... no hay para que nombrarlo, etc.

El edificio está iluminado con esplendidez: en su parte esterior hay un reflectador poderoso de luz eléctrica que ilumina á tres cuadras de distancia con tal fuerza que puede leerse una carta al estremo de ellas. Faro piadoso que está señalando al navegante en proceloso mar el sitio donde irá á zozobrar su dinero si se deja guiar por aquella luz azulada, incitadora y rara.

En resúmen, los conciertos de Musard, "el nuestro," son un conjunto agradable de buena música, elegantes esterioridades aristocráticas y *humbug*, *humbug* inocente, sin mas supercheria que la de la máquina de la funcion, no de la galopa.

Bailes de máscaras.—Cuando Napoleon conquistó la Francia... Pero entendámonos: si estan Vds. cansados lo dejo y pongo aqui punto. Pónganlo Vds., si quieren: soy buen muchacho yo para enojarme por esas franquezas de amigo. Decia, pues, que cuando Napoleon conquistó la Francia, el mundo fué poco á su ambicion y quiso conquistar el mundo. Ullman, que conquistó á Musard y sus conciertos, quiso conquistar sus bailes de máscaras y los ha anunciado á tambor batiente y bandera desplegada. Pero oid y estremecéos, potencias de la tierra!

TRIBUNAL DE POLICIA DEL PRIMER DISTRITO.
NUEVA YORK, abril 12 de 1858.

SEÑOR BERNARDO ULLMAN.—Estoy en cuenta de que trata V. de dar en la Academia de Música una série de bailes de máscaras, á los que ha convidado V. al público, mediante la competente contribucion de dinero. Es por consiguiente deber mio como majistrado y juez de paz de esta ciudad, informar á V. de que tales reuniones son ilegales, pues tienden á turbar el órden público, y estan sujetas á ser impedidas por las autoridades. Envio á V. esta noticia, porque en su calidad de estranjero podria ignorarlo. Tambien creo de mi deber prevenir á V. que el acta por la cual se han declarado ilegales los bailes de máscaras, ha merecido siempre la aprobacion de todos los miembros de la comunidad que se interesan por la moralidad y el bienestar de la metrópoli.

"Como ha dicho V. en sus anuncios que le ha ido bien bajo el amparo de la ley, debe presumirse naturalmente que no pretenderá infringirla para aumentar sus ganancias pecuniarias. Por esperiencia se sabe que en las grandes ciudades concurren principalmente á los bailes de máscaras las personas

mas viciosas y depravadas de ambos sexos, y por eso es que los vecinos de Nueva York, por mas liberales que sean en materia de diversiones públicas, se han conformado de buen grado con la supresion de los bailes citados. La vista del rostro de una persona es hasta cierto punto una garantía de su comportamiento, y una proteccion contra sus malos propósitos, mientras que hoy se siente muy de veras la necesidad de no brindar disfraces al vicio, ni nuevas facilidades para que se cometa impunemente el crímen.

"Conforme á estas máximas creo de mi deber como uno de los majistrados de esta ciudad darle á conocer la ley, y poner á V. de manifiesto los sentimientos morales de la comunidad en materia de bailes de máscaras públicos. Añadiré en conclusion que para apoyar los esfuerzos de la majistratura en la supresion de las reuniones bajas y peligrosas que no podrian dejar de resultar de la tolerancia de los bailes de máscaras considero como de la mayor importancia que no se les resucite ni sostenga en un establecimiento respetable como la Academia de Música.

"Hallará el acta que prohibe los bailes de máscaras en la coleccion de Davis, leyes de Nueva York, pájina 696.

"Soy etc,—James H. Welsh, *Juez de Paz.*

Conclusion.—Ante la autoridad de un juez de paz me retiro con los bailes de máscaras, y Masard y Ullman, y su séquito. Pero antes veamos el desenlace de la farsa. Cuando llorábamos la pérdida de Ulíses, cuando no habia esperanza de bailes de mascaras, se nos presenta el *Herald*, órgano oficial del gabinete Ullman, alargándonos el pañuelo para enjugarnos las lágrimas. El anuncio de los bailes de máscaras fué solo un ardid de guerra para poner en campaña á los criticastros, y ver qué opinion formulaban. Efectivamente todos se han disparado contra el director, desde el cañon de á 64 de Wall street (*Journal of Commerce*) hasta el pedrerito de la calle de Franklin (*Courrier des Etats-Unis.*) La moral de la ciudad ha servido de taco para los disparos contra el hombre perverso que ha querido convertirnos en Sodoma y Gomorra con sus malditos bailes. Mire V. qué malo!

Pero los denodados críticos con el juez de paz al frente han atacado los molinos de viento de D. Quijote. Respiremos. Aleluya! Mr. Ullman no va á dar bailes de máscaras sino *bals parés, costumés et militaires.* Sea en hora buena, para que Vds. vengan sin temor á la furia de la policia.

Con lo cual, y saludos á mamá y los de casa, queda muy suyo Q. B. S. M. —Nazareno.

Nueva York, abril 17 de 1858.

SOY CORRESPONSAL.

Anch' io sonno pictore.

Y yo tambien. De mi plumá sale todos los dias una multitud de noticias que mi orgullo me finge como interesantes y ardientemente deseadas de un público numeroso. ¿Qué seria del mundo sin los periódicos? Qué de los periódicos sin corresponsales? El telégrafo es tan necesario á la publicidad como el corresponsal, especie de cámara al vacio donde se concentran todos las noticias en desórden para salir depuradas, en sustancia, paladeables; daguerreotipo que refleja toda imágen que ante él se presenta, pero en proporciones mas reducidas y aparentes para el cuadro de un periódico; embudo que estrecha la desbordada corriente y la dirije en un hilo fácil de seguir.

Pero el alambre del telégrafo no sabe las noticias que trasmite, la máquina neumática, la cámara oscura y el embudo no conservan la impresion del efecto que producen. Son instrumentos inertes que el hombre usa para su propio beneficio y que arroja ó abandona sin volver á recordarlos, hasta que la necesidad de una nueva obra los hace indispensables. Así tambien con el corresponsal.

Leidas las noticias, ellas, y no quien las manda, agitan la mente del lector y monopolizan sus ideas. El alambre queda colgado á la intemperie, mientras que el comerciante corre á comprar azúcares, porque *él* le dijo que habia subido los precios en el mercado estrangero.

Nadie es corresponsal por eleccion. ¿Por qué lo seria?

Es verdad que hay corresponsales que son omnipresentes. ¿Ha visto alguien una revista de las noticias de Europa sin leer que "el corresponsal del *Times* en Paris" dice etc? Es verdad que el amor propio de otros repetidores de noticias, de rumores, díceses y demas del vocabulario noticioso-chismográfico, (sin olvidar el nunca bien estimado *parece*,) se siente algunas veces halagado por un "nuestro activo corresponsal" ó "nuestro infatigable corresponsal," ó "nuestro entendido" (donosa calificacion!) ó "nuestro ilustrado corresponsal." En cambio de esas lisonjas que animan en la mitad de un camino de espinas desgarradoras, llega hasta el rincon del reloj de repeticion un murmullo sordo y como amenazante, producido por el disgusto que causan las noticias á quienes desearian que

se las hubiesen inventado á su sabor. D. Prudencio Maravedís, el comerciante que tiene almacenada toda una cosecha de café, abre la correspondencia y empieza á leerla por la parte en que se avisa que el fruto ha bajado.

—Maldito corresponsal! esclama tirando el papel como si le ofendiera la vista.

Y D. Gerundio Politicon, el que en la ociosidad de un corrillo de esquina hace bailar al mundo como maese Pedro los muñecos de su retablo, el que aspira á ser liberal sin comprender ni el sentido de la palabra, el que deseara falansterios por sociedades y licencia por libertad, el que vé al mundo por el agujero de un lente que no tiene vidrios, cuando llega el correo pregunta si la república universal no está ya establecida desde Pekin hasta el Cabo de Buena Esperanza.

—No lo he leido en la última correspodencia, le dice D. Ignacio de la Cortapisa.

—¿Y quién cree en badulaques de corresponsales? esclama Gerundio con la arrogancia de Josué deteniendo el sol.

Pero D. Ignacio de la Cortapisa, que es antípoda del otro chisgaravis, despues que sabe que la inquisicion no ha sido restablecida ni está el knout imperando dentro y fuera de todas las Rusias, mira con desprecio la correspondencia que "se ocupa de asuntos tan insustanciales."

Mercedita no lee el periódico desde que el corresponsal reprodujo una chuscada sobre el colorete y los moños postizos, y Doña Amalia, su mamá, quisiera ver ahorcado al corresponsal que encomió la escelencia y supremacia del tontillo de resorte.

Todo lo paga el corresponsal. Odioso corrresponsal, pícaro corresponsal, demonio de corresponsal que no tiene, como el convoy de mesa, vinagre para los sanguineos, aceite para los movedizos, sal para la mollera de los necios y pimienta para hacer estornudar á los que padecen de catarros de imaginacion! Bribon de corresponsal que no tiene tantas opiniones como lectores ó que *se permite* tener alguna! Odioso corresponsal que dice la verdad! Calumniador de corresponsal que no pinta al cielo cerca de la tierra y tocable con la mano! Aborrecible corresponsal que no ha visto á Lucifer de jefe de la tierra!

La desventaja mayor del que para el estranjero escribe, consiste en que las impresiones ultramarinas, adquiridas en el rincon de una alcoba, son casi siempre distintas, generalmen-

te opuestas á las que se forman con el tráfico *de visu et tacto* de la cosa misma. Desde los palcos se ve un cuadro esplendente, donde los árboles se menean al contacto de la brisa y el rio corre espumoso por sobre las peñas cubiertas de musgo. Entre bastidores los árboles son de papel pintado y se mueven por medio de una cuerda atada a un brazo, y el rio es un trapo medio sucio, y el musgo y las piedras cartones embarrados de ocre y almagra. No lo digais sin embargo, vosotros los que quereis conservar la paz del alma. No digais á nadie que ama las rosas que estas tienen espinas, ni á ningun enamorado, aunque sea el mismo D. Quijote, que su Dulcinea es una aldeana con cierto olor hombruno.

El deseo en el hombre es casi siempre superior á la conviccion. La carencia de un goce le hace ver como inefable y el herido sediento muere siempre á la márgen de un arroyo. Pero jamás se lo digais. Os tratará de cruel! Las impresiones propias tienen el sello de la personalidad, el esclusivismo del *yo*, ese potente déspota que no divide su reinado ni aun á precio de su vida.

Pero dejemos las filosofias y las aleluyas de lo abstracto para los que se crean sábios consumados; yo, consumidor de sábios, no reñiré con nadie porque arroje la hoja en que repetí lo que otros dijeron ó en que dejé correr las impresiones del momento, la reflecsion daguerreotípica que no me fué dado preparar como golpe de teatro, sino repetir como eco inerte y sin albedrio. Dejemos que cada cual piense á su guisa aunque piense desaguisados y veamos cuáles son las *petites misères* de la vida de un corresponsal. Para no alambicar hablemos de *yo*, el autócrata de enantes, porque gusta uno hablar de *yo* y decir lo que *yo* hace y lo que *yo* piensa y lo que *yo* tiene por regla invariable (del momento) y lo que *yo* en fin.....

Yo ha salteado la tierra, tijera en mano y recogido en un alfiler todos los recortes de una semana clasificándolos por órden de materias y estudiando cuál caerá bien despues de cuál otro y cuáles se unirán con buena ilacion para cansar lo menos posible al *difícil* lector. Y héteme aquí en un pantano! Rodeado de un mundo enteramente estraño, con ideas enteramente diversas y costumbres que pudieran llamarse opuestas á las costumbres é ideas del mundo para el cual me tocó en lote escribir, ¿qué le diré á los que "llaman el pan pan y el vino vino," sin llevarme de encuentro la verdad ni herir preo-

cupaciones, ó si se quiere, pensamientos profundamente arraigados en un carril tan distinto?

En la medida de mis lectores todas las cosas de por acá vienen anchas como necesaria é imperiosamente habrá de suceder, atendidos los diversos orígenes de dos nacionalidades que no fueron creadas para andar juntas sin que el roce destruya á la una ó á la otra.

Allá es pecado, ¿qué digo? delito lo que en nuestras ciudades se ve repetido diariamente sin hacer novedad. Llevando el análisis al campo de la mujer, objeto principal, diosa á quien mi pluma ha sacrificado siempre en holocausto sus inocentes habladurías, ¿cuál de mis lectoras tomaria el tren del camino de hierro y "acompañada solo por su belleza," como la Hija del Desterrado, iria á dar un vistazo á la Isla? Ni cuál mas pusilánime aceptaria por *compagnon de voyage* á un galante caballero, amigo particular de la señorita y de cuyos antecedentes no saben papá y mamá otra cosa sino que es sin escepcion el bienvenido en los círculos de la alta sociedad, en el Club de la banca y en los hoteles de Saratoga y de Newport? ¿Cuál cubana, hija de familia, ofrecerá su tarjeta al dandy mas fashionable (hasta las palabras son estrañas) para que vaya á visitarla, la acompañe sola al paseo y le ofrezca un asiento en la Opera y un sorbete en la Dominica y un brazo cortés y respetuoso para despues de la hora en que Pedro negó á su Maestro, volver á casa, no como el hijo pródigo ni como Magdalena, sino como Juana de Arco despues que venció al inglés en batalla singular?

El "escándalo" de semejante conducta haria poner los gritos en el cielo á la sociedad indignada contra la que osó ultrajar sus convenciones erijidas en leyes. Tanto valiera á la hija del profeta levantarse el velo en presencia de un estrangero. El moro usaria inmediatamente de su alfange para cercenar del tronco una cabeza impura con la profanacion. La sociedad latina usaria su alfange, diré, su puñal de anatema y desprecio que no mata del golpe, mas deja que la herida se desangre y se gangrene lentamente hasta dar la muerte.

Y cuando yo, pecador de hombre que no supe lo que ofrecia cuando ofrecí escribir en este suelo para esa tierra, cuando yo diga lo que veo y cuente lo que pasa, iré por necesidad á tocar la trompeta del juicio en un círculo donde mi palabra, si es creida, será instrumento de escándalo; de calumnia si no es creida, como de esas veces puede acontecer.

—Qué horror! esclama doña Julia Primavera al oir que Miss Julia Spring va de sola á solo á la Opera con su amante.

—Eso no puede ser! Esa es una calumnia inventada para desacreditar el pais, esclaman otros que interrogados en el mismo momento hácia dónde queda el pais calumniado, no sabrian estender la mano en la direccion verdadera.

Ni horror ni calumnia hay, sin embargo, en la narracion de lo ocurrido ayer, de lo que ocurre hoy, de lo que mañana ocurrirá bajo un código de leyes que ha dicho á la muger: "Eres libre, gobiérnate. Eres bella, cautiva. Te hago poderosa porque te doy constantemente la razon, defiéndete." No horror, porque la armonia social, el bien público, la felicidad doméstica, el fervor conyugal no se han debilitado con esas preeminencias que allende son demasías. No calumnia, porque es un hecho. Cruzad el mar y donde piseis tierra allí lo vereis al saltar al muelle.

Por los mismos trámites podrán citarse ejemplos de otro linaje en el órden social, en el municipal, en el político, en todos los órdenes, que discrepan absolutamente de los ejemplos que en los paises á donde van mis crónicas hebdomedarias vemos repetidos y sancionados como principios fundamentales de la familia, base de la sociedad. Qué mas? La repeticion sencilla de lo que se escribe aquende, pareceria allende un cúmulo de invenciones, una pepitoria fraguada á capricho por la mala voluntad del compilador con fines tortíceros y condenables.

Desde que se echa en olvido que los teatros son distintos y que los actores obran no en el proscénio propio sinó en el ajeno; desde que pretendemos asimilarnos una sociedad que no es la nuestra, unas costumbres con las cuales no congeniamos, una civilizacion que no viene de nuestra misma fuente, ni va donde va la nuestra, ni marcha por nuestros carriles, la imaginacion se ofusca, pierde su aplomo, y el raciocinio cimentado en falsas premisas arranca (no deduce) conclusiones falsas, aunque sinceras, contra hechos y hombres que no deben ser juzgados ni comprendidos en límites y cotos para ellos no calculados.

La filosofia de este claro é inconcuso razonamiento es que antes de decidir magistralmente, prorumpiendo en pestes contra la obra y el autor, debes, mi querida lectorcita, no meter tu hoz en mies ajena y dejar que marchen los hombres cada cual por su camino, sin embarazarse ni impedirse ni invadirse mútuamente sus veredas en el mundo.

Pero yo que te conozco, sé que tú te ries de mis argumentos y que te estás en tus trece, erre que erre. Ese, Luisa, ese, Ana, ese, Mercedes, ese, Dolores, ese es, el mayor tropezon, el incoveniente insuperable de una crónica para vosotras. Vosotras... dirélo con mi sonrisa mas tierna, en la posicion mas insinuante.... vosotras procedeis con una conviccion formada *à partis pris*, y no hay peor sordo.....

Pero oigo la campana del vapor. El vapor es tan tirano como el tiempo: no espera á nadie. Cierro mi carta y..... la mando? He perdido muchas y en la oficina de Correos se me ha dicho que *allí* no se han visto. La voy á llevar yo mismo en persona, como lo merecen las beldades á quienes va dirigida. ¿Cúando mensajero fué mas honrado? La carta la llevo yo mismo, digo. En la calle 50 ó 60 donde fué escrita hay un ómnibus, *guagua* montada sobre rieles que va con la velocidad del relámpago, de un estremo de la ciudad hasta el otro, soltando hombres, mugeres y niños por todas partes, como el caballo de Troya. En la *guagua* hay un asiento para todo el que posea seis centavos y tenga una epidérmis ecsenta de tintes.

Allí vamos sentados la carta y yo. Mi lápiz pasa revista de comisario á las palabras que os envío, añadiendo y quitando sin piedad todo lo que falta y sobra en ellas. De repente suena la campana, se detiene la *guagua* y entra álguien que no puedo ver, pero que al contacto de una rubicundez estraordinaria adivino es una mujer. Una *lady* quise decir. Levántome como impulsado por un resorte para dejar, en acatamiento á la costumbre, mi asiento tan cómodo á la *lady* recienllegada y continúo mi correccion de pié y balanceando con las piernas el movimiento del vehículo. De contrafuerte me sirven unos arcos que se interponen entre mis estremos inferiores y el asiento que fué mio. No hay remedio: es una *lady* la que me suplantó. Sigo leyendo.

Llegamos! Cierro mi carta y al levantar los ojos me encuentro los de Brígida, mi cocinera, la misma *lady* que me habia desposeido. Bendiciendo la democracia, salto de la *guagua* y en medio de una lluvia de primavera corro por la calle abajo en direccion al muelle donde se encuentra el vapor *Cahawba* dando resoplidos furiosos como un caballo de carrera puesto en la raya del estádio. Corro mas y la lluvia empieza á penetrar mis vestidos. Aquí levanto una catarata de fango con la suela de la bota, allí entro en un lago improvisa-

do, mas allá me pringa de piés á cabeza un caballo aguijoneado por el látigo de un irlandes que tiene empeño en llegar á tiempo aun por sobre los pedestres que atravesamos la calle.

Pero ya estoy en el muelle. Los aproches de una batería con sacos de tierra, faginas, parapetos, fosos, fuertes, estacadas, escarpas, contraescarpas, el imposible en fin, de los laberintos es el muelle donde cargan y descargan á un tiempo mismo seis u ocho barcos. Otra vez el ruido del vapor! Corro con mas ansia, saltando aquí, cayendo allá, salvando en otra parte un barril, abalanzándome acullá sobre una barricada, pirueteando sobre pacas de algodon y haciendo á la orilla del agua y con riesgo de la vida una multitud de ejercicios gimnásticos y acrobáticos que en otra ocasion me darian horror. El agua se ha apoderado de mi ropa y de mi cuerpo como de tierra conquistada y me trata como á tal.

En medio de mi afan por llegar á tiempo y cuando voy sobre una carreta varada entre dos coches con pasageros, me asalta media docena de mugeres mas viejas y feas que el pecado, vendiéndome naranjas de la Habana:

— *Oranges, sweet oranges from Havana. Three for a shilling.*

—Libros! grita un muchacho, y me mete por los ojos unos cuadernos impresos,

—Periódicos! *Herald, Tribune, Times and Weekly papers.* un número del *Harper's Journal of Civilizacion* me cierra el paso con la fealdad de un retrato de alguna celebridad contemporánea; *Frank Leslie's* me aterra con un cuadro de vacas enfermas que dan leche á los niños de pecho, y la *Gaceta de Policía* me atraviesa con el puñal (pintado, gracias á Dios) del *Latest Murder.* Ni la cara del horrible senador, ni el espectro de los niños, ni el puñal, ni nadie es capaz de detener mi paso de locomotora, ó mejor diré de cazador zuavo, hasta que asalto el castillo del vapor.

Allí me abro paso con los codos por entre una multitud que habla español. "Me hago el ingles" y entro en la cámara del contador. Estoy en terreno neutral, en tierra amiga. Una cara familiar para mí, un apreton de manos y un vaso de.... de... buen brandy (con agua) me dicen que estoy en puerto de salvacion.

Entrego mi carta para las bellas de Cuba, el contador ecsamina por escrúpulos de conciencia si va franqueada y la recibe con una mirada de inteligencia que quiere decir: *Connu.*

Despues de mil llantos y abrazos y de mil "memorias á fulana," "no dejes de escribir," "recójeme mis papeles que se me quedaron olvidados" y mil otras despedidas por el estilo, tomo mi camino á buen paso, llego á mi *guagua*, entro en mi casa y saludando á Sofia, que me recomienda me cambie inmediatamente de ropa, digo mirándome al espejo: *Soy corresponsal.*

D. FERNANDO FERNANDEZ DE LA FERNANDINA.

—A LIRA.—

La canícula se acerca y si no lo supiésemos por el almanaque nos lo haria patente el gran número de viajeros que llegan del Sur. Ellos forman la rica inmigracion anual que viene á avisarnos que en Nueva Orleans suele haber fiebre amarilla, y que en la Habana suele tambien aparecer el vómito, hermano gemelo de aquella. Ellos nos traen á todas las bellas meridionales que van al Niágara, á Saratoga y á New-Port con una inundacion de dinero, limo fecundante que vivifica como el del Nilo los terrenos estériles de posaderos, hoteleros, cuarteros, rancheros y aun . . . . . ¿lo diré? sí lo diré . . . tahures y caballeros de industria.

No lo es sino muy leal, muy puro y muy acuartelado Don Fernando Fernandez de la Fernandina. Dudo si no tiene tratamiento; pero eso no hace al caso, porque el caso es solo que mi amigo, á quien llamaré Don Fernando para evitar apodos y demasías de nombres, vino á mí recomendado por otro mi gran amigo del Yumurí para que "le tratase como á su propia persona (decia la carta,) con la seguridad de que los servicios que (yo) le prestase al Don Fernando serian mercedes que (mi amigo) daria por recibidas, y por las cuales (me) anticipaba las gracias con el afecto de un verdadero servidor Q. B. S. M."

Tantas ternezas conmovieron mi corazon, siempre en el disparadero de la cuerda sensible, y por corresponderlas debidamente ofrecí á Don Fernando la "inutilidad de mis servicios

en lo que gustase mandarme.' Cumplimiento bien poco sincero si quiere uno servir de veras, ó muy tonto si de veras ofrece uno su inutilidad. Filosofias aparte, dí á mi nuevo amigo mi tarjeta con el número de la casa, para que no lo olvidase, y le convidé á comer en familia en un restaurant vecino por salvarle de las arteras economias de una casa de huéspedes como la en que tiene Sofia el gusto de alojarme, y su parsimoniosa mamá el logro de girar letras diarias y á la vista contra las cavidades de mi estómago siempre en crísis de escaseces. Prometióme que seria ecsacto a la cita y entramos en conversacion general sobre cómo le habia ido de viaje, qué tal le parecia la ciudad, y otras materias tan útiles como divertidas para quien tiene que escribir sendas cuartillas la víspera de la salida del *Empire City* para la Habana.

Mi hombre se mostraba mas que reservado en algunas contestaciones. Un *bien!* un *así, así*, un *regular* me dejaban comprender que alguna nube eclipsaba el sol de su contento, y que su cortesia y el temor de herir mi susceptibilidad de vecino antiguo de la metrópoli le hacian quedar corto en sus respuestas.

—Hace todavia algun frio, le dije por no obligarle á despepitar contra su gusto.

—Efectivamente, me contestó, y yo lo siento tanto mas cuanto que he perdido mi capa.

—¿Cómo así? ¿Ha sido V. robado?

—No lo sé; pero al saltar en tierra nos atacó á todos los pasajeros del vapor una jauría de cocheros que con el encarnizamiento de perros trataban de meternos en los coches. Y como yo no me dejase meter en ninguno perdí la capa, que se llevó en prenda de mi persona alguno de aquellos faetones enfurecidos por hacernos andar en sus carruajes.

Reíame yo á carcajadas y Don Fernando me miraba alelado.

—¿Pero de qué se rie V?

—De nada, amigo: saque V. su cartera de bolsillo y apunte como primera prevencion á los viajeros recien llegados que no han de hacer caso á los cocheros de los hoteles, y que deben estar prevenidos para no dejarse arrastrar de viva fuerza por ellos. La capa de V. aparecerá, porque en honor de la comunidad de los aurigas es necesario proclamar que no roban.

—¡Que no roban! esclamó Don Fernando. Eramos cuatro

pasajeros amigos y el que nos ha conducido hasta el hotel nos ecsijió dos pesos por persona!

—Don Fernando, segunda prevencion para los viajeros: pedir al cochero su número y su tarifa de precios.

—Pero si no sé hablar inglés.

—Bueno seria que lo supiese, y aun hacer de esa una tercera prevencion. El inglés debe considerarse como el latin del siglo XIX y enseñarse en las escuelas parroquiales. Pero ya que V. no lo sabe, puede V. leer los números de la tarifa y enseñarlos con el dedo.

—No habia caido. V. no sabe, Sr. D. Nazareno . . .

—Suprima V. el *señor*, si gusta.

—V. no sabe, Don Nazareno .

—Y el *Don*, si le parece.

—V. no sabe, Nazareno (ya que V. lo quiere así,) V. no sabe cuántos percances hemos sufrido en las veinte y cuatro horas que llevamos de ciudad.

—Pues dígalos V., que males comunicados remedio suelen tener.

—En primer lugar nos dió el contador, ó lo que sea del hotel, un cuarto con el número 1,025 que estaba bien para habitacion de poeta ó de enamorado, pues se elevaba hasta el 5.º cielo.

—Por qué no pidió V. otro? Y de paso anote . que los hoteleros dan cuartos muy elevados á personas que creen poco versadas en la construccion y manejo de los palacios llamados hoteles.

—Me pregunta V. por qué no pedí otro. A las pocas horas lo hice, desde que mis piernas se resistieron á subir tanto que mi cabeza se desvanecia á tamaña altura.

—Verdad es: todo el que sube se desvanece.

—Ademas me sucedia que para ir á la calle perdia mucho tiempo buscando la salida en aquel laberinto de corredores todos iguales. Si me sucedió una vez ir á parar á la cocina!

—Voto al chápiro, amigo don Fernando; pero ya eso es demasiado.

—Mas lo fué el precio que hoy han pagado mis compañeros por el aposento que nos dieron despues. Es una cosa exorbitante.

—Pero, don Fernando, V. no sabe que el precio sube conforme baja el cuarto? apúntelo V. en su cartera.

—Nunca creí que pidiesen tanto

—Don Fernando, á todo el que no quiere vivir por las nubes, le piden por las nubes en un hotel. Escríbalo V. como corolario de la prevencion anterior. Para deleite de V. le diré que hay en ciertos hoteles un cuarto en que generalmente nadie pasa mas de una noche...

—Hay brujas en él?

—No, señor · hay flores, y perfumes, y cortinajes, y espejos, y arañas de veinte luces, y hay cuanto pudiera ser necesario para hacer de las cuatro paredes una gruta de encantamiento. Pero los que allí duermen, pagan ciento cincuenta pesos por la noche única que pasan sin irse á otra parte.

—Hombre! Es posible! Ciento cincuenta pesos! Y cómo se llama ese cuarto?

—El *Cuarto de los Novios.*

Don Fernando hizo un jesto como si se relamiese los labios, el cual ingénuamente me pareció espresaba su admiracion por lo subido del precio, y continuó contándome sus aventuras. Habia estado en el Museo, porque le llamó la atencion el enorme cuadro pintorreado que (Barnum antes) hoy su sucesor despliega en el frontispicio.

—Todos los recien venidos van al Museo, le dije.

—Pero no á todos les sucede lo que á mí, que dejé caer en aquel establecimiento mi bolsa de dinero.

—La dejó V. caer? No seria que otro la trasladó del bolsillo de V. al propio? Don Fernando, en el Museo, en los paraderos de los ferrocarriles y en donde quiera que hay reunion numerosa de personas, hay tambien letreros en tipo gordo que dicen: *Beware of pickpockets.*

—Y eso qué significa?

—"*Cuidado con los ladrones!*" Apúntelo V. en su memorándum.

—¿Pues no lo he de apuntar? Por Santa María! Si en el hotel fué abierto mi baul, y de él desapareció tambien una pequeña suma que traia para comprar encargos.

—Don Fernando, V que no sabe inglés, no ha podido leer un rótulo escrito en grandes targetas detrás de la puerta de su cuarto. El rótulo dice, y apúntelo V. tambien, que el dueño de la casa no es responsable, segun la ley, sino de los valores que se le entreguen para ponerlos en el seguro de su caja fuerte. A bien que si V. lo hace, jamas perderá ni un centavo.

—Y en materia de centavos diga V., Nazareno, ¿cuántos suele tener por acá una peseta?

—Veinte y cinco.

—Lo decia, porque en estas *guaguas* de aquí llamadas ómnibus me las han recibido á 24.

—Porque V. es extrangero y no reclamó el cambio justo. Apunte V. que debe reclamarse siempre.

—Lo apuntaré, pues en otras partes me han dado el cambio completo; por ejemplo, donde compré este lapicero. Mire V. qué hermosa pieza es! Y no adivinaria V. lo que me costó.

—Supongo que un par de pesos.

—Un par de pesos! Pues si he dado diez en una venduta y me pareció regalado, lo mismo que este reloj, que compré en 20. ¡Cómo ha de valer tan poco el oro, aunque tengan Vds. dos Californias!

—Don Fernando, eso no es oro. Apunte V. que un estrangero no debe entrar en vendutas, porque las hay para engañar y se llaman *Mock Auction.*

— Buen soplamocos le diera yo al mocoso del vendutero, que Dios confunda. Pero por toda la corte celestial ó yo soy un gaznápiro, un guajiro de lo mas crudo, ó entre qué gentes estamos?

—No es V. gaznápiro, ni estamos en tierra de moros, Don Fernando. A V. le ha sucedido una parte de los muchos chascos que á otros les pasan, con la única diferencia de que V. los refiere, y de que en un dia se le han amontonado cinco ó seis. Al mas avisado le pegarian un petardo gentes que tienen por oficio esplotar la ignorancia personal, ó la local del lugar en que se está. No vaya V. por eso á formar una opinion ecsagerada de la ciudad ni á creerla una segunda cueva de Montesinos. En Nueva York, como en todas las grandes ciudades, la poblacion flotante es víctima de mil arañas astutas que tienden la red para atrapar moscas incautas. Eso sucede en Paris, en Lóndres, en San Petersburgo, en Viena, y si V. quiere, y me lo permite, hasta en la Habana. Ninguna autoridad puede bastar con su vigilancia, aun siendo de Argos, para evitar á los limpios de corazon, á los recien llegados, á los no precavidos en general, lances en que la malicia no comete delitos al alcance de la ley, sino trampas legales, supercherías que se castigan solamente con la retribucion de lo escatimado. Por otra parte la sociedad nuestra se apersona en muy pocos asuntos. Respetando la libertad y la independencia personal deja á cada uno el derecho de defenderse por sí de la manera que mas le cuadre. Así el robo no es delito público, ni se cas-

tiga por autoridad del pueblo, sino por queja personal del agraviado. Herir sin matar es otro delito privado. El fiscal público tiene muy reducidos límites de intervencion y su denuncia desaparece siempre ó casi siempre con la queja del ofendido. Este es nuestro sistema que tiene sus defectos, y graves, porque á la humanidad no le tocó en herencia, ni paterna ni materna, la perfectibilidad, ya que empezamos con que la mujer flaqueó por orgullo de ser sabidilla y el marido se dejó inducir por goloso y condescendiente. Pecado eterno de maridos!

Yo no trato de escribir un curso de legislacion ni de economía política, ni de ciencia de buen gobierno, ni de nada que á los dos nos aburra. Si no, mi amigo D. Fernando, le daria á V. una lectura, como se dice por acá, sobre el mérito comparativo de los dos sistemas y le juro á V. que no sé cuál quedaria mejor parado. La carne es débil y en punto á debilidad de carnes la humanidad corre parejas en todas partes.

Ignoro hasta dónde convenceria mi dialéctica á mi nuevo amigo D. Fernando Fernandez de la Fernandina; pero es lo cierto que él se retiró asaz complacido de mi consejo de llevar apuntaciones sobre cuanto le habia sucedido, y le siguiese sucediendo, con el fin de escribir folletines para el *Diario de la Marina* cuando volviese á la Habana. Prometióme ademas que andaria sobre aviso, sin dejarse engañar por nada, ni por nadie, lo cual le deseé de todo corazon, no solo porque es prójimo, sino porque me pareció un hombre muy *comme il faut*, segun la espresion de Sofia á quien creo que le han interesado un tanto cuanto los ojos negros y el bigote á la Victor Manuel, prendido con goma.

Mi interesante amiga me ha asegurado que D. Fernando Fernandez de la Fernandina es cuanto cabe para escribir un libro sobre los Estados Unidos; pero tambien me ha asegurado que no pondrá en él ni una palabra de lo que me subrayó en el siguiente suelto de un periódico de ayer tarde:

"La policia hizo devolver ayer á un caballero español. . . .

— ¿Será D. Fernando?

— Este es él.

"A un caballero español, cuyo nombre se nos ha suplicado suprimamos, diez pesos en que le vendieron una boleta falsa para ir al Niágara. Es increible el escándalo con que estos especuladores de mala ley etc."

— Luego cree V. que ese pobre es D. Fernando?

— Indudablemente. Ayer se despidió para el Niágara y

hoy le he visto en Broadway. Por cierto que iba con una jóven rubia, de ojos azules, que se reia mucho. ¿Sabe V., Nazareno, si D. Fernando habla inglés?

—Ni una palabra.

—Entonces no sé qué podia conversar con aquella mujer tan relamida y tan. . . . .

—Sofia, tiene V. celos?

—Nazareno, V. no se corregirá nunca, porque es un tonto muy impertinente.

Al quedarme á solas empecé á devanarme los sesos sobre quién seria la muchacha rubia, de ojos azules, que acompañaba á D. Fernando. Perdíme en un laberinto de conjeturas sin acertar con ninguna satisfactoria, cuando en el diario de esta mañana leo no sin asombro:

"El sargento Wells se ha convertido en ángel tutelar del caballero español á quien dijimos ayer que habian engañado con una boleta falsa para ir al Niágara. Efectivamente ayer mismo condujo ante el juez de policía á una sirena rubia, de ojos azules, que habia logrado con sus encantos hacer pasar de la mano de D. . . . á la suya una sortija de brillantes sumamente valiosa. Volvemos á suprimir el nombre del caballero por súplica suya."

Tampoco pondrá este nuevo lance en sus folletines el amigo D. Fernando, que ciertamente no se diferencia mucho de la generalidad de los viajeros que nos visitan, en esto de lances y percances propios para folletines del *Diario de la Marina.*

Nueva York, junio 3 de 1858.

DE PUERTAS ADENTRO.

ESCENA EN LA CAMARA DE REPRESENTANTES.

> Y todos á una empezaron á disculparse. El primero dijo:—He comprado un pedazo de terreno y tengo que ir á verlo, por lo que te ruego me escuses.
> Y el otro dijo:—He comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlos: escúsame.
> Y el otro dijo:—Me acabo de casar y por eso no puedo ir.
>
> El Evangelio segun San Lucas.

Vamos nosotros, querida lectora, vamos al Capitolio. Te prometo que no se hablará de política, ni de Kansas, ni de los mormones, ni de los cruceros ingleses, ni del presupuesto, ni de nada que te fastidie. Ven, que si no te ries, no será por culpa mia, pues á fe de inocente que has de ver cosas que no estan escritas. Te lo prometo, porque estoy en el secreto y ademas te conozco. Al atravesar la Avenida de Pensilvania todos te admirarán, como á la bella del Sur, la estrella meridional, la perla de la perla de las Antillas, la hurí del Golfo. Ven, lectora mia tan querida, y gozaremos de puertas adentro una de las escenas mas prodijiosamente picantes de la vida parlamentaria.

Ya que me has hecho la merced de engancharte á mi brazo, para mejor entendernos te diré que el Congreso suprimió las dietas como medida de policia para evitar que los honorables miembros prolongasen las sesiones por aumentar la prebenda diaria. Pagados todos por año, dijeron, no habrá motivo que induzca á nadie á eternizar las sesiones. Por el contrario todos se apresurarán á lejislar en pocos dias y se marcharán á sus casas, y á sus negocios, dejando á la patria satisfecha si no harta con un mes de Congreso. Señalóse pues la suma de $ 3,000 á cada honorable, aun cuando la sesion no fuese sino de tres semanas, y el cacúmen de los inventores de tan astuto ardid quedó tan descansado como el del profesor Morse despues que descubrió el método de hablar por medio del alambre electrizado. El "problema" estaba resuelto.

Pero la humanidad es como el agua estancada que cuando se le cierra una grieta, busca otra por donde emprender su paralizado curso. El método de los $ 3,000 no ha prolongado la sesion, pero la ha destruido. Hoy viernes segundo de mayo, en el año de gracia de 1858, no hay cien diputados que pro-

nuncien discursos sin fin para aumento de dietas; pero hay 174 que no han concurrido á la Cámara.

Ahora que estamos de puertas adentro puedes ver, mi dulce compañera, que el semicírculo de los delegados del pueblo se encuentra como el teatro de la Academia en dia de concierto á beneficio de algun solista distinguido. Entra y toma tu asiento en las galerias. El Speaker va á hablar: Speaker quiere decir hablador. Manda S. S. al ujier que cierre las puertas y vaya á caza de miembros ausentes y los conduzca á la Cámara.

El secretario pasa lista para conocer á los ausentes y las razones de su ausencia. Las razones ocuparán veinte y dos columnas del *Globe!* Oyelas:

—Mr. Montgómery, dice el secretario.

—Mr. Montgómery, contesta su amigo Mr. Taylor, debe ser disculpado presuponiendo que no está bien: al menos así es de presumir, porque en toda la sesion apenas ha concurrido á la Cámara. (Risas.)

—Pues á mí me consta de ciencia cierta, dice Mr. Clements, que Mr. Montgómery anda por su distrito en intrigas eleccionarias para ser reelecto.

—Propongo que no se le escuse.

La Cámara no lo disculpa y le impone una multa por haberse ausentado sin permiso. Ya no lo hará jamas por temor de la multa, que es de... dos pesos... que no se pagan nunca. (Opinion particular del *Express.*)

—Mr. Shorter, continúa el secretario.

Mr. Moore.—Ese caballero estuvo en su puesto hasta muy tarde y me dijo que se hallaba indispuesto.

Mr. Leiter.—Yo lo he visto en la comision de *Negocios Indios* y estaba rozagante.

Mr. Shorter es multado en dos pesos.

—Pido, dijo entonces Mr. Florence, pido permiso á la Cámara para ausentarme por tres horas mas ó menos. Tengo un asunto muy urjente.

Mr. Harris.—Qué asunto es ese?

Mr. Foster.—¿Cumplir con las obras de misericordia respecto á los miembros que están ausentes, por enfermos? (Risas.)

Mr. Florence.—Diré cándidamente que no es eso.

Mr. Morgan.—Entonces el caballero quiere ausentarse por el resto de la sesion.

Mr. Florence.—No señor, por tres horas no mas.

Negado. Mr. Grow dice que si hubiese pedido M. Florence el permiso antes de la votacion de Kansas, se le habria concedido sin limitacion.

—Oh! señor, es una desgracia que no se me entienda, vuelve á decir Mr. Florence. Quiero estar ausente tres horas solamente.

Mr. Grow.—Nuestro cólega es tan buen compañero que no debemos privarnos de su agradable sociedad.

Mr. Foster.—A menos que diga á dónde va.

Mr. Florence.—Cuando vuelva diré de dónde vengo y es lo mismo.

—No señor, no.—Negado.

Continúa en la lista Mr. Cobb.

Mr. Moore.—Mr. Cobb está en la puerta, pero como se halla cerrada no puede entrar.

Mr. Cobb (desde fuera.) —Nadie abra, que no quiero entrar. (Risas.)

El Speaker.—Portero, haga V. guardar órden. (Mas risas.)

Preséntase entonces el ujier con varios miembros que trae á la barra de la Cámara para que le den satisfaccion por su ausencia.

—Aquí están, dice, los

Señores que desean	*escusarse por*
Morris.	Algo que hacer.
Cragin.	Fué á comer.
Wilson.	Escribia una carta.
Stewart.	Fué á ver á un amigo.
Prubiance.	Fué á un entierro.
Kunkel.	Creia levantada la sesion.
Granger.	Fué á tomar té.
Ready.	Tenia sed.
Wade.	Tenia hambre.
Palmer.	Tenia sed y hambre.
Case.	Tenia hambre solamente.
Shaw.	Tenia las dos cosas.
Atkins.	Estómago vacio.
Boyce.	Idem idem.
Hughes....	

El Speaker.—Mr. Hughes, ¿por qué se marchó S. S. de la Cámara?

Mr. Hughes.—Pues, señor Speaker, yo diré que supe que el ujier andaba buscándome y yo en el momento me puse á buscarlo á él, y lo encontré antes que él me encontrase á mí, y aquí lo traigo, por lo cual él tiene que pagarme á mí la multa. (Risas.)

Mr. Wilson.—Merece que se le perdone la multa.

Perdonada, y sigue la lista.

Abbott.	Estaba muerto de hambre.
Potter.	Tenia dolor de cabeza.
Kellogg.	Se sentia muy pesado.
Woodson.....	

— Yo, dijo, esplicaré la cosa: ayer me dejó mi mujer (Risas)—para volverse á casa y hoy me sentia algo flojillo para lejislar. (Tremenda risa.) Para hacerlo mal, mejor es no hacerlo. Discúlpeseme.—Disculpado.

—Mr. Anderson, por qué se marchó S. S.?

—Yo no me marché: quien se marchó fué mi mujer (Risas) y en calidad de marido amoroso creí de mi deber acompañarla hasta el paradero. Sabe Dios lo que despues hará el ferrocarril con ella. (Risas.)

Mr. Taylor (de Luisiana.)—El caballero estaba cumpliendo con un deber sagrado. Propongo que se le perdone, con las costas en consideracion á lo agradable del deber.

Mr. Taylor (de N. York.)—Dice mi honorable amigo que se carguen las costas á Mr. Anderson por lo grato del deber que desempeñaba. ¿Cómo? ¿Es acaso grato separarse de su mujer? El caballero de Missouri desempeñaba un deber y sufria horriblemente con la separacion de su esposa. Nada de costas.

Mr. Taylor.—En contestacion digo, que no concibo un placer mayor que el de un esposo que paga el debido tributo de afecto á su mujer. (Tremendas carcajadas.) Como el diputado abandonó sas deberes públicos por el gusto de cumplir con uno privado, sostengo que debe pagar su contribucion.

La Cámara absolvió al buen marido.—El amor á las mujeres se hizo contagioso en el salon de sesiones como lo es en todas partes para honra y gloria del sexo. Así es que cuando el Speaker reconvino á Mr. Cox por su ausencia, dijo:

Mr. Cox.—Yo estaba en mi pueblo, donde se han desencadenado todas las pestes, y principalmente el Knownothingismo y la viruela. Por eso estaba yo tomando píldoras de democracia y lancetazos de pus vacuno. Mi mujer (como enan-

tes, como siempre) se sentia indispuesta y temo que los dos traemos la viruela. Ruego á la Cámara me permita retirarme. (Unánime y apresuradamente concedido.)

Pues no es nada. ¡ La viruela!

TRIPPE. Estaba acatarrado.

CLAY. Tenia una tos funeral.

WILSON. Tenia una dama en las galerias.

MR. JOHN COCHRANE.—Siempre fuí tan fiel á la Cámara como mis honorables cólegas á sus esposas. (Risas.) He cumplido con mis deberes de diputado, porque siempre di mi voto á favor del gobierno, y por cuanto este propuso. Tuve por guia á un valiente campeon, el honorable Mr. Marshall, y le seguí las aguas tan de cerca, que cuando el se marchó creí yo que no debia quedarme. Para mí se habia concluido la sesion desde que mi campeon se ausentó: los miembros que aun se reunian en el Capitolio me parecian vírjenes locas que buscaban aceite en las lámparas agotadas. Volvíme pues á mi casa con mi aquel hasta que vino á arrestarme inopinadamente la dura mano de vuestro leal ujier. Rudo fué el choque, porque el hombre es tremendo de alma y de cuerpo. Toda mi constitucion federal tembló y á su contacto

> " Nature through all her works
> Gave sing of woe that all was lost."
>
> (Naturaleza en todo su cimiento
> Tristes señales dió de abatimiento.)

Creí entonces, señor, y aun me siento con ganas de creer ahora, que la Cámara es responsable por esta falta de miramiento conmigo. ¿ Qué, qué es esto, señor presidente ? Un hombre que se sienta cinco horas de seguido, un caballero, un representante, un patriota, (Risas,) un ministerial, un patricio que rechaza las gangas, y las desprecia, y vota con el gobierno á tuertas y erradas, y vota por disolver la Cámara en union con ese juego de patriotas de mi calibre, en cuyo número tengo la honra de contarme, ¿ cómo, digo, á un hombre de esta categoria se le despoja de sus derechos y prerogativas ? ¿ Cómo, señor, estando en compañia con un venerable senador de Nueva York, cuya sacrosanta figura recuerda las prominentes de los beneméritos que he descrito, cómo, insultando la dignidad senatorial, al representante de un gran estado se le arresta en tal ocasion, y en medio de las calles de Washington ? Si la Cámara estaba disuelta por el voto de los ministeriales, yo tenia el derecho de ausentarme.

A propuesta de Mr. Taylor fué escusado (con el pago de costas) el patriota espartano.

Brown.	Se moria de hambre.
Hatch.	Se cansó y se fué.
Groesbeck.	Necesitaba tomar el fresco.
Farnsworth.	Estaba convidado á comer.
Fenton.	Tenia dolor de muelas.
Moore.	Andaba de tiendas.
Glancy Jones.	Fué á tomar un pienso.

Mr. Howard.—En consideracion á la anterior buena conducta del presidente de mi comision, Mr. Jones, propongo que se le absuelva sin costas.

Mr. Jones.—Acepto si se dice que es por mi buena conducta, y no por mi *anterior* buena conducta. Dejémonos de equívocos.

Mr. Hughes.—Antes de obtener absolucion el caballero que está en la barra, es necesario que nos diga qué especie de pienso fué á tomar. (Risas.)

El Speaker.—Creo que eso no está en el órden.

Mr. Hughes.—Por supuesto. ¿Qué es eso de ir un hombre á tomar un pienso? Es necesario que el honorable diga qué fué lo que comió.

Mr. Moore.—Llamo al órden á S. S.

El Speaker.—Está en órden.

Mr. Hughes.—Oiga bien la Cámara: por primera vez estoy en órden. (Risas.)

Mr. Greenwood.—Pero está molestando á sus amigos.

Mr. Hughes.—Pésame, señor, de molestar á mis amigos; pero ese es un sacrificio que la patria exije. Mas volviendo al punto en que fuí interrumpido por la voz de órden... Pues no es cosa esa de llamarlo á uno al órden desde su asiento, tan sin ceremonia, en lugar de ponerse en pié y con una cortesia decir que se propone una cuestion de órden.

Mr. Howard.—(*En pié y con una cortesía.*) Propongo una cuestion de órden: si el caballero está en órden, es fuera de órden que discurra sobre si está en órden.

El Speaker.—La mesa decide que toda cuestion de órden no está en órden. (Risas.)

Mr. Hughes.—Y ¿estaria en órden tomar acta de que el caballero de Michigan (Mr. Howard) ha propuesto por primera vez en su vida una cosa buena? (Risas.) Pero como iba diciendo cuando fuí interrumpido, antes de votar por la

escusa del caballero que fué á comer (ya la Cámara sabe que fué á comer) es preciso que nos diga qué fué á comer. Yo puedo perdonarle el que haya tomado un pienso; pero hay piensos que pienso no son muy favorables. Los franceses comen ranas, y yo jamas le perdonaria á un miembro de la Cámara que fuese á hartarse con los cuartos traseros de ese animalejo, porque me parecen comida de bárbaros.

Mr. John Cohrane.—Antes que la discusion pase de este punto delicado, suplico al caballero de Pensilvania diga si alguna vez ha comido piernas de rana.

Uno.—Por Dios, señor Speaker!

El Speaker.—Al órden!

Mr. Hughes.—No se debe hablar desde la barra

El Speaker.—No está en la barra.

Mr. Hughes.—Pero desbarra.

El Speaker.—Dejarle hablar; quiero ver á dónde va á parar. (Risas.)

Mr. Hughes.—Pues que diga dónde comió.

Mr. Glancy Jones.—Comí hace dos ó tres dias con el Presidente y creo que otros diputados fueron convidados tambien.

Varios Republicanos.—No de estos bancos.

Mr. Glancy Jones fué absuelto con las costas y siguió en turno

Mr. Guillis.—Señor Speaker, dijo, yo soy el humilde representante del distrito del Gato Montés de Pensilvania (Risas) y no es de esperar que los representados ni los representantes de dicho distrito estén muy al cabo de las reglas de conducta de esta Cámara, ó de cualquier otra asamblea desordenada. (Carcajadas.) Tampoco puede pedírsenos que tengamos en la uña las reglas de la etiqueta en esta "ciudad de las magníficas delicias." Hoy me honró el presidente con una esquela de convite para comer con él, y como él es quien manda, me figuré que no debia nadie desobedecerle, y mucho menos un representante. (Grandes risas.) Comí pues con S. E. y gocé de todo en regla. Estoy dispuesto ahora á pagar la multa. (Risas.) Una palabra mas: supe que el ujier me andaba buscando con mucha gana, y yo, que por huirle el cuerpo me habria agarrado á los cuernos de la luna, como no tenia luna me agarré á los cuernos de *Old Buck*, (1) y allí

(1) *Old Buck* (venado viejo)—sobrenombre del presidente Buchanan.

me estuve hasta que pasó el enemigo. Ahora vengo á echarme á los piés de la Cámara. (Estrepitosas risas.)

Fué absuelto sin costas y siguió Mr. Whiteley, de Delaware.

—Qué escusa tiene el honorable de Delaware? preguntó el Speaker.

Mr. Whiteley.—Yo, señor, confieso que no tengo mas escusa sino esta: como estoy solo y no hay quien atienda en el gobierno federal á los asuntos de mi estado, me veo en la forzosa de asistir en persona á los diferentes departamentos del gobierno. Esta mañana me puse á pensar que el único bill en favor de mi estado habia sido rechazado en la Cámara, y que si yo no conseguia algo del gobierno, nos quedábamos sin bola. Pues si la Cámara no da nada, mas deja estar en el gobierno, y me fuí al gobierno á representar á mi estado.

—Que se le absuelva con las costas.

Aprobado.

Y siguió... ¿Pero hasta cuándo? El *Globe* de Washington, diario oficial de las sesiones, empleó *veinte y dos columnas* en publicar las escusas. Yo no tengo á mi disposicion sino de media á una y media. Lectora, baste la muestra para saber lo que pasa de puertas adentro.

EL NIAGARA.

I

Niagara, julio 8.

Cuando oía hablar del Niágara y de la catarata, me daban ganas de tomar un tren, el primero que saliese, para ir (ahora diré venir) á verlo. Me sucedia lo que á las colegialas, que siempre tienen deseos de saber mas de lo que dice el catecismo de moral. Tenia curiosidad como verdadero hijo de mujer.

Estando en el Niágara podia saber lo que no dice el catecismo, y tenia miedo, miedo de lo que tanto habia deseado.

Antes de venir oí siempre hablar de los encantos del Niágara, de los placeres del Niágara, de la sociedad del Niágara. El Niágara me zumbaba en los oidos como lo que no dice el catecismo. Ya estoy en el Niágara.

Cierto inglés llegó al cuarto en que precisamente me encuentro..... La camarera mayor del hotel me lo ha referido esta mañana, y la camarera cuenta como Alejandro Dumas, padre, sin duda porque cocinó antes que él y mejor que él.....- Habia oido el inglés muchas historias respecto al Niágara — que hacia la catarata un ruido sordo y temeroso que se percibe á seis millas. El inglés que veia la catarata por todas partes desde que saliera de Inglaterra con el objeto de visitarla, luego que llegó al cuarto mio creyó oir la catarata. Mató la luz para que nadie pudiese verle, abrió la ventana y oyó el ruido. Aquel ruido por débil no podia oirse ni á una milla.

—Me han engañado! esclamó lleno de vergüenza. Vaya V. á dar fé á relaciones de viajeros!

Y sin esperar á comprobar el hecho por sí mismo se marchó á la mañana siguiente por el tren en que habia llegado.

Otro tanto habria hecho yo sin la relacion de la camarera- Ventaja de conversar con camareras.

Aguardé pacientemente á que mi compañero estuviese listo para emprender la peregrinacion á la catarata, y para aguardar con mas calma encendí mi Cabañas prensado. Un hombre bien portado me preguntó si alguna vez habia visto el Niágara.

—No, le contesté con candor.

—Pues necesita V. un guia.

—Un guia! Es este acaso un desierto?

—V. ganará con el guia tiempo y dinero; verá mas, verá mejor y mas pronto.

—Quiero un guia, dije en el refectorio del hotel.

—H.....“el bien conocido guia patentado” lo conducirá á V.

El bien conocido guia patentado salió como por arte de encanto en el instante mismo. Hicimos ajuste, acordamos el plan, fijamos la hora y presentándose mi compañero fuimos á almorzar... sin guia, porque el camino del plato á la boca me es bien conocido.

Habia en la mesa un reducido número de personas, y estas modesta, por no decir malamente vestidas. Las crónicas del Niágara hablan de tocados y trajes, y diamantes, y *beaux*,

y bellas, y *flirtation*, de una corte en fin, y yo volvia los ojos á todas partes y me preguntaba á mí mismo:

¿Qué se hizo el rey D. Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?

—En la comida lo veremos todo, me decia mi amigo. Las *ladies* no gustan de madrugar: es de mal tono.

Almorzamos sin decir palabra y partimos.

—Van Vds. á pié? nos preguntó el guia.

—Lo sabrá V. mejor, contestó mi amigo.

—No es léjos; pero hace calor y polvo.

—Tomaremos un carruaje.

Un carruaje vino al instante. Su dueño era un hombre formalote que no tenia mas que un precio: 20 pesos. Resistimos, bajó á diez; objetamos pasó á ocho, y de rebaja en rebaja llegó al precio de tarifa: *cinco duros por dia.*

Observe el lector las bastardillas de mi narracion: valen dinero y si otra ventaja no hallase en leerlas, algunas águilas mas en su bolsillo merecerian para un viaje al Niágara haber leido una relacion á vuelo de pájaro.

El cochero alabó su propia honradez, la bondad del coche y el juicio de sus caballos, que estaban tan acostumbrados á los lugares por donde iríamos, que no necesitaban casi de guia, para todo lo cual nos ofreció como garantia y fiador al dueño del hotel.

El dueño nos informó que todo era como el hombre formalote y de un solo precio nos decia. Pero nos añadió que *llevando coche no necesitábamos de guia*, porque el cochero desempeña la doble funcion de conducir los caballos é instruir á los viajeros. Nuestro contrato estaba realizado con el guia y un contrato es un contrato.

Salimos del hotel y nos dirigimos á la raya inglesa, marcada por un puente magnífico de alambres cuya descripcion podria copiar en cualquiera de los innumerables directorios del Niágara. Reservo al lector el derecho de leerlos *cuando se los venda el honradote cochero por un precio triple del que valen*, ó la sorpresa de contemplar de improviso una obra que verdaderamente no parece material. En el puente se ve la catarata y se paga el derecho de peaje, ambas cosas cada vez que por allí se pasa.

Tengo una razon para no hablar de la catarata.

Seguimos, y pagando otro peaje por el camino á orillas del

Niágara fuimos á dar derechamente á una de tantas casas por allí esparcidas, y en cuya puerta nos recibió una muchacha linda como perla oriental, convidándonos á subir á su mirador para contemplar desde cerca la caida de las aguas. Nuestro guia supernumerario se apresuró á decirnos que nada se pagaba por subir al mirador: así constaba además en un carton puesto al intento sobre la puerta.

Hallábase el mirador bien surtido de espectadores, entre ellos un viajero que con cartera abierta y lápiz en mano se estaba inspirando para escribir alguna oda fantástica. Nuestro guia nos esplicó muy menudamente todas las especialidades de la catarata, sus medidas.....

—Los ingleses tienen mas agua, nos decia; pero la nuestra cae de una altura cuatro piés mayor. Es una compensacion.

—Ha bajado V. al pié de la catarata?

—Magnífica es!

—No tenia V. una idea de que fuese tan grande?

—Son Vds. españoles?

—Es la primera vez que la han visto?

Caían de todas las bocas mas preguntas que agua de la catarata. Cada cual daba su opinion y deseaba generalizarla. Todos habian olvidado la etiqueta inglesa: la sociedad charlaba. En cuanto á mí observaba la mania de los viajeros que nada han visto y sin embargo no quieren dar á conocerlo con sus acciones. Me sucedia lo que al portugués á quien le mostraban el Escorial y decia muy sereno; "En Lisboa tenemos otro."

Cuando bajamos del observatorio nos recibió en la escalera la misma sirena encantadora que nos habia introducido en su casa.

—¿Quieren Vds. ver los trabajos de los indios? nos dijo.

—No se paga nada por verlos, observó el guia rellenando su pipa con tabaco de Natchitoches.

Vimos los trabajos primorosos que se atribuyen á los indígenas, y que los fabricantes de Brusélas y de París podrian reclamar como salidos de sus manos: tan delicados son!

Por complacer á la señorita que con tanta amabilidad nos habia obsequiado, tratamos de comprarle algunas curiosidades. Estas eran tan lindas y ella las vendia con tal gracia que nuestras compras alcanzaron hasta donde los dineros que llevábamos encima. Satisfechos en estremo de la jornada y de las compras volvimos riendas, porque la sirena nos habia entretenido largas horas.

El honradote cochero nos advirtió por nuestro propio interés que no pasáramos el puente exhibiendo la mercancia si no queriamos pagar derechos *ad valorem* en la frontera.

Mientras él se hacia cargo de ocultar el contrabando bajo los asientos del coche, nosotros mirábamos una casa que Don Quijote habria llamado castillo, y con razon. Tal es ella de grande y anchurosa.

—¿Que casa es esta, cochero?

—Clifton House.

—El hotel! Pero si ningun cochero la conocia anoche!

—Porque hay cocheros que no saben su obligacion. Yo puedo asegurar que ahi están el baron de F***, el conde H... y el general S., y Mme. Gazzaniga.

—Mme Gazzaniga!

—La prima donna de la Academia de Música que tanto les gustó á Vds. los cubanos.

Sin atender á nuestra nueva nacionalidad entramos á ver á Marietta, la simpática cantatriz que como Colon conquistó en Nueva York un nombre que todos tenian empeño en negarle. La Gazzaniga ama á la Habana sinceramente, aun cuando tristísimos recuerdos van para ella unidos á ese nombre. Con efusion me decia la recordase á los habaneros cuando escribiese. Cumplo su deseo de la manera mas completa que ella pudiera apetecer.

Despues del puente suspendido se ve la vorágine, donde un nuevo guia enseña á los viajeros el camino, sin ecsigir mas remuneracion que la que señale su generosidad. El hombre es manco y pide por Dios, por lo que segun el refran pide por dos. En la vorágine del Niágara hay un libro en que estan inscritos los nombres de los que la visitan.

Hay un Thomas Smith que aprovechó este nuevo órgano de publicidad para anunciarse como droguista-farmacéutico-boticario con residencia en .... ¿Por qué habria yo de publicar grátis su anuncio?

Grátis es un sonido que no se conoce en el Niágara, donde todo es catarata. Catarata de agua, catarata de dinero, catarata de... otras muchas cosas, en todas las cuales ha de caer el inesperto estrangero. Así nos lo probaba otro cochero no tan honradote como el nuestro, si mas ladino, que arreando sus caballos junto á los nuestros:

—Han visto Vds. el elefante? nos preguntaba.

—¿Qué elefante? dijo mi amigo.

—Quiere saber si nos han engañado.

—No; no hemos visto el elefante.

—Lo dudo. Vds. han comprado curiosidades en la parte inglesa.

—Y qué?

—Allí hay niñas bonitas y no se regatea por el precio y en el precio hay elefante: es precio de catarata. *Ninguno que allí compre deja de ver al elefante.* Y Vds. tienen guia y tienen cochero, que son dos elefantes. Y Vds. tienen libros del Niágara comprados al cochero y los libros son otro elefante; y Vds. pagaron en la vorágine por ver el elefante, y....

Nuestro cochero apretó el paso y nosotros le ordenamos que se detuviese.

—No, caballero, contestó; ese hombre está bebido y va á decir á Vds. que yo gano un tanto por ciento sobre las compras que Vds. han hecho, y que se nos paga porque no digamos á los recien llegados dónde está Clifton House.... y yo no quiero que Vds. sepan nada de eso. Es tarde, es tarde: hora de comer!

A carcajadas nos reiamos de la franqueza desvergonzada del facton cuando entramos en el hotel. Un sabeo con cara y talla de tambor mayor (mi amigo decia que era un esclavo suyo que se le habia fugado años atrás) nos condujo á un par de tantos asientos como por todas las mesas habia desocupados. Vino la lista de viandas y empezamos á pedir.

—Esto se ha concluido. Esotro se acabó. Lo de mas abajo acaba de ser servido á un caballero que llegó un instante antes que nosotros.

—Pues traiga V. lo que no se ha cocluido, ni acabado, ni servido.

Roastbeef y papas bastan para llenar el vientre mas vacio y de ambas cosas nos sirvieron (justicia es decirlo) con abundancia. Lo demás no lo catamos, aunque en la lista estaba, sin duda para ser visto á vuelo de pájaro. Bien dice el *Herald* que á ciertos lugares se va en verano para tener mal cuarto, dormir mal, comer peor y pagar contribuciones subsidiarias á los criados.

—Pero ¿y la gente, la multitud, las bellezas del Niágara?

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?

—La crisis por una parte ha hecho entrar en juicio á los

locos que tiraban el dinero como si lo ganasen en Wall street jugando á la bolsa, decia un caballero del antiguo cuño que junto á nosotros quedaba.

—Las facilidades de los ferrocarriles, que se estienden cada vez mas, añadia otro (un agente quizá de las compañías de ferrocarriles,) hacen que el público busque las novedades que se van descubriendo en otras direcciones.

—Pero el caso es, replicó el hombre maduro, que en los periódicos se dice que los hoteles están repletos de gente.

—Toma! saltó el agente: ya lo creo: si son anuncios interesados de los posaderos de otros lugares para que la gente no venga al Niágara por temor de no encontrar cuarto y se dirija á sus hoteles. Eso es lo que se llama matar haciendo cariños.

Embebecido escuchaba yo la discusion, admirando las argucias que inventa el interés individual, cuando me sobresaltó un golpe de música con el cual no contaban mis nervios. Una banda completa nos daba alimento al oido en cambio del que á la boca no se nos habia ofrecido. Algo era, algo en el sistema de las compensaciones: si de aquí no salimos Eliogábalos saldremos Orfeos. Mi amigo me recordó muy oportunamente que en los *restaurants* de Paris se sirve al hambriento huésped un par de sardinas que no le satisfacen la necesidad, pero le encantan la vista porque van adornadas con una rosa *au naturel.*

La misma música tocó despues en el salon con el propósito de que bailasen; pero faltaban parejas. Las pocas personas que habiamos reunidas nos mirábamos mútuamente la cara, que no era por cierto ocupacion muy divertida, porque las habia de no verse, ó cuchicheábamos en grupos aislados sin mas enlace que el de estar todos bajo un mismo techo. La etiqueta no permite la mancomunidad y cange de ideas.

Cuando nos retiramos á descansar mi amigo y yo anotamos en la cartera de viaje:

1.—No se necesita guia.

2.—No se debe comprar en todas partes.

3.—Los cocheros ganan un tanto por ciento.

4.—Los ajustes han de ser claros.

5.—La estacion es pobre en el Niágara.

6.—Tengase cuidado de no ver al elefante.

7.—Repárese en qué se gasta el dinero antes de gastarlo.

La última observacion conviene perfectamente con la que

hacia un francés que visitaba la catarata y sentia que los francos se le ausentaban con mucha franqueza.

—Cochero, decia, sepa V. que tengo muchos deseos de ver la luna; mas para proceder con juicio quiero saber cuánto se paga por ver la luna del Niágara.

—Nada, *Monsieur*, contestó el cochero.

—Entónces la veo, añadió el francés levantando los ojos, que hasta entónces tuviera fijos en el suelo.

—Perdone V., volvió á decir el cochero: fuma V. un cigarro tan bueno que me alegraria de poder fumar uno igual.

—*Le voici*, dijo el frances, alargándole el cigarro. Cuesta un cigarro ver la luna del Niágara.

II.

" Nadie viaja por viajar sino por haber viajado," dice Alfonso Karr en no sé cuál de sus muchos libros impresos. Esta verdad, que ya lo era aun antes de que el literato jardinero la hubiese formulado tan sencillamente, se ve por obra en todos y cada uno de los rostros que andan sobre formas humanas en los hoteles. Todos ellos dicen sin hablar : " obsérveme V. bien: quiero que se sepa que he estado en el Niágara." Tal es el deseo universal que se trasluce tambien en aquellos individuos que estan haciendo apuntaciones en sus carteras, apuntaciones que luego apareceran en todos los idiomas del mundo bajo el disfraz de correspondencias, folletos y libros de todo género. Natural es que el que goza busque con quién dividir sus delicias: todo el que lee algo interesante ó curioso mira en derredor por si encuentra á quién comunicar su lectura. El *Quijote* ha hecho mas amigos en el mundo que todos los tratados de las naciones reunidos.

Así esplicaba yo la fraternidad con que nos trataban al borde de la catarata inglesa todas las personas que se hallaban agrupadas contemplándola. Un desconocido me llamó la atencion hácia un libro que se conserva en una de las casas vecinas.

—Está en español, me dijo.

—En español!

—Lea V.

Efectivamente, me mostraba una pájina en que aparecian los nombres de Dolores, Jacinta, Concha y otros al pié de las

diversas impresiones que la catarata habia producido en aquellas señoritas. Copiaré algunos conceptos de los muchos que allí leí.

"El Niágara es muy bello."

"El Niágara es muy hermoso."

"Qué lindo es el Niágara!"

"Me gustas, Niágara."

"He llegado enfermo y la vista del Niágara me ha restablecido. De aquí en adelante me reiré de las descripciones pomposas que hagan los viajeros."

Hay además, como es de suponer, muchas mas "impresiones" del Niágara, en inglés, francés, aleman y todos los idiomas antiguos y modernos, notándose entre ellas la variedad y contradiccion que se observan entre las diversas razas é individuos en el mundo. Así por ejemplo dice uno:

"Oh Niágara, obra eterna de Dios!" Y otro añade al pié:

"Mi opinion es que la catarata caerá y será destruida."

Un bien humorado positivista escribió con el desenfado de Pirron:—"¿Para qué sirva la catarata?"

Otro, desocupado y hombre del siglo XIX indudablemente, contestó:—"Para hacer ruido y mover los molinos."

Los cubanos en general se han abstenido de dar salida á sus "impresiones" por una razon que parece universal entre ellos y concluyente para su inteligencia. Don F. H. de C. la ha compendiado así:

"¿Quién osará despues de Heredia, el sublime cantor del Niágara, decir lo que piensa despues que ha visto la catarata?"

Perifraseado de mil modos se encuentra este pensamiento en muchas páginas del libro. Preguntamos por la composicion de Heredia que ha cerrado la boca á tantos vates, y el dueño del libro nos informó que el volúmen en que se encontraba se habia quemado en un incendio.

—Hay incendios por acá? preguntamos al inglés.

—¿Pues no estamos en la raya de los Estados Unidos? contestó como quien desata el nudo gordiano.

Si la oda de Heredia, que afortunadamente no se ha quemamo en todos los libros, ni puede quemarse en la memoria de los que la sabemos relatar sin necesidad del libro, basta para no dejar que los poetastros caigamos en la tentacion, otro rubro de aquel libro del Niágara impedirá siempre á los prosistas dejarse arrastrar por la gana de describir "la caida de

las aguas," como la llama sinple y acertadamente un poeta inglés.

"De aquí en adelante me reiré de las descripciones pomposas que hagan los viajeros."

El supradicho anatema no ha bastado para contener á las niñas de "El Niágara es muy bonito," ni á los niños del "Oh tú, sublime Heredia?" Pero ha erizado el cabello á un ejemplar comun de la edicion de brocha gorda de la humanidad. El hijo de mi madre no ha escrito "impresiones" en el libro verde, y se contenta con reproducir las agenas. La última, que con fecha 9 de julio de 1858 se lee, es esta:

"Oh Niágara, especulacion universal, punto en que se reunen los americanos y los ingleses, lugar á donde vienen los estrangeros para ser esplotados y escribir necedades!"

Cerré la hoja como si me hubiese picado la tarántula y rompí la punta del lápiz sin abrir la cartera.

*

Los hombres han visto la catarata como vió Dios al mundo. *Et vidit quod esset bonum.* Han tratado de verla mejor y han inventado muchos métodos para lograrlo. En un vapor se baja hasta el mismo pié de ambas cataratas, y se navega por entre la niebla que forman las aguas al tocar el fondo del rio. Para entrar en el vapor se paga, del mismo modo que se sufre para entrar en el cielo. El vapor se llama *La Doncella de la Niebla* (*Maid of the Mist;*) mas para visitar á su hermosura no se llevan tules ni alas de Cupido, sino unos sacos de hule amarillo que mas bien se parecen á los que visten los hermanos agonizantes, ó al que lleva el mismo reo cuando marcha al patíbulo.

La impresion que se siente bajo el rocio de la catarata, oyendo su ruido y viendo el volúmen de agua que se desprende sobre *La Doncella*, es horriblemente hermosa. Figúraseme que es la que debe sentir el hombre cuando ve la cuchilla de la guillotina sobre su cabeza. De cualquier modo que sea, y tal vez á causa de la similitud de los nombres, á bordo del vapor se piensa mas en Carlota Corday marchando al suplicio que en la sublimidad del espectáculo, y el corazon se ensancha cuando *La Doncella* gira precipitadamente y se aleja de la catarata á impulso de la corriente de las aguas, cual si hasta el mismo buque se espantase de la osadia de ir á recibir el golpe del torrente.

Para llegar al vapor se baja en ferrocarril por un plano inclinado cuyo declive da vértigos. Las señoritas americanas *et autres* tienen gran placer en inscribir sus nombres en el registro de *La Doncella*, y en bajar por la pendiente donde pereceria irremediablemente si se rompiera el cable que sostiene los carros sobre el abismo. Un clérigo protestante bajó con nosotros y aprovechó la oportunidad para decir á una hija suya bien plantada de traje y mejor dispuesta de cara y cuerpo:

—Ves, hija mia! Este es el camino del mundo: hondo precipicio le circunda: por todas partes está el peligro. Este cable es la virtud: si una vez se rompe no hay salvacion.

—¿Son Vds. españoles? nos preguntó la *miss*. Yo gusto mucho de los españoles. No son como los americanos.

Habiamos llegado á la plataforma del camino: estábamos en el cielo de aquel mundo, y la muchacha saltó ligera y atrevidamente, cual habria volado un ángel, y tomando del brazo á su padre se marchó sin mirarnos siquiera.

Despues la encontramos en la torre que domina las cataratas, edificio tan frágil como atrevido puesto en mitad de las aguas despeñadas, y que parece desafiar su poder. Este año las aguas han aumentado considerablemente y el puente que conduce á la torre se estremece al paso de los que van á visitarla. La señorita estaba labrando su nombre con un cortaplumas en la escalera de la torre, que apenas tiene espacio para recibir un nombre mas. Por fortuna el de ella es corto: se llama Bella y nunca hubo nombre mas bien aplicado.

Al Niágara solo le falta para ser encantador el ausilio de la tradicion, esa obra de los siglos que no puede existir en un mundo nuevo. Apenas se conserva la historia de un hombre que cayó en las rápidas y estuvo veinte horas luchando con las corrientes asido á un tronco que se enclavó en las peñas para salvarlo al parecer. Las orillas se llenaron de espectadores é hizo cuanto pudo la ciencia humana para arrojar al desdichado un cable que le sirviese de asidero y sosten para andar entre las aguas despeñadas. Todo fué inútil: el cansancio rindió los brazos que asian el tronco con desesperacion: la fuerza de Hércules cedió y el cuerpo sin vida desde que los brazos se aflojaron, cayó por la catarata para no volver á aparecer.

Esto aconteció durante el último verano y desde Nueva York presenciamos toda aquella larga y terrible agonia, por-

que el telégrafo daba cuenta, hora por hora, de todo lo que estaba pasando en la márgen del precipicio.

Refiérese tambien otra historia lamentable que presenciaron pocos y aun fué mas desgarradora. Paseaba un caballero (desgraciadamente he olvidado su nombre) con su señora y una hija suya por la isla de la Luna, que divide en dos partes desiguales la catarata americana. Un amigo de la familia les acompañaba y por "dar miedo" á la jóven, que tenia solo quince años, la tomó en los brazos y amenazó arrojarla al agua. Desprendiósele al decirlo y la pobrecilla cayó en las rápidas, tendiendo los brazos á su familia como si implorase su amparo, ó se despidiese de ella.

—Te salvaré, Fanny, te salvaré! gritó el caballero que la habia lanzado : y se metió resueltamente en el agua, alargándole la mano. Sublime arranque, pero inútil! Ambos rodaron impelidos por las aguas y la catarata apagó el último grito que dieron al caer. En la orilla estaban contemplando la escena dos personajes petrificados, dos estátuas. Los viajeros que vinieron despues cargaron á cuestas al padre y á la madre de Fanny, y pasaron muchos dias sin que se interrumpiese el silencio de su dolor para referir lo que habia pasado en la orilla del precipicio.

Serian las ocho de la noche cuando Albítez se sentó al piano y empezó á preludiar una melodia de *Don Pasquale.* Brignoli la cantó con su voz tan dulce, y como en un salon no se necesita ser actor además de cantante, el primer tenor de la Academia de Música y del Gran Teatro de Tacon arrancó aplausos á su auditorio. Pero esos aplausos no ensordecian el estruendo de la catarata y en el terrado en que nos encontrábamos apenas se oian como el ruido de un teatro muy lejano. Thalberg estaba á mi lado y me decia en escelente español:

—Qué lástima!

Sobre el entarimado en que resonaba el piano subió despues Marietta Gazzaniga. Su traje negro indicaba duelo, y de sus ojos no salia el fulgor ni de sus labios la rabia concentrada con que yo la he oido decir tantas veces : *Don Alfonso, mio quarto marito!* Sus ojos estaban estintos como los de *Violeta* moribunda, y su voz resonaba mas bien como la expresion de un deber que como el canto de la que arrabató coronas y recibió copas de oro en la Habana.

—Qué lástima! repitió Thalberg; y encendió un cigarrillo

de Susini, quitapesares eficacísimo que cura las enfermedades del espíritu ¿Quiere V. fumar?

Susini ardió en espiras vagarosas que se perdieron en la atmósfera humedecida del cielo del Niágara al mismo tiempo que se perdian en el salon los últimos ecos de Marietta.

Pronto vino ella á aumentar nuestro círculo en el terrado, y sentándose junto á la hija de Lablache exclamó dándonos la mano:

—Horror! Cantar en un salon vacio. Ni voz ni inspiracion.

El amabilísimo y caballeroso dueño de *Clifton House* habia entrado con un batallon de sus criados y mandó arrinconar los bancos que habian oido el concierto.—La música tocó una polka y empezó el baile.

Una linda señorita como de 12 años se presentó en el terrado y dirigiéndose á la Gazzaniga:

—Madama, le dijo, mi hermana y yo hemos reunido nuestros ramilletes para presentárselos á V. Le ruego que los acepte.

Gazzaniga la besó en la frente y llena de emocion le contestó:

—Estoy pagada por el concierto. ¿Dónde está su hermana de V.

—Allá en el salon. Mírela V.

Con Albítez bailaba una jóven á quien los moros llamarian hurí. Los romanos llamaban vestales á bellezas como la de la señorita que bailaba. Albítez habia olvidado el *fiasco* del concierto y daba vueltas al rededor de la bella del Niágara como al rededor de una rosa da vuelta un abejon. ¿No es verdad, maestro, que sufrias el suplicio de Tántalo?

III.

Lago Ontario, julio 11.

Censúrase generalmente á los americanos el andar en sus ferrocarriles con el mayor descuido y dar motivo con su *carelessness* á las catástrofes que ellos llaman accidentes por espresar quizá el poco miedo y ningun escarmiento de que les sirven. Pero quien quiera que de la villa del Niágara salga por el tren del camino de hierro en busca del lago Ontario, se admirará de ver el especialísimo cuidado y el cúmulo de pre-

cauciones con que viajan los americanos. La locomotora va á paso corto y regular, los carros tienen todos un guardian, los frenos van ajustados, las curvas son simétricas y contorneadas como un trazado matemático. Es porque al pié del camino, y á una altura espantosa, se encuentra el barranco limpio y peinado á la Pompadour, y el barranco es deleznable como todos los terrenos de acumulacion, y al pié del barranco está el *Niágara* con sus aguas tan profundas como la mar, y tan azules como un cielo sin fondo. Un descuido, el menor desliz, precipitaria al tren con todos sus pasajeros en un precipicio sin esperanza. El clérigo protestante habria encontrado en este camino un símil mas exacto del de nuestra vida, con la diferencia de que aquel cable que él llamó virtud está representado por la vigilancia del maquinista y el carril de hierro, mas allá del cual está el infierno. . . . del Dante.

El vapor *New York*, que nos esperaba mas abajo, ofrecia compensacion á las angustias que se esperimentan al pasar por lugares en que se puede decir con el poeta ministro (el del Estatuto:)

Temed antes, temblad! Una es la senda,
Los precipicios mil!

Todas las condiciones del vapor *New York*, uno de los de la línea americana, están concertadas para ofrecer al viajero grato solaz y el verdadero *comfort*, tan de desear despues de haber pasado tres dias de hotel fasionable.

Una cosa nos llamó la atencion á bordo. En diferentes lugares observamos colgado un cuadro con las *Regulations* ó Reglas que deben observarse por los pasajeros que trasporta la Compañía. Entre otras son notables las siguientes:

. . . . . "A ningun gentleman se le permite acostarse en el camarote con las botas puestas."

. . . . . "A ningun gentleman le es permitido sentarse á la mesa de comer antes que estén sentadas las señoras."

Un americano muy instruido que iba en el vapor le recomendó al capitan que pusiera en vez de aquellas *Regulations* un simple Catecismo de Buenos Modales y surtiria mejor efecto.

No habia catecismo de ningun género en el vapor; pero sí habia Biblias de las sociedades propagandistas, en inglés, francés y español. El americano para variar de tema echó mano

á la edicion que estaba en nuestro idioma y abriéndola por las profecías de Ezequiel trató de probarnos que el predestinado habia augurado desde los siglos remotos la aparicion del ferrocarril en el mundo. Leía su Biblia y nos hacia las observaciones que coloco entre paréntesis, por si alguien con la Biblia en la mano desea convencerse.

"Capitulo 1.º—Y mire, y hé aquí que venia del Aquilon un torbellino, y una grande nube, y un fuego envuelto en ella rodeado de mucho resplandor, y de en medio de él la apariencia de ámbar, esto es, de en medio del fuego. (El tren.)

Y en medio de él habia semejanza de cuatro animales, y el aspecto de ellos era este: en ellos habia semejanza de hombre. (Maquinista, fogoneros &c.)

Cuatro caras tenia cada uno, y cuatro alas cada uno. (Los carros á larga distancia.)

Y sus alas se juntaban del uno al otro. No se volvian cuando andaban, sino que cada uno andaba con la cara adelante.

Y cada uno de ellos andaba con la cara adelante: donde era el ímpetu del espíritu allá iban, y no se volvian cuando andaban.

Y la semejanza de los animales, el aspecto de ellos era como de carbones de fuego y de antorchas encendidas. Y así discurrian en medio de los animales, y el resplandor era brillante, y salian relámpagos del fuego. (Las chispas que se desprenden de la locomotora.)

Y los animales iban y volvian á manera de relámpago. (El espreso.)

Y cuando yo miraba á los animales apareció una rueda sobre la tierra junto á ellos, la cual tenia cuatro caras. (Las cuatro ruedas del carro siempre á distancia.)

Asímismo las ruedas tenian un aspecto espantoso, y todo el cuerpo lleno de ojos. (Las ventanillas del carro.)

Y cuando andaban los animales andaban juntamente las ruedas junto á ellos.

A cualquiera parte que el espíritu iba, yendo allá el espíritu las ruedas tambien iban siguiéndole. Porque habia en las ruedas espíritu de vida.

Iban las ruedas andando ellos, y se paraban parados ellos, y alzándose ellos de la tierra se alzaban juntamente las ruedas, siguiéndolos: porque habia en las ruedas espíritu de vida. (Aquí se preveen los accidentes, catástrofes &c.)

Y oia yo el sonido de las olas (carros) como sonido de muchas aguas, como sonido del alto Dios: cuando andaban el sonido era como de muchedumbre, como sonido de campamento.

Porque cuando se formaba voz en el firmamento, que estaba sobre la cabeza de ellos, se paraban y abatian sus alas. (El silbido de la locomotora al tenerse el tren.)

Y á lo lejos, en el firmamento, habia una semejanza de trono con aspecto de piedra de zafiro. (El paradero ó depósito.)

Como el aspecto del arco que formaba la nube en un dia de lluvia era el resplandor en aquel oficio. Esta fué la vision de la gloria de Dios. Y ví, y caí sobre mi rostro, y oí la voz de unos que hablaba."

El pito de la máquina del vapor si no fué anunciado por Ezequiel no necesitó de precursor para anunciarse por sí mismo, dando un sonido agudo y prolongado.

—Qué sucede? preguntó al americano.

—Vamos á llegar á Toronto, contestó uno de los criados, que se habia embelesado con la aplicacion de la profecia.

Toronto, la actual capital del Canadá, con gran sentimiento y enojo de su hermana y rival Quebec, está sentada sobre la orilla del lago Ontario, contemplando á los Estados de la Union como contemplaria á las Galias la Roma de Vespasiano. Yo no he visto á Toronto, porque el sol empezaba á ponerse y el lago reverberaba con los rayos horizontales, que le daban color y animacion. Yo no he visto á Toronto, porque el piano del vapor *New York* empezó á preludiar una música dulce y cadenciosa como las armonias que en las tierras del Sur se llaman *danzas* é inspiran amor voluptuoso. Ni la escena del lago ni la música del vapor me permitian desembarcar para saludar á la capital del imperio inglés en América: parecíame que aquellas dos cosas reunidas no las veria yo mas en mi vida, mientras que Toronto, la canadense, allí se estaba y podia aguardar á un viajero desconocido como tantos otros que visitan sus calles terminadas por el lago. Por eso

Al pasar le dije: "Crece,
Que si mi sien te merece,
Mas ansioso volveré."

Nuestros pasajeros se habian aumentado y todos estaban en el salon al rededor del piano yankee en que mi querido

Márquez tocaba *danzas cubanas.* Yo no he visto jamas á Cuba, pero me ha tocado en lote consagrarle todos mis pensamientos; adoro sus cigarros, sus mugeres y sus danzas— ¿No está eso en órden?

El clérigo protestante que con nosotros viajaba en compañía de su hija, nos decia que aquella música estaba hecha para pecar. Yo creo que su hija habria caido en la tentacion si el viento que empezaba á refrescar, no hubiese dado al vapor un balance algo mas tempestuoso que el del cancan, é incompatible por consiguiente con la voluptuosa y agitada serenidad del baile que alarmaba los escrúpulos del marqués traductor de la *Jerusalen* del Tasso.

Poco á poco fué arreciando el viento y hubo de ceder el ruido armonioso del piano al descompasado del Norte, que pasaba por entre el castillejo de la máquina silbando desagradablemente. La campana del mayordomo unió su ruido á las demas; pero este último, á estilo de la trompeta del juicio final, vino á convocar á los vivos y á los muertos (mareados) para dar cuenta de varios pescados y diversas carnes que con el correspondiente séquito de legumbres y frutas convidaban á una cena digna de Lúculo.

Debo decir en conciencia que toda nuestra reunion de hombres cumplió al pié de la letra, no las *Regulations* del vapor, sino los dictados de una educacion fácil y esquisita. Si para el diputado de Soria no se hizo el reglamento de debates para nuestros gentlemen tampoco se hicieron los *Regulations.* Todas las señoras estaban sentadas antes que los hombres, y estos no pensaron (ó pensamos, *s'il vous plait*) sino en obsequiarlas.

*

Despues del lago Ontario sigue el rio San Lorenzo, ni mas ni menos que despues del cuerpo sigue el brazo del hombre, pues no es otra cosa sino un brazo del lago el llamado rio. En él encontramos á una pareja de recien casados (habian hecho el disparate aquella misma mañana) que se nos agregó en uno de los desembarcaderos del tránsito. Desearia ser Janin para pintar el rio San Lorenzo sin temor al libro verde del Niágara.

Desearia ser el abate Perrault ó mas bien Paul de Kock para hablar de la novia. Pero no siendo sino Nazareno limito

mis aspiraciones poéticas, recomendando á mis amigas lectoras que cuando vayan al Niágara sigan el camino de los lagos para asaltar á Saratoga por Montreal y el coqueto lago Champlain. En cuanto á la novia, no pudiendo hacerle versos, le repetí los del padre Zomoza:

Delante del señor cura
Diste la mano y el sí:
Lástima tengo de tí,
Inocente criatura!

Con otros mas que las lectoras sabrán ó no sabrán de memoria, pero que indudablemente desean saber.

En el vapor *New York* venian un cura protestante y su familia. Me parece que lo he dicho. Tambien me parece que he dicho algo de una niña de la familia del cura. Pero no he dicho que la niña tenia una cartera, y que en la cartera escribia. En una de las rápidas de San Lorenzo, cuando la corriente parece que va á estrellar al vapor contra los peñascos, el mayordomo que es un amabilísimo sujeto, llamó á los pasajeros para que fuésemos á ver la maravilla. Las señoras fueron las primeras en correr á proa. Los hombres éramos menos curiosos, ó nos dejábamos ganar el cuarto de hora de ventaja que siempre nos llevan las mujeres. Mi adlátere en la mesa del salon, la señorita hija del cura, que fué de las primeras en partir, dejó su cartera sobre la mesa, y la dejó (ex-profeso?) á tiro de mis ojos, echándome al salir unos que decian: Ahí está. Puede suceder que todas estas fuesen imaginaciones, y que la *miss* no pensase siquiera en mí; pero ello es que yo de buena fe lo comprendí de aquella manera y esclamando con toda compuncion: "En la arca abierta el justo peca" leí lo que en la cartera habia escrito. Versos supongo por el tamaño igual de las líneas, que decian:

Of being single I am tired
And I want a partner indeed.
Go to the priest, pay a quarter
And.....

El mayordomo volvió á urgir por que fuésemos á ver la rápida y no sé lo demas que decia la cartera de la canadense. Mas lo que ví (perdon si soy indiscreto) basta á mi propósito:

De ser sola estoy cansada:
Necesito compañero:
Vete al cura, dale monis
Y.....

Y lo dicho: las que no saben de memoria los versos de Zomoza desean saberlos.

IV.

SARATOGA, julio 13.

Entre el Morro y el castillo del Príncipe no se habla tanto español como entre las cuatro paredes que cierran los caserones inmensos llamados hoteles en Saratoga. El *ajá!* ó *anjá!* de las cubanas resuena por todas partes y renuncia uno allí, en el lugar mas fasionable de los Estados-Unidos, á continuar estropeando el idioma de la reina Victoria. Toda Saratoga es hoy cubana.

Pero no creas, salerosa lectora, que voy á decirte lo que es Saratoga, á tí, que la conoces tanto, y que si no la conoces debes hacer un viajecito para conocerla. Sí te diré de paso que allí en Saratoga se encuentran ahora el rey D. Juan y los infantes de Aragon con todos sus paramentos y bordaduras. Diréte igualmente que un amigo mio, gran conocedor del lugar, me decia en las fuentes minerales, y refiriéndome sus "impresiones," que no olvidase nunca el consejo del *vaudeville* francés si queria permanecer en Saratoga. El consejo sabido es

Ayez toujonrs du papier dans vos poches:
L'on ne sait pas ce qui peut arriver.

No seguí el consejo, pues no podia permanecer en Saratoga teniendo contraido, lectora querida y nunca vista el compromiso de escribirte una carta fechada en Nueva York á 14 de julio por el vapor *Isabel*, que es tan exacto en su dia de salida. Rompí con los placeres, y con el rey D. Juan y su corte, tomé el ferrocarril, el vapor, la *guagua*, la pluma y ..... ahí van mis *Impresiones de viage.*

COSAS DE TEATRO.

La *cara bambina* ha llegado! Es un hecho que debe constar en los anales de la historia musical de Nueva York, si los anales están consagrados á recordar los grandes hechos dignos de trasmitirse á la posteridad. Llegó ayer 14 de octubre de 1858, cuya fecha se ha anotado (estoy seguro, aunque no lo puedo jurar) en todos los álbums, memorandums y otros *dums* de la Quinta Avenida y demás altezas. La *carissima bambina* llegó en el vapor *North Star*, é inmediatamente siguió para su hotel *en la parte alta* de la ciudad. Descaria que fuese de dia, amable Inés, ó Gerónima, ó Tomasa, quien quiera que me leas, para repetir lo que nuestra prensa independiente y republicana habrá dicho de la sirena encantadora, de la sílfide del canto, etc., etc. Pero, hija mia, no puede mi esfuerzo adelantar la marcha del Febo dormilon de otoño y tendrás que contentarte con lo que dijo la prensa al retirarse el sol de ayer. Oye:

"Los pasageros y oficiales del vapor hablan de *ella* en los términos mas entusiastas: dicen que es interesante, jóven y bella, y que léjos de darse humos de princesa, su condescendencia es notable. Durante el viaje divirtió á los pasageros cantando piezas favoritas todas las noches en el salon, porque el tiempo era muy malo para cantar sobre cubierta y tanta fué su bondad que á súplica suya hasta á los marineros se les permitió la entrada para que oyesen sus maravillosos gorgeos."

Ya ves, Geronima mia, que la prensa se escede á sí misma, para hacer justicia á la *cara bambina*, y á su canto, aun antes de saber, por ojos vista, ni cómo tiene la cara ni cómo es su canto. Desde antes de su llegada se calculaba por momentos la tardanza del vapor en que se embarcó, y se median los paralelos que habria recorrido. La *bambina* servia de tema de discusion á los apreciadores y conocedores de su talento, y á los admiradores futuros de su voz.

Cómo no ha de cantar bien! decia una tia metiendo basa en la conversacion. Vaya! Si uno de sus ascendientes por línea trasversal fué cardenal!

La licencia genealógico-poetica de la señora solterona hallará escusa en tu bondad, pues que no son voto las solteras

en materia de genealogía y progenie; ó á lo menos no deben serlo.

El público se parece en esto á las solteronas y no repara de dónde viene la *bambina* con tal que previamente se le esplique en un programa de invierno todo lo que quiere el empresario que se le crea. Mr. Ullman lo sabe perfectamente: está habituado á tratar con públicos, y nos ha espetado un programa que parece discurso, ó promesas de ministerio nuevo, en el cual, dando á conocer á la *bambina*—cuyo conocimiento me parece que estás impaciente por tener tú tambien—echa la capa sobre el brazo á estilo de orador ateniense y nos pone la cartilla en la mano, mandándonos "abrir la boca y cerrar los ojos," como en aquel tiempo en que nos presentó á Musard con su varilla de ébano, y sus cuadrillas de vacas y becerros, y sus polkas de ferrocarril.

Despues de dar una rápida pincelada sobre lo pasado toca esperanzado el presente y pinta con nieve y grana el objeto de su amor (rentístico,) el porvenir. "La cabalidad de la *troupe* de Mr. Ullman satisfará y atontará al público (asegura el *Times* de buena fé). Es un conjunto, una gran combinacion, y diseminada no pierde interés ninguna de sus partes. Hace pocos años que una artista como la Piccolómini....."

Conoces ya á la *cara bambina?* ¿Está tu curiosidad satisfecha? Pues sigamos con el programa de capa en brazo, estractado por el *Times*.

Decia que "un artista cual la Piccolómini se habria considerado coms suficiente atractivo. Pero hemos progresado tanto mas allá de ese punto que Mr. Ullman ha creido necesario contratar cuatro primas donnas, nada menos, todas de alto predicamento en el mundo artístico europeo. (*Puff!*) Por ahora la Piccolómini es el furor. (Todavía no habia llegado *Puff! puff!*) Su triunfo bajo el punto de vista directorial está fuera de todo riesgo. Despues del *furore* que está destinada (*manifiestamente*) á crear, y que indubitablemente durará tanto cuanto dure su permanencia ante el público, (*Puff! puff!*) seria claramente imposible promover una nueva agitacion sin un cambio completo en el género de las representaciones, y en la clase de artistas que tomen parte en ellas." (*Pi-puff! pi p ff!*) Para eso estan Mlle. Poiasoff (biografía de Mademoiselle), Mme. Laborde (idem), Mlle. Johanna Wagner (idem) y Mlle. Schioni, mezzo-soprano del Teatro de Su Majestad.

"*In the male department*, ó en el departamento de los ma

chos, encontramos los nombres de los señores Tamaro, Lorini y Belart, tenores; Florenza y Aldighieri, barítonos, y Carl Formes, bajo. En el baileto la señorita Soto será la principal bailarina, ausiliada por veinte cori-feas. (En la última parte de las veinte creo que estamos de acuerdo). La orquesta y los coros (no feos) variarán segun las oportunidades á la obra ejecutada. En los casos comunes sesenta de los primeros y ochenta de los segundos. Conductores Mr. Anschutz y el signor Muzio (no Scévola)."

La palabra *humbug* con ser lo que es, no basta para calificar el proclama-puff-*réclame*-biombo-brochazo con que nos van á dejar atontados. La prensa se hace cómplice de los empresarios y el público aparece como víctima de la burleta, porque no contesta á la risa con que el orador ateniense echa la capa al brazo y nos suelta la ensarta.

Cuando Barnum presentó á Jenny Lind en Nueva York remató los asientos del teatro en pública subasta y un sombrerero francés, avezado á medir cabezas agenas, perdió la propia y dió centenares de dollars por el primer asiento. Su genio músico falló despues contra su entusiasmo en la venduta, porque la voz poderosa de Jenny le atormentaba de cerca tanto ó mas que un sombrero mal hecho. El sombrerero conoció que tenia mas tacto para medir las cabezas agenas que la propia y no volvió á rematar asientos en su vida.

El hecho es histórico; pero no ha convencido á los sucesores de Barnum de que la grita anticipada es tan injusta en favor como en contra de una prima donna que no se ha estrenado, y es, otro sí, un casi-insulto al público que sabe hacer de las suyas, como no hace un siglo se la hizo al mismo orador ateniense con sus conciertos de Musard. Guárdeme el buen gusto de que mis observaciones volanderas se interpreten por una repulsion anticipada á la *cara bambina*; espero oirla con sumo gusto; mas desearía que no me formasen ese gusto los oradores atenienses que tienden la capa en la puerta de la Academia para recoger pesos fuertes, y á sus solas piensan con sonrisa hebráica que todo se debe á su charlatanería de programa, con la cual, aunque duela decirlo, está siempre en connivencia el periodismo mas libre de la tierra, y el mas esclavo, no del arte, sino de los empresarios.

Terminado mi sermon melodramático, desearía saber qué buscan en el teatro de la ópera de Boston el Corregidor

y los aldermanes de la ciudad, que no faltan ni una sola noche de las en que el cartel anuncia *La Hija del Regimiento*, ó *El Trovador*. Si es gusto por la música ó amor por el arte ¿ qué mas les da á sus señorías cualquiera de esas dos óperas que otra de las que abundan en el repertorio de los señores empresarios? El *Transcript* nos dice que él no puede creer ni por un momento el rumor que circula de que el Corregidor y los aldermanes llevan por objeto al teatro lírico resolver si vale mas abandonar el proyectado uniforme de la policía y adoptar el que usan los soldados de aquellas dos óperas! Lo creo, señoritas; lo creo. Pero despues añade que los uniformes de ambas óperas fueron presentados para su inspeccion el sábado por la tarde, habiéndose cantado en beneficio de los municipales un acto de cada ópera, los en que habia soldados. Dice mas: "Bajo algunos respectos la casaca colorada y el sombrero apuntado son mucho mejores, por lo muy adornados que están y lo militares que parecieran en caso de alguna parada como las que se estilan en Nueva York, siendo en ella una notabilidad característica; pero en cuanto á perseguir pillastres, y en los dias de tiempo lluvioso, ya que no se use otro mas adornado, los uniformes del *Trovador* serían preferibles con mucho. El almete de cobre (con la visera de gozne para bajarla á voluntad) serviría tambien eficazmente para proteger la cabeza, circunstancia no desatendible por cierto. "De cualquier modo que sea, suponemos (los EE. del *Transcript*) que no se adoptará ninguno mientras que todo aquel que tenga interés en la cuestion no haya dado su voto despues de un exámen concienzudo en la oficina del gefe de la policía en el City Hall. Deseamos que si hubiere la mas mínima duda acerca de cuál de los tres deba llevar la palma dure la exhibicion hasta tanto que los interesados formen un juicio cabal en la materia."

Ignoro si Lola Montes estaba en la cabalidad del suyo cuando ofreció al Reverendo Ralph Hoyt dar una lectura á beneficio de su iglesia; pero completa ó descabalada, ello es que la dió el mártes, apesar de los clérigos episcopales que se oponian á que Lola, pecadora no arrepentida, fuese á perorar en bien de la construccion de un templo. Esos benditos señores, como no saben, hablando generalmente, el español, ignoraban que "el diablo peca todo el año y al fin se mete á hermitaño." Pero dije que Lola dió su lectura, y que estuvo bien concurrida si se atiende á que llovía á la hora seña

lada, como si el tiempo se hubiese coligado con los episcopales para oponerse á la transformacion quincuagésima de la bailarina de no sé qué corte de Alemania. La entonces predicadora tomó por testo la iglesia de Roma y se declaró antipapista, de lo cual no sé si habria de alegrarse Roma si lo supiese. Alegróse la concurrencia, porque Lola hablaba en su idioma, y creo que algun diablejo, si por allí andaba á la sazon, reconoceria á la que á él desde tan temprano se habia dado.

La prédica de Lola Montes para un objeto piadoso ha recordado á cierto travieso periodista el cuento del cura suizo que ofreció su alma á Lucifer con tal que le construyese una capilla en cuya fábrica habia el párroco agotado inútilmente todos sus esfuerzos. Satanás convino en el pacto, especificando que despues de muerto el cura él vendria al mundo por su alma, ora se enterrase el sacerdote dentro de la capilla, ó bien fuera de ella. El cura estaba persuadido de que el diablo no sabe tanto por diablo como por viejo, y camo él mismo era muy anciano tiró sus planes y dispuso que lo enterrasen en una pared de la capilla. Cuando Satanás vino por él no pudo llevárselo porque el buen cura se hallaba fuera de los términos del contrata.

Lola, dice el periodista, está haciendo la del cura, porque sabe que si no . . . . . quedará, por mas que se ingenie, dentro ó fuera de la capilla, y por consiguiente á disposicion de . . . . .

No digo de quién para que no quede ese nombre azufrado inmediatamente antes del de

NAZARENO.

PICCOLOMINI.

NUEVA YORK, octubre 12.

Sí, señoritas, sí; Piccolómini (con acento en la segunda *ó:* ruego á Vds. que fijen su atencion en esta circunstancia esencial: cada cual quiere ser llamado por su nombre) Piccolómini es una muchachilla graciosa, viva, picante, ligera. No es bonita, no es hermosa, no es fea; no tiene la

finura de facciones ni el tipo perfecto de una bonita; no tiene las proporciones agradables y desarrolladas de una hermosura tampoco; si se examinan una por una sus facciones no se le podrá poner tilde á ninguna especialmente; no es fea por consiguiente. Es graciosa; entra en escena dando saltitos ligeros como un pajarito que anda y vuela al mismo tiempo; se mueve, acciona y gesticula como una niña mimada; rompe una flor con dos dedos regordetes, hermanos de otros que forman hoyuelos en las coyunturas y están sin cesar en movimiento; mira con el rabo del ojo á su amante, mientras su boca hace una mueca provocadora que pide besos, y besos sobre unos lábios hechos para besar, sobre unos dientes como los que el poeta llamaría perlas. Levanta los hombros con un desden cariñoso que debe poner en tortura á los tenores. Piccolómini, señoritas, no es una coqueta como Vds. se la han figurado ya. Tambien lo creia yo así en el primer momento; despues me he desengañado. Tampoco es una coquetuela, como se imaginan Vds. ahora que han sido vencidas en la primera paralela del coquetismo. No, señoritas; no es una coqueta, no es una coquetuela: no; Piccolómini (es esdrújulo, *s'il vous plait*) es una coquetona, una coquetoncita.

Voilà: ese es el nombre que se inventó para ella. Una coquetoncita llena de gracia, de talento y de mala crianza, que se rie del que la enamora y lo enloquece con sus miradas, con sus gestos, con sus provocaciones, y cuando lo ha traido al punto en que el hombre espera haberla dominado, le tira el rabo al gato que tiene sobre su regazo para que haga *miau!* en el instante supremo, y ella se escapa corriendo como una loquilla, y dejando tras sí el pañuelo, una flor ó la embelesadora vision de un talle delgado y cimbrador que una mano atrevida y exasperada (una sola mano) pensó abarcar con éstasis.

Piccolómini hace al público su confidente y pone en juego las gesticulaciones mas mimosas y coquetonas para decirle sin hablar que su amante la está requebrando. Ella me ha hecho pensar por primera vez en lo pésimamente que hemos procedido los que hablamos español en dar á la voz *coqueta* una significacion que no tiene, cambiando en desprecio el atractivo supremo de la regalona beldad que sabe echar una mirada por entre el varillaje del abanico, y ver por debajo de unas pestañas sedosas que velan á medias la inocente superchería de los adormecidos y embriagadores que dicen sí cuando la boca dice no.

Desearía que Vds. estuviesen conmigo en esta butaca estrecha é incómoda, entre una mujer grave y semi-literata y otra con espejuelos de oro, ridículo de terciopelo negro y libretto en mano, para que comprendiesen la gracia con que la sabrosa y coquetoncita Piccolómini (no digan Vds. Piccolomíni) le dice á Alfredo que vivir es gozar, dándole una mano que seria ultrajada por los guantes, una mano que Alfredo besa, no por el convencionalismo de la trama dramática, sino porque es dulce besar todo lo que fué hecho para ser besado, dentro y fuera de las tablas.

Por supuesto que el público americano ha recibido á Piccolómini con frenesí. Digan Vds! Un público inflamable de suyo al lado de una gracia tan fosforecente, y en medio de la *claque* mas espantosa que jamas reunió empresario de teatro! Cada vez que la jóven levanta la mano á la altura del hombro y amenaza solamente al embobado de su querido con un papirote, el público se electriza con mas ganas que el cable atlántico, y grita bravos! lleno de envidia por no ser él amante, aun á precio de ser amante embobado (que entre paréntesis no es la mejor especie de amantes, aunque sea la mas comun.)

Espero, lectorcillas mias, que me hareis la justicia de creer que pinto á Marietta Piccolómini tan bien como acierto á escribir. Si fuese dibujante no tendria mas sino echar cuatro pinceladas y decir: "Aquí está." Pero créanme Vds., ni pintada ni descrita se puede dar cabal idea de una cara mas movible que el Crédito francés (el de tanto por ciento) y de un cuerpo cuyo atractivo me parece que no puede concebir c mplidamente sino el brazo que tiene la dicha de ceñirlo.

Ademas del tenor dicen que aspira á esa dicha un noble lord que abandonó su casa solariega y sus caballos, y sus *grooms*, y su *steeple chase*, y sus *roastbeefs* por seguir á la donna en el viaje trasatlántico. El noble defensor del castillo de Windsor se ha bastardeado hasta democratizarse entre nosotros por admirar á la pícara Piccolómini. Es un nuevo D. Quijote, esclamarán Vds. con el buen sentido español. No, ni por esas. *Humbug*, les digo yo con el conocimiento yankee. Siguiendo á Mario vino tambien una inglesa millonaria que el empresario dotó con un amor descomunal por el marido de Julia Grisi. Pues siguiendo á la traviesa Piccolómini ha venido el lord nobilísimo. Es un personaje que no merece privilegio de invencion, pero que mete ruido en los círculos de novedades y novelerías como lo hizo el cometa últimamente, aun cuando no era la

primera vez que se presentaba ante el público bonachon de este planeta.

El nuevo planeta del teatro de la ópera, la estrella Piccolómini, viene de lo alto, como todas las estrellas: uno de sus tios fué cardenal y otro lo es; ya se concibe que la raza de un *cardenal* habria de ser por fuerza cantadora, á no haber degenerado. Mas la habilidad para modular los sonidos en la garganta no es precisamente la circunstancia que se tiene en mira al recordar la alta prosapia de esta pajarita: se trata de emparentarla con altos pajarracos para que las pajarracas de la Quinta Avenida y las pajaritas de Gramercy Park se encuentren mas á gusto en presencia de la *cardenala Humbug* número segundo, que ayuda al número 1° del lord, cuyo lord, si Vds. me lo permiten, cambiaré en *loro* para que pueda acompañar mejor á la avecilla canora.

Pero se me dirá que soy por ventura tan *humbug* como los empresarios, puesto que al escribir sobre el debut de una prima-donna nada he dicho de su voz. Pues tienen razon las que me lo digan. Rossini asegura que para hacer un cantor se necesitan tres cosas: la primera, voz; la segunda voz; y la tercera, voz. Veamos si la señorita posee las tres cualidades que deseaba el maestro.

"La voz de la señorita Piccolómini, dice un gran conocedor en la materia (el folletinista del *Courrier*,) es un mezzo soprano que no sobresale particularmente ni por su estension ni por su volúmen. Deja que desear en las notas bajas, que hace perfectamente, merced á la habilidad con que el señor Muzio dirije la orquesta y modera su fuerza. En cambio el registro alto descubre, como de ordinario sucede, cualidades notablemente simpáticas cuando la estructura de la frase se aviene al manejo de la voz, cuyos secretos posee lo bastante para disimular su pobreza real en cierto sentido. La gran cualidad de la señorita Piccolómini consiste en producir efecto con una voz poco voluminosa, sin forzarla sin embargo en notas chillonas. Sus mas esforzados arranques nunca ofenden el oido por la calidad de la entonacion. En una palabra, si se desea encontrar el secreto de los triunfos de la señorita Piccolómini, no se debe buscarlo en su voz."

Ese era el gran secreto que no queria yo revelar, y que "los deberes de la alta mision de escritores públicos que desempeñamos," me han hecho poner de manifiesto. La *cardenala* tiene poca voz! Como si á una pajarita se le pudiese exigir mu-

cha voz! Como si á una coquetoncilla que vive de risa y juego le fuese dado producir uno de esos contrastes enérgicos, de esas esplosiones de pasion que han granjeado á Marietta Gazzaniga la admiracion de los dilettanti! Ella trina, gorjea, forma gorgoritos, retoza con las notas naturales, salta de una en otra como de rama en rama y se sacude en una rabieta de mala crianza como una *cardenala* que es. Lo demas es exigir demasiado y Piccolómini no está acostumbrada á exigencias sino á mimos. Un trompetazo en la orquesta, tales como los que prodiga Meyerbeer, asustaria tanto á Piccolómini que le haria cerrar el pico y morir de tristeza en un rincon bien solitario y bien silencioso. El loro que la sigue se suicidaria despechado.

.....

Era un dia de niebla, niebla espesa y triste como las que hay en Lóndres y *obligan* á los ingleses á suicidarse por fastidio. El mio no era poco, aunque no soy ni quiero ser inglés: tenia mis razones y basta que las tuviese.

Con los piés sobre el escritorio, á estilo de representante en las Cámaras, y fumando un cigarro de Susini, dejaba de pensar por tener el gusto de estar triste, bien triste, cuando sin anunciarse entró alguien en mi cuarto y poniéndome las manos sobre los hombros:

—Un favor! me dijo una voz cariñosa que me hizo estremecer.

—No puedo, contesté sin cambiar de posicion.

—Yo lo deseo.

—No quiero.

—Yo lo pido.

—No quiero.

—Yo lo exijo.

—No quiero.

—Yo lo mando.

—Digo que no quiero.

—Pues yo lo compro y lo pago, dijo ella: y me dió un beso en la frente que se desnubló como por encanto.

—Cuál favor, Sofía?

—Escriba V. sobre la ópera.

—He prometido no hacerlo.

—Quebrante V. la promesa.

—Por qué? Por quién?

—Porque sí. Por mí, por Piccolómini.

Las dos manos de Sofía se habian apoderado de las mias;

mis piés habian caido sobre la alfombra y mi cigarro estaba incendiando la casa. Mis ojos se encontraron con los suyos llenos de tierna súplica.

—Piccolómini merece un Totilimundi. Yo la quiero mucho: quebrante V. su promesa.

—Usted!

—Quebranta tu promesa, repitió ella.

—Por quebrantada, le dije. No será la primera que por tí quebranto, puesto que no soy ya soltero.

—Escribirás?

—Escribiré.

Y una mirada mas dulce que la primera manzana con que se atragantó el padre Adan me devolvió mi buen humor habitual, me puso la pluma en la mano y me dictó el Totilimundi que acabo de borrajear.

Consecuencia: ni dejes, lectora, de oir, si puedes, á Marietta Piccolómini, ni ofrezcas nunca casarte (¡qué disparate! cuando tienes ó un ingenio en la costa ú otro en la cabeza, ó un milloncejo en futura herencia,) ni prometas nada irrevocablemente despues que hayas entregado la llave de tu corazon.

P. S.—Antes de escribir recogí el cigarro, que humeaba en el suelo como un incendio estinguido, ó como un corazon enagenado.

TOTILIMUNDI.

Nueva York, agosto 12 de 1859

El calor es abuelo de la ociosidad por cuanto es padre legítimo de la pereza.— Cuando el termómetro sube, el cuerpo se afloja, se pone lacio y mórbido; el entendimiento funciona con dificultad y. . . . . Pero héteme aquí esplicando á las cubanas los efectos del calor, como el gallego que queria enseñar á un milord el mejor modo de beber cerveza. Bien sabe Dios que lo saben ellas, y yo bien que me sé cuán grato es, á

la sombra de los árboles, y con el cuerpo casi horizontal en una hamaca, ver cómo corren las aguas, y oir cómo cantan los pájaros, dejando que los demas hagan de su capa un sayo.

De la mia hiciera yo uno, con tal de que fuese raido, para dejar colar el aire á estilo acrinolinado, y así esperaria á que el calor nos dejara en paz y calma bastantes para continuar mis habladurias semanales. Eso me propuse, eso juré por la Estigia, eso estaba resuelto á hacer, porque intentaba quedarme de ocioso de la manera mas agradable del mundo.

Pero la cabra siempre tira al monte, y el *plumista* al papel. Los editores de periódicos se marchan todos al campo en la estacion actual animados del mismo espíritu que yo: no quieren hacer nada, ni ver editoriales, ni pruebas, ni tocar tinta por un mes; y sin embargo se encargan de las correspóndencias de los sitios de baños, y los mas resueltos á no pecar escriben tres páginas sobre la felicidad de no hacer nada.

Así conmigo. ¿Cómo saldria un vapor sin *Totilimundi* estando Nazareno por estos trigos? Digo que el vapor encallaria en las Bahamas si tal sucediese. Y luego, morenísima amor mio, el cariño que nos profesamos se entibiaria, cuando deseo que de puro ardiente se encandezca al grado de la temperatura.

No perdamos tiempo en querernos, que este es pais del *go ahead*. El 30 de julio, nada menos, llegaron á la cubierta del vapor *Mariner*, que navegaba periódicamente por el rio Ohio un par de mozos que eran, para hacer par, mozo y moza. Ambos parecian tan bellos y tan felices que desde su entrada llamaron la atencion. Echó á andar el vapor y la pareja de los recien llegados empezó á escandalizar á los presentes; porque

Con garbo mas que gentil
Se estrechaban en los brazos,
Y entre besitos y abrazos
Se daban miles de mil.

Los oyentes y espectadores, que no tomaban parte en aquella celebracion de la paz de Villafranca, empezaron por murmurar, y acabaron por requerir al capitan del vapor para que impusiese órden, pues si no (decia una señora de esperiencia) quién sabe á dónde iria á parar eso.

El capitan afeó su descompostura al jóven por no dirigirse tambien á la niña; pero nuestro don Juan era un Juan sin don, y le sostuvo al capitan que estaba en su derecho; que aquella era su novia, y que bien podia, como el árabe, recoger las

rosas que sus miradas sembraban en las mejillas de su tormento, así como el labrador recoge las mieses de su propio sembrado.

—Pues si es su novia, cásese V., y entonces. . . . .

—Pero si no hemos encontrado quién nos case en el Cairo.

El Cairo es una ciudad de Ohio, y no la polígama de Egipto.

—¿Y mucho desean Vds. casarse? preguntó el capitan.

—Mucho, dijo el mozo.

—Demasiado, rompió diciendo la moza.

Risa general en el vapor y gritos de

—¡Que se casen! ¡Que se casen!

En el acto empezóse á buscar un sacerdote para consumar lo que la moza deseaba demasiado. Dos padres habia: uno blanco y otro negro. El blanco no quiso ayudar á los novios para que hiciesen el disparate, porque no tenian licencia de la autoridad, que en el estado se necesita. El negro. . . . los novios mas quisieron no casarse que verse atados por una mano como la suya. Tal es la idea del pais.

—¡Qué lástima! dijo suspirando la novia. ¡Yo que tenia tantas ganas de casarme!

Un periodista propuso que el matrimonio se verificase por medio de un compromiso escrito, cuya proposicion fué aceptada con general aplauso.

En consecuencia se firmó un contrato matrimonial por el que se prometian los desposados mútuo amor, apoyo y tolerancia, ante los pasageros del vapor *Mariner*, á reserva de lo que sucediese á espaldas de ellos.

¡Qué gozo á bordo! ¡Qué alegría la de los novios! Ya estaban satisfechos los deseos demasiados de la zagala. El capitan les regaló champaña y el uso de su propio camarote para continuar el viaje.

Pero ¡aquí fué ella! A la vista del camarote entró en juicio el novio, como entra en cuentas el reo á la vista del patíbulo, y así como el último clama arrepentido por un confesor, el otro clamó contrito por un abogado.

—¿Qué se ofrece? dijo uno que estaba á mano, porque la yerba mala siempre abunda.

—Se ofrece que antes de aceptar la oferta del capitan, dijo el novio, mostrando con la mano el camarote, necesito saber si este matrimonio dará derecho á mis hijos para heredarme.

—Anda V. muy á prisa, contestó el letrado, y si V. no

quiere dar un paso falso, revalide su matrimonio cuando llegue á tierra.

—¿Es decir que William no es mi marido? preguntó la niña.

—Todavia, señorita.

—Pues ya lo sabes, William, *todavia*, repitió ella, dando un suspiro que encerraba un millar de esperanzas.

El capitan cerró el camarote con llave y el vapor continuó su viaje en busca de la tierra prometida.

"Es inútil que el hombre intente anticipar los sucesos," dice el Koran en el capítulo no sé cuántos sobre el matrimonio y sus efectos y defectos; y luego despues añade el sabio libraco de Mahoma: "Nada sucede antes de tiempo: ni el hombre se muere la víspera, ni la mujer aumenta su progenie un dia antes de los escritos."

No sé si la cita es ecsacta, ni si está escrita en árabe, porque la he leido en frances únicamente, y no en traduccion censurada por ninguna autoridad que lo sea en el idioma del santurron oriental. Pero sí sé que de esas veces la cosa es como la dijo el Profeta, y que así lo creia el que dijo que "el matrimonio y la mortaja del techo baja." Discusiones aparte, en el poblado de Kankakee, que es un pueblo de muchas KK en Indiana, acaba de casarse Mr. Wm. Haskins con la señora Ana Mead. El novio tiene setenta y la novia sus sesenta nada cortos. Que se casen dos Matusalenes poco tiene de estraño, ni que contar: con los años se pierde el juicio. Pero en este matrimonio hay mas: los esposos lo habian sido veinte y siete años antes, y habian probado que merecian serlo dando al mundo en Kankakee (¡qué nombre!) cinco muchachos que aun viven. La ley los autorizaba á separarse, y se separaron por algun quítame allá esas pajas que no refiere la historia, casándose otra vez cada uno por su cuenta. Estaba escrito que se reunirian de nuevo, y los dos enviudaron para casarse en terceras-segundas, porque..... si el periódico de Kankakee (¡vuelta con las KK!) no mata á los segundos cónyuges no hay matrimonio, ni cuento para divertir á las lectoras ociosas y bien humoradas.

No hay ópera, no hay gente en Nueva York. La gente que ha quedado no es gente, por lo menos de rango. La ópera está diseminada en fragmentos cantantes. Por Newport andan, ó son arrastrados en un coche soberbio la Gazzaniga, Brignoli y Amodio: la Frezzolini da conciertos en el lugar

mas á la moda : quiere decir Newport tambien. Cora de Wilhorst no canta en Newport; pero llora y lleva su racion de pescozadas maritales. La Cortessi se rie como una loca viendo hacer gestos á los Raveles. Ullman con la cara que Dios le dió, anda buscando lo que Dios no le dió, allá por la Academia de Música, que no es Academia, ni tiene ahora música. En tal desolacion los cuentos vienen á pelo, y se casa la gente como en el pueblo de las KK.

Pero en materia de cuentos, no dejemos pasar á los artistas sin que paguen su contribucion al folletin.

Brignoli canta mejor de lo que habla, si se trata de hablar inglés. Su amor por los Estados Unidos, y especial y señaladamente por los alrededores de la Plaza de la Union, no ha bastado para que el primo tenore someta la lengua á los apuros del dialecto de los pueblos libres. Con tal antecedente, desgraciado para él, se presenta en un almacen de música y pide unas docenas de los duos que él cantababa con la Piccolómini.

—Listos, dice el vendedor. Valen tanto.

—Aquí está el dinero, contestó Brignoli en inglés; pero tenga V. el cuidado de empaquetar y encajonar la música como para mandarla á Europa.

—*All right*, dice el otro.

—Insisto, volvió á decir Brignoli, en que todo quede bien. Cuide V. de eso. Póngase V. en la caja. (*Put yourself in the box.*)

—No, señor, no lo haré, contestó el del almacen.

—Pues no tomaré yo la música si V. no se pone en la caja.

—Pues no la tome V.

Brignoli se retiraba furioso con el almacenista cuando en la puerta cayó de su asno.

—Qué le dije yo á V? preguntó con mas calma.

—Que me ponga yo en persona dentro de la caja, y eso no me cuadra, ni es posible.

—Perdone V.: quise decir que V. mismo ponga la música dentro de la caja, no sea qué.....

—Comprendo, señor, eso es otra cosa, porque lo demas era un horror.

—Un error, si V. gusta, dijo Brignoli : y se retiró cantando *sotto voce* el famoso *Oh bell' alma innamorata* de la *Lucia.*

En esta ópera (y para seguir con los cuentos de los artistas) se estrenó Madama Cora de Vilhorst á quien mis lectoras tienen el honor de conocer, si no el gusto de haberla oido. Digo el *honor*, porque la señora es condesa, en virtud de un matrimonio hecho y perfeccionado, aumentado y corregido por un conde. Entre otras varias correcciones el conde le ha hecho la de arrimarle la mano un poco mas duramente de lo que la órden de caballeria permite. Así constaba de antaño, y casi se habia olvidado en el público cuando, poco há, la pobre señora salió una mañana de su hotel en Newport con la melena desgreñada, vestida en puro *deshabillé* y dando voces en demanda de ausilio. No paró ni los pasos ni la voz hasta llegar á la casa del juez de paz reclamando su proteccion.

S. S. mandó buscar al conde, y confesando el muy . . . . ¿Cómo se llama un hombre que le pega á una mujer? . . . . En fin, como quiera que se llame, confesando que habia levantado, y, lo que es peor, descargado la mano sobre su esposa, se le ecsigió una fianza de 100 pesos para responder de la demanda. Albítes, que tal supo, empinó el cuerpo sobre los tacones de las botas y se creyó en la ira mas fuerte que Encélado. ¡Un escándalo entre amigos suyos! Corrió, intervino con mas buena voluntad que la Inglaterra despues de la batalla de Solferino, y logró que la condesa olvidara el solfeo que el conde le habia dado. Sobre lo cual escribió el Romancero del siglo de D. Quijote:

Conde, mano me pusiste,
E ficiste, conde, mal,
Donde mas labio pusiera
Cualquier silvestre jayan.
Magüer sois vos caballero;
Lo probais, conde, muy mal.
Pero yo soy la condesa
E tengo sangre de tal,
E condesa finco en ser
Ca os pueda bien perdonar.
Conde, venid á mis brazos,
Que ya esperándoos están,
E cuenta que dentro el pecho
Rencor no supe guardar.

El juez cobró sus costas y se dió por muy bien servido de que no continuase el pleito. El orígen de la bofetada fué una galleta que la condesa queria dar, y el marido no queria que diese, á la condesita heredera del título.

Por lo tanto en Newport y en las demas cofradias de la elegancia no hay nada de nuevo sino el sentimiento de que

se haya concluido la guerra europea percisamente cuando empezaba á producir sus frutos. ¡Humana naturaleza y sus misterios! Una muchacha que no seria capaz de matar un mosquito siente de veras que haya cesado la carniceria de 20,000 hombres por dia!

Por otra parte. . . . . Pero veo que el Totilimundi se alarga, y "de lo bendito poquito."

EL PARQUE CENTRAL, &c.

Nueva York, agosto 17 de 1859.

Si no va V. á los baños ¿ qué se hará V. en Nueva York, sin ópera, sin paseos, sin exhibicion dominical en la Quinta Avenida, sin mas solaz que las romerias al (que ha de ser) Parque Central, ó á Jones' Wood? Estos dos paseos constituyen el único goce de las clases trabajadoras, con las que, generalmente hablando, bien poco tiene que hacer la ociosidad picaresca del folletin. La clase media, donde el Totilimundi exhibe sus amores; la alta sociedad, cuyos salones son el teatro predilecto de la crónica chismográfica; la banca, la alta banca, que sube y baja como la marea, y como ella arrastra en su descenso á tantas familias que vivian con casa y coche al amor de un sol rentístico, fácilmente cubierto de nubarrones; todo eso ha desaparecido de Nueva York por el camino que Satanás abrió para Saratoga y Newport. El observador sedentario que prefiere las comodidades de su casa á la estrechez de un cuarto de quinto piso, la sazonada sopa y el puchero á las desconocidas composiciones culinarias de un hotel ó caravanserrallo donde es preciso comer á prisa muchos yerbajos y pocas viandas sustanciosas, el filósofo que se queda en casa por estudio y el narrador bastante pobre para no correr aventuras viven con el dia, sin novedad, pero sin novedades, y escribe el que escribe sin novedad, para descontentamiento de lectoras ávidas de esa quisicosa que á ellas se les presenta sin cesar bajo la forma de lo desconocido.

Vamos á Jones' Wood ó al Parque Central, pues otro remedio no nos queda. Los carros de las Avenidas conducen hasta allí á todo el que tiene cinco centavos disponibles. Los carros están llenos: la raza céltica domina en la concurrencia: la sajona puede competir con la céltica; pero la anglo-americana apénas aparece de trecho en trecho como para no renunciar á su derecho de soberanía en el pais. Los concurrentes á los carros son en su mayor parte criados que están de asueto y van á gozar. Es curioso observar que los anglo-americanos no gustan de ser criados, y por eso todo el servicio doméstico se compone de irlandeses y alemanes. Ambas nacionalidades hablan un idioma ininteligible, sobre todo los irlandeses: es mas fácil, aun sin saber aleman, entender á los alemanes. El viaje por consiguiente se hace en silencio, á menos que lleve uno expresamente algun amigo ó amiga con quien matar el tiempo, y con quien dividir el estropeo de tanto apreton como se da y recibe en aquellos hacinamientos ambulantes de gente. Mucho mejor es ir en coche: yo siempre he sido y seré defensor del coche y de su arrastre.

Llegados al Parque Central la escena sorprende á los que no están acostumbrados á nuestros usos. Aquí un grupo bebe cerveza, única bebida que no es pecaminosa en domingo, y bebe hasta mas no poder, porque está probado que la cerveza no embriaga. Allí otro grupo no bebe, aunque parezca ebrio, y tan ebrio que no repara en que hay ojos que le están mirando. Tiene la embriaguez del amor. Juana y Juan no se ven en toda la semana; ella lo pasa cosiendo en la casa de una alta y encopetada lady y él en la fábrica dándole al martillo, ó mezclando colores para un tintorero. Llega el domingo y Juana y Juan se encuentran hasta sin necesidad de buscarse, como dos hojas arrastradas de distintos puntos por una misma corriente. En Jones' Wood está el remanso, y allí se embriagan de amor bastante para una semana. Tanto se cuidan ellos de los que pasamos como supongo que se cuidarian Adan y Eva de los animales que los rodeaban, cuando el primer hombre

> Ciñóla alborozado en su embelezo
> Con brazo enamorado y reverente;

los que pasamos junto á Juan y Juana nos chupamos los dedos si Juana es como la del soneto enjuanado, ó nos reimos si Juana es una Juana como hay tantas. Pero dejémonos de andar con asuntos delicados.

Mas allá hay otro grupo de doncellas de labor que contemplan con los brazos cruzados y la boca abierta el ir y venir de los paseantes. Allí faltan Juanes. En otro grupo se charla: todos están en el suelo y son franceses. Un pillastron de muchacho les vende "jarabe de grosellas," que los franceses despachan con gran placer, cantando como Orsini (el de la *Lucrecia*) *Viva il Madera!* Un agente de policia huele la pista del "Madera" que el chico llama jarabe de grosellas, y sospecha que en la botella hay gato encerrado. Cuando uno de los *Musiús* levanta el vaso el policía atraviesa su clava.

—Un trago para mí, si V. gusta.

—Con muchísimo placer.

—Burdeos! exclama el policia, saboreándose el bigote!

—*C'est drôle!* contesta musiú. ¿Y V. no lo sabia? Cree V. que yo soy rana para beber agua?

—Pero en domingo no se compra licor. La ley lo prohibe.

—La ley! La ley prohibe vender licor: pero no comprar. ¿Quiere V. otro trago?

El policia saborea un segundo trago castañeteando con los labios de puro gusto, y alzando despues la clava pregunta por el vendedor de licores.

El vendedor ha desaparecido súbitamente, y el policia lo siente tanto que echa un tercer trago para consolarse de aquella fuga.

De esas y otras escenas se ven muchas, y á ellas está reducida la diversion del domingo—dia pesado como ninguno en la ciudad imperial. El puritanismo se ha levantado, hipocriton astuto! para impedir que persona alguna haga en el dia de descanso lo que los puritanos no hacen, á lo menos donde se les vea. Poco á poco se habia ido relajando la autoridad injusta; mas hoy vuelve el fanatismo con mas veras á imponer sus preceptos esclusivistas, y por ende odiosos. Un sacerdote protestante quiere que su doctrina impere y mande, como el César de Roma, sobre todas las demas doctrinas; y ya que no puede conseguir que todo el mundo descargue su conciencia contra la pared, pretende que todo el mundo se vuelva beato; ó finja serlo en domingo. Hé ahí la gran cuestion que llena á la prensa de artículos *pro bono publico*, convenientemente acompañados de letras á la vista contra algun banco de puritanos, ó hereges, ó judíos: no importa el nombre si la letra es buena.

Tienen razon los periódicos: es conveniente que las letras de comercio protejan el comercio de las letras.

Hace una semana, ó poco mas, que cierto club de ricachos de Nueva York señaló el domingo para un viaje en yates. Los bancos se hicieron á la vela en domingo! y á los puritanos por poco les da un sofocon. Uno de sus diarios dijo que semejante irreverencia no pararia en bien, y que la escuadrilla muy á su costa sabria pronto lo que es quebrantar el domingo. Si despues no lo supiere, hasta ahora va viento en popa, á las mil maravillas, recorriendo al son de excelente música todo el estrecho entre Long Island y el continente. Sus marinos han gozado de los placeres de tierra. En Newport tuvieron bailes y fiestas de primer órden y han dejado asentados su prodigalidad y buen gusto. (Es preciso alabar á los ricos en este pícaro mundo.)

Uno de los marinos, hoy bien parado de reputacion y de bolsillo, no siempre lo estuvo tan completamente que los libros de los hoteles y almacenes no recuerden su nombre *ad perpetuam memoriam.* El cajero del . . . . . House registrando los nombres de los recien llegados encontró el de Mr. H., de quien vengo hablando, con un saldo en su contra por no corta suma de gastos en años pasados. Llamando aparte á su individuo le comunicó lleno de pesar que habia un pico pendiente.

—Pico, caballero. Yo con picos! Jamás!

—V. se llama Mr. H. y estuvo aquí en el verano de 185.....?

—Sí.

—Pues en dicho año vino con V. una *miss* Octavia cuyo apellido se parecia al de V. y cuyos gastos pidió ella que se le agregaran á V. en cuenta: y . . . . .

—Por Dios! dijo Mr. H. interrumpiendo: ¿sabe V. si mi mujer está al cabo de esa cuenta?

—Al principio quiso el dueño de la casa imponerla; pero . . . . .

—Aquí está mi órden contra el banco, se apresuró á decir Mr. H., cóbrela V. y que no se hable mas del asunto.

Nadie sino el que debe sabe lo que es tener un "inglés." El solo nombre del individuo basta para estremecer las carnes: es la sombra del Comendador persiguiendo á D. Juan Tenorio; es la personificacion del remordimiento, el gusano roedor que no se separa del individuo hasta que no muere la deuda. Bien lo supo hacer el que inventó en Nueva York la

Agencia de *Cobros difíciles* que existe para espanto de los hijos de familia y de los jóvenes que esperan letras por cada vapor. Un agente de aquella casa le averigua al deudor todos sus pasos: sabe dónde vive, dónde come, á quién visita, qué teatros frecuenta, y cuando lo ve mas á gusto se le aproxima con paso de lobo y le recuerda "aquel piquito," "la bagatela de su cuentecita." Es inútil que esté el que espera letras por el próximo vapor oyendo un duo de la *Traviata*, ó un cuarteto del *Moises*. El fantasma no respeta ni el derecho de las musas, ni la compañia de que se halla rodeado el individuo. Delante de su futura, delante de aquella misma mujer á quien tantas veces ha hablado de su ingenio, y de sus cajas de azúcar, y de sus esclavos y sus caballos, le recuerda aquel piquito.

Y no es eso lo peor, sino que sus amigos concluyen por evitar su proximidad, porque el agente de cobros difíciles es muy conocido por todas partes, y al acercarse á un grupo nadie sabe cuál es el que espera letras por el próximo vapor y todos los concurrentes cargan con la responsabilidad de uno solo, el cual por su parte tambien se alegra de que no lo *distingan* entre el grupo.

Si al mísero deudor le queda un resto siquiera de vergüenza hace lo que el herrero que se mandó poner cuatro velas en torno de la cama para cuando viniera el acreedor.

—¿Su marido de V. está en casa? preguntó el incansable perseguidor del herrero.

—Sí, señor, contestó la mujer; pero, ah señor! Pobre de mí, porque ha muerto!

—¿Ha muerto? ¿Y de qué?

—De . . . . . de . . . . . dolor de muelas.

—Vaya! ¿De dolor de muelas? Nadie se muere de dolor de muelas.

—Pues mi marido se murió. Mírelo V. tendido allá dentro. Muerto, señor, muerto!

—Bien puede ser; pero no de dolor de muelas.

—Pues de eso mismo.

—Señora, V. se equivoca.

—Ojalá, pero no es así.

—Por todos los santos y santas! No es posible.

—Pues, señor, mire V.

—No lo creo: morir nadie de dolor de muelas!

—Caramba! gritó el marido, levantándose de su lecho de

muerte: qué hombre tan porfiado es V! Crea V. lo que le dicen. Cada cual se muere de lo que le da la gana.

El herrero no es ni con mucho comparable al deudor-modelo de Cincinnati. Como la mayor parte de los deudores, el pobrecito es muy pobre y no paga—porque no puede. En remuneracion del dinero que no da á sus acreedores, usa con ellos de tan buenos modales y les hace tantas promesas que todos lo consideran como un deudor incomparable. Acaba de mudarse á una oficina en la parte mercantil de la ciudad, y para evitar toda equivocacion y trabajo inútil á sus "ingleses," les ha enviado la siguiente circular:

"CINCINNATI agosto 10 de 1859.

"Muy señor mio:—En esta semana me he mudado á la calle..... N°..... Cuando me vuelva V. á mandar su cuenta dígale al cobrador que venga á dicho número. Estoy en la oficina de las 9 á las 5.—Soy, etc.

* * *

Posdata.—Si por casualidad no estoy en casa diga V. al cobrador que me espere, y entonces le diré cuándo ha de volver."

Casi innecesario es añadir que la circular habrá producido un efecto maravilloso en los bondadosos acreedores, que para tranquilidad de sus dependientes habrán cargado la deuda á Ganancias y Pérdidas.

Terminemos, lectora complaciente, si hasta aquí me ha seguido, con la historia de un deudor, que ayer mismo me refirió mi proveedor de carruajes. Como echase de menos á Bautista, mi cochero de siempre, hube de preguntarle por él. Díjome que lo habia despedido por motivos que voy á repetir. Bautista se encerró el sábado en un cuarto contiguo á la pieza del amo para echar su cuenta de la semana y ver la que habria de rendir á su principal. Contó el dinero, le pareció que habia mucho, y empezó á hacerse á sí mismo reflexiones que el amo escuchaba, porque el cochero las decia en voz alta y los dos se encontraban tabique por medio.

—Cómo! exclamaba: 29 pesos por una semana! Por supuesto que es mucho. Ningun cochero entrega mas de 20 por semana. No hay remedio: me guardaré 4 pesos. Aquí están, en mi bolsillo. Pero qué! Si cuatro pesos son nada: no hay moneda de á 4 pesos. Tomaré 5 y me guardaré

una águila. Pero no: lo mejor será echar el peso á cruz ó cara. Cara para el amo. Tiro..... Cara salió, por vida de..... Pero no me importa: con cara y todo me echo al bolsillo este otro peso. Son 5, y el amo que se contente con 24, pues todavia me parecen mucho.

El amo no dijo palabra. Cuando Bautista fué á entregar su cuenta le contó el dinero y le dijo que se marchase.

—Pero, señor, ¿y por qué?

—Porque quiero.

—Pero V. me arruina, y así sin razon.

—Sin razon? Quiere V. razon? Pues oiga V. Casi convengo en que me haya V. robado 4 pesos.....

—Yo 4 pesos?

—Todo lo he oido y repito que pasaria por dejarme robar 4 pesos, ya que V. lo decidió; pero que me robe V. el peso que la suerte decidió en mi favor, eso no puedo perdonarlo, y por eso lo despido á V.

Es preciso, pues, hasta para robar saber echar la cuenta. Desearia que mi amiga lectora echase esta en mi nombre; *Miss* Fanny Brown tiene 15 años y quiere casarse: Mr. Smith, su novio, tiene 45; es decir, *tres veces* la edad de *miss* Fanny, y dice que dentro de 15 años mas, ella tendrá 30 y el 60; es decir *dos veces* su edad, no mas. Teme que á ese paso ella será mucho mas vieja que él, y por eso prefiere no casarse.

EL FERROCARRIL.

Nueva York, setiembre 26 de 1859.

Brígida la cocinera de Mr. Brown, se presenta un dia á este con cara de súplica y le dice:—Señor Brown, ruego á V. que me lea esta carta que acabo de recibir. Es de mi querido Patricio. Pero antes permítame V. que le tape los oidos con algodones, porque no quiero que oiga V. ni una palabra de lo que Patricio me dice!

Suplico á todos los Browns de Cuba que se tapen los oidos

con doble taco de algodon, porque no quiero que ningun bigote se divierta con mis folletines, escritos espresamente y respetuosamente dedicados á los piés de Juana, la hija de algun amo de cafetal, ingenio, almacen, tienda, bodega, pulperia ú otro ramo adinerado; pero *la hija*, no el hijo. No quiero intimidades sino con muchachas, y con muchachas buenas mozas que tengan 15 ó 16 años; porque en eso de edad soy de la misma opinion de cierto desterrado, que oyendo brindar en un convite dado en Jersey por las muchachas de 76 esclamó con la copa en la mano:—"Oh! no, por las muchachas de 15!"

Esto dicho cójanme todos la palabra y no me lean, porque de leido me paso, pues estoy reñido con los calzones. . . . y no me llevo mal con las damas.

Pero hago escepciones: no con damas que usan sombreros "Canrobert," ó "mosquetero," el redondo aquel de velillo caido y cuentas y abalorios, que parece tejado con telarañas, ó torta de casabe, ó kiosko chino; sombrero espresamente inventado para ocultar los ojos á guisa de careta, dejando ver la boca que parece muerta sin la espresiva mirada de las "ventanas del corazon." Sombrero tormento que no cundió en Francia entre la gente del *haut ton* y emigró á las Américas para vender gato por liebre. Sombrero. . . . . No digo lo demas, porque la mejor palabra es la que no se dice, y generalmente la lengua es castigo del cuerpo.

Yo que vengo de viajar en ferrocarril traigo el *sombrero* en la cabeza, es decir, dentro de la cabeza, es decir que me hace daño, y ni el telégrafo, ni el vapor, ni cosa alguna ha podido borrar la impresion del Canrobert con telarañas. Pero....

El telégrafo, el vapor, el magnetismo y los ferrocarriles son elementos de progreso que el mundo codicia. Estoy por ellos. ¡Viva el telégrafo! ¡Viva el vapor! Viva el ferrocarril!

Las ciudades de los Estados Unidos son las hijas mas bonitas del ferrocarril. Este señor papá cuenta con una larga familia á quien mantiene con mucha decencia y comodidad, á veces con lujo: la rama trasversal de los directores por ejemplo, la de los jugadores de bolsa en tiempo de fortuna, verbigracia. Pero repito que de toda la familia del ferrocarril las mas bonitas hijas son las ciudades, las aldeas engrandecidas, las poblaciones ayer enanas que hoy aspiran al título de capitales y se enojan de que se las llame villas. ¡Cómo si se

enojan! Desafios ha habido por eso solo, y la ocasion se me presentará de referirlos algun dia.

¡Cómo nacen, cómo pululan, cómo aparecen cual hongos en una noche de verano! La construccion de villas al vapor es una obra enteramente nueva en la historia de la arquitectura, y ni los Ptolomeos con saber hacer pirámides y esfinges pudieran blasonar de vencer al ferrocarril, si no tuvieron ellos ferrocarril, lo cual no me parece muy dudoso.

Pues, como iba diciendo, á la orilla del ferrocarril nace un desembarcadero para los vecinos del campo comarcano. Nace, porque es obra de una semana. Al lado del desembarcadero, ó depósito, se establece el correo, junto al correo el herrero, al lado de este el mercero con media docenas de tablas, no cubiertas por entero, de mercancias secas. La poblacion se da por nacida y se cristianiza con un nombre cualquiera, un nombre que generalmente se toma prestado del catálogo de otro estado: despues se espera á que crezca. Van y vienen trenes, y los pasajeros, que ven la menudencia de poblacion planteada allí, se preguntan qué se hace en tan gran soledad, y por qué no se mete toda entera en los carros y se marcha con el tren.

A poco se presentan casas y casas que son casi epidemia, y se montan por aquí y por allá y se apoderan del terreno de tal manera que es preciso demarcar las calles y dejar espacio para una plaza pública; se nombra un justicia y un médico, este entre los diez ó doce que han sentado sus reales en el nuevo emporio futuro, y se elige un predicador.

¡Buen principio! Es verdad que no es mas que principio. Pero principio quieren las cosas.—Un pedagogo, corto de fondos, se aparece cierto dia como llovido en un tren de ganado y carga, y se resuelve á permanecer en el pueblo, porque su posicion es bellísima. Todos saben al momento que ha llegado, y si se presentó á las tres, de seguro que á las cuatro y media nadie ignora quién es ni de dónde viene, ni si su mamá tenia ojos azules ó negros. El justicia lo visita, el médico lo acompaña á dar un paseo por la poblacion, y le habla, y le manotea para enseñarle el prado donde pastan las vacas con los caballos, y el pueblo, donde viven los hombres de negocios, y le cuenta cuáles son los recursos y le alaba su empresa; y el pedagogo, convencido por su propia necesidad, y por los argumentos del médico, toma un tercer piso y planta una

muestra de "Escuela Elemental, *dirigida segun los principios científicos mas modernos.*"

La cosa marcha. Cualquier Juan Lanas que dice tiene en su casa mas alojamiento del que necesita llama al pintor brochista—entidad establecida en el pueblo antes que el maestro de escuela—y le encarga un rotulazo que dice "Hotel," donde se reunen por la noche el abogado y el tendero para disertar sobre la cuadratura del círculo, el destino del mundo en general y el de la villa en particular.—Ya es villa.

Falta el periódico. No tarda un ex-poeta en saber que en el pueblo vecino se vende una prensa vieja, y la compra á plazo. El abogado ofrece los editoriales, el médico su contribucion de necrologia y el herrero sus anuncios. El maestro de escuela escribe las charadas y las poesias, si en inglés cabe hacer eso. Se presenta el papel y se llama el *Herald*, ó el *Times*, como en Nueva York: es una hoja pequeña; pero con la villa crece.

Los trenes apenas hacian mas que sonar el pito al pasar. Ahora se detienen á la ida y á la vuelta.

El tabernero compra un mapa á un buhonero nómade y transeunte que se quedó en la casa un dia de lluvia y descubre que la villa de Tampiton está en el mapa. Agitacion general. Es preciso hacer á Tampiton cabeza de partido; no hay remedio. Se trabaja en elecciones para conseguirlo: se intriga y se consigue.

El depósito se convirtió en villa "de por ley," la villa crece como el arroz, como la barca de Simon:

"Tuvo Simon una barca
Tan solo de pescador;
Y tan solo como barca
A sus hijos la dejó.
Mas ellos pescaron tanto
E hicieron tanto doblon
Que ya tuvieron por menos
Andar en buque menor."

Los vecinos de Tampiton se enojan cuando se les pregunta qué hay en su *pueblo*, y serian capaces de asesinar al que les preguntase si en su *aldea* hay vacas.

—En la *villa* quiere V. decir, esclama el tampitonense.

—Perdone V.: estaba pensando en otra cosa.

La villa dura poco y pasa á ciudad.

"De barca pasó á jabeque,
De este á fragata pasó,
De allí á navio de guerra
Que asustó con su cañon."

La herreria se convierte en fábrica de vapor: el médico no consulta sino en su casa: hay muchos jóvenes principiantes de matasanos. El correo se muda al centro de la poblacion; el correo primitivo es una sucursal. Todo ha crecido como bola de jabon soplada por chico de escuela. La aldea es ciudad con poblacion respetable.

Y todo es obra del ferrocarril, padre y creador del progreso, que si no tiene lira de Orfeo para montar piedras sobre piedras, tiene un encanto mágico superior que crea ciudades como la imaginacion puede crearlas, y un poderio cual nunca lo poseyó el hombre antes que cambiase su caballo de carne, y su silla de cuero adobado, por el caballo de hierro, que come leña y fuego, para producir maravillas en la transformacion de un pais. Sin ferrocarril no hay nacion civilizada en este siglo.

Barnum, el del Museo y el de la exhibicion de los niños y de las mujeres buenas mozas, se llama á sí mismo por tal razon el "hombre ferrocarril," porque está á la cabeza del progreso, segun él. Ultimamente, cuando todas sus empresas fracasaron por causa de otros, propuso al famoso Mr. Púnshon, el sabio inglés, que viniese á los Estados Unidos á dar lecturas bajo su direccion, pagándole £2,000 al año. Solo á Barnum se le habria ocurrido tal desvergüenza, y solo un hombre de talento superior no se habria irritado por tal proposicion. Mr. Púnshon le mandó por toda respuesta, una, tomada de los Hechos de los Apóstoles (cap. XIII, vers. 10): "Oh tú, lleno de sutileza y maldad, hijo del diablo, tú, enemigo de todo lo justo, ¿no dejarás nunca de pervertir los medios rectos del Señor?"

Entre las criaturas que parecen adrede hechas por los Barnums de los Estados Unidos se cuenta la encantadora "Little Ella," cuya estraordinaria habilidad para leer prosa y verso, aun cuando tiene solamente seis años, le ha grangeado fama universal. "Ella" se presenta en los teatros y atrae una numerosa concurrencia que se estasia oyéndola. El prodigio es esplotado por una mujer llamada Burns, á quien la entregó su padre para que *le sirviese de criada*, mediante escritura pública. Ahora "Ella" gana mucho dinero leyendo, y su padre la reclama en virtud del amor que *le* profesa. La Burns se opone con la contrata, y el juez antes de fallar ha mandado depositar á la niña mientras esté enferma, que lo está, en casa del caballero agente de policia Mr.

Bertholf, que tambien fué depositario de aquella Mariana, ahora esposa del cochero John Dean, cuya historia ocupó al *Totilimundi* en tiempo y sazon. Mrs. Burns asegura que "Ella" es su hija; el padre la reclama; será preciso un Salomon para sentenciar el pleito.

El mismo juez podria tambien dirimir las diferencias entre Mrs. Cunningham, la del Dr. Burdell, y el editor del *Evening Post.* Usó y abusó el periodista del nombre de la *viuda*, y sin descanso evocó todos los espectros conocidos y por conocer para atomentarla á mas y mejor. Sucede que el editor es amigo de darse gusto, y tiene casa de mármol con todas las comodidades apetecibles, y las mejoras mas modernas, como dicen los que alquilan vivienda. La *viuda* del Dr. asesinado, ora por intencion decidida, ó por casualidad, alquiló la casa inmediata á la del editor y vive con él pared por medio. ¡Pero qué pared! una lijera concha como la formada por la espuma del mar, una pared tan frágil como la conciencia de un usurero. El aquí y ella del otro lado: él que ha escrito tanto contra ella, y ella que..... Dios la perdone. El editor se pasa las noches en claro, y no se atreve á escribir, temeroso de quedar clavado en el escritorio cual el rey de Francia. Las aguas le saben á arsénico cuando solo tienen "un sabor como á pescado." El humo de la cocina le parece incendio, y los pasos de la casa inmediata le remedan el andar de las fantasmas. La redaccion del periódico se resiente de la agitacion nerviosa en que vive el pobre hombre, y la vida se le va mas aprisa que debiera en circunstancias normales.

No salgamos de los tribunales en este *Totilimundi*, aunque vayamos á la Nueva Inglaterra, y aun cuando varie la naturaleza de la demanda. Mrs. Newton, de Midlesex, se quejó de que un tal Mr. Saverland se habia propuesto abrazarla, á lo cual ella se opuso. La negativa ecsasperó al hombre y se empeñó mas "por lo mismo," que es una de las peores razones. Mrs. Newton le arrancó la nariz de un mordizcon. Hubo contrademanda por la reparacion de la nariz. El honorable tribunal decidió que toda mujer que sea abrazada sin previo permiso, otorgado sin miedo ni coercion, tiene derecho á quitarle las narices al osado, si le viniere en voluntad el hacerlo así.

Yo no conozco á la señora que defendió con tal heroismo su propia persona; pero digo que vale una corona el ejemplo

dado á las demas matronas que conservan el honor nacional en sus manos y en sus labios.

Por esta razon un afligido viudo que hacia enormes gastos para el entierro de su consorte, como fuese reconvenido de tal derroche por un amigo, le contestó llorando :—" No, no: déjame hacer lo que ella habria hecho por mí con mucho gusto."

EL MATRIMONIO DE DIAMANTE.

Despues de las bodas de Camacho, el Rico, las de Roth schild; despues de las de Rothschild las de D. Estéban Santa Cruz de Oviedo; despues de las de Oviedo ninguna.

"Maravilla soy del campo,
Maravilla de ciudad:
Maravilla como yo
No se ha visto ni verá!"

Hace semanas ¿qué digo semanas? meses que la sociedad de *haut ton et comme il faut* no habla sino del matrimonio del rico cubano con la bella neoyorkina. Desde que el capitan Hudson asentó sus reales en la isla de Manhattan nada habia ocurrido en ella, ni aun la aurora boreal, que fuese por todos sabido, y por todos comentado, como lo fué en escala de tres millas al grado el matrimonio futuro del señor Oviedo con la señorita doña Francisca Amelia Bartlett. Todos los periódicos de ayer tarde y todos los de hoy traen. el que menos, tres columnas para celebrar

"De la dama gentil el dulce garbo,
La riqueza fastuosa del galan."

En conciencia me dije: ¿Yo, bobalicon de corresponsal, podré enviar á la Habana en letra de carta lo que las cien mil columnas de la prensa nacional publican por el mundo y otros lugares en letras de molde? ¿Perderé mi tiempo si lo escribo?

—No! me gritó Sofia con el ansia de leer en castellano

las descripciones anglo-americanas. No! Que seria hacer injusticia á la fama, ú obligar á las cubanas á aprender inglés para saber cómo fué. El *Diario* no rechazará por escrúpulos de personalidad lo que ha dado afan á 20,000 cajistas, lo que ha consumido y consumirá en América y Europa millares de toneladas de tinta, lo que da ocasion de gritar á los *newsboys*, y lo que ha servido de sobremesa á todos los habitantes de la imperial ciudad por cuarenta dias consecutivos.

Corté la pluma, enderecé el papel, y sin escrúpulos de que se me creyese novelero, ni arrastrado por el esplendor de las amarillas—porque D. Estéban estará ahora entregado á ocupaciones mas serias que las de entenderse con corresponsales pseudo-nombrados—puse por delante mis periódicos de ayer y hoy, y empecé á contar lo que ni aun la llegada del *Great Eastern*, ni el restablecimiento del telégrafo tras-atlántico, ni la bendicion de la nueva catedral, ni el viaje de la reina Victoria al Canadá, ni la caida de una estrella, podrá nunca borrar de los anales de la ciudad.

El matrimonio fué una boda de diamante y de diamantes: todo en él fué magnífico, en grande escala, y llevado á cabo de una manera digna de Creso y de Rothschild.

De antemano se decia que el novio le habia hecho á su futura regalos sin cuento, infinidad de aderezos de diamantes, un guardaropa con 75 trajes y otras cosas que seria largo contar, y que importan sobre ochenta mil pesos. Una sola sortija habia costado cinco mil. Los corresponsales de los periódicos del campo aumentaban esos números en la proporcion de las riquezas del novio, á quien suponen poseedor de varios ingenios en Cuba, 4 ó 5,000 (cinco mil) esclavos, y varias casas distintas de las que estos ocupan.

Distribuyéronse como 2,000 tarjetas de convite, papel vitela, plancha de acero, y con esta inscripcion, que el *Express* tuvo la galanteria de publicar en castellano, y que yo pongo en ambos idiomas:

MR. & MRS. BARTLETT

Request the pleasure of your company at the marriage ceremony of their daughter

FRANCES AMELIA, with DON ESTEBAN SANTA CRUZ DE OVIEDO,

On Thursday, the 13th of October.

Traduccion.—Mr. y Mrs. Bartlett solicitan de Usted el placer de su compañia en la ceremonia matrimonial de su hija Francisca Amelia con D. Estéban Santa Cruz de Oviedo el juéves 13 de octubre.

Para entrar en la Catedral habia otra tarjeta que decia:

ST. PATRICK'S CATHEDRAL

THURSDAY, OCTOBER 13, AT TWELVE O'CLOCK.

This card to be presented at the main door, Mott Street.

Seats reserved until 11½ *o'clock.*

Traduccion.—Catedral de San Patricio, juéves 13 de octubre, á las doce. Esta tarjeta debe ser presentada á la puerta principal, calle de Mott.—Se reservan los asientos hasta las 11½.

La invitacion para la casa decia:

MR. & MRS. BARTLETT

AT HOME

Thursday, October 13, *from one until three o'clock,*

N° 39, West 14th Street.

Traduccion.—Mr. y Mrs. Bartlett reciben el juéves 13 de octubre, desde la una hasta las tres. Calle décima cuarta del Oeste, N° 39.

Para evitar un agolpamiento estraordinario de gente la policia dió una "Orden general" señalando á dos compañias el lugar y modo de recibir y despedir á los amigos de los desposados. Solicitábanse las papeletas de entrada con tal ahinco que era un fastidio deshacerse de los pretendientes, y Monseñor el Arzobispo tuvo que negarse en casa para que no le distrajesen los importunos. Cierta dama recien convertida al catolicismo solicitaba de S. Illma. una entrada á pretesto de que nunca habia visto un matrimonio católico, y esto la fortificaria mas en su resolucion.

La agitacion entre las señoras era algo así como furiosa, y no se hablaba, ni se hacia nada que no fuese relativo á la boda. Las modistas ganaron mas en las dos últimas semanas que en todo el resto del año, y en las cocheras un par de caballos y una *guagua* cualquiera eran contrabando. Las calles inmediatas á la Catedral estaban materialmente atestadas de gente, desde el chico que no sabe abrocharse las bragas y el pilluelo que sabe desabrochar los bolsillos al mas despierto, hasta el barbudo animal ocioso que la policia no sabe cómo ni de qué vive. Las escaleras, balcones y ventanas eran un conjunto apiñado de cuerpos y rostros humanos, y hasta sobre las azoteas habian trepado las mas audaces crinolinas. Si Mr. Lamountain no hubiese perdido su globo *Atlantic*, habria encontrado quien se lo alquilara para ver desde él á los novios.

Muchos violaron la consigna de la policía saltando la reja de hierro que circuye á la iglesia, y un vejete en esta operacion funámbula quedó colgado, como D. Quijote, ó Quevedo, de una sortija que llevaba en el anular, permaneciendo en tan desagradable posicion hasta que la sortija se partió, llevándose de camino la coyuntura central del dedo, y con ella toda su parte superior. Sin embargo,—¡oh rara humanidad! —el viejo antes de buscar la punta de su dedo trasteó con la mano sana por entre la yerba para encontrar la sortija —testigo de un amor que ya no podia existir sino en recuerdo.

Trabajosamente daban abasto los policías á poner órden en el sinnúmero de carruajes que conducian á los convidados por entre una masa semoviente de ociosos y mirones que embarazaban el centro y las aceras del gran "cuadrilátero" en que está la iglesia. Las imprecaciones de los cocheros no se oian por sobre el murmullo sordamente griton de dos mil, de diez mil conversaciones que tenian un solo objeto—la novia y el novio—Nueva York y Cuba. Un politicastro habria dicho que allí se estaba celebrando la *anecsion* por derecho de *conquista.*

Nunca sufrieron tontillos y crinolinas tan descomunal ataque, pues unas salian oblongas, otras elípticas, otras triangulares, desde que abandonaban el refugio del coche para correr fortuna ó infortunio entre el gentio. Ciertos toques disimulados de la mano izquierda, como para espantar una mosca osada que se hubiese prendido á la falda, probaban que las bellas portadoras de aquellos armatrostes sabian el estado compunjido y desgarrado en que su redondez se encontraba.

Los íntimos entraban por una puerta y los convidados por otra. Mme. Dudevant decia que en sus salones habia amigos, músicos y parejas para bailar. Brown, el celebérrimo Brown, el sacristan de la iglesia de la Gracia, el *sine qua non* de todo matrimonio á la moda, recibia á los huéspedes del nabab cubano con toda la maestria que su larga esperiencia en el *arte* le ha alcanzado. Sorpresa habria sido dejar á Brown en el tintero. ¡De cuánto consuelo fué para Mrs. H., Mrs. F., Mrs. G., y otras 24—para ahorrar citas—encontrar en la puerta á su antiguo conocido! El las acomodaba á todas, y para todas tenia un puesto espresamente reservado.

A las doce no habia un solo asiento vacio, ni baranda, pilar

ó tarima, silla ó alzapié, que no tuviese su ocupante como las peñas del mar cuando bajan las gaviotas en setiembre.

Faltaban los novios solamente, y á las doce en punto se presentaron en buen órden: primero las madrinas y padrinos, que conforme iban saliendo del carruaje recibian del público un hurrah! á quema-ropa, en señal de aprobacion y admiracion, despues la señora madre con el novio, y por fin el padre con su hija, la novia, á quien iba á entregar en el altar.

Recibiólos á todos el señor arzobispo, acompañado de dos prelados, y entrando en la catedral levantóse un gran murmullo de aprobacion.

Vestia el novio de negro con corbata y chaleco blancos, y esquisitamente bordados.

La novia llevaba traje blanco de seda con dos grandes volantes de punto de Bruselas, velo del mismo punto hasta los piés y una corona de azahar. Al rededor de la garganta tenia cuatro sartas de perlas orientales con broches de diamante: por aretes usaba dos perlas inmensas y de brazaletes ó pulseras, perlas tambien con engarces de diamantes.

Las madrinas vestian de tarlatana blanca, doble túnico, con cuatro embuchados en el de abajo y seis en el de arriba, alternando los de tul blanco con los rosados, berta apropiada y ramilletes blancos.

Las madrinas eran todas americanas, menos la cubana señorita Izquierdo: los padrinos todos cubanos. La anecsion era completa.

Monseñor Hughes, revestido de pontifical celebró la ceremonia conforme á los ritos del catolicismo, hablando al novio en español, y despues de concluida les dirigió la palabra en términos que han llamado sobremanera la atencion. Habló S. Illma. de la santidad del matrimonio y aprobó con verdadero énfasis la conducta de la Iglesia en los casos de Enrique VIII y Napoleon I, haciendo citas dignas de tan estudioso prelado. Luego volvió la vista á lo presente y censuró la libertad, la licencia con que se obtiene el divorcio, negando la posibilidad de un doble matrimonio en la iglesia católica y en la protestante. Por fin, dirigiéndose al padre le habló de la separacion de su hija, de aquella niña que desde la cuna habia desarrugado su frente con una sonrisa y borrado todos los pesares con un beso.

El capitan Bartlett empezó por oirle atentamente y concluyó por sacar su pañuelo para enjugarse las lágrimas. La igle-

sia parecia solitaria, porque en los momentos en que S. Illma. suspendia su discurso para tomar aliento, no se oia sino la respiracion de los presentes.

Aquel silencio profundo se trocó en bullicioso alboroto cuando empezó á salir la concurrencia y en estrepitosos hurrahs! cuando llegaron los novios á la calle, y la multitud los saludó. Entonces fué mas que nunca necesaria la intervencion de la policia, y de todo punto indispensable los buenos oficios de Brown, el sacristan, para hacer llegar los carruajes *pari passu* con la salida de sus dueños. Por fin salieron todos, y tras largo espacio de tiempo la calle quedó en silencio.

La algazara jubilosa de la boda habia cambiado de lugar estaba en la calle de la novia, desde Broadway hasta la Octava Avenida, que serán 1500 varas, todas llenas de carruajes y de gente á pié que aguardaba ansiosa el paso de los novios. La policia estaba de faccion y cumpliendo la órden general del dia. Entrar en la casa era empresa, que aunque ancha mas que la generalidad de las de Nueva York, no estaba calculada para el matrimonio del señor Oviedo.

La recien señora de Oviedo hacia los hónores con sencilla cordialidad y una sonrisa modesta y despejada en medio de la agrupada concurrencia, que se iba renovando sin cesar, porque si bien se repartieron tarjetas para entrar en la casa se hizo con mucha profusion, ó el portero atolondrado se olvidaba de pedirlas. El novio daba las gracias en inglés á los que le daban á él enhorabuenas; pero luego hablaba en español, y le alabo el buen gusto. Alibeau no comprendia cómo se puede ser amable hablando inglés.

Despues de los novios lo que mas llamaba la atencion era la exhibicion de los regalos, puestos en una mesa á estilo del país, para admiracion de los concurrentes.

Un adorno completo de perlas y diamantes de lo mas escogido y simétrico que reune el esquisito gusto de Tiffany y C.ª; aretes, solitarios, perlas engarzadas, la caja en fin que descubrió Monte Cristo en la isla italiana, y que el cardenal Spada y sus antepasados habian estado rellenando siglos de siglos cuando Venecia no estaba empedrada de guijarros sino de rubíes y esmeraldas.

Haughwout y C.ª, Ball Black y C.ª Tiffany y C.ª, Genin y Mr. Bennet hicieron regalos, aquellos de prendas de sus almacenes, el último de flores cogidas por su mano en su *villa* del Hudson. Cada cual dió de lo suyo. Pero aquella casa

era la casa de un Médicis ó de un Ben-Hamet-Harran, de los que han regalado sillas de oro á la reina Victoria. Dos policias disfrazados en traje de paisano tendian una mirada cariñosa y vigilante á los tesoros de aquel *Sésame*. Eran ademas de policias buenos mozos y vestian con elegancia guante Jouvin color de lila.

Toti li mundi en la casa hablaba de los novios y los regalos y cada uno tenia su palabra nueva y su dato particular para apreciarlos.

—¡Oh! decia una señora de Gramercy Park: me consta de ciencia cierta que el señor de Oviedo tiene 16 millones, porque sus padres hicieron un capital tremendo en el negocio de fabricar azúcar.

—Pero si los azúcares no son sino una parte, contestaba su compañera, una rubia de la 5ª Avenida; lo mejor que tiene el Sr. Oviedo es ser noble por los cuatro costados, un brazo de rey.

—Cáspita! Si le regaló casa á la suegra como un pequeño recuerdo.

—Bah! bah! bah! Si le compró á la novia 75 trajes y unos quince mil pesos en ropa.

—Dios mio! lo sabe V. de cierto?

—Por supuesto, como que me lo dijo la señorita M....., que conoce á un amigo cuyo primo está muy al corriente de todo, y dice que la canastilla vale mas que la de la princesa Clotilde. El punto es de *piqué de Chantilly* y todo lo demas magnífico!

—Pues no! Si las mantillas le han costado de 450 á 1,250 pesos, y tiene cinco. Y los pañuelos bordados, y los cuellos, y los puños de encaje, todo riquísimo. ¿Conoces tú á algun cubano como el Sr. Oviedo?

—¿Por qué? Tú eres casada?

—Pero mi hermana Luisa está soltera.

—Ay! Qué puños de guantes, á 15 pesos vara! Crespon de China, chales de la India.

—¿Sabes cuánto se le ha pagado á Genin únicamente?

—Un horror supongo. Pobre Luisa que está soltera!

—Y á Haughouwt? ¿Y á Ball Black, y á Tiffany? Los almacenes han hecho su agosto.

. . . . . .

El novio y la novia se marcharon ayer para Boston en el magnífico vapor *Metrópolis*, y despues irán á Cuba y despues

á Europa. El Sr. Oviedo no lo sabe todavia; pero los periódi cos lo saben y el Sr. Oviedo no pretenderá saber mas que los periódicos de los Estados Unidos.

NUEVA YORK, 14 octubre 1859.

LAS VISPERAS SICILIANAS.

Estoy con el ánimo bien dispuesto y fumando un cigarro. Pero veamos primero qué cigarro.

Salió de Cuba para Francia un fumador rico á quien atormentaba el deseo de conocer *de visu* la corte francesa.

"Pues que doblon ó sencillo
Hace todo cuanto quiero
Poderoso caballero
Es Don Dinero."

Así se decia el fumador, tentando siempre fortuna, y encontrando á todas manos cerradas las puertas del Palacio de las Tullerias, y buscando quién lo presentase. Tenia pocos conocidos en Paris, y de ahí las dificultades. Hallábase como el amante que no ha podido besar una mano codiciada por largo tiempo. Mi fumador estaba á lo sumo impaciente, y aun cuando procuraba ocultar su impaciencia, mas de una vez se retrataba esta en su semblante. Ibase al bosque de Boulogne y prendiendo el cigarro empezaba á echar bocanadas de humo por aquellos paseos, pensando constantemente en su desventura. Hay hombres que se crean á sí mismos desgracias cuando no tienen ninguna. Continuemos.

En uno de tantos paseos estramuros se cruzó su carruaje con el del emperador Napoleon: la vista del señor de las Tullerias hizo subir de punto su impaciencia, y soltó una bocanada de humo, que envolvió al Emperador de los franceses en una nube de la Vuelta-Abajo. El vencedor de Solferino, acostumbrado á los cañones, sintió que la nube no fuese israelítica para que le siguiese en toda su peregrinacion. Tal era el tabaco de donde procedia!

Una semana despues el mismo encuentro, la misma bocanada, el mismo sentimiento imperial por su desaparicion. El monarca volvió la cara y echó una mirada al dueño de aquella esencia maravillosa. Mi fumador se estremeció como el minero que al introducir la sonda cree haber dado en la veta.

Un nuevo paseo por el bosque atrajo un nuevo encuentro, y una nueva bocanada una mirada de Napoleon, quien sin querer se llevó la mano á las narices como para conservar la impresion concentrada.

Al cuarto paseo no fué el fumador quien buscó al Emperador, sino el Emperador al fumador. Tres dias despues hubo baile en las Tullerias, y mi amigo, el de los cigarros, se hallaba, al lado del Embajador español, junto al asiento de la bellísima Eugenia.

Parecia cosa de ensalmo; pero era verdad. Un cigarro hizo la conquista que no habian podido los millones.

Cuando Napoleon habló de Cuba con el recien presentado en la corte, naturalmente habló del tabaco, y por consiguiente de los tabacos del bosque de Boulogne. Cajas nítidamente doradas introdujeron despues en las Tullerias algunos millares de *Cazadores* con corona ducal y una cifra que decia en letras mayúsculas "R. F. CARDIN." La paz con Francia estaba asegurada, y cuenta que

"La paz de Francia
Es la paz de la tierra."

Lo ha dicho Ventura de la Vega, que es buen decidor.

Pues un cigarro de *esos* estaba yo fumando con el ánimo bien dispuesto, y aun me dura, cuando principié la presente tirada de Totilimundi, que continúo.

Digo, pues, que soy tan dueño de mi cigarro como Mr. Ullman lo es de la ópera: no hablo del edificio, que pertenece á los accionistas, sino de la diversion aristocrática que él maneja á su guisa. Leo el cartel y encuentro que Mr. Ullman, álias "Napoleon el Pequeño," como gusta de oirse nombrar, ofrece la representacion de *Las Vísperas Sicilianas* con un gasto de ¡¡ $15,000 !! con ¡¡ 500 vestidos nuevos !! con un aparato nunca visto en esta tierra de las "plataformas," con una orquesta como la del Conservatorio, con nuevas artistas—(El artículo necesitaba renovarse de tiempo atras, porque las viejas ademas de serlo eran feas de encargo.) Decia asímismo el cartel que los coros se compondrian de tanta gente como lle-

vaba Jerjes en su ejército. Decia. . . . Pero con los carteles no sucede, sobre todo cuando los publica un empresario de ópera, lo que con el predicador de marras:— Haga usted lo que yo digo, y no lo que yo hago. Los carteles dicen lo que no hacen, ni la mitad. Cuentan de un autor de carteles—tan autor en los Estados Unidos como Lamartine en Francia—que al entregar su obra maestra al empresario no le señala precio hasta que el Mister la ha leido toda.

—Hombre! dice por fuerza el empresario: esto es mucho ecsagerar.

El autor cobra mucho por el cartel.

Si el empresario cree que se dice poco, el autor de carteles cobra poco. De donde se infiere que está en su interes ecsagerar mucho. El público lo traga sin chistar, porque las tragaderas del público estan en proporcion de su tamaño, y el público es el. . . . mas grande personaje de la creacion social.

Con las *Visperas Sicilianas* estaba yo en vísperas, por no decir maitines. Si iré ó no iré: nadie gusta de ser asesinado ni de ver asesinar. La empresa de la ópera nos habia de antemano asesinado á causa de ciertas *esperanzas* que ni con ser italianas, en este mes, en que la Italia está á la órden del dia, habian podido pasar por las consabidas tragaderas en el órden de la noche. Lo pasado no aseguraba lo porvenir; las vísperas habian sido malas, y si eran, como se ofrecia sicilianas, y con 500 vestidos nuevos, podian convertirse en lo que se convierten las crinolinas á pesar de lo que prometen, y de lo que figuran. . . . . En fin ¡qué diablos! una noche se pasa donde quiera, dijo el rondador que encontró el balcon cerrado en una noche de lluvia.

Fuí á la ópera, comprando en la puerta "mi derecho." Tomé asiento: la Academia estaba como la francesa en las noches en que hablaba Mr. Thiers. (¿Es académico Mr. Thiers?) La música ecselente. Me habia dado chasco, porque no tenia dónde hincar el diente. Alzase el telon: en lugar de Mlle. Speranza aparece Mme. Colson: otro chasco, porque Mme. Colson no tiene de anti-eufónico sino su nombre, el cual tampoco es el suyo sino el de su marido: es muy bonita (con perdon de él,) muy bien formada, muy poco pretenciosa, y canta muy bien —cuatro *muis* que la haran lucir aquí y en la Habana.

La música de *Las Visperas* es ademas tan nueva cuanto sorprendente para los adeptos y admiradores de Verdi y su

música dramática, intensa, declamatoria, á veces turbulenta y bulliciosa, pero siempre espresiva y parlante. Es cierto que en *Las Vísperas* no se encuentran el arrebato y la declamacion del "Miserere," ni la pasion del "Gran Dio," que estremecen en el *Trovatore* y en la *Traviata*; ni sus melodias son, con dos ó tres escepciones, tan *cantabiles* como los *morceaux* que han hecho esencialmente populares aquellas dos óperas; pero en cambio se encuentra el oido con una novedad de composicion que no esperaba, con habilísima maestria en la instrumentacion y con arranques raros y que no parecen de la cuerda de Verdi.

Tengo á la vista el juicio crítico del *Times* y el del *Musical Examiner*, periódicos ambos de Lóndres, copiados en forma de folleto por los empresarios de la Academia para el uso de los que deseen formarse opinion de maestros sobre los méritos y defectos de la ópera; mas conténtome con lo espuesto, que por cierto no está en el folleto publicado, para volver á la Academia.

Brignoli hizo de *Arrigo* y accionó. Mire V. si la empresa está de fortuna. Que Brignoli tiene voz dulce, modulada y fresca, lo saben los que han ido á Europa en busca de uno mejor para reemplazarle, y no lo han encontrado. Brignoli accionando es por consiguiente muy bueno, y lo fué en *Las Vísperas.*

Ferri, que representaba á *Monfort*, completaba el conjunto, porque el dia en que las cubanas oigan á Ferri gustaran mucho de él, ó por lo menos de su voz.

Quiere decir que en *Las Vísperas Sicilianas* no hubo mas asesinato que el de la escena final, y como á Mr. Scribe se le antojó poner las muertes á telon caido, se queda uno sin saber su número, y no le aflige la vista de la agonia, por lo cual se retira del teatro el espectador altamente complacido.

Esto nos sucedió al público y á mí, el primero representado por una Mirta bella á quien su adorador (perdone si le calumnio) le preguntaba meloso:

—¿Le ha gustado á V?

—Mucho: las decoraciones son magníficas.

Vaya en gracia! pensé al oirla; cierto que los nuevas decoraciones son bellas y que en eso ganó poco el "autor" del cartel.

Cambié de opinion con respecto á la ópera que en la actual temporada me habia quitado las ganas de escribir, y dije con

el Dr. Marsh:—"Corriente! en mudar de dictámen se diferencia el hombre del asno, porque el orejudo cuadrúpedo no puede hacer otro tanto."

Y prendí mi segundo cigarro Cardin.

Mr. Foster, el director de la compañia dramática de Bucyrus en Ohio, es el único empresario que ha tenido un público igual al que acaba de escribir el juicio crítico de la ópera—público singular. Dice el *Democrat* que Mr. Foster se hallaba á solas en el salon del hotel, fumando un cigarro (que á buen seguro no seria como el mio,) cuando entró un desconocido preguntándole si él era el director de la compañía.

—Servidor de V.

—¿Por cuánto la haria V. representar ahora mismo? Tengo que marcharme en el tren de las seis y no puedo por lo tanto concurrir á la funcion de esta noche.

Mr. Foster lo echó á broma.

—¿Por cuánto? preguntó.

—Por cuánto, sí; por cuánto me da V. el *Ricardo Tercero* ahora mismo?

—Por veinte y cinco pesos.

—Y *El Diamante en Bruto?*

—Por diez pesos mas.

Pues aquí estan mis treinta y cinco pesos, y manos á la obra.

Sonaron los *monises*, que dice el Tio Caniyitas: el yankee los guardó, y burla burlando el empresario y el público se marcharon al teatro donde se estaba ensayando otro drama.

Hable ahora el *Democrat:*

"Dieron las dos y se reunió el solitario auditotio. Escogiendo una posicion cómoda, y encaramando los piés sobre el espaldar de la silla del frente, el público aguardó con paciencia que empezase la funcion. Sonó la campana, descorrióse el telon y salió el rey Ricardo, y tras él los demas personajes de su corte. Jamas hubo actores que lo hiciesen mejor: todos se escedieron á sí mismos para dar al singular auditorio algo digno de su dinero; y en verdad que lo consiguieron. El público aplaudió varios pasajes con perfecta unanimidad, y al final de la pieza llamó á Mr. Fannin, que hizo el rey, para aplaudirle estrepitosamente. Mr. Fannin le dió las gracias en un corto *speech.* Hubo intermedio de baile y canto, y luego siguió *El Diamante en Bruto.* El auditorio se reía á carjadas, palmeotaba y daba hurras, y despues de la funcion llamó

á todos los actores al proscenio y los celebró con triple salva."

Cambiemos cantidades (un autor y mucho público) y tendremos lo que me temo se llame la gran farsa del gran globo *City of New York*, representada actualmente en el solar que ocupó el Palacio de Cristal (que gloria haya.) Con semanas de anticipacion se anunció que el profesor Low irá á emprender en él un viaje en Europa. El *Diario de la Civilizacion*, nada menos, dió la descripcion del globo con láminas alusivas, y habló muy seriamente de todos los preparativos para atravesar el mar por los aires. Viendo el asunto en manos tan respetables, yo, menguado de mí!

Caí en la tentacion, comí del trigo,

y escribí un Totilimundi entero sin encomendarlo á Santa Rita, abogada de imposibles.

Pero (lo diré al traves del humo del cigarro, envuelto en su nube como en un velo de vergüenza) hace diez dias que el globo está inflándose, y que no hay medio de que se infle. El segundo dia no pudo tomar el gas por no dejar la ciudad á oscuras; el tercero el viento alto (porque bajo no habia) tiraba al Norte como la brújula; el cuarto se vació el globo por un descuido de los operarios; el quinto resolvió el profesor hacer esperimentos con el *timon;* el sesto... el sétimo... el décimo dia estamos en que el ilustado público ha entrado en el cuadrilátero que encierra el globo como raton en ratonera; esto es, no grátis, ni á cuenta de cabos de vela, sino mediante 25 centavos por persona, ó sean $1,000 diarios por todo el público, que ha sido *singular*, como en el teatro de Mr. Forster. En diez dias saque otro la cuenta de lo que han importado los vientos altos del profesor Lowe : no bajan, segun mi aritmética, de diez sendos miles de pesos.

Ahora bien : la lámina del cartel representa un bote vapor de ruedas, y el que se exhibe no tiene ruedas ni vapor. La barquilla en el grabado es una casita con sus ventanas y acomodo para diez personas : el profesor presenta de bulto un canasto de ropa sucia, algo crecido, pero no bastante para contener dos mortales reunidos, por poco robusto que se suponga al compañero que lleve el profesor. El globo en lugar de inflarse reventó ayer por la mañana, y está abierto en dos como rueda de pescado frito.

Sin embargo el profesor se halla cómodamente sentado en tierra firme, y gozando de las regalias que le ha proporcionado la entrada diaria. El público sigue fabricando castillos en el aire, y oyendo por 25 centavos una música con que en la noche lo regala el profesor, música no celestial, porque en materia de armonia él no ha escrito aun ningunas *Visperas Sicilianas.*

Item mas.—Nadie á la fecha ha tenido el gusto de ver al profesor, que siempre está ausente: como navegante aéreo no hace pié en el cuadrilátero, ni es por estas tierras que se le debe buscar. En definitiva, ora vuele el profesor, ora no vuele (y á mí se me barrunta que volará el dia menos pensado,) nada importa para probar que si hemos sido hasta aquí bastante *guanajos* como para creer esas brujerías de viajar al antojo pero el aire, el hombre tampoco deja de ser buen pájaro en resumidas cuentas.

LA POLITICA DEL DIA.

Permíteme decir ante todo que hace frio, y frio del bueno; es decir, frio seco en dia sereno, frio cortador de orejas á estilo de mandarin chino, frio que transforma en tomate las narices, y los piés en máquinas ambulantes; frio de capa gruesa y de sobretodo de arroba.

La noticia le es á Cuba indiferente; pero no lo es para mí, que tengo que atravesar las calles intermedias entre la mia y la del vapor *Cahawba;* y como yo soy quien escribe, doy á la correspondencia el color de mis impresiones, como hace todo corresponsal que se estima. La de hoy es, pues, color de frio.

Así nos hemos quedado todos por estas alturas desde que la gente de seso nos amenaza con que nos vamos á desunir. ¡A desunirnos! Por todos los que murieron en cuatro potros, incluso aquel famoso Salcedo á quien un rey frances mandó poner en tan horrendo cuadrilátero! ¡A desunirnos!

¿Con que ha de andar yo sin Sofia, y cada marido va á verse desmujerado? Habrá los que por dichosos se dieran con el rompimiento; pero no yo, pecador que tengo en sus ojos las niñas de los mios.

¡Eso no puede ser! Digo que es un disparate, y que nadie se ha de meter en las casas agenas á separar á los que Dios juntó. Tan mal oficio corresponde solo á la muerte, y nadie querria representar el papel de esqueleto.

¿Cómo nos hemos de desunir entonces? Si será que cada pierna y cada brazo eche á andar por su cuenta, y en el rumbo de los cuatro vientos, de tal caletre que cuando mi derecha llegue á la China mi izquierda esté navegando para las islas del buen rey Kamehameha (que bien pudiera S. M. cambiarse el nombre)? — Vamos: este es otro disparate! ¿Qué fuerza de repulsion ni qué ojeriza habian de tener mis manos ahora entre sí, cuando hace tantos años, que una lava á la otra, y las dos lavan la cara, á estilo de gente de ministerio?

Luego ¿cuál es la division que nos amenaza como acometida de cólera, ó bala de cañon rayado? Entiendo que los albaceas se dividan la herencia, que los vencedores se dividan el botin, que los "eleccionantes" que triunfan se dividan los empleos; entiendo que el repartidor en semejantes divisiones sepa con los ojos cerrados cuál vaca es la mas gorda, porque de antaño está escrito que

"El que parte y bien reparte,
Y en el partir tiene tino
Siempre deja de contino"

lo demas que la perspicaz lectora ha añadido sin que yo lo escriba.

Todo eso lo entiendo, y hasta entiendo que haya albaceas que partan sin partir, y no les dejen á los herederos ni el polvo de las sandalias. Pero esta division de ahora ¿qué significa?

Mil y mas preguntas de igual género me hacia cierta vecina á quien han tenido sin pestañear en las dos últimas semanas las noticias que dan los periódicos sobre que es inminente la division; que el espíritu de seccionalismo, separacion y todas las palabras que signifiquen hacer dos pedazos de uno, está en su apogeo. Queria la pobre dueña que se le explicase el hecho de una manera que á ella le quedasen las menos dudas posibles de que su casa no iba á pertenecerle

pronto de por mitad, de que sus joyas y pesetas no se trasladarian por obra divisionaria de su gaveta á la mia (lo que entre paréntesis seria una loteria tal cual.)

Yo le contesté con toda la enciclopedia de autores modernos connotados y por anotar que . . . . .

Pero ¡voto á cribas! lectora, que habia olvidado lo mas esencial. Te estoy embuchando de política como se embucha de vinagre al pavo gordo en vísperas de gran dia, sin recordar que á tí te gusta la política lo mismo, ni mas ni menos, que el vinagre al pavo. Demos lo dicho por no dicho y pasemos á algun otro asunto, aunque sea de modas y crinolina.

Pero antes, por el amor que me profesas (yo sé bien por qué,) deseo decirte que no te alarmes con la division, pues tengo averiguado secretamente que no habrá tal, y que en repartiéndose ciertos empleos no se volverá á hablar de la materia, quedando todo tan unido como el agua en que zabulle un tiburon despues de haber hecho presa. Vamos ahora á la crinolina.

Pero antes de abandonar la política, y esta será la última vez que te hable de ella, bajo palabra de moro, quiero contarte que el oficio de pegador de carteles en las esquinas, y en otras partes, da de qué vivir á muchos y muchas en esta ciudad, donde la vida es algo dispendiosa. El pegador de carteles pertenece principalísimamente al cuerpo político, porque es una de las ruedas de la máquina, que no andaria sin plataformas, como no andaria sin carteleros. En esta semana misma he visto á una cartelera, por cierto no muy aseada, meterse debajo del brazo á Fernando Wood y á Havemeyer, á George Opdyke y á Salomon L. Hull. El candidato demócrata, el republicano, el abolicionista y el Salomon iban todos por un camino en apretado consorcio, sin pensar, ni aun el último con ser tan sabio, que podian vivir en contacto tan inmediato.

La cartelera llegó á un entablado donde habia otros carteles, y sin hacer ascos ni reverencias al derecho de primer ocupante, sacó la brocha y empezó á embadurnar á los candidatos que llevaba, y á pegarlos en la pared.

Sus letreros y los que ya habia en ella quedaron unos sobre otros, aunque no se cubrian del todo, diciendo á los que leían :

WILLIAM F. HAVEMEYER

CORREGIDOR

será vendido en subasta

el miércoles 7 de diciembre á las 12.

Y como el candidato no fué elegido resultó vendido por no sé quién y la superposicion de los carteles equivalió á una verdadera profecia.

Otra superposicion resultó con el candidato anti-esclavista y una funcion de teatro:

TROVADORES NEGROS.

Para Corregidor

GEORGE OPDYKE.

A Mr. Wood le salió esta:

Saltos Mortales.

FERNANDO WOOD, Corregidor.

Finalmente, al candidato republicano, cuyo cartel empezaba con una pregunta, se le adhirió una respuesta picarona, título por cierto de un cuento dramático muy á la moda:

¿QUIEN ES SALOMON L. HULL?

El Secreto de la Esposa.

La cartelera repasó sus carteles, observó que los candidatos queda tanbien embadurnados y pegados, y se retiró satisfecha de su obra. Cinco minutos despues habia un círculo de ociosos al rededor de los carteles, y á la hora estaban impresos en un periódico todos los despropósitos, pues para despropósitos un periódico. Yo los conservé y me prometí que tú tambien los leerias. Vamos á lo de la crinolina.

Pero un momento mas, y concluyo de una vez con la política. La siguiente correspondencia cayó en manos del *Statesman* de Albany: léela.

" *Octubre* 15.—Mi estimado Juez: Soy candidato para el Senado; si V. viene á este distrito y pronuncia dos ó tres discurcillos hará mucho bien á la *causa* de su afino.—

" *Octubre* 17.—Mi coronel: Iré con gusto con tal que V. me prometa ser medio honrado siquiera.—Suyo.—

" *Octubre* 20.—Tengo que ir al Senado *sin compromisos de ningun género.*—De V..."

El juez echó los tres discursos y el coronel fué elejido para el Senado sin compromisos. Vamos á la crinolina.

Pero mira, lectora: sin compromisos te digo que es tarde, y que hiciste mal en leer esta carta si no te habia de gustar. Otro dia será, como dice el pobre á quien no le dan limosna. Tuyo.—NAZARENO.

Posdata.—Para la del prócsimo vapor buscaré á un amigo que me la escriba en francés ó inglés, y te la enviaré traducida como original.—N.

EL AMOR.

NUEVA YORK, 13 de enero.

El francés Michelet escribió un libro titulado *El Amor*, libro precioso que toda mujer deberia estudiar para edificar á los maridos si son casadas, para *prevenir* á los novios si son solteras, para enseñar á los hermanos si los tienen, para esplicar, en fin, á papá ese sinnúmero de rarezas que el vulgo llama "caprichos" por darle nombre, pero que en el libro de Michelet tiene su nombre y su porqué tan esplícito que se pueden clasificar en el número de las cosas que se ven, se palpan y á las que se les tiene lástima.

La señora se levanta tarde y encuentra el almuerzo frio, el chocolate sin aroma, la carne frita agarrotada.

—No tengo apetito, esclama.

—Si te levantas tan tarde! se atreve á decir el marido, consultando la impresion de sus palabras en aquel ogro.

—Tarde! Son las once.

—Y qué?

—Por Dios! no me irrites. Estoy tan *nerviosa!*

El marido se escapa sin añadir palabra, como si amenazara tormenta, y al salir por la puerta dice:

—Mi mujer está hoy de vena: tiene caprichos.

Pobre hombre! Si hubiese consultado la obra de Michelet

habria prestado mas atencion á las calendas del mes, y la conjuncion de Marte y Vénus le habria dado la clave de los caprichos nerviosos de su mujer.

Consultemos nosotros á otro autor en la materia médico-psicológica. Alejandro Dumas, hijo, que ha hecho dar un puntapié á Margarita por el mismo *Padre Pródigo* que la debió engendrar en su cerebro de filósofo, jamas quiso esplicar porqué la *Dama de las Camelias* usaba constantemente un ramillete blanco, menos las veces que lo llevaba del color

"Emulo de la llama
Que nace con el dia."

Alejandro II, rey de la novela y digno príncipe de la casa de los Dumas, prefirió dejar el misterio sin descifrar, porque él, como todos los de su dinastia, sabe que el pueblo ama el misterio' y ama todavia mas ser *él* quien levante el velo para descubrir

"la gracia, los encantos
A los ciegos profanos escondidos."

Michelet ha seguido el mismo principio; pero ha *diafanizado* el velo. La estátua del pudor no ha cerrado los ojos, ni incitará el fuego del cielo para devorar al nuevo Prometeo. Sobre el cendal de tules se trasluce una flor que la mano no puede alcanzar sino levantando el cendal, y entónces.....la culpa es de la mano osada, no del artista modesto que escribió como el sargento sobre el barril: "Pólvora: cuidado con el fuego!"

Yo gusto del libro de Michelet como de la epopeya anatómica del amor, y recomiendo su lectura, porque tiene un fin humanitario y positivo. ¡Dichosa la sociedad que sancionase las teorias del grave escritor francés!

Llena la mente con la lectura de tan bellas teorias recorro alarmado la crónica semanal, porque de lo vivo á lo pintado encuentro un foso mas ancho que los del Peihó.

La señora Gurney, en Inglaterra, abandonó el nido marital, su *home* y medio millon de libras esterlinas, por seguir á un nuevo amor.

"Qué capricho! Oh! Qué capricho
Pues, señor,
Calderon lo tiene dicho:
'No hay burlas con el amor.'"

Cuando en Inglaterra suben los valores Nueva York le

hace eco y los fondos crecen como la espuma: ideóse la construccion de un *Great Eastern* y en "America" se construyó el *Wyman*, vapor pez con figura de cigarro que se fumaria cualquier indiano, y que *atravesará* el mar de Atlante en cuatro dias. El globo *City of New York* dejó atras cuanto la Inglaterra pudiera inventar. En resúmen la balanza del poder se conserva inalterable.

Mrs. Gurney, la inglesa, no podia quedar sin rival, y la ha tenido cumplida. La "ciudad de las iglesias," vulgarmente llamada Brooklyn, tiene sus millonarios como sus pobres, sus dandys y leonas como su gente modesta y recogida. Mistress es la esposa de un rico mercader que tiene *ex*: fué miembro de la Legislatura, es hoy respetado y querido, paga puntualmente, gira por grandes sumas, es feliz. Tiene cinco hijos interesantísimos, entre ellos una niña de quince años. La familia concurre á los círculos mas elegantes. No lo sé, pero apostaré que rueda coche.

Volviendo á Mistress; su dinero hace ruido, pues tiene dinero, "del suyo propio;" posee un par de palacios en Broadway y algunos millares en bonos del tesoro público. Es bella y no ha llegado á los cuarenta, aunque ha pasado la edad en que la mujer se fija en treinta irremisiblemente.

Un dia de la semana amaneció nublado el cielo, y mas nublado el horizonte del ex-diputado á la Legislatura.

—"Calle V! La pobrecita!

—"Qué! ¿Se halla enferma?

—"Ojalá! Se enamoró horriblemente.....

—"Qué dice V?

—"Sí, señor.

—"Acaso de algun autor?

—"Quiá! No, señor, de un teniente.

—"Del loco de O.....?

—"De aquel.

—"Yo me opuse y la cuitada.....

—"Se suicidó despechada?

—"Quiá! No; se fugó con él."

Se fugó con un jovencito de diez y ocho años. El O... de la historia es un humilde dependiente de botica en la calle de Hudson cuyas precoces disposiciones se han desarrollado sin límites. Filadelfia aloja en su seno á los fugitivos. En Brooklyn hay entablada una demanda de divorcio y una jó

ven de quince años que llora sin remedio un porvenir que ella no ha perdido.

Aquí de Michelet, aquí de Dumas, hijo. ¿Mistress es *ella*, ó es Margarita con su ramillete de camelias blancas?

Doblemos la hoja sobre la miseria humana, que llora desde el Paraiso, que el Salvador depuró en Magdalena, que la civilacion aumenta, y que la sociedad no perdona, porque la sociedad no tiene corazon sino cabeza. La moral dice que hace bien. Doblemos la hoja para seguir al Doctor S... que corre desatentado por la calle.

El Doctor no encontró á la esposa de Putifar en la de un enfermo á quien daba píldoras. La familia creyó que ademas de dar píldoras al esposo el Dr. tributaba, ó queria tributar homenajes á la esposa. Contraste. La esposa lo creyó tambien: es bonita.

El Dr. entró en la casa como todos los dias el mártes—dia de mal agüero. La madre y una hermana, la esposa y una criada salieron á recibirle en la sala despues que otra criada cerró con llave la puerta de la calle. El Dr. se sorprende. Una lluvia de harina sale de tres distintas manos y cae sobre la persona del doctor. Ojos, nariz, boca, frac, todo se empolva, y las ofendidas señoras se proponen limpiar al médico. Pif! paf! pif! paf! cien azotes caen sobre el empolvado esculapio, que corre á la puerta de la calle. ¡Cerrada! Corre á la puerta de la cocina. ¡Cerrada! Corre á las ventanas. ¡Cerradas! Y pif! paf! pif! El látigo continúa su buena obra.

Cuando el frac estuvo desharinado y el polvo sacudido, se abrió una de las puertas y el médico salió como venado que escapa al diente de los perros.

Propongo el caso á la consideracion de Michelet para que cuando revise la quinta edicion de su *Amor* esplique esta nerviosidad. Por mi parte compadezco al hombre que cae bajo el látigo de una mujer; ante todo porque es regla de ganaderos que la vaca embiste con los ojos abiertos, mientras que el toro los cierra, y despues de todo porque ¿qué defensa, ni qué remedio le queda á un hombre en tan desigual combate? Lola Montes sabe por esperiencia que tal combate es un juego de gana-pierde, y que su fuerte consiste en la debilidad. Cuando la mujer toma la iniciativa.....

¿Sabe mi lectora—y por vida de..... que yo desearia conocer á tan pacienzuda donna—sabe que este es el año de tomar la iniciativa? 1860 es un pajarraco de raras preeminen-

cias para el secso débil que sacudió el polvo al doctor: como bisiesto da á la crinolina el derecho supremo del pantalon en otros años, derecho de "proponer," escojer, dar calabazas y volver completamente la tortilla al reves. ¿Qué tia se ha de quedar en sus 366 dias para hacer almíbares y vestir niños de cera? No hay remedio: ni uno se escapará, y todo soltero debe empezar á rezar lo que sepa desde que vea á una mayor de edad acercársele á quema-ropa, porque le irá al abordaje. Si yo fuese soltero, me colgaria una higa por que no me hiciese mal de ojos ninguna muchacha rica ó buena moza. Al considerar las ventajas escepcionales del año, mas de una tentacion me ha venido de proponer á Sofia tregua y suspension para ver qué se pesca en el rio revuelto de 1860: pero contemplando algunos partidos que son capaces de abordar aun conociendo á Sofia, alabo la infinita misericodia que me hizo no nacer en Utah, ó en Turquia.

No dés que decir de tu persona, bella Gervacia, opulenta Coromoto; no atropelles á los viandantes en este valle de lágrimas, ni abuses de tu fuerza de año largo. Oye, antes bien, el consejo que la señora Croly, redactora del *News* de Rockford, da á sus lectoras con motivo del bisiesto:

"Tacto, muchachas; tacto y prudencia para no espantar á las pobres víctimas, y la zorra caerá en el lazo cuando menos lo penseis, solteras mias!"

Os lo desa tanto como vosotras mismas, que supongo es el colmo del deseo—Nazareno.

DE TODO.

Nueva York, febrero 3 de 1860.

Las crónicas de Washington se quejan del malestar que produce la falta de reunion del Congreso.

Pues, hombre de Dios, si el Congreso esta reunido!

—Precisamente es una equivocacion: los individuos del Congreso estan juntos, pero no unidos, y menos reunidos que es algo mas fuerte; y en cuanto al Congreso, acaba

de declarar el Senado que no es Congreso por ahora sino Cámara, y los diputados no son mas que disputados, ó disputadores.

Una de las calamidades de la situacion consiste en que no habiendo Congreso no hay sueldo, porque no hay presidente que firme las órdenes contra el tesoro; y así sucede que las señorias estan como estudiante que aguarda la llegada del próximo correo.

El Honorable C. entra en un restaurant en Washington y dice al criado:

—Tráigame V. sopa de tortuga, un lomo mechado, perdices con arbejas y vino de San Julian de primera.

El criado. — Con perdon del caballero: ¿tiene V. S. la bondad de decirme si se ha elegido presidente para la Cámara de Representantes?

El Honorable.—¿Y qué bienes le vienen á V. con eso?

El criado. — Con perdon de V. S., tengo la órden de no fiar mientras no se verifique la eleccion.

El Honorable, que es demócrata conservador puro y simple, hombre ademas de conciencia, dice al criado sin enojarse:

—Déjese V. de mercedes y señorias, que yo antes que representante soy honrado y comerciante. Quiero comer á título de tal, y no de miembro del Congreso.

Patrick se convence y la comida humeante representa el voto de confianza que da al que renuncia á ser Hon. para poder comer. Patrick toma el sobretodo del caballero y lo lleva á la percha con el respeto que inspira un mueble que suele disparar.

Mr. Harris, cónsul de los Estados Unidos en el Japon, ha invitado al Embajador de S. M. Japonesa para que se embarque lo mas pronto posible á fin de que llegue á Washington con todo su séquito durante las sesiones del Congreso. El libro de impresiones de viaje que Fan Choo escriba para sus conciudadanos debe contener cosas dignas de ser leidas. Se desea saber sobre todo si aconsejará al soberano asiático la adopcion del parlamentarismo en sus dominios.

Sabido es que el emperador japonés se enamoró del telégrafo y lo mandó establecer sin retardo en todas partes, porque (dijo) es un hablador incansable, aunque mudo.

Otra de las peculiaridades que anotará el Embajador ha

de ser por fuerza la de las demandantes por marido y restitucion de honra, que se compensa con *denaros*. En la última demanda de este género que ha llegado á noticia de los *reporters*, la prueba mas fuerte que ofreció la doncella menesterosa fué que el solicitante le habia regalado una naranja! Si hubiera dicho una manzana, al fin es fruta simbólica desde que hubo en el mundo serpientes y Evas; pero una naranja! y una naranja entera especialmente, que no son las dos medias naranjas que dice el proverbio andan rodando por el mundo hasta juntarse.

Si el japonés ha leido el Quijote (lo cual no es dudoso) echará mucho de menos á un Sancho Panza para juez de demandas en que se trate de desfacer esta clase de agravios. El lector sabe por qué. Entre tanto que los jueces no sean como el de Barataria, no olvideis, amigos, los de la tierra de los azahares, que si á Adan se le atravesó una manzana, á uno de sus tataranietos se le agrió la naranja, fruta de Cuba en nuestro mercado.

En despique sirva de consuelo saber que durante todo el presente año bisiesto no pueden las doncellas menesterosas intentar pleito contra los pícaros de los hombres, porque á ellas les toca la iniciativa; y naturalmente si al cabo del año hubiere alguien engañado, no será el que tiene la parte pasiva en la disputa de amor. Por el contrario los hombres de 1860 tendran el placer único de demandar á las mujeres por falsia y rompimiento de palabra, y les reclamaran daños y perjuicios y las *obligaran* á casarse con ellos, so pena de ir á la cárcel hasta que cumplan su promesa. ¡El siglo de oro de los hombres! ¡Cómo se quejaran las mujeres de que las *obliguen!*

La legislatura de Alabama está discutiendo un proyecto de ley para proteger á las mujeres contra todo insulto en las reuniones públicas. La proposicion es inaudita en el pais de la galanteria muda y paciente del hombre, y del gobierno imperante de la mujer.

Excepcion. Va desapareciendo la costumbre de ceder á las faldas el asiento en los carruajes públicos de la ciudad. Hace un año que yo me reia entre dientes al ver á comerciantes respetables levantarse inmediatamente que entraba en los carros de la Avenida Brígida mi cocinera, y ofrecerle un asiento que ella tomaba sin hacerse de rogar. Otras que no eran Brígida hacian lo mismo que ella, despojando al

prójimo como por derecho de conquista, sin darle las gracias ni volver siquiera la cara hácia él para corresponder á su obsequio (pues tal era) con una sonrisa de agradecimiento. El prójimo se ha ido poco á poco persuadiendo de que todas sus galanterias no se apreciaban mas que las cortesias de un lacayo, y se ha hecho el ciego cuando entran mujeres y él está sentado. El periódico, ó una conversacion empeñada con el vecino del lado, le distraen hasta el estremo de no ver á *miss* Smith, la cual suele dar sus paseos de punta á punta del camino de hierro haciendo resortes de las pantorillas para compensar el bamboleo del carro.

Y qué bamboleo! Y qué carro! Si no fuese porque el vapor de hoy es madrugador, te pintaria, cubana perezosa, lo que es hoy un carro de cualquiera Avenida, á fin de que saboreases mejor el cómodo asiento de tu volante. Pero será asunto para otro Totilimundi.

TIPOS GROTESCOS.

Allá va, hundido en su saco de goma elástica, anunciando en silencio su miseria y las mercancias de un ricacho que por hacer dinero sacrifica el pudor de la humanidad. El pobre irlandés se pasea por las calles y gana un peso diario llevando á cuestas la librea de su desgracia y la prueba inequívoca de los buenos sentimientos de quien lo emplea. El Hombre Aviso está siempre frente al Museo, ó en la esquina de Canal, estorbando el paso á todo el mundo para llamar la atencion hácia el aviso que lleva escrito en las espaldas.

No hace mucho que una miseria espantosa, miseria de hambre, se presentó en figura de jornalero á un rico demócrata y le pidió trabajo, lo que pedia la revolucion de Europa en 1848.

—Trabajo!—le contestó el rico.—No tengo ninguno desde que el partido republicano destruyó la república. Todos mis obreros se hicieron republicanos y abandonaron mis fábricas para concurrir á las procesiones de los *Wide-Awake*.

—Ah! señor! Yo tambien fuí de ese número, dijo el obrero suspirando.

—Ah! ¿Con que es usted *Wide Awake*?

—Sí, señor.

—¿Y conserva V. su capa de cautchú y su sombrero de la "órden?"

—Sí, señor, y la linterna.

—Y la linterna, eh! Pues bien, vuelva V. á ponerse el uniforme de la "órden" con este cartelon en las espaldas:—"*El último de los Wide Awakes*," y le pagaré á V. un peso diario mientras se pasee V. por las calles.

—Con toda mi alma!—dijo el republicano lleno de júbilo. Y vistió el uniforme, y anda por las calles con la librea de su partido.—Es un epitafio ambulante.

Los jefes de ese partido están en Springfield al lado de la morada del Presidente futuro disputándose en vida la herencia de la República, atacada de muerte en la Carolina del Sur.

Miéntras los buitres se preparan á devorar su presa otros de la familia lloran al despedirse de la Union. No hay correspondencia, aviso ni telegrama en que no se cuente que los virtuosos patriotas al retirarse de los puestos que les confió la nacion para tomar bandera con las facciones, derraman un raudal de lágrimas por la necesidad en que se encuentran de ser. . . . . separatistas. La línea divisoria de la Confederacion del Norte con la del Sur puede formarse con un lago. El hombre sensato teme hoy que sea de sangre; pero los cronistas dicen que es de lágrimas.

Los *criers* de Lóndres, que se alquilan para llorar en los entierros, y las mulatas de Curazao que siguen el féretro llorando á *mi shon*, han encontrado rivales en los patriotas de la república. Pero las lágrimas de estos últimos son caras, porque el telégrafo las cobra á diez centavos por término medio.—La Legislatura nacional deberia promulgar una ley prohibiendo el patriotismo y la importacion de cebollas.

El inarredrable empresario del Museo podria exhibirlos como una curiosidad digna de alternar con los aztecas y el caballo cerdoso, la sirena y el cocodrilo de Matanzas. Nombro el cocodrilo sin alusion á las lágrimas. Barnum, que ha arado el mundo en busca de curiosidades, no desdeñaria los *humbugs* de casa por estar en rebelion. Barnum dicen que los pesca en el aire, y el público lo sabe bien á costa propia.

Pero sucede que á nadie le falta quien le ponga la ceniza en

la frente, y el padre del *humbug* acaba de ser cortado por sus mismos filos. Barnum entra en el taller de su barbero; hablemos con mas respeto, en el *estudio* del barbero, porque un hombre que hace lo blanco negro debe tener honores de abogado. El artista se halla ocupado: un irlandés con mas barbas que Sanson, y mas greñas que un zarzal, tiene prelacion en órden de turno.—Déjeme V. el puesto, le dice Barnum al irlandés, y pagaré por V. al señor barbero.

—Con mil amores, contestó el irlándes, palpándose los bolsillos.

Barnum se afeita por mano de Fígaro y le da palabra de abonar la cuenta del paisano.

El paisano empezó por rasurarse; despues se cortó el pelo, despues se hizo enjabonar la cabeza, luego se bañó, y en fin se hizo rizar el cabello y teñir los bigotes de manera que no lo conoceria ni el mismo sembrado de patatas que le vió nacer. Salió de la tienda como nuevo y á Barnum se le pasó la cuenta. La pelada una peseta, y la barba otra, y otra lo del jabon, y el baño dos, los rizos dos y la teñidura cuatro. Once pesetas! esclamó Barnum. Y juró á la diosa que corona la cúpula del Ayuntamiento—diosa ciega como el topo—que al primer irlandés que pesque lo pondrá en su coleccion de linces y zorras del Museo.

La diosa oyó el juramento y diz que se sonrió, levantando un poco el tapaojos para ver, como Sancho sobre el Clavileño, lo que pasaba allá abajo.

Los salones de sesion estaban solitarios y tristes como el albergue de la inocencia.—¿Dónde está el gobierno de la ciudad metropolitana?—Nadie contestó.

—¿Dónde? volvió á preguntar la diosa.

El editor del *Times*, que vive en frente y es antiguo conocido de la señora, como que por mas señas ha sido vice-gobernador del estado, salió presuroso al oir los gritos de la Justicia.

—¿Dónde están los regidores? preguntó ella por tercera vez.

—¿Con que no lo sabeis? esclamó el ex-vice. Pues voto al chápiro—y no lo digo por echar ternos—que no habeis leido mi número de esta mañana. Quien no leyere el *Times* no progresará nunca, nunca. Mirad, señora Justicia: allá va un número de muestra con el cual podeis salir de la curiosidad.

—Pero si no puedo leer con esta venda pícara que el Ayun-

tamiento me ha puesto sobre los ojos para que no vea lo que esos señores regidores hacen en mi presencia.

—No os hagais la nena conmigo, dijo el del *Times*, que ya sabeis que nos conocemos de antiguo.

El pilluelo que lleva las pruebas á los autores subió las escaleras hasta dar con la Justicia, la cual alargó la mano con maña para que no la viesen los paseantes de la plaza, y bajando un poco la venda colocó el *Times* sobre un platillo de la balanza que por cierto casi se hundió, y leyó una escena grotesca.

El teatro es Harlem; el escenario un circo ó redondel, rodeado de bancos en anfiteatro. La escena es la arena del circo. El año el de gracia 1861. Entra por la izquierda un personaje célebre en los fastos del *sport*. Para ahorrar descripciones su nombre es John Morrissey, *Esquire* (caballero,) el pugilista de fama. Trae un gallo en la mano. Por la derecha se presenta Henry W. Genet, *Esquire* (caballero,) presidente de la Junta de Aldermanes de la ciudad imperial, con otro gallo en la mano.

El juez de la gallera marca el sol y mide la arena. Se cacan las apuestas y empieza el primer careo.

Era el gallo de Morrissey un talisayo, espuelinegro, con cresta romana y pico aguileño y corcovado como nariz de hebreo, alicorto y bailarin, que á los primeros fondazos probó ser animal de gurbia y guapo para entrar.

El gallo del presidente del Ayuntamiento era liviano y algo gacho, pico de ave de rapiña y aleteador: peleaba de carrerita sobre el lomo del contrario y le metia todo el pescuezo debajo del ala para picar por encima. El presidente del Ayuntamiento probó la espuela del talisayo de Morrissey y el pugilista se *lambió* la espuela del avechucho del presidente que olvidaba decir era negro y se llamaba "Palmito." Empezó la pelea con mucha igualdad por ambas partes, sacando el municipal la cabeza con toda maña y tratando de meter las uñas, mientras que el otro lo buscaba como á bolsillo de regidor, hasta que "Palmito" aprovechando el cansancio de su contrario, le dejó adelantar un poco y al volver caras le metió una puñalada de vaca que lo hizo aletear en el momento.

—Bravo presidente Genet! esclamaron los colegas que ocupaban el anfiteatro. Es mucho gallo ese "Palmito," gallo en fin de regidor que donde agarra no afloja ni con máquina de 90 caballos.

La Justicia meneó la cabeza como si asintiese á lo que el *Times* escribia.

Once peleas se echaron con diverso marte, cambiando de dueño y de bolsillo unos treinta mil pesos. La policia frustró la diversion tres veces, ó lo que es lo mismo, no la frustró ninguna, y á las cinco y media de la mañana terminó la fiesta, porque en gracia de la novedad se hizo por la noche, y á la luz del gas.

La Justicia se cubrió los ojos, no sé si de ira ó de vergüenza, y el editor del *Times*, dándole las buenas tardes desde su balcon, se fué á su bufete á escribir otro artículo.

Cualquiera que por encima del hombro hubiera estado al acecho de lo que el periodista escribia, habria podido leer otra escena grotesca del panorama burocrático nacional.

Es un *restaurant*, que en lenguaje liso podria llamarse taberna, donde se reune la flor y nata de la andante politiqueria con los *literatti* de todo pelaje, edad y condicion, para charlar y andar alegres. (Suplico que no se trastrueque el sentido de las palabras.)

El capitan Rynders, el marshall, ó representante federal de los Estados Unidos en la ciudad metropolitana, empleado prominente á quien malas lenguas han dado en la flor de calumniar, entra en escena y empieza un diálogo sobre el tiempo y las cosas del tiempo, hasta que se habla de la Carolina y de pelear.

—Pelear! esclama Rynders. Quién demonios habla de pelear. Canario! (*) Escucho á varios charlando de pleito y de guerra; pero canario! no sé quién esponga el pellejo.

Mr. Hall (inspector de calles, sin sueldo)—Vamos, señor marshall: aquí no queremos pelear, aunque se cree por todos que V. es hombre para eso y tres tantos mas. ¿Qué hay de eso? Eh!

Rynders (el marshall.)—Al demonio con ellos y con los que lo dicen! ¿Quién es el público? Ni qué cuernos me importa á mí ese señor! Ya me las sé yo freir, canario! Y sé lo que es la opinion pública tan bien como el primero en esta ciudad. Pero mis principios ante todo. Yo conozco, canario! hombres de mucho copete, y muy apreciados por la opinion pública, que no son sino una ensarta de tunantes. A este número pertenecen todos los malandrines de la prensa. Pues digo, cana-

(*) Traduccion libre.

rio! que hay aquí mucha libertad de imprenta, y mucha libertad de todo.

Hall.—Vamos, capitan! Y ¿qué nos dice V. de Beecher, el abolicionista?

Rynders.—Es un hipócrita que nos vende por palabra de Dios la revolucion. Un hipócrita de los mas redomados, canario! La Carolina tiene derecho de separarse, canario! y no creo que haya guerra; pero si la hay, con ella estoy, con razon ó sin ella, canario!

Hall.—¡Ojalá que entre ella y nosotros hubiese un muro de separacion tan alto como el trono de Dios!

Rynders.—Blasfemia, blasfemia, canario! Yo sé lo que sé, y puedo afirmar que Wendell Phillips es un hipócrita, canario! No, no: no es hipócrita; es loco.

Hall.—Capitan! Y eso de Kerrigan ¿qué es? V. cree que tiene guardia?

Rynders.—(Con el sombrero de medio ganchete y cerrando casi los ojos)—Canario! Yo no lo conozco á V.; pero aquí estan diez pesos (sacándolos) á que no le hace V. esa pregunta al mismo Kerrigan.

Hall.—Bah! A que sí.

Rynders.—(Guardándose las monedas.)—Mas vale que no, porque canario! soy amigo de Kerrigan y lo mismo es insultarlo á él que á mí. Si V. quiere probar, estoy dispuesto moral y físicamente. Empiece V.

Hall.—Capitan, ¿es V. separatista?

Rynders.—Si, señor; ¿y qué?

Hall.—Que le haga buen provecho!

Rynders.—(A la reunion.)—Canario! Señores, este hombre es muy superficial y me recuerda un cuento... pero prefiero no repetirlo... Yo no creo en calabazas de separacion. Ese hombre es muy insulso, canario! y yo soy amigo de Kerrigan. El dia de los acomodamientos ha pasado. La cuestion no tiene arreglo. ¿Quién es Greely, el editor del *Tribune?* ¡Llévelo el diablo! Phillips ya dije que es un loco, y no un orador. Yancey es mas vivo que muchos de ellos.

Una voz.—Todo lo contrario, capitan.

Rynders.—Qué edad tiene V?

Una voz.—Unos veinte años.

Rynders.—Pues, amiguito, espere V. á que la edad le llene la cabeza y le saque de ella tanta cucaracha, canario!

Otra voz.—Y los gallos? Qué hay de la pelea, capitan?

Rynders.—Canario! Si no me avisaron! Yo que me muero por los gallos! Es un juego de primera. Pero lo que es ahora me voy á mi oficina, porque, canario! cuenta con quien me toque al gobierno. (*Vide* el *New-York Times*, enero 25 de 1861.)

Leia yo la anterior escena sin conmoverme, y pensando en la suerte del gobierno federal, representado por el capitan Rynders, cuando pasaba por Broadway un entierro tan pobre, tan silencioso, tan triste, que apenas llamaba la atencion. El ataud iba como de costumbre en un carrruaje; pero detras de ese carruaje no seguian como de costumbre otros carruajes. El ataud llevaba una chapa sencilla con el nombre de Eliza Gilbert. ¿Dónde estaban los hombres de estado que han puesto el llanto á la moda, para acompañar á la que en otros dias alcanzó honores de reina?

Porque en aquel féretro iba Lola Montes, la famosa, la que hizo decir mas de sí que ninguna de sus contemporaneas, la que "fatigó á la fama con el número de sus glorias multiformes." Lola Montes murió de dolor. ¡Tenia corazon! La ingratitud de su hija adoptiva, á quien ella educó, á quien ella casó, y á quien ella hizo rica y señora, para ser despues rechazada por esa misma señora, mató á Lola, la bailarina, la actriz, la condesa, la lectora, la que fumaba cigarrillos en los carruajes públicos y daba latigazos á los escritores públicos. Rara suerte de tan privilejiada mujer!

—Quién es ella? preguntó á Lola su educanda cuando le clavó en el corazon el puñal de su desprecio. Quién es ella? pregunta ahora la república, herida tambien; porque, ya lo dijo Breton, en todo está ella como ajente y causa principal de todo lo que sucede en el mundo. Eva, Elena, Cleopatra... *ella* es la misma; está por todas partes.

Ah! Bobalicones que pensais que nuestros males públicos se originan en la cuestion de esclavitud y les buscais remedio en el compromiso de Missouri y en los planes de Crittenden!—Oid la historia verdadera y sabed la causa única de nuestros males. La cuenta el *Commercial* de Cincinnati.

Todo el mundo sabe que Mr. Buchanan no tiene mujer; pero tiene sobrina para hacer los honores de la Casa Blanca. Miss Lane aprendió al lado de su tio en Inglaterra eso que toda mujer que vale sabe sin ir á la corte: á ser aristocrática. Vino, abrió los salones de la Casa Blanca y se consideró la primera estrella de la Union, ante la cual todas las demas

debian estar en mesurado acatamiento. La señora Douglass, esposa del senador, es mas bella que miss Lane, es mas jóven que miss Lane, es mas rica que miss Lane. Ambas estaban en un baile de los que daba la senadora con tanto gusto como buen éxito. Un caballero hizo á la castellana cumplidos que ofendieron á la belleza de la Casa Blanca. La sobrina contó á su tio el disgusto con que trataria en lo futuro á la rival victoriosa. El tio se dejó arrastrar por la sangre; la señorita no visitó mas á la señora; el Presidente no trató mas al senador. Ellas se enemistaron; ellos riñeron. De ahi el cisma del partido demócrata: del cisma su destruccion: de su destruccion la victoria de los republicanos, la separade la Carolina, el bamboleo del templo y—por hoy—el fin de estos cuadros.

Nueva York, febrero 7 de 1860.

YO FUMO,

Tú fumas, él fuma, y *ella* tambien; nosotros fumamos, vosotros fumais, ellos fuman, y *ellas* tambien.

No hay verbo mas regular que este verbo, porque todos echamos humo cuando menos lo esperamos, y como es cosa que no cuesta, nos damos muchos humos cuando menos motivos tenemos para hacerlo. Dicen que el humo ensucia; pero no es verdad, porque de serlo, pocos andarian limpios de tejas abajo, como que son tambien pocos los que no se dan humos.

Pero volviendo al verbo fumar y á su regularidad uniforme, digo que no hay ninguno como él, pues aunque la gramática enseña que *amar* es el tipo de la regularidad, con perdon del maestro Araujo, nada mas que eso me parece sujeto á irregularidades en este vida, y tanto que se me figura que por tales engañifas de la gramática con el verbo amar, han dado en tildarla con el nombre de parda, nombre azaroso en todos tiempos y mas en estos en que por materia de colores

mas ó menos pronunciados anda la raza anglo-sajona por esta América rompiéndose la crisma y desfigurándose el bautismo.

Amar es regular! Bien puede que así sea; pero venga Dios y diga si es regular que estos yankees, ó como se llamen, se estén amando como lo están haciendo, y venga y diga el mismo Divino Maestro si este es el modo que él nos enseñó de conjugar el verbo amar. Pues si no puede ser regular, ni cosa que se le parezca, renunciemos á todos los Araujos conocidos y por conocer, y renunciemos á todas las regularidades de amar, hasta que por medio de prensa censura se las haga entrar en molde.

Yo estoy por fumar, y por esto fumo, sobre todo cuando tengo qué, el cual qué para mi gusto debe ser ó un cigarrillo de Susini ó un puro de la Honradez: me parece que es mas fácil siempre fumar con honradez que amar con ella. Fumo y bendigo al veguero que sembró la hoja, tanto como al empresario que me la envia envuelta en una forma que alegra la vista y deleita el paladar. Fumo, pero lo que se llama fumar.

No en pipa, porque la detesto: la pipa se hizo para el Jerez, y para estómago de los bajos profundos. Los zuavos usan cachimba, y aquí tenemos unas cuantas compañias de anglo-americanos azuavados que han entrado por aquella moda. Solo les falta para ser perfectos zuavos el francés, que se encuentra de balde en el diccionario, y el gato sobre la mochila, que no lo llevan por no buscarle los tres piés. Pero la pipa es su compañera inseparable. Yo no quiero la pipa, porque soy adorador de las formas, y las de tal engorro no tienen ni pizca de tentacion. Ademas fumar en pipa requiere indispensablemente gorro como el de los alemanes, ú odalisca como la de los turcos, y ya que no siempre se puede tener lo último, es preferible no dejarse poner lo otro sin motivo justificado.

El cigarrillo es mono, un abalorio necesario del estudiante de buena ley y de ningunas leyes, un entretenimiento honesto de las mejicanas que lo usan envuelto en capa (de maiz) como si fuese niño recien nacido, y una diversion inocente de las loretas y grisetas de Paris y de otras partes.

A mí, cubana lectora, me han solido de decir lenguas habladoras que á tí tambien, hija de Eva, te suele distraer el cigarrillo en las horas de siesta, ó de *dolce far niente*. Pero

por mi nombre te juro que siempre he asegurado que no lo he visto, tan positivamente como que jamas en mi vida he visto tampoco á Cuba. No la he hecho por creer que tenga algo de malo (hablo de cigarrillo) sino porque hay cosas que son para vistas, y no encuentro la necesidad de asegurar lo que no sé en asuntos de todos los dias.

Yo fumo cigarrillos y declaro que un Susini me entretiene tan deliciosamente como una cantarina alemana cantando en aleman, idioma que no entiendo ni por asomos. El cigarrillo es una necesidad para mí como para todo el que fuma y ha fumado, y soy tan regular en eso que si la Vuelta Abajo dejase de producir picadura, no lo sentirian las cubanas y cubanos mas que yo.

Pero al fin y al cabo ¿por qué fumo? Yo no fumaba cuando nací, por mas que mi aya me asegure que desde entonces soy chico que me chupo el dedo. ¿Por qué fumo, por qué chupo? Registrando los archivos de la memoria no he encontrado la fecha exacta del advenimiento del cigarrillo á mi boca para desalojar al dedo que la afeaba. Creo que muchos empezaron á fumar mucho antes que yo, y que el desalojado no fué ningun pulgar, sino otra cosa de menos hueso. Pero, en fin, repitó, por qué fumamos?

He hecho la pregunta á mas de mil (número de cuya exactitud no respondo) y todos me han dado una razon, escusa ó pretesto diferente de los pretestos, escusas y razones de los demas.

—Mi mamá me enseñó á fumar por el ahogo.

—A mí se me picaban los dientes.

—Yo tenia escorbuto.

—Yo para echarla de hombre, me contestó un muchacho decidor de verdades.

—A mí porque me gustó, dijo otro con énfasis. Como si todos no supiésemos que el principio del aprendizaje es duro, terrible, con sus ansias y mareos.

Nadie me ha dicho aun que fuma por imitacion, como si el mundo temiese confundirse y transformarse en un pais de monos. Como si fuese necesaria la transfiguracion! Vaya, vaya! ¿No hay espejos en el mundo?

No recuerdo, ya dije, la fecha precisa desde la cual fumo; pero jamas olvidaré que me enseñó á fumar una vieja de las que llevan el fuego por dentro. Aludo al fuego del cigarro, porque sobre el otro ya dije que era vieja. Me enseñó á fu-

mar "por cariño," y cada vez que á manos le venia me introducia el cañon por la boca, diciéndome "fuma, pobrecito!" y cuando el entónces para mí nauseabundo sabor producia su efecto, la buena vieja me consolaba asegurándome que despues aprenderia. Y aprendí, pero tan bien que puedo poner cátedra.

He fumado como un portero, diria un francés; pero como yo no tengo ese apéndice, diré que he fumado como yo mismo. Las tres cuartas partes de mi fortuna las hemos convertido en humo mis amigos y yo. Verdad es que esos señores no han dejado tampoco de emplear diversos procedimientos químicos para evaporar la otra cuarta. Fumo con desesperacion, ó, mas bien, con resignacion cristiana, diciendo en mi interior *fama fumus*, ó "recuerda, hombre, que eres polvo," y entonces precisamente cae la ceniza de mi Susini sobre la mesa en que estoy escribiendo, ó sobre algun papelon que tengo entre manos. Digo, pues, que fumo mucho y bien, sin que me pare en consideraciones de las varias que son familiares á los que se dan á este placer, que los no fumadores han calificado de vicio.

Si yo fuese cubano fumaria por patriotismo, como los ingleses beben pórter y los franceses se matan con cañones á la Paixhans. Todo estudiante fuma por distraerse, y está probado que fuma mas en la última parte del mes, cuando se le ha acabado la pension. De donde infiero lógicamente que el fumar distrae la pobreza, aunque otros digan que la causa. Si yo fuese sultan, zar, ú otro soberano así, de esos que no se han convencido todavia de que los hombres necesitan constitucion (como si no les bastase á los muy zopencos la que Dios les dió;) si fuese, digo, un mandon de los que saben y pueden hacerlo, ordenaria en mi pueblo que todos fumasen y nadie seria desgraciado. Conozco por el contrario una república, con su constitucion y todo, donde no se ve por todas partes mas ley escrita á la vista general del pueblo sino la de *No smoking allowed*, lo cual dice en romance: "No se permite fumar," como si el humo de un habano produjese cólera, ú otra enfermedad contagiosa.

En cambio los ciudadanos del susodicho pais *mascan*. Qué horror! No solamente mascan el agua los viejos, y las muchachas el palillo de dientes, sino que los hombres mas formales y mejor puestos mascan tabaco! Tabaco de Virginia, tabaco de un lugar que aunque tenga nombre muy dulce y casi ten-

tador, produce una hoja de sabor muy acre y nada halagüeño. Mascan tabaco de Maryland, otro pueblo con nombre engañoso, pues dice "tierra de Maria" y es tierra hoy de revolucionarios y de cierto tabaco que no lo oliera ninguna doncella por fregona y de labor que se la suponga, sin renegar de la tierra su tocaya. Y sin embargo, de esos tabacos mascan como si fuese melcocha señores de frac y guante, con tratamiento y título de *gentlemen*, ó gentiles hombres, que se decia antes, como ahora caballeros.

La polea anda rodando por todos los senos de esas bocas que no sé cómo hay quien las bese, ni aun con todo el amor matrimonial ó filial. Y si quedase el asunto en casa, ya se podria tolerar, porque de puertas adentro no tiene vara la justicia de la crítica; pero todos los vecinos sufrimos por igual, sin que nadie se libre de ver la polea proyectada en uno y otro de los carrillos como si la lengua hubiese errado el ordinario camino y quisiese salir por vias no naturales; ó bien sufrimos la llovizna de una incesante escupitina que si no hace mal al estómago del actor, mortifica al de los espectadores; y sufrimos en nuestros vestidos sobre todo cuando son faldas, y mas cuando las faldas son de las llamadas "sobretodos," que sobre todo pasan como escoba de criada nueva, ó de contratista de limpieza el dia que presenta su cuenta para el cobro.

Mascar! ¿Quién masca cuando se puede fumar, y fumar de lo bueno, de lo mejor, de la misma Honradez, cuya valia nadie ha puesto en duda?

Mi aya sostiene hoy que mejor que todo eso es sorber. Pero yo tengo mis dudas, porque de sorber nadie salió librado sino Jonás, á quien una ballena tuvo la galanteria de desorber. Recuerdo haber leido en las obras de lord Stanhope ciertos cálculos que afligirian á un hombre menos desocupado, y aun menos despreocupado que yo. Dice el noble lord que todo sorbedor de profesion se echa en las ventanas cuando menos un polvazo cada diez minutos. Cada polvazo con la agradable ceremonia de sonarse las narices y sus etcéteras lleva minuto y medio. Minuto y medio en cada diez minutos, contando diez y seis horas por dia natural del sorbedor, hacen dos horas y veinte y cuatro minutos por dia, ó un dia en cada diez. Un dia en cada diez asciende al fin del año á treinta y seis dias y medio. Eche V. la cuenta en cuarenta años, término medio de la vida de un sorbedor, y hallará que ha pasado dos años enteros rellenándose las narices y otros dos mas desrellenán-

doselas. Lo dice lord Stanhope, que era un inglés muy sabio y debe ser verdad. Dos años de marea alta y otros dos de marea baja afligen al mas valiente.

A esto se agrega el suicidio de la nariz y que hay narices de narices, narices que exigirian para ser terraplenadas completamente mas hombres de los que llevó Jerjes á la golleria de las Termópilas; narices que si no fuesen mias se las desearia al peor de mis enemigos para regalo de pascuas. Está visto que no sorbo, y que no sorberé en mi vida mientras no cambien los detalles de la operacion y los entorpecimientos adicionales que interpuso la naturaleza entre los respectivos picos de mi nariz y la botella. Hay ademas razones de decencia y de aseo que deben quedar en el tintero, no sea que le den al lector en las narices, por mas que no sea sorbedor.

Digo pues que no sorbo, que no masco, que aborrezco ambas cosas tanto como gusto de fumar, y que, por mas que el mundo censure, la cosa es buena cuando tiene tantos adoradores. Quemen otros incienso al poderoso: yo quemaré siempre habanos que tienen su propio incienso, y que son tan fieles y agradecidos como para consumirse en el vivo fuego de quien bien los quiere, y perecer por servir á su señor. Los cigarros y los budas pertenecen á la inmortalidad por la abnegacion con que se sacrifican.

Dicen que un gabacho llamado Nicot introdujo el tabaco en Europa, donde no era conocido hasta el año de mil y tantos. La fecha no hace al caso; pero sí conviene reformar el error histórico, porque muchos años antes de esa fecha habian ido á España un tal Colon que si no era gabacho, valia por media docena de ellos, y unos cuantos indios de la Española que "llevaban hojas fragantes que usaban quemándolas y poniéndoselas en la boca." Nicot lo que hizo fué imponer al mundo de las flaquezas del tabaco, descubriendo que en su seno encierra cierto veneno llamado en honor de su inhumanidad *nicotina*, el cual, si se halla en la hoja perfumada, no es sino cuando degenera y se bastardea, porque en la legitimidad de su orígen no cabe nicotina, ni cupiera el mismo Nicot, si su mal corazon y sus calumnias lo dejasen volver á juntarse con la víctima inocente de cuya simplicidad abusó.

El tabaco es veneno! Sí que lo es y mortal, en los estancos, en las vegas de Marilandia y en los aguazales de Virginia, donde no es tabaco, creacion de Dios, planta pura sin mala intencion ni resentimientos, sino un desterrado de por vida á

quien la injusticia agrió el carácter, vició la naturaleza, hizo rebosar la cólera y convirtió en renegado misántropo que vive de odiar á la humanidad por los atropellos que con él ha cometido. Buscad el tabaco en la Vuelta-Abajo, en la vega nativa, donde crece al amor de una atmósfera tibia y embalsamada con las flores de los naranjos y la miel de las colmenas zumbadoras. Buscad el tabaco en la cueva del Guácharo, allá en Venezuela, á la sombra de una bóveda de estaláctitas de cristal, en un cielo puro como el amor de la inocencia, querido y cultivado por los pájaros del mismo cielo, que llevan allí la semilla recogida en lejanas y desconocidas regiones. Buscad allí el tabaco, y merecereis la marca del hierro candente si os atreveis, profanos, á llamarle veneno.

Veneno es el tabaco de Alemania, que jamas produjo esa hoja bienhechora, sino que le robó el apellido, porque la importa de América desde hace siglos, y la beneficia ó maleficia, entre el humo letal de sus tabernas de *largerbier*.

Veneno es el tabaco que se educa oyendo hablar inglés, y adquiere toda la aspereza y el mal paladar del idioma con que el monarca sin sombra de sol queria que se hablase á los perros.

Veneno es el tabaco desterrado que destila bilis por todos sus poros, y de cólera hace espuma la boca.

Veneno es todo lo que no se toma en sazon y tiempo oportuno, como es veneno la manzana no madura, y como lo fué aunque se desgajaba de puro hecha, la que fuéra de tiempo sirvió de hartazgo é indigestion á los vecinos del paraiso terrenal.

Pero déseme el tabaco que elogio, y si no muero de otra muerte que la de su veneno, prometo solemnemente que seré un segundo Elias, aunque no sea profeta.

Digo—

> "Yo aquel que he visto tanto
> Que solo el recordarlo causa espanto,"

digo que en toda la redondez de la tierra, sobre la cual se achataron mis plantas, observé siempre el mismo amor y la misma veneracion por el tabaco; de donde he venido en consecuencia á deducir que el tabaco es como el aire, una necesidad atmosférica. Fume en buena hora puros inmaculados el magnate á quien el dinero se los proporciona en todas las tierras. No será causa para que el gíbaro de Puerto Rico no

tenga su *jumazo*, el chino su calilla, el turco su pipa de culebra y el indio su calumet.

A orillas del Apure, en una mañana húmeda, cuando el sol tropical está provisionalmente vencido por un pronunciamiento de la neblina espesa de la noche, se suele ver á dos hombres en cuclillas que parecen, uno frente al otro, dos momias egipcias, olvidadas en el camino por donde no volverán á pasar sus autores. ¿Están conversando aquellos hombres? No; están fumando á duo: el uno tiene el cigarro en la boca y al echar la fumarada la dirige á la boca del otro, que la absorbe y paladea en el acto, y así fuman dos de un solo cigarro. El método es económico; pero aun pasa ignorado por los estudiantes de filosofia. El dia que lo conozcan, disminuirá la mitad el consumo del tabaco.

Cuba posee el privilegio esclusivo (*sans garantie du gouvernement*) de producir el mejor tabaco del mundo, y sus fabricantes el de encontrarle los nombres mas singulares despues que lo han torcido. Recuerdo los Trabucos, Bayonetas, Cañones, Panetelas, etc., que alarmarian á la Sociedad de la Paz. He fumado Conchas, que no sé cómo arden, Imperiales que no tienen corona, Lóndres que fueron devorados por el fuego á pesar del Támesis y de todas sus compañias de bomberos, Prensados de mala figura y buenas obras, etc. etc.

Pero en ninguna parte habia fumado Primores sino en esta barullópolis de Nueva York. Los Primores son cigarros con capa de papel remedando tan al natural la del tabaco mismo que no las distinguiria el ojo mas esperto. He fumado cigarrillos hechos en Brooklyn con picadura de Virginia, puros de la Vuelta-Abajo de Marilandia y cigarros importados de Kentucky. El tabaco aleman compite en el mercado con cualquiera por el rótulo de las cajas y la desvergüenza de sus espendedores. En Nueva York hay 20,000 casas que importan tabaco de la *Havana and Principe* y se ocupan en la importacion como 16,000 muchachas torcedoras, de la hoja y de la verdad. Hay ademas máquinas de hacer cigarrillos importados y tabacos "recibidos por el último vapor."

Por eso no los fumo, y me atengo á los que importo yo mismo, los cuales suelen importarme á mí... no sé qué sumas. Fumo con toda conciencia y buena fe, sin temor á venenos ni otras supercherias, y gozo con satisfaccion, porque me complace la idea de que en la boca no me ha entrado harina de otro costal, porque ha habido Honradez en la transacion.

El cigarro de la Habana no tiene para mí sino un defecto, uno y único, y es... que se acaba.

"*Dicen que todo al fin se desvanece*," y el tabaco lo mismo que todo. Desearia al terminar esta prueba de ociosidad mal farfullada indicar el remedio para ese mal; pero lo dejaremos para cuando lo encuentre.

NUEVA YORK, mayo 5 de 1860.

EL ALBUM DE MI MUJER.

Miráos en ese espejo.

El álbum es una creacion singular. Dice el académico Baralt que como el cólera y otras calamidades del universo no tiene plural por divina dispensacion. Porque ¿quién aguantaria muchos cóleras ni muchos álbums? No habia, en tiempo de los jóvenes de mi época, mayor calamidad que la entrada de un libro que necesitaba lacayo para su conduccion y talento para su relleno, pena de desaguisados de mal gusto. Todavia me tiemblan las carnes al recordar cada vez que una Dolores me pedia "alguna cosita" para su álbum. Todavia recuerdo con grima que los mayores disparates de mi vida estan consagrados en esos libros que la musa maldijo y que la civilizacion ha condenado al olvido.

¡Qué de horrores, padre Apolo, causó el álbum á tu familia! Dicen que el romanticismo te mató con su puñal; pero no; no es así: la historia probará que fué el álbum con sus sandeces. Que no descanse en paz! Que su memoria sea ecsecrada por generaciones de generaciones!

A aquel centon de delitos contra la poesia, y de contribuciones forzosas exigidas bajo el pretesto del cariño, ha sucedido otro depósito de mementos que solo cuesta dinero. Es mas fácil tener dinero que tener talento, y por eso es mas tolerable que el libro de antes el libro de ahora.

Consta este de una coleccion de los retratos de nuestros

amigos y amigas. La invencion es francesa, como lo es tambien la del daguerreotipo, cuya ascendencia en línea recta reconoce, y está aclimatada en todas las tierras civilizadas del orbe cristiano. El orígen del álbum de retratos se pierde en la oscuridad de tantos otros inventos que salen al público francés, "con privilegio esclusivo y sin garantia del gobierno;" pero debió ser hijo de algun fotógrafo pobre á quien la necesidad, poniéndole en tormento las entendederas, hizo concebir y ejecutar el medio de dar trabajo á su taller.

El álbum es un libro de hermosa cubierta y cantos dorados con tantas hojas como amigos calcula V. que posee, dejando un poco mas ó menos prudencial para el caso de eventualidades futuras. Cada hoja tiene tantas aberturas ó recortes como caben en su fróntis, y abierta ofrece el aspecto de ventanas de cárcel con sus respectivos presos asomados en ellas. Cuando V. compra su álbum está vacio, por supuesto, y las ventanas sin inquilinos. Parece entonces una casa en piernas, ó una armadura desocupada.

Cuesta segun el tamaño, y el tamaño está en razon del número de amigos con que V. cuente. Inútil es decir que miéntras mas rico sea V., mayor debe ser su álbum, en la proporcion que he indicado. Fredericks, nuestra famoso retratista en cámara oscura, me señaló hace poco uno hecho espresamente para un caballero de esta ciudad: sus dimensiones eran comparativamente las del *Great Eastern*. Como Fredericks es tan prudente, no quiso decirme el nombre de aquel afortunado que cuenta, ó se propone contar los amigos por mayor, á la gruesa, por toneladas.

Los filósofos de la antigüedad llamaban dichoso al hombre que podia contar con *un* amigo verdadero. Los modernos han innovado la máxima, ó el corazon del hombre, despues de tantas guerras y peripecias como han ocurrido desde Solon y Bias hasta Schamyl y Garibaldi, ha variado completamente para bien de la humanidad. Contamos hoy los amigos por docenas, puesto que la coleccion menor de los retratos encuadernados contiene 25. Muchas veces me he detenido á pensar en esto cuando veo sobre la mesa el álbum de mi mujer, que es uno de los de menor expresion, y cuando está abierto la casualidad me presenta rostros que me hacen dudar de si Bias estaba equivocado mil y mas años hace. Si el libro es de grueso calibre como el ejemplar del Koran que se conserva en la Meca, ó siquiera como la Biblia de familia en una

casa de nuestras puritanas, me quedo en ayunas sobre la manera de llenarlo con amigos.

El álbum de Nina contiene un solo retrato, y ese ni aun cabe en la estrechez de la máxima antigua, porque el retrato que ella guarda es el de un oficial que está en la guerra, y espera á que sus hombros estén mas adornados para pobrar á Nina su amor. Una bala ó un momento de inconstancia dejarán desierto el álbum de Nina.

Mi mejor amigo no ha querido darme su retrato para colocarlo en el álbum por causa de cierta conversacion que oyó en casa. Nuestro vecina del lado participaba á Sofia que ya tenia "uno mas."

—Uno mas! ¿Qué es *eso?*

—Uno mas para mi álbum, dijo la vecina: y desde entónces mi amigo no quiere ser el segundo mas.

Efectivamente si el mercader que espende el libro es árbitro de aumentar el número de sus hojas, lo es tambien para aumentar el de los amigos del comprador. A su merced está hacer que uno tengo amigos.

Por otra parte en esta vida todo es proporcionado, porque las cosas deformes perecen de suyo: la luz del sol es superior á todas las demas luces, y el poder del elefante está en razon de su tamaño. Asímismo el hombre que vive en grande y tiene casa fastuosa, debe ser dueño de un álbum mas grande que el álbum del pobre. ¡Cuántos desheredados hay por el mundo que no tienen sino el de la esperanza, esa amiga única de cuya fidelidad nadie ha dudado jamás!

He visto el álbum del rico, y en sus ventanas asomaban rostros de hombres que no podian ser amigos suyos, hombres de intriga, hombres de la política, hombres que se arruinan y arruinan á otros en la banca, hombres que envidian el fausto del álbum, hombres necesitados que cortejan la fortuna, aunque no simpatizan con el hombre. He visto la coleccion de las diversas miserias de la vida representadas en caras risueñas para la oportunidad, ó sonreidas en lugar de llorosas, ó mas bien encrespadas por la desesperacion. Estos son los amigos del rico! Los conozco. Ninguno de ellos lo saludaria mañana si el huracan que va arrasando fortunas en esta crísis, destruyera—Dios la preserve incólume!—la del nabab que da convites y bailes, y arrastra coche de librea en esta república.

Contemplé con tristeza el libro de los amigos del dinero

y lo cerré para no ver las tumbas por dentro. Sus relieves dorados deslumbraban mis ojos; pero mi corazon estaba oprimido. Cuando la señora de la casa me hizo el cumplido de pedirme mi retrato, no supe qué contestar, y al fin reventé con la sandez de que jamas me habia retratado por temor de verme á mí mismo. Ella ha insistido, y al fin tendrá que poner "uno mas" en el número de los habitantes de aquellas ventanas. No sé si mi retrato podrá *vivir* entre cojines de brocado y espejos venecianos, al son del piano de Ehrard, y de las lisonjas que mis compañeros de álbum prodigan incansablemente al talento del señor y á la beldad de la señora: no sé si despues irá como el retrato de Mesonero á servir de tapa á un frasco de pomada. No sé cuántas evoluciones sufrirá y cuántos pasos avante y atrás dará en aquel panteon de caras que avanzan y retroceden segun los grados de aproximacion á la familia en que suelen estar "sus amigos."

Dígolo porque he visto á Emma y á su hermana Luisa arreglando el álbum de la casa.

—Pero, hija, decia la una, si el álbum está arreglado!

—Quita allá! contestó la otra. ¿Arreglado y ves á Fulano en tercer lugar antes que este otro amigo íntimo á quien prefiero?

—Luisa, la semana pasada no decias otro tanto.

—Sí; pero he cambiado de opinion y *es preciso* adelantar el retrato. Será la mejor prueba que puede él tener de que su rival ha caido.

Y el retrato avanzó un paso, saltó una hoja, ganó la partida. Robertson debió quedar satisfecho la prócsima vez que vió el álbum. Robertson no sabia que á la espalda de su retrato estaba pegado con goma el anuncio de que su tio el millonario habia muerto en Boston uno de los dias de la última semana. Visité ayer el estudio de mi abogado, y hablamos de Robertson. Mi abogado me aseguró que habia visto el testamento del millonario, y que Robertson *no* es su heredero. ¿Qué número irá á ocupar su retrato en el álbum de Luisa?

Las altas y bajas que la señorita hace sufrir á sus amigos son de divertir á un misántropo: unas veces se entretiene en clasificarlos por secciones de feos y hermosos; otras pone en compañia retratos cuyos originales jamas andan apareados por el mundo á causa de la fuerza de repulsion, del magne-

tismo negativo, de los elementos contradictorios que la naturaleza ó las circunstancias han puesto en su camino. Como haya dos que estén reñidos, los verá V. seguramente juntos en el álbum de Luisa. A ocasiones aparea á solteros que quisiera ella ver casados, y el retrato de una amiga suya que ella sabe está deshecha por llegar á otro estado, lo tiene rodeado de solterones mayores de edad desde la caida de Cárlos X. Cada vez que yo quiero averiguar el aspecto de revolucion en que se encuentra la sociedad de Luisa, acudo á su álbum y por las aprocsimaciones y alejamientos conozco el movimiento de la chismeria social. Nunca supe tanto la verdad horrible de los movimientos estratégicos en aquel teatro mudo como el dia en que vi el retrato de un jóven interpuesto entre los de un Mister y una Mistress que llevaban el mismo apellido. La crónica de los tribunales me esplicó despues la malicia de Luisa, y á poco vi que de su álbum habian desaparecido tres imágenes. El álbum era un barómetro de tempestades: en sus hojas no estaba escrita la palabra "SANGRE:" la civilizacion opta siempre por la de "DIVORCIO." ¡Qué álbum era el álbum de Luisa! Tiempo ha que no lo veo, porque hay verdades que es mejor ignorarlas.

El álbum de mi mujer es inocente como ella y como ella está lleno de sonrisas plácidas y tan sinceras y gratas que cuando quiero desnublar la frente voy á ver sus hojas. En él están mis amigos, porque yo soy mas feliz que Bias y los tengo en plural; pocos son, pero inapreciables. En él están mis protectores, los que en la borrasca mas deshecha de mi vida—Dios los colme de bienes!—lanzaron su bote á la mar y me dieron auxilio aun á su costa. En él está mi familia, mi corazon, mi tranquilidad, el premio de lo que he sufrido, de lo que sufro, la reparacion de las injusticias, el cielo que Dios ha prometido á los que obedecen sus mandamientos y se resignan con su herencia de penas. ¿Qué le falta á mi álbum sino el retrato de mi madre? Pero ella está tan léjos, tan lejos. . . . . La dicha no puede ser completa.

Miss Smith tiene un álbum y lo quiere tanto como yo el mio; lo llama "su pretesto," y el nombre me escitaba á tal grado la curiosidad que me atreví á preguntarle la razon de aquel bautizo en uno de esos momentos en que las mujeres lo dicen todo: todo lo que dicen.

—Conoce V. á Edgard? me preguntó.

—Sí.

—Está enamorado?

—No.

—Le creo á V., porque sé hasta dónde lo quiere V.

—Pues qué?

—Pues qué? me contestó la cuitada. Este es su retrato, y como yo no podria conservarlo decentemente sin mostrar una predileccion no permitida y desgraciada, he comprado un álbum para colocarlo entre muchos.

—Comprendo: esos muchos justifican la posesion de uno.

—Cabal.

—Pero habló V. de una predileccion desgraciada.

—Sí, mucho.

—Por qué?

—¿No me ha dicho V. que Edgard no está enamorado?

Y la pobre niña me miró tristemente como la paloma herida que no sabe pedir remedio.

El álbum de miss Smith contiene mi retrato: soy "uno mas" que sirve de pretesto. Vaya con Dios, que nunca resultó en mal hacer obras de misericordia. Sobre todo me consuela ver que en aquel dorado libro soy el único que no está en posicion. Mi retrato es mio, *au naturel*, sin buscar tonos, ni representar lo que no soy, ancho, cómodo, sin dárseme nada de cómo parece.

Mis compañeros de pretesto se han colocado en aquella postura que mas favor imaginaron les haria: el uno recto como asta de bandera no atacada por las revoluciones: el otro mirando á un lado como perro que va á ahullar; quien meditabundo y con la mano en la mejilla; quien leyendo un periódico como si le importasen un ardite los que le miran, aun hasta la misma señora á quien por complacer regaló la estantigua. Todos estudian y se plantan; todos menos yo; por manera que el espectador tiene que poner en prensa la memoria antes de acertar con el original de aquella copia ecsagerada.

—Este es Fulano! Sí, pero con una espresion artística que jamas tuvo. Si parece cómico!

Un anciano visita á miss Smith y jamas le ha prometido su retrato; tiene la mania de que morirá tan pronto como deje impresa su fisonomia en el papel de Brístol engomado.

Otros tienen distinta mania: la de hacerse célebres regalando su caricatura, hecha espresamente por artistas que tienen esa especialidad. Brown, que toca el violin regularmente mal, se ha puesto bajo la barba un rasca-sonidos como Paga-

nini, mucho mayor que el tamaño del cuerpo que sostiene aquella caraza. Falon regala su retrato en la actitud de jugar al billar: sus piernas son dos tacos. El pintor *** saca la cabeza por entre el caballete: parece ahorcado. Un autor de las comedias de Scribe en inglés se ha retratado con dos plumas detras de las orejas: á veces se me figura que vuela como el dios *Mercurio*, y otras creo que no vuela sino que es escribano público, de los de papel sin recortar y pote de arenilla.

La señora L.... embajadora de una potencia de Sur América, me enseñó en Washington dos magníficos libros que le regaló el Príncipe de Joinville: contienen la coleccion mas completa que yo haya visto nunca de todas las celebridades contemporáneas en literatura, artes, ciencias, dignidades etc. En aquellos libros he visto á todos los que contribuyen, ó han contribuido en este siglo con su respectivo soplido á hacer resonar la trompeta de la fama. Tras tener un mérito intrínseco tan relevante, ser regalo de un príncipe, y príncipe célebre y desgraciado, y estar en manos de la mas amable, digna y bella de mis amigas de la capital, los libros me parecieron impagables tanto como las horas que pasé el invierno último en los salones de aquella joya del pais de las esmeraldas y de los rubíes.

El álbum tiene su mision hoy tan segura y positiva, tan inecsorable como las revoluciones y las tempestades. Los amanten en los idilios y en las églogas se daban pruebas de afecto con besos y apretones de mano á furto de los pastores mas viejos. La civilizacion introdujo despues la mecha de pelo y el retrato como signos de amor. El refinamiento moderno los ha ido matando todos uno á uno, cual zorro viejo entre el palomar. Dar la mano á las señoras y señoritas es prueba de buena educacion. Adios los apretones furtivos! Los parientes, los afines, los amigos se besan hoy sin ocultarlo, y es adelanto de paises civilizados, sin duda porque en cierta isla no distante de Costa Firme se asegura con fuerza de refran que "un sunche es un vento," ó en español que "besar es tomar aire." Adios el beso!

Quedaba el retrato, y el álbum y la prodigiosa multiplicacion de imágenes que produce la fotografia han venido para dar en tierra con el penúltimo encanto del amor. ¿Qué poeta escribirá mas *A su retrato* si el retrato se encuentra por docenas en todas partes?

La trova andaluza dice:

Dame de tu cabeza
Siquiera un pelo
Para atarme una herida
Que amor me ha hecho.
Pero es locura.
Pues mas ha de inflamarse
Con la atadura.

Otra endecha popular decia:

Atame con un cabello
A la reja de tu casa,
Que aunque el cabello se rompa
Seguro está que me vaya.

Tal era de poderosa la mecha trenzada de los cabellos de Filis, pero. . . . . .

—Dejemos al amor un refugio, me grita Sofia, arrebatándome el álbum de mi mujer.

NUEVA YORK, 24 de mayo de 1861.

EL TAMBOR DE MIS HIJOS.

Lorsque je demandais au petit ce qu'il préférait d'un chinois ou d'un turc, le petit répondait : Je préfère un petit cheval de bois avec un sifflet dans le derrière.—HENRI HEINE.

El público, digo *mi* público, no sabrá, por ilustrado que sea, y desde luego lo considero como tal, que yo tengo hijos. Para mí tambien fué novedad el dia que vinieron á casa, y me quedé en una pieza pensando cuán racional y picaron fué el que dijo : No la hagas y no la temas. Pero, en fin, ya que estoy reducido á temerla, no hay mas remedio : es prueba concluyente de que la hice : y no se entienda que me pesa, pues con eso y con todo no podria prometer con ninguno acto de contricion apartarme de todas las ocasiones, porque no prometo lo que no pienso cumplir. Que yo tengo hijos es cir-

cunstancia que á primera vista parecerá indiferente. Hay tantos otros que la han hecho mas que yo, y sin embargo los unos no lo dicen y los otros no lo confiesan. A mí, si á ellos, no puede serme indiferente, que antes al contrario son la obra de que mas me enorgullezco. Pero lo que sorprenderá sin duda alguna á *mi* público es saber que mis retoños no son poca parte para hacerme sostener estas largas relaciones que mantenemos él y yo; porque si no tuviese hijos, no andaria esprimiéndome la mollera cada ocho dias para complacer, ó tratar de hacerlo, á los que acaso me lean. Los hijos me obligan á ser escritor público tanto y tan seguramente como me han hecho papá. Lo uno es consecuencia de lo otro por cierta razon tan pobre que nadie dejaria de tenerme lástima.

Esto dicho, y probado que está bien, han dado mis dos pimpollos en meterse á políticos, y aunque el uno solo tiene cuatro primaveras y el otro no ha visto aun mas que dos otoños, y ambos pudieran cubrirse con una mediana canasta, el uno se ha pronunciado por el Norte, y se llama General Scott, y el otro aboga en su media lengua por el Sur, y quiere que le llamemos Beauregard. Los que tengan hijos comprenderán la parte que yo tomo en esta guerra civil en miniatura, y cómo me deleito en ver la defensa que cada cual hace de sus derechos. Yo soy su público y su pueblo, y los aplaudo ó censuro segun sûs méritos, teniendo por de contado que intervenir muchas veces como Napoleon en los asuntos de Italia, para que no haya una trifulca.

Mi general Scott como es mayor, pretende tener derecho á mas que mi general Beauregard; de manera que si este supiese mas de lo que sabe, diria con el ex-gobernador Wise, que el otro de cuenta de hermano mayor, quiere convertirse para él en una especie de Providencia chiquita. Para sostener la guerra se necesitan armas aquí y en Richmond, y para las armas dinero. Sofia provee la última mercancia como otra madre Colombia para los dos bandos, y mis dos generales se despachan á su gusto el armamento. Hay en la casa de toda señora americana una pieza que se llama *Nursery*, ó cuarto de los niños, donde los futuros herederos del nombre de familia se las entienden unos con otros, y con sus ayas, como mejor les parece, sin que el papá y la mamá sepan lo que sucede por China. Vaya aquí un paréntesis: cuentan que un americano viendo en la sala á un chiquillo en brazos de la niñera, preguntó *cuyo* era el niño.

—¡Cómo! le contestó la mamá, casi enojada. Tuyo; ¿y de quién habia de ser?

—No lo decia por enojo, contestó el marido; bastaba que hubieses dicho *tuyo* para yo comprenderlo.

—Oh! sí, mucho, replicó otra vez la señora. Como tú te marchas á las siete y media para la oficina cuando los niños estan durmiendo, y vuelves á las seis y media á comer, cuando los niños estan comiendo en su cuarto, y luego te vas al Club sin verlos, no es estraño que no los conozcas!

—Mujer! dijo el marido: entendámonos, mi pregunta no tenia segundo alcance. Pregunté de *quién* era el niño; me dijiste *tuyo*, y me dí por convencido.

Mis generalitos no estan en esa categoria, porque el *Nursery* de Sofia se comunica con las piezas en que ella cose, y basta con que cosa para saber que el arreglo de la casa no es de eso que se usa. Scott y Beauregard estan con nosotros todo el dia, y damos gracias á Dios de que se apeguen mas á nosotros que á su aya.

Pero todo en esta vida tiene sus tropiezos é inconvenientes. Ya dije que le han dado por ser generales, y el cuarto en que vivimos reunidos no es cuarto sino cuartel. Fusiles, rifles, cañones, cartucheras, tambores, cajas, caballos y cuantos elementos de destruccion el genio crea y el arte ejecuta, se encuentran allí reunidos. Aquel cuarto no es sino la república. Scott y Beauregard tienen sus instrumentos de fuego, y estan aprendiendo el arte difícil de la guerra antes que á leer y rezar. Lo digo como pasa, sin hacer comentarios, ni deducir consecuencias que afligen. Mi plan hoy no es moralizar, sino contar. Aquel cuarto-cuartel, ó cuartel-república, tiene embebibos á mis dos muchachos, que ya conocen para qué sirve un soldado mucho mas que el soldado mismo que sirve, y saben montar y apuntar un cañon, y armar la bayoneta, y terciar el fusil, y marchar. Progresan.

Pero nada saben como tocar el tambor y batir marcha. Ren-ten-ten-re-ten-re-ten! suena desde por la mañana hasta la noche, y no hay descanso para el oido, de tal manera que un sordo se consolaria de vivir en casa, porque al fin oiria el redoble y se convenceria de que habia sanado.

La mejor prueba que tengo de ser justo consiste en mi manera de dormir.

No me perturba el sueño
Ni gata relamida de tejado,

Ni cañon disparado,
Ni el encanto fugaz de dulce dueño.
Sueño sin coyuntura
Duermo yo, sin dar vuelta
Toda la noche oscura,
Un sueño que se dice á pierna suelta.

Y sin embargo no es Febo con sus dorados caballos el que me llama apenas se abren las puertas de la aurora, sino Beauregard y Scott, los de dorados cabellos, que entran en mi cuarto á tambor batiente como en fortaleza conquistada. Ren-ten-ten! Ren-ten-ten! y no hay consuelo, sino despedirse tiernamente de la almohada, y poner de punta los huesos, porque el redoble no cesa hasta que salto de la cama para dar los buenos dias á mis dos generalitos.

—Toque de diana! esclamo. Buenos dias, Scott: buenos dias, Beauregard!

—Buenos dias, contestan, y ren-ten-ten! ren-ten-ten!

El tambor es parte integrante de la vida de los muchachos y de los hombres grandes que en esta tierra vivimos para matarnos. Sin el tambor no hay nada en la época actual. Tambor de dia, de noche, á todas horas.

Supongo que se acerca la hora de correo y que estoy absorto en el estudio de una combinacion militar, siguiendo el hilo estratégico para hacer entender á los demas lo que yo mismo no entiendo, *y tengo que* esplicar, aunque reviente; ó bien leo el último artículo del *Times* de Lóndres para saber por el precio del algodon y las concesiones á los corsarios si lord John Russell está hoy del mismo humor de ayer, y si el Derecho de Gentes ha variado en las últimas cuarenta y ocho horas; ó tengo entre manos un artículo de *J. S.* (José Selgas Carrasco) en que con menos palabras que las necesarias dice lo que otro no diria en mas de las que se necesitan, ni mas ecsactas, ni mas sabrosas, ni mas satisfactorias; ó no pienso en nada, ni hago nada, porque para ser feliz en aquel instante no quiero pensar ni hacer,—cuando de repente suena el tambor en la calle, no ya en casa, y esclaman los generalitos: Tropa, tropa!

—Tropa del Norte! dice Scott.

—Tropa del Sur! replica Beauregard.

Y corren todos á la ventana llamándome al par de su mamá para que vea á los soldados. Quedaríame como estaba; pero Scott me agarra por una mano y Beauregard se me cuelga de la levita. A la ventana, pues, á ver los soldados.

Los soldados se reducen á uno que no lo es: el chico de mi vecino, que en gracia de las costumbres del pais no sé cómo se llama, aunque gracias á la cinta rayada de su ojal sé que es unionista, se divierte redoblando un tambor con tantos brios como un veterano de cien campañas y alborota el vecindario. Mi vecino está en su balcon aliviando las penas de este mundo con el regocijo de ver á su primogénito batiendo marcha que se las pela.

—Hurrá! Hurrá! esclaman Scott y Beauregard, olvidando este sus principios políticos.

—Bonito tambor! dice su mamá; y mira que lo toca muy bien.

Cada cuarto de hora hay en la casa un *excitement* con el ruido de cajas y tambores de la calle, como si no bastase el de casa; porque está á la moda la guerra, y toda la Quinta Avenida viste á sus chicos de zuavos, que parecen unos titíes, de *zouzous* con sus pantalones colorados y el gorro caido sobre la espalda. Hay compañias que la señora H. y la señora R. y todas las señoras de la aristocracia acarician, y miman, y aplauden, como se aplaudia en mi tiempo á los premiados en las clases de lectura y palotes de Palomares.

El que quiera tener talento, el que desee aparecer como el fénix de los injenios en nuestras tertulias, debe, como variante á las conversaciones sobre política, hablar y parlotear mucho de las gracias de los niños vestidos de zuavos y marchando con sus banderas á estilo de soldados. ¿Ha habido alguna vez hombre bien educado que no sepa hablar de ópera? Nadie se atreveria en este siglo á no saber decir que Rossini es una antigualla, que Bellini es dulce, pero que el talento de la música se encarnó en Verdi; que Tamberlik, y Mario, y la Frezzolini, y el libretto, y la partitura, y los coristas, y el director, y la *claque*. . . Eh! Ya Vds. me entienden. Pues bien, ahora no se habla de mas ópera que de la que va acompañada de cañones de tres bemoles y fusiles con sostenidos. Los hombres hablan de Harper's Ferry, y de Manassas Gap, de la campaña de Norfolk y de la persecucion del gobernador tal por el general cual. He aquí un ejemplo:

—Mi opinion es que la guerra debe seguirse con vigor, dice Mr. Johnson: el general Scott es un perro viejo que no ladra, sino muerde; pero es preciso convencerse, señores, de que tomando el ejército del Oeste el camino del Norte, y ba-

ando por el Potomac hácia arriba, cuando el ejército del Norte se encamine hácia el Oeste, y rinda á los amotinados y rebeldes de Oriente, atacando el flanco izquierdo de Washington y salvando tres jornadas, caeran todos por el Puente Largo, y ahorcando á los que queden, está salvada la república. (Bien, bien.)

Las señoras, que no entienden esa estrategia sublimada, se entretienen en hablar de sus Scotticos y Beauregardillos, á quienes visten de arlequines por diversion. Los niños gustan del disfraz, y la moda cunde. Naturalmente en las tertulias, no pudiendo hablarse de guerra ni de estrategia, se habla de los *zouzous* pequeñitos que andan por las calles formados en compañias, y con planes de organizar regimientos para hacer un simulacro de batalla el 4 de Julio en honor de nuestros progenitores en el campo de la gloria. Por supuesto que en la batalla, si no mando yo á mi Beauregardillo, la victoria será del Norte. Mi Scott pide incesantemente que se le vista de zuavo "como los demas," y que se le compre una espada nueva, y un caballo que tenga pito en el rabo, para asistir con lujo á la parada. Los vecinos le han dicho que pasará en ella revista *Bob*, el hijo menor de Mr. Lincoln, el mismo que le sustituyó en el viaje de Baltimore á Washington cuando su papá tomó el gorro escosés y la capa de dragon con hebillas de Diego, ó de otro cualquiera. Mi Scott sostiene que él sabe decir ¡marchen! y ¡á la bayoneta! y que para ser buen militar no le falta nada sino tener título de abogado.

En fin de todo, veo á Nueva York, y, *ad exemplum regis*, todas las ciudades del Norte convertidas en escuelas militares para niños de corta edad, como si la generacion presente se hubiese convencido de que el militarismo hará fortuna en el pais, ó de que la presente guerra durará lo bastante hasta esperar á los párvulos; y pienso con dolor que las primeras ideas se incrustan en la inteligencia, y echán en ella raices que no mueren sino con ella. Involuntariamente se me ocurre que el Congreso de la Paz tiene razon en sancionar como base constitutiva de su establecimiento y objeto importante de sus trabajos el ordenamiento capital de que á los niños no se les permita diversion con armas verdaderas ni fingidas, para que no se les incline la mente á ideas de guerra. Sofia, tan cándida como bondadosa, tan tierna y buena con sus hijos, tan asombradiza con todo lo que parece siquiera guerra,

desea, sin embargo, complacer á mi Scottillo comprándole una espada y un caballo que tenga pito en el rabo.

Así se pervierten las ideas, así empiezan los pueblos á cambiar la base salvadora de su felicidad : así.....

Ren-ten-ten! Ren-ten-ten!

El tambor de Scott en manos de Beauregard hace un ruido espantoso, y no puedo concluir esta disertacion. Oh! Qué tambor es el tambor de mis hijos!

MI CRIADA BRIGIDA.

Cualquiera que haya leido mi anterior Totilimundi — El tambor de mis hijos — se habrá quedado pensando sobre cómo han aprendido esos angelitos en edad tan tierna á saber lo que es política, y cómo la política produce guerra, y cómo se llaman políticos los que tan mal hacen. Un papá entusiasta y nervioso contestaria esplicando que los piquininis son un prodigio; su aya asegura que los muchachos de este tiempo nacen aprendidos; la mamá nunca ha dudado de que sus reproducciones estan en camino de dar que hacer en el mundo. Solo yo que no soy entusiasta, que no tengo nervios, ni creo en ciencia infusa, ni en misiones estraordinarias, he acertado, á fuerza de estudio, con la ciencia prematura de mi Scott y las salidas inesperadas de mi Beauregard.

Las han aprendido en la cocina.

La cocina aquí como en todas partes es el salon de los criados, el congreso de sus discusiones, el areópago de sus leyes, la primer escuela de los niños; y nadie crea que en medio del olor á pescado frito y á carne del Norte, al compas del chirrido de los huevos en la sarten y del chocochoco del molinilllo, entre uno y otro chorizo, y dos ó tres papas, ó patatas, hervidas sin sal ni gracia, Brígida discurra con menos acierto que las gentes de tono, ni ella y sus compañeras no pronuncien discursos de parada, ni dispongan del mundo con mas acierto que los honorables diputados que de los

seis meses de congreso pasan en Washington tres eligiendo presidente y otros tres poniéndose malos nombres. Jamas olvidaré el dia en que desde mi balcon sobre el jardin oí decir á Brígida con mucho énfasis:

—Napoleon! Luis Napoleon! (Zape, gato; no te lleves la carne.) Pues Napoleon es amigo del Papa, (Ay! que se me tuesta la tortilla) y Víctor Manuel (Maldito gato tan ladron!) prefiere la Italia unida (Jesus! con el animal que se ha llevado el jamon) y la Irlanda (Estas patatas están duras) independiente (De buenas comidas sabe mucho Mr. Nazareno.)

Los paréntesis de Brígida me parecieron estremadamente maliciosos, y soltando el periódico que traía el primer parte, es decir, la parte mas mendaz, de una batalla, apliqué el oido á las disertaciones político-fregonas de mi cocinera.

—Muy cierto, decia Brígida á la criada de mano de Sofia, y á la *nurse* ó aya de los chicos, que estaban en el jardin oyéndolo y aprendiéndolo todo. Luis Napoleon (Este parece gallo y no pollo por la espuela) va á mandar un ejército en favor del gobierno (Qué pastel tan desabrido!) y los irlandeses todos (¿No falta brandy á los bollos?) se unirán con los americanos (Julia, aceite y vinagre) y ya veremos si el Sur (Esta masa como que no cuaja) resiste á todo el mundo reunido (Qué de moscas hay ahora!)

Julia, la criada de mano, se contentaba con oir; pero el ama de los niños rogaba á san Patricio que Brígida fuese atacada de un estornudo para meter ella baza. El mayorcito se entretenia á la sazon en hacer con el *Herald* un cucurucho en que vaciaba la harina del pastel.

—Oh! esclamó por fin el ama, que ya se ahogaba con el borboton de palabras reprimidas, mientras que la cocinera atendia á una olla que se estaba derramando como bolsillo de gobierno en manos de ministro popular. Oh! Ya me sé yo que los irlandeses son los primeros (Berengenas fritas, interrumpió Brígida) que van á la guerra, porque son los criados de los americanos.

—Porque no tienen que comer, dijo Julia apretando la plancha con que alisaba un traje.

—Porque son muy... y no digo lo demas, observó casi furiosa el ama. Si fuese yo hombre...

—Y yo, dijo Brígida.

—Y yo, dijo Julia.

(Y yo, habria añadido toda mujer que hubiese estado presente.)

—Qué harian Vds? preguntó el ama.

—Yo, contestó la cocinera, si fuese hombre (¡Qué caliente está la cacerola!) no iria á la guerra.

—Y yo, añadió Julia, no dejaria que nadie fuese ni por el general Scott (Esta tohalla está muy gastada.) ni por el general Davis... (Este cuello está muy engomado.)

La conversacion continuó por el estilo, y siempre está perenne hasta las tantas de la noche, en que el cansancio de las lenguas, y no el agotamiento del asunto, deja mudos á los ecos. Aquel guirigay de política y guisados, que recuerda el gabinete del general Pierce,—el famoso "gabinete de cocina" que tanto dió que hacer en su tiempo,—aquel guirigay de generales y patatas, de medidas de gobierno y pasteles es el libro de doctrina en que han aprendido mis dos generalitos los rudimentos de Norte y Sur que tienen en la cabeza, y que repiten con tanta seriedad como si fuese de veras y lo entendiesen ellos perfectamente.

La cocina dije que es la primera escuela de los niños, y las criadas sus primeras maestras. Por eso queria una señora amiga mia, que me vino recomendada de Güines, buscar una criada buena moza que le cuidase su chica, porque todo se aprende en la edad temprana y mi güinera deseaba que su niña fuese un primor de belleza aprendida.

Para darle gusto hice cuanto pude por conseguir la Venus-Ganimedes que deseaba. Si oye V. á un estranjero de esos que vienen á veranear en los Estados Unidos, y para los cuales Broadway es Nueva York, y Nueva York la república, nada mas fácil de conseguir que una sirvienta en esta ciudad de los periódicos y las Agencias de Criadas, y las *Oficinas de Inteligencia*, y ahora de la guerra y de la falta de ocupacion y de recursos. ¡Una criada! ¡Si se encuentran por docenas, por centenares, por millares!

En los periódicos se anuncian todos los dias (con gran pláceme del editor) cien mozas de á peseta que no parece sino que estan locas por servir á alguna persona que tenga la bondad de recojerlas, segun lo meloso del anuncio en que ofrecen sus servicios.

"Una respetable jóven (todas son respetables,) buena lavandera y planchadora de carácter complaciente, desea ser-

vir á una familia corta. No mira tanto la paga como encontrar una buena casa."

Una jóven, digo yo, respetable! No dice respetuosa. Esa mujer conjuga por activa. "Buena lavandera y planchadora de carácter." Planchadora de carácter! Para el diablo que te tome. Y va una.

"Una respetable jóven protestante..."

Conque protesta, ¿eh? Pues mi güinera no la quiere sino para enseñar á su hija á buena moza. Y van dos.

"Dos hermanas honradas desean colocacion en una familia á la moda..." Ola, ola! Qué entenderan las dos hermanas por moda? Pero sigamos: "Viven en la calle de Church." *Church* quiere decir iglesia; pero de vivir en esa calle no se deduce precisamente que las dos hermanas á la moda sean rezadoras. Hay calles que tienen nombres antitéticos. Y van cuatro.

Y van cinco, y diez, y las doscientas del periódico, porque las mas no quieren ir al campo y estamos en verano; las otras viven en otras calles de peor significacion que Church; estas quieren un buen salario, lo cual es adelantar una estorsion; aquellas no sirven sino de cocineras etc. etc.

Por fin, hay una que cuidaria de los niños de una familia "de primer órden." En este tengo el concepto de mi güinera, y me pongo á buscar la doncella que sabe y quiere cuidar niños ajenos. Tomo el coche de los pobres, despues de acicalarme lo mejor que puedo, porque soy hombre de esperiencia, y me dirijo al número 972 del Bowery. La calle no es de primer órden; pero ¿quién sabe? Alguna desgracia no merecida, alguna pobreza vergonzante, y sobre todo la casa no hace la mujer, principalmente cuando á la mujer se la va á sacar de la casa. Otra duda me aqueiaba, y no era la menor; mi güinera queria doncella buena moza, y aunque yo solia preciarme de voto en la materia con borla en ambos derechos, ¿mi gusto seria el suyo? Número 972 del Bowery. Tiro la correa, se detiene el conductor, me apeo, y llamo á la casa.

—¿Vive aquí una mujer que ha puesto anuncio?

—La señorita querrá V. decir.

—Una señorita, repito porque soy condescendiente, una señorita que se anuncia para cuidar niños?

—Aquí vive, en el quinto piso.

—Podria V. hacer que bajase? ¡Es tan alto!

—Pues ella no baja. Ya se han ido dos sin hablarle por no subir.

—No sea yo nunca tercero, dije, y menos cuando se trata del secso débil, y se procura al bello secso. Una desgracia como la que esto aparenta, merecerá siempre toda mi consideracion.

Quinto piso, cuarto 22. Llegué.

—¿Es V. la persona que se ofrece á cuidar niños?

La señorita (sentada.)—Es V. quién me va á emplear?

Yo (de pié.)—No precisamente, sino una amiga mia...

—Cuántos niños tiene la amiga de V?

—Una sola.

—Y es rica?

—Así así.

—Y dónde vive?

—En el hotel de la Quinta Avenida.

—Y cuántos años tiene?

La paciencia me iba faltando; pero qué sacrificios no ecsige la amistad!

—Poco mas ó menos los de V., le dije.

—Y es casada?

—He dicho á V. que tiene una niña.

—Y su marido vive con ella?

—Y á V. qué le importa? observé medio sofocado.

—Sí me importa, porque al fin va una á vivir en *familia.*

—Pues no vive con ella.

—Está divorciada?

—No; pero él está en Cuba, en su hacienda, y ella está aquí de verano.

—Y la señora tiene coche?

Y me aturdió á preguntas mas que si fuese confesor ó juez que toma la primera declaracion, hasta que al fin, para no romper con su belleza, ni dejar á mi amiga sin una cara que nunca la produjo mas fresca Erin la Verde, puse tregua á sus interrogaciones y le dí el número y nombre de mi güinera, diciéndole que si queria fuese á verla, y á mí me dejase el alma en paz, que tengo ya hartos años para esas fiestas.

La "señorita" no concurrió á la cita, y mi amiga urgia por una doncella buena moza que le enseñase esa habilidad á su chiquilla. Fuimos á una agencia de criados, ó sea

Oficina de Inteligencia. Bien poca á la verdad parecia encontrarse en aquel saloncito colocado debajo de la calle, y que contenia en su seno dos ó tres docenas de Maritornes sentadas en un banco al rededor de la pared, con bocas inquietas, manos estacionarias y ojos escudriñadores, que se nos dispararon como cañones de baterias que defienden un puente en el momento en que asomamos á la puerta.

Una Oficina de Inteligencia no prueba otra cosa sino que el director la tiene, y que las dirigidas no la han conocido nunca, ni la han menester. Para entrar en el saloncito como candidata á empleo se paga lo que en las cárceles se llama el barato, y en las capitales un considerandum para allanar dificultades. En las tres partes se consigue el empleo con dinero. Y ¿ dónde no sucede lo mismo ? La futura criada de V. satisface su cuota de inscripcion con el último peso que le quedó de su anterior empleo, y como son muchas las cesantes, muchos tambien son los pesos. Cada vez que la criada se contrata, está cumplida la " inteligencia, " y si vuelve es menester renovarla. De los renuevos vive el árbol. El que ajusta criada tambien satisface á la Oficina un peso ó mas, por el servicio, con derecho á buscar allí criadas por seis meses: si la escogida es buena, dura mas de seis meses; si no, le dan á V. otra y otra y otras que le convierten aquel peso en otro no pequeño para el alma. Los llaneros tienen de reserva un toro que á fuerza de estar coleado no se deja tumbar, y lo llaman por antonomasia " el coleado." Los agentes de criadas tienen algunas tan coleadas que no las aguantaria nadie una semana. Harto V. de ellas y de los viajes á la Oficina promete al director una gavela, un considerandum por una criada que no le haga volver, y entonces, y no antes, lleva V. una que no está coleada.

Para mi güinera fué intolerable el número de preguntas que le hizo cierta irlandesa, algo zagala ella y bien parecida, que se le entró por los ojos al mismo llegar. "Qué mujer tan preguntona! me decia: si hubiese de vivir con ella me quemaria la sangre. No la quiero ni de balde." Por fin, no encontró Ganimedes aparente y saliendo de la Oficina con enfado:

—¿ Qué tierra es esta, Nazareno, me preguntó, donde no se puede conseguir una criada ?

—Oh! Eso no, que se puede, pero es preciso tener paciencia hasta encontrarla. Debe V. saber que desde el tiempo en que los Knownothings con sus amenazas arredraron, y el gobierno inglés con sus peritísimas medidas contuvo la emigracion de irlandeses á los Estados Unidos, empezó la escasez de la mercancia á encarecer el artículo, y las criadas, que se contaron, y vieron tan reducido su número, empezaron á tomar unos aires y á darse tonos de necesarias, con grave detrimento de las casas. La emigracion de alemanas en algo sanó el mal; pero de Alemania, señora, vienen aquí tales seres y hablan tal idioma que no sé cómo se puedan abrigar bajo un techo á la americana. Los alemanes son el azote de las dependencias, ó de los dependientes, porque tienen talento, virtudes, conocimientos, laboriosidad sobrada y trabajan baratísimo para impedir la competencia. Pero las alemanas, mi amiga, las alemanas, á lo menos las que vienen con mision de criadas, son verdaderas alimañas. Las suizas y las francesas se dan á modas, ó á perros y calles estraviadas.

—Y las americanas?

—Las americanas no sirven de criadas sino en rarísimos casos. Observará V. que no se anuncian, y que si se consigue alguna, se hace pagar y tratar muy bien.

—Entónces se queda Julita sin criada buena moza?

—No en mis dias: Julita tendrá su criada, muy buena moza.

Y nos encaminamos á un plantel de santas mujeres que han consagrado su vida á hacer bien, y así cuidan á los enfermos como enseñan á los niños, piden limosna para repartirla á los pobres y recogen de entre el tumulto de las grandes poblaciones aquellas palomas sin nido que serian arrastradas por la necesidad y la tentacion, si continuasen solitarias su vuelo en este océano de movimiento, de revolucion, de falta de fé, de lujo, de placeres, de impiedad, de infierno. Allí las cuidan, las educan, las enseñan á trabajar y las entregan á familias conocidas que por sus servicios les den salario y buen ejemplo.

Mi güinera llevó una Margarita que lo era por su aspecto y sus modales, su modestia y su aseo. Julita tenia desde aquel momento criada jóven, buena moza y americana. Mis esfuerzos me costó, pero salvé la reputacion de la servidumbre nacional por sobre todos los contratiempos imaginables de la necesidad de tener criadas buenas.

La señora estaba tan satisfecha, tan feliz con su Margarita!

No tenia palabras con que elogiarla, ni buenos modos bastantes para atraerla. La muchacha era una joya, se contentaba con todo, siempre de buen humor, siempre reservada y fina como las hermanas que la educaron.

"Pero el diablo, que en sabe
Tiene pocos superiores,
La tentó por los amores
Y todo lo echó á perder."

Hace dos dias que encontré despues de algun tiempo á mi güinera y le pregunté por su chiquilla.

—Qué! Muy mal, me dijo, porque la monja se me perdió.

—Se fugó de la casa?

—No, señor, la muy zángana. No se cómo no la maté.

—Señora, ¿el marido de V. ha venido de Cuba?

—Me cree V. celosa? No faltaria mas. Peor que eso.

—Pero en fin?

—En fin la monjita, la santurrona, se enamoró de mi primo. . . .

—Y se fugó con él?

—No, señor; se ha presentado contra él: la malvada dice que le dió palabra de matrimonio. . . . . .

—Y su primo de V. ¿qué dice?

—Qué ha de decir? Que es una calumniadora; pero ella insiste y. . . . .

—Señora, señora, por Dios, no me haga V. confidente de un capítulo de amores estraviados, harto frecuente por desgracia en esta ciudad de estrangeros, no aleccionados en las costumbres nacionales.

—Pero cree V. que tenia amores?

—Yo no creo nada. Veo á su primo de V. y á V. misma en una posicion falsa, él porque con solo el juramento de Margarita está en la roca Tarpeya, y V. porque aparecerá su nombre en asuntos desagradables.

—¿Conque á V. le parece. . . ?

—A mí me parece que deben Vds. entrar en arreglos con Margarita.

—¿Con esa canalla?

—Como V. lo oye, y así se ahorrará muchos disgustos.

Convencióse en breve mi güinera de que quien con el corazon en la mano le hablaba no dejaba de tener razon. En efecto el *affidavit* ó demanda de Margarita no se hizo esperar: el defensor de esta dió á entender que con un poco de buena

voluntad del primo y de la prima todo podria reducirse á una cuestion de dinero, y como en resumidas cuentas mejor era soltar algunas pálidas que esponerse á un bochorno en un tribunal de justicia, mi amiga y su primo se avinieron á cubrir de ese modo el honor no ultrajado de la santica.

Las costumbres de Nueva York distan miles de leguas de las de Hispano-América: es menester estudiarlas y comprenderlas para evitar chascos como el que acabo de referir. Morenitas tropicales, difícilmente pueden verse satisfechos vuestros deseos y necesidades con el servicio de las papívoras devotas de San Patricio.

En cuanto á los lectores no olviden jamas en esta tierra la mácsima del escudo inglés: "*Hony soit qui mal y pense*," so pena de encontrar á Margarita en alguna criada Brígida.

Nueva York, junio 24 de 1861.

ASUNTOS DE VERANO.

Pasó la estacion de los gusanos..... Pero si Vds. no la conocen !.... No importa : la conoceran y tanto vale. En este pais de las nieblas y de los grandes calores, de las mujeres bonitas y de los hombres sin entusiasmo, del metalismo y de la noveleria, nacen juntos por el mes de junio las fresas color de púrpura y los gusanos mas feos que las culebras y el mismo mal humor. Las fresas desaparecen, como la beldad, á boca de los golosos. Los gusanos se pierden para el vulgo con gran regocijo suyo, porque no son nada agradables y arrastran su deforme y fria piel sobre el cuello de los que pasean por nuestros parques y por nuestras calles arboladas. ¡ Oh ! los gusanos son el tormento de la estacion. Va uno en ascuas pensando cuándo le caen encima desde la copa de los álamos, colgados con una larga hebra de seda que les sirve de escalera, como á la araña, y en que enredan los cabellos de Fanny

y los bigotes de Mr. Thompson cuando ellos van mas enredados en su *flirtacion.*

—Conque por fin, le dice el caballero, podré esperar, miss Fanny, que.....

—Qué horror! grita Fanny.

—Horror de mi? pregunta Mr. Thompson, enseriándose, y como si le diesen con la puerta en los bigotes.

—Horror! Horror! chilla la doncella. Apártese V. de mí pronto, pronto, que me desmayo!

—Pero, miss Fanny, yo creía.....

—Horror! y se acerca V. mas? Quite V. allá! Aléjese V. Horror, horror!

Y el hombre sin saber dónde pisa, no se atreve á continuar pidiendo esplicaciones, porque la gente comienza á agolparse, y se ve claramente que miss Fanny ha tratado de ponerlo en escena, cuando no en ridículo. Aprieta el paso, y dobla por la primera esquina con mas velocidad que perro con vegigas, y ciego de cólera y de vergüenza se promete una venganza muy sonada. En esto tropieza con su amigo Brown.

—Brown, mi amigo, apártate: tengo hidrofobia!

—Cuidado con eso, Thompson, que estamos en verano, y la policia ataca con estricnina el mal de rabia.

—¿Conque tú tambien te burlas de mi desgracia?

—Pero, chico, si me anuncias que tienes la rabia, y esta es tan peligrosa!

—Basta de bromas, Brown. Te digo que estoy furioso.

—¿Conmigo?

—No; con miss Fanny. ¿No sabes lo que me pasa?

—No.

—Ni lo imaginarias tampoco. Suponte que apenas empecé hoy á hacerle mi declaracion cuando la muy coqueta y escandalosa me grita: Horror! en la mitad del parque, lleno de gente. Quiero explicarme, y me grita con tono mas alto: ¡Atrás, atrás! como si fuese yo el mismo Lucifer.

—Todavia no: no estas casado.

—Gracias á Dios, y no me casaré: el desengaño no ha sido malo..... Estoy que trino!

—Mira, Thompson; yo tambien gorgearé contigo si antes me dices si has comprendido bien á Fanny. Es mi prima; pero por lo mismo conozco que es melindrosa y alharaquera. ¿Quién sabe qué espresion de cara pusiste, qué palabra mal escogida, qué....?

—Brown! Si eres mi amigo no la disculpes, ó rompemos tambien nosotros.

—Chico, por mi parte soy comerciante y nadie sabe lo que ha de suceder; pero cien veces preferiria no pelear contigo. Volviendo al asunto, apuesto diez pesos á que Fanny.....

—Fanny es una tonta, una alboratadora, una.....

Mr. Thompson no pudo seguir calificando á Fanny, porque la palabra se le ahogó en la boca, mediante la intercesion de un mónstruo de figura desagradable que le salia de las barbas á la inglesa para introducírsele en los labios. El animal dejó mudo y estupefacto á Mr. Thompson, quien imaginó sin duda que la ira le habia trocado las barbas en cabezas de serpientes. Brown, no menos cortado con la mudez de su compañero, aplicó el rostro para suplir al miopismo de sus ojos, y casi tocó al que él se figuró culebron en aquel momento.

—Aparta, Thompson, esclamó Brown; aparta, *vade retro*, que estas vomitando serpientes. Fanny tenia razon.

Mr. Thompson se pasó instintivamente la mano por la boca con mas presteza de la que el describir esta escena permite, y atrapó al espanto de Brown, al enemigo de su amor á Fanny, un gusano horrible que habia consternado á la pobre niña, y cuya procsimidad trató ella de evitar alejando al portador de la sucia alimaña, como hacen las municipalidades en la cuarentena, que alejan el buque para alejar la peste.

Sobre el amarillo guante de Mr. Thompson parecia el gusano embravecido jurar venganza de que el caballero le hubiese separado del árbol en que nació, y Mr. Thompson por su parte no mostraba menos rencor al inmundo bicho, causa directa de un rompimiento, quizá formal, con la única hija del banquero que mas quiebras lleva á esta fecha, es decir, uno de los capitalistas mas saneados de la bolsa de.....

Rió Brown á todo reir por el chasco de Mr. Thompson y ofrecióle su ayuda para reanudar el hilo de una declaracion tan inopinadamente interrumpida por el gusano. Supongo que se entendieron Fanny y Mr. Thompson, porque despues los he visto juntos atravesando el parque por una de las calles arenadas mas desprovistas de árboles. Era de noche, y sin embargo Fanny llevaba abierta su sombrilla por temor á lluvias maléficas que interrumpiesen la conversacion de Mr. Thompson. Apostaria á que iban diciéndose poco mas ó menos:

—Aquí fué, Mr. Thompson, donde V. echó á correr.

—Aquí fué, miss Fanny, donde V. me corrió.

—Yo no: V. se corrió á sí mismo.

—Es verdad, miss Fanny.

—Es verdad, Mr. Thompson.

—¿Y V. se acuerda, miss Fanny?

—¿De qué, Mr. Thompson?

—De lo que estábamos entonces diciendo, miss Fanny.

—Yo no decia nada, Mr. Thompson.

—Pero yo decia, miss Fanny.

—Verdad que V. decia, Mr. Thompson.

—Yo decia, miss Fanny . . . . . ¿Quiere V. que le diga lo que yo decia?

—Pues, ya V. ve . . . . . yo no sé . . . . V. sabrá mejor, si . . . . . porque me parece, si no me equivoco, que V. tal vez ya . . . . . puede ser, porque Mr. Thompson. . . . .

—Miss Fanny, por piedad, miss Fanny, V. sabe . . . . . que yo la amo á V., y es imposible que deje de decírselo, V. vale mucho.

—Ya sé que *vale*, dijo á la sazon Brown, interrumpiendo por la espalda el coloquio en el momento preciso. Ya sé que vale mi prima dos Perús. Pero, en fin, Thompson, acabó V. su declaracion?

—¿Qué declaracion?

—La del gusano

—No, porque los animales malditos se han propuesto interrumpirme en todas ocasiones.

—Otra vez iremos por donde no haya . . . . . gusanos, dijo Fanny. Son muy importunos.

Ignoro si Mr. Thompson ha terminado á estas horas su declaracion á la hija del séptimo millonario; pero es evidente que sin los gusanos ya el hombre estaria quizá, y sin quizá, casado. La influencia de un gusano es infinita: por eso el hombre cree tan grande su poder.

Pero dije al principio que habia pasado la época de los gusanos y de las fresas, y que estábamos en pleno julio. Aun cuando el calendario no lo dijese, nada difícil me habria sido adivinarlo antes de ayer desde mi propia cama y cuando tenia los ojos todavia cerrados con los restos de un sueño mayor de edad; porque el alba fué saludada y mis oidos atormentados con una descarga á fuego graneado de cuantas armas hay en mi vecindario en estos tiempos de guerra.

Pun—pun—pun!

—Sofia, hija, mis generalitos se han metido á artilleros?

—Qué artilleros de mis pecados! Tú no sabes que hoy es el glorioso 4?

—Acabáramos! Soy tan poco cronológico que habia olvidado la fecha.

—Tan poco patriota querrás decir.

—No reñiremos por la palabra. Pero dime, Sofia: ¿se va á celebrar hoy el 4?

—¿Cómo no? Los resultados de aquel gran dia. . . .

—Sí, hija, pero dime, ¿Beauregard está en Manassas, y Jefferson Davis en Richmond, y el general Paterson al otro lado del Potomac?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque da tristeza pensar en lo que ha venido á parar la revolucion mas brillante del siglo. ¿Quién creyera que á tal fin hubiese de llegar y que . . . . .

Interrumpióse repentinamente mi filosófica disertacion porque un pistoletazo resonó con tanto estrépito en el pórtico de la casa que los sordos lo habrian oido. Desde aquel momento, que serian las cuatro y media de la mañana, empezó la fiesta del 4 de julio, y punpun-pun, sin puntos ni comas, hasta la noche. Principiando por el "garbanzo" ó etardo enano que Scott y Beauregard me disparaban encima de la ropa, y acabando por el cañon rayado, no quedó arma chica ó grande, ni proyectil flaco ó gordo, que no llenase los ecos con su ruido particular y su desagrado general. La atmósfera se convirtió en humo candente é irrespirable de pólvora y azufre, y los ecos cansados dejaron de repetir tanto estruendo. El resultado de la fiesta se compendia en la siguiente enumeracion, resúmen de un diario vespertino:

PARADA MILITAR POR LA MAÑANA!
CAÑONEO EN LAS PLAZAS PUBLICAS!
REPIQUE DE CAMPANAS!
BANDERAS EN LAS OFICINAS PUBLICAS Y EN LOS BUQUES!!
LA BANDERA ESTRELLADA EN TODAS PARTES!
ESPLENDIDA ORACION DE MR. EVERETT SOBRE LA GRAN CUESTION DEL DIA!!
ORACIONES EN TAMMANY HALL Y EN EL INSTITUTO DE COOPER!
BRILLANTE DESPLIEGUE DE FUEGOS ARTIFICIALES POR LA TARDE!!!!

¡¡¡¡MAGNIFICO ESPECTACULO!!!!
LA ISLA DE MANHATTAN, BROOKLYN, JERSEY CITY, HOBOKEN
Y STATEN ISLAND EN UNA LLAMA DE GLORIA!!
¡¡INCIDENTES Y ACCIDENTES!!
TREINTA INCENDIOS!!!

Sea en hora buena; sea: el programa del año último era el mismo de este año, y será el del que viene, si Dios, el cometa y el Sur lo permiten. La humanidad no ha avanzado en 365 dias ni uno solo en la línea de progreso; ha estado como el general Scott (no el mio sino el del gobierno) preparándose, ó como el general Beauregard (el de Manassas) aguardando. El aniversario no varía. Pero tambien pregunta *Figaro*, ¿qué significa un aniversario? El mundo tiene un año mas; pero si hay gente que no envejece! Pedir novedades al mundo es inútil porfia. Nada nuevo de tejas abajo, ni aun en Barullópolis.

Pero Barullópolis tiene sin embargo sus novedades de tejas abajo y de tejas arriba, aun en los dias que no son el glorioso 4. En el cielo tenemos un cometa mas grande que todos los cometas conocidos, y tan pícaro y amigo de chascos que se nos ha prsentado *de hóspite insalutato* para darnos una sorpresa como amante que da serenata, ó marido que desea estar al tanto de la vida íntima de su mujer. Los astrólogos se devanan los sesos preguntando quién es, y ponen la cara del centinela que deja pasar al enemigo sin darle el quién vive. Nuestro amigo celestial se reirá á boca llena al contemplar la sorpresa de los sublunares que en este siglo de las luces se han quedado á oscuras sobre esa otra luz inesperada y que estiende su rabo con tanta gana como pavo-real que hace la rueda. ¿Qué diran las naciones estranjeras? preguntan los periodistas de la república de... San Marino el dia que se elije alcalde. ¿Qué diran los gusanitos de bajo la línea? ¿Se presentará el señor cometa guiñando el ojo á guisa de concejal encargado de los fondos públicos para celebrar el 4 de Julio? El cometa constituye una gran novedad con que no rivalizaria ni el mejor prestigitador del mundo; ni Barnum mismo. Vamos á la de la tierra.

Quien quiera que recorre á Broadway, inmensa artéria de las maravillas ambulantes y estacionarias, y de los papanatas y estranjeros de todos los paises, ve un tablado mas alto que la bateria flotante que destruyó al fuerte

Sumter y zahumó á sus valientes defensores. Hay moros en la costa? ¿Hay separatistas frente al hotel Metropolitano? se preguntan los neófitos. Los profesores é iniciados se miran y sonrien con cierta sorna. Pues ¿qué sucede? El gran tablado, mudo como el destino, pensará sin duda lo que tal vez pensó el caballo de Troya cuando lo adoraban de murallas afuera los sitiados de la ciudad precita. Una tarde cae como por encanto el tablado, y se descubre al público embobado un palacio de hadas que tiene la maravillosa propiedad de reproducir todas las fisonomias con sorprendente ecsactitud. Suponéos una cueva de encantadora cuyas paredes esten cubiertas de cristales azogados, y esa cueva iluminada con luz meridiana, luz de cometa ó de gas. Suponéos que al rededor de vuestros rostros aparece sobre fondo azul ó de rosa una aureola dorada como la de nuestra Madona. Ved la cueva al son de una música lejana que convida al deleite, en medio de beldades tentadoras, al lado de Mme. Lagrange, de la *bambina* Piccolómini, de Julia Grisi, de la Sontag y otros gilgueros: junto á Mussiani, Brignoli, Tiberini..... iba ya á decir Amodío, el gordo dulcísimo, víctima de la fiebre amarilla. Suponéos que al son de la música resuena un 4 de Julio de tapones de Champaña y el sedoso ruido que hace la cuchara de plata al cortar las pilas de helado sorbete. Suponéos caras de anfitriones amables que os atienden y cortejan, y os regalan retratos de todas las celebridades contemporáneas, y el vuestro mismo, con solo tocar en la pared con mano mágica—y tal fué la fiesta de inauguracion con que Fredricks celebró su progreso en el mundo de las artes, abriendo la mas espléndida galeria que el cometa puede ver desde su perihelio. La maravilla es completa, y solo puede compararse con el pasmo que causa á los espectadores profusion tan oriental de lujo, sostenida en el solo principio del comercio libre y de los derechos baratos, que han descubierto los ecónomopolíticos. Pedid al pueblo un óbolo y amontonareis millones si el óbolo es ofrecido por la popularidad. En Roma se han acumulado bajo ese principio tesoros cuantiosos. Fredricks es por eso el rey de los fotógrafos.

Quisiera ahora rivalizarlo aquí dando el retrato en papel satinado de los últimos personajes de la guerra, sus batallas, sus campañas é incidentes, pero el termómetro está á 91 grados, no he fumado despues del almuerzo, y Mr. Thompson

acaba de anunciarse para que le traduzca una carta que ha dirigido á Fanny un acendado de la costa arriba. Suspendo el Totilimundi como los folletines de novela con un *Continuará.*

NUEVA YORK, julio 6 de 1861.

LA GUERRA.

La guerra! En otros tiempos era la ópera objeto del Totilimundi. Gazzaniga y Piccolómini se disputaban mis habladurias, Amodío me llamaba *mio caro* y Scola me suplicaba que no lo mentase en mis crónicas semanales.

Hoy no queremos ópera porque el cañon da el *do* de pecho mejor que Musiani, y el general Mc Clellan disputa á la fama todas sus trompetas. Estamos en guerra abierta con nosotros mismos, guerra de familia, en la que dos puntos cardinales se combaten por la supremacia y forman una especie de huracan de las Antillas. Los elementos que no son destructores son destruidos. Por eso todos quieren ser destructores, porque "mejor es ser gato que raton." El instinto ha inspirado esa verdad á los unionistas del dia despues, que ayer eran demócratas puros y hacian la guerra á los republicanos en nombre del principio conservador; hoy son partidarios del "gobierno con razon ó sin ella," y no transigen con nadie que no esté por la guerra á todo trance. "Ser ó no ser," es su lema. Pero comò los tales recuerdan que su improvisada política tiene antecedentes muy distintos, quizá contrarios á la actualidad, suplen con el esceso de celo cuanto los demas pudieran tacharles en la vida pasada. No hay peor moro que un cristiano renegado, ni mas terribles lincolnistas que los amigos que combatieron al "rey de los rajatablas." (*)

(*) *Rail splitter*—nombre dado á Mr. Lincoln, porque antes de ser Presidente tenia un molino de aserrar tablas.

—Vecino, malas noticias, me dice el caballero que tiene su oficina en frente de la mia.

—Pero, cuáles, vecino?

—En Washington no se hace nada desde la batalla de Bull Run, y ese es uno de los peores signos.

—Pero ¿V. no ve que es preciso organizar?

—¡Organizar! Bueno seria que se empezase por los ministerios. ¿No le parece á V?

—A mí? Pues... á mí no me parece nada. Yo soy estrangero y neutral.

—Vecino! En esta cuestion no cabe neutralidad; ó á una banda ó á la otra. La neutralidad es traicion, y la traicion se castiga sin largas tramitaciones. Todavia hay espacio en el fuerte Lafayette.

—Dios lo conserve, le contesto yo, sintiendo en el fondo de mi alma que hubiese empezado la conversacion sobre política.

—La neutralidad! continúa mi vecino, la neutralidad es imposible. Ya V. sabe que yo soy demócrata puro, lo he sido toda mi vida; pero en este lance debemos jugar el todo por el todo; me he puesto al lado del gobierno y no tolero á los neutrales, porque ó son traidores, ó son espias, ó son sospechosos.

Mi vecino es un hombre escelente; buen padre de familia, comerciante honrado, intachable en su conducta. Ahora le ha dado por la política y padece fiebre, á veces intermitente, á veces remitente. La soga es la mejor medicina que en su concepto puede aplicarse á los traidores y á los sospechosos. El, que no mataria un pollo sin estremecerse á la vista de la sangre, la derramaria sin tasa para conservar la Union. No le daria, sin embargo, de porrazos á su mujer el dia en que á ella le picase la tarántula del divorcio. Antes la dejaria ir en paz y con todos sus joyeles.

Pues así como mi vecino hay en la Union muchos convertidos cuyo esceso de amor al gobierno trasciende en todo lo que hacen y dicen. Hombres peligrosos por su fanatismo, capaces de hacer daño por salvar el prestigio del pais y cuyos consejos dan á la autoridad una tirantez nerviosa que por todo atropella, pensando que la apoya el pueblo hasta en sus medidas mas estremas. ¿Ignora por ventura este morboso estado el corresponsal que se lanza á dar opiniones á destajo sobre los hombres y las cosas del dia? El del *Times* de Lón-

dres, que es letrado con título de universidad, ha soltado la péñola sin embarazo para avisar á la Inglaterra que en Bull Run no hubo cargas de infanteria, ni combate al arma blanca, ni ningun hecho de valor en que se empeñara la gallardia de ambos combatientes. El doctor Russell se ha permitido decir en sus cartas que hubo una corrida desesperada despues de la batalla del Gran Ejército y que él mismo vió por sus propios ojos el *debacle* ó deshielo de ese mismo Gran Ejército. Que contara el trapalon sus mentiras de allá de Crimea ó de la India, donde nadie lo podia contradecir, pase; pero aquí en frente de la prensa libre de Nueva York no pueden pasar, y las iniciales que usa Mr. Russell al pié de su firma—L. L. D. (Doctor en Leyes) deben leerse *Liar*, *Damn Liar*, (Embustero, Condenado Embustero.) A tan poderoso argumento del *Herald*, su editor añade que el suelo de los Estados Unidos está ya un poco mas caliente de lo necesario para que el Doctor en Leyes pueda vivir en él.

Difícil posicion para el corresponsal! Peligrosa mas que difícil en estos tiempos en que el fuerte Lafayette tiene, como dice mi vecino, sobra de acomodo para mayor número de huéspedes, y tanto que los diarios alemanes lo llaman el "Hotel de Lincoln" para darle la preferencia y primacia sobre todos los hoteles conocidos en la ciudad. El "Hotel de Lincoln" ocupa una posicion escepcional y privativa, sobre todo en la actual estacion de calor, porque está situado en un islote en medio de la bahia y muy inmediato á Staten Island, cuya salubridad es tan proverbial que por ello colocó allí nuestro municipio su cuarentena. La inmediacion á la Isla del Estado ha hecho decir al público que la prision del castillo es una prision de estado; pero no hay tal, pues simple y verdaderamente es una prision militar en la que se atiende con tanto esmero á la salud de los huéspedes como pudiera en la misma cuarentena, y mas aun, pues no se les permite leer los periódicos "por temor de que se calienten la cabeza." Admirable galanteria del oficial de guardia!

Poco cuesta conseguir alojamiento en el "Hotel de Lincoln," y nada la subsistencia una vez que se admite en él á alguno de los huéspedes del Presidente. Supóngase que mi vecino amanece un dia peor humorado que de costumbre y se figura que yo soy separatista porque leo el *Journal of Commerce*. Una conversacion sobre este asunto con el attorney

del distrito ó con alguno de tantos agentes que tiene el gobierno en acecho, hace llegar mi nombre á la Secretaria de Estado y de allí sale el rayo que me señala como "sospechoso" y me manda á tomar aires al "Hotel Lincoln." El *habeas corpus* está en latin y aquí se habla inglés, y en cuanto al pueblo poca confianza me inspira, pues en sabiendo que soy Nazareno, volverá á gritar "crucifícale."

Sofia que tiene un temor pánico á las traslaciones de domicilio desde que sabe con el refran que dos mudadas equivalen á un incendio, me aconsejaba poco ha con toda buena fe que use enaguas hasta que concluya la guerra: pero sobre ser incierto el plazo y tener el fustan sus inconvenientes masculinos, me aqueja el temor de que teniendo tan poco garbo, se me habria de descubrir el amaño con facilidad. Luego han venido los tiempos á destruir la inviolabilidad de las faldas. En Washington han sido arrestadas las señoras Greenough, Green y otras por las tropas del gobierno en sus mismas casas, sin que el sargento que hizo el reconocimiento se inmutase lo mas mínimo al poner la mano sobre mujeres, ni

Al ver tantas crinolinas,
Tanto fustan ahuecado,
Tanto color y lunares,
Tanto diente cierto ó falso.

Es cierto que las damas conspiraban; tan cierto que en el baul de una de ellas se encontró debajo de varias camisas, cuya virginal blancura les habria hecho pasar por emblema de la inocencia, un mapa ó carta militar que el gobierno mandó levantar para su propio uso, y que probablemente iba destinado á otra parte que el sargento no pudo descubrir. Tampoco es para todos eso de registrar enaguas sin que tiemble la mano, salte el corazon y se perturbe la vista. El sargento confesó despues que menos agitado se sintió el dia en que á la cabeza de media compañia fué en Bull Run á tomar una de las baterias cubiertas cuya ecsistencia pone en duda el corresponsal del *Times* de Lóndres.—Imagínese un sargento de zuavos escudriñando pliegues cubiertos de encajes ó los dobleces de un corsé como quien reconoce los antepechos de un baluarte!

¿Qué hará el gobierno con las damas? ¿Las mandará al Hotel, las conservará en Washington, ó las pondrá á bordo de las fragatas de la Independencia, que como los militares de aquella época no sirven á fuerza de haber servido? El ge

neral Butler, ex-comandante del castillo Monroe, ha dicho no hace mucho, cuando le preguntaron en qué se ocupaba: — "Yo tengo un *boarding house* (ó casa de huéspedes) del gobierno de los Estados Unidos." Un *boarding house* es menos público y bullicioso que un hotel, y allí podrian ir las señoras conspiradoras; pero los huéspedes del general Butler son "contrabandos" ó en castellano esclavos prófugos y... En esta "Guerra de las mujeres," tenemos vizcondesas de Cambes, princesas de Condé, tal vez alguna Nanon de Lartigues; pero Mr. Seward no es el duque de Larrochefoucault, ni hay ningun Pedro Lainé en todo Washington, por mas que W. Scott pudiera ser un mariscal de la Maiyeraille. La "Guerra de las Mujeres," como ya lo han conocido todas mis lectoras, es un libro de Alejandro Dumas, el hotelero de Nápoles, que bien pudiera serlo del fuerte Lafayette; pero ademas es una guerra peligrosa en todos los paises, como lo habria escrito Dumas si en aquella época hubiese tenido hotel, aun sin el nombre de su paisano el general consabido. Yo imagino que siendo una de las prisioneras de Staten (no digo de Estado) la señorita Widle, escritora y novelista, empleará sus ócios de cárcel como Cervantes Saavedra, y nos dará, si no el segundo tomo de la obra de Dumas, alguno parecido sobre el quijotismo yankee, por la similitud en que escribirá como escribió el otro su hidalgo manchego. Y ¿quién sabe si las mismas causas produciran los mismos efectos?

La señora de Lincoln se pasea entre tanto (entre tanto que aparece el nuevo Alonso Quijano, el Bueno) por las aguas de Long Branch, no como el Espíritu del Señor, sino como la suntuosa castellana de la Casa Blanca. Tal paseo y en tal época como la que atravesamos de trasformacion política, llenó á Long Branch de lo mas selecto de los y las turistas de verano. La Presidenta guardó completo incógnito desde que hizo su visita á la Princesa Matilde en esta ciudad, hasta que llegó al hotel..... de Long Branch. No salió de su cuarto, como si la idea de clausura anduviese ahora anecsa á la de hotel, y solo por la fuerza y como por razon de estado aceptó un baile con que la obsequió la sociedad bañera, á un *dollar* por cabeza, mucho menos que el quantum sobre la renta personal. Aplaudo por mi parte cordialmente la conducta de la señora Presidenta, la cual prueba su buena alma y sentimientos elevados, pues

Honte a qui peut chanter pendant que Rome brule

Como compensacion de este sesudo apartamiento, Robert Lincoln, primogénito del Presidente, fué el *lion* de las aguas en la apartada mansion. Mr. Lincoln, junior, estaba allí cumpliendo con el mas placentero de los deberes filiales. El es un jóven reposado y modesto y comprende las exigencias de la posicion. Pero cuentan los cronistas de los baños que el Santo Roberto, el mismo que fué canonizado por su inmaculada conducta, no habria podido resistir á las tentaciones que hacian temblar al sargento de zuavos en el registro de Washington cuando se descubrió el mapa. Roberto llamaba la atencion en el baile, todas las *misses* querian bailar con él, y le enviaban su tarjeta con veinte y cuatro horas de anticipacion para unos lanceros, ahora que la lanza está en ristre. Roberto llamaba la atencion en el paseo, tenia dos ó tres carruajes con lacayos y librea,

Para pasear á solas
Con Fanny dulce y bella,
Al claro de la estrella,
Al ruido de las olas.

Roberto llamaba la atencion en el baño, y no con mas gracias se presentó Gabriela á los ojos del Rey Enrique de Francia, que el "Príncipe de Casa-Blanca" á los de las Emmas y Serenas que hacian de sirenas en aquellas playas solitarias. Hércules blandiendo la clava en los Juegos Olímpicos, medio envuelto en la piel del leon de Numea, arrancaba aplausos á las doncellas de la Grecia de antaño. Roberto en Long Branch es el Hércules de ogaño.

Que se le hiciesen mimos á Tommy, príncipe indio que el Japon nos envió con su embajada, y que el oficial de marina encargado de su tutoria devolviese á los padres "cartas que amontonadas, dice el severo marino, se alzaban mas altas que un palmo de buena medida," sea, ya que el rapaz indiezuelo era, ó fué hecho Príncipe. Y va uno.

Que al hijo de la reina Victoria le siguiesen beldades que cual *miss* Patterson aspirasen á conquistar al futuro Rey, ahora que no existe Napoleon I para declarar sonsacado al galan, y que en la estancia suntuosa del de Gales se encontrasen billetes perfumados que se escurrian por debajo de la puerta, ó aparecian entre las almohadas para rabia del duque de Newcastle, pase porque al fin Alberto puede ser dueño de la India y señor del mar. Y van dos.

Pero que á este Roberto, que no es Alberto, ni Tommy, ni hijo de Victoria, ni curiosidad del Japon,

"Ni es un César, ni es un Cid,
Ni un Hércules, ni un Sanson,
Ni un sabio cual Salomon,
Ni un santo como David."

le hiciesen cucamonas las niñas de las aguas; es cosa, señores, escribe Jenkins el corresponsal, es cosa que no tiene atadero, á no ser que la ingénita perspicacia femenina haya descubierto que al paso que vamos, la trasformacion llegue á ser tan cumplida como para que de un hijo de *rail splitter* se haga algo así tan elevado que Alteza le llamen sus vasallos. Pero no toda madera sirve para trompos. Sea lo que fuere—y el Dios de las Misericordias tienda benigna mirada hácia esta tierra de Franklin y de Patrick Henry—ello es que Roberto Lincoln bien puede recordar con delicia la hora predestinada en que á la señora mamá se le ocurrió peregrinar en este verano, pues ya puede decir, como el personaje mas arriba aludido:

Princesas cuidaban de él,
Doncellas de su rocino.

La señora Lincoln estuvo en Nueva York, donde al estilo americano pasó su tiempo *shopping*, ó andando de tiendas, como decimos en español. La señora es una escelente madre de familia, y el otoño se acerca con la necesidad imprescindible de cambiar de traje. Mistress Lincoln debe ademas preparar los suyos para sus paseos acuáticos, pues es bueno saber que el Presidente ha hecho construir en el astillero nacional dos góndolas venecianas para recorrer el Potomac en las noches de luna y en las tardes tibias, cuando las hojas amarillas empiezan á abandonar las ramas que no las sustentan ya.

Mourir va de soi meme,
N'en ayons point souci.
Bien vivre est le problème
Qu'il faut résoudre ici.

Las góndolas del Presidente á lo Dux serán grato solaz y agradable compensacion por las horas de fastidio que S. E. pasa luchando con el *red tape*. Permítome la introduccion de este personaje en la amistad de mi círculo, porque sus hechos ocupan en gran manera á los empleados públicos y tienen mu-

cha influencia en la suerte de la nacion. El *red tape* es el *sello colorado* de los oficios ó cartas oficiales Un oficio sin sello no está mas seguro que una niña sin dueña. Cuando un negocio se atrasa ó sufre mas demora de la que debia, siempre es responsable por el atraso el *red tape*, la tramitación oficinista que va despacio como las cosas de palacio. El general Butler que se ha propuesto hacerse notable en la gran revolucion que nos va atravesando, no puede tolerar el *red tape*. Para el hombre que inventó el "contrabando" animal y descubrió que el fuerte Monroe no es sino un *boarding house* del gobierno, la tramitacion es la muerte. Sus tropas estaban sin pagar y sus huéspedes de "contrabando" sin comer, porque el sello colorado no habia llenado todas las fórmulas. El abanderado no habia recibido un pliego que se necesitaba para abrir el saco de dinero que habia llegado de Washington. El general Butler mandó por el portador y por el saco que estaba lacrado con un gran sello colorado.

—Caballero, dijo al oficial conductor, necesito ese dinero.

—General, contestó el oficial, yo no puedo abrir el saco, porque me falta un pliego.

—Tiene V. razon y tendré presente el nombre de V. para todo asunto que requiera fidelidad; pero yo abriré el saco.

—Pero, mi general, el sello colorado. . .

—El sello colorado, señor oficial, lo corto yo. Ojalá pudiera cortarlo tan fácilmente en todas partes.

Y con el primer instrumento de filo que hubo á mano deshizo el *red tape*. El general Butler no manda ya en el fuerte Monroe y ha salido con una espedicion por mar á cortar algun nudo gordiano en las costas de los Estados del Sur. Hará todo lo posible por cortarlo, porque él aspira á ocupar un asiento en el templo de la inmortalidad.

El regimiento 7° de Nueva York, el "bravo" séptimo reclama otros dos asientos, uno para el mayor Winthrop y otro para el coronel Farnham. Ambos "representantes" del 7° han muerto en los combates de la Patria. Asientos! dijo el 7° y se armó polvareda en toda la metrópoli. Si el 7° quiere asientos en el templo, que los conquiste, que vaya á pelearlos.— Instabilidad de las cosas humanas! No hace un siglo todavia que el 7° salió de Nueva York y hubo tal alboroto, que sus proezas para reenclavar los rieles del camino de Annapolis, se elevaron hasta las nubes:

"Señor de los Señores,
Que en cielo y tierra imperas,
Protege las banderas
Que el pueblo va á empuñar."

Mas hoy despues del prestado servicio, cuando los voluntarios no se reenganchan, cuando se ofrecen dos pesos por cada hombre al que consiga alistarlos; hoy, que conocido el peligro, el entusiasmo por la guerra ha pasado de cero en esta ciudad ardorosa,

"El arpa suspendida
De sauce babilonio,
Ni al beso del favonio
Sus cuerdas agitó."

La gratitud de la república es como la de los conventos; despues de refectorio se levantan los manteles.

Y ya que en conventos hemos caido, viene á cuento recordar que en el ejército confederado sirve de general el obispo Polk, de la Luisiana, y que en el federal hay varios clérigos que al revés de Cárlos Quinto han colgado el hábito para ceñir la espada. Monseñor Polk es el segundo general en su Confederacion, y como los sacerdotes de la Edad Media monta á caballo y manda una carga de caballeria con la misma facilidad que echa bendiciones á las huestes que siguen su bandera. Monseñor pertenece por fortuna á la iglesia episcopal y de buena nos ha librado su fé ó su falta de fé, porque si fuera papista como otra cosa es, nos habria lanzado la prensa su excomunion mayor.

Verdad que la prensa no está para excomuniones, pues anda á la sazon tan mal parada con motivo del Hotel Lincoln y las asonadas populares, que parece monja de puro medrosa. No hay editor de periódico que no examine su conciencia antes de acostarse y al poner el corazon con Dios deje de pensar si amanecerá en su cama ó recibiendo la graciosa hospitalidad del Presidente de la República (cuya importante vida guarde Dios Nuestro Señor.) Si sale el periódico, lo recoge el administrador de correos; si va por el espreso, lo recoge la policia; si se envia por pasajero, él y los papeles van á tomar los aires de la Isla del Estado. ¡Dulce libertad es esta que gozamos los animales de pluma! El ganso va al puchero y el escritor a la sombra, y ni le vale al mísero que sus escritos sean para ultramar y no para este rebaño, porque al regresar impresos, la censura de los republicanos del dia despues, los toma de su cuenta y declara que el suelo está de-

masiado caliente para que viva en él ninguna ave de las que se remontan á las alturas.

De intento he puesto este recuerdo á manera de conclusion para que si algo salvo de capitanes de buques, contadores, corsarios, editores, censores y público, entre todos me guarden el secreto y no digan que este Totilimundi es de—NAZARENO.

NUEVA YORK, 29 de agosto de 1861.

A "FELICIA,"

FOLLETINISTA DOMINICAL DEL "DIARIO DE LA MARINA."

No sé, amiga mia, cuál es el santo de hoy.

Pero, permite que te esplique esta amistad, tratándote de *tú*; lo último, porque dijo Breton:

> "¡Y qué llaneza de gentes!
> Todos se hablaban de *tú*."

Lo de "amiga mia," porque si tú y yo no somos amigos, á fé de Nazareno, ignoro quiénes podrian serlo mejores. Somo aves de la misma pluma, vivimos como los canarios, de cantar: hacemos el mismo papel, y damos al mundo cuanta *espiritualidad* el mundo nos ecsige, por espíritu de complacencia y otras razones que son mas para contadas, aunque gastadas ¡ah! mas tarde, que para dichas al público, el cual se imagina que lo hacemos por dar de nos, como la Italia *che fa da se*. Si aun no estuvieres convencida de que somos amigos, dependerá solamente de que á las veces posee uno cosas que ignora. El patan de Moliere ignoraba que hablaba en prosa, y un genio español preguntaba siempre si él tendria talento. ¿Cuándo pudo figurarse el actual Presidente de nuestra "república" que él tenia el don de mando, ni su buen hijo Roberto que tenia preparado alojamiento en la Casa Blanca?—Ea, pues, somos amigos y está justificado el vocativo con que

empiezo esta carta, que inicié invocando el santo del dia, quienquiera que fuese y no conozco, porque en esta tierra se halla en desuso el Año Cristiano.

Hacia la piadosa invocacion, porque siempre es algo para empezar cualquiera obra, y hoy me he propuesto la buena de escribirte cartas, hoy precisamente en que la policia ha dado en la mania de perseguirlas; que no hay cosa que tiente

Mas que la fruta del cercado ageno;

y aunque yo soy hombre que sé cumplir todas mis obligaciones, inclusa la de tener patriotismo cuanto es necesario y

"Dormir como Dios lo manda
Entre sábanas de holanda
Sin temer al Sur ni al Norte,"

desde que me prohiben algo, ya no quepo en mí y me doy á perros por conseguirlo.

Eso y la natural simpatia que precisamente nos debe ligar, me inclinaron á escribirte para contarte cosas de por acá, que si no gustan, no ha de ser por culpa mia, ni por falta de buena voluntad de mi parte, que la tengo tan grande como la de Beauregard para sustituir á Roberto Lincoln en sus aposentos nunca soñados.

Aprovecho la oportunidad con tanta mas gana, cuanto que Roberto y su señor padre son hoy los únicos habitantes de la Casa Blanca: el ministro de Estado se encuentra en Albany discurriendo sobre planes electorales con el gobernador del estado, y sobre si será preciso y conveniente aplicar la quinta á los *voluntarios* para que se apresuren á probar su patriotismo batiéndose por la reunion de la Union.

El ministro de Marina anda por su pueblo cansado de tanto pretendiente que aspira á ser ministro y le molesta diariamente con noticias de corsarios y pérdidas de buques del Norte; sobre que se le quema la sangre con los regalos que le ofrece al comodoro Vanderbilt, de vapores nacionales *grátis et amore*, cuando él está comprando buques de vela de todas las banderas conocidas, que le cuestan (al tesoro) enormes millones. Solo en esta tierra se viera que lo molestasen á uno con la importunidad de regalos, y regalos de vapores magníficos. ¡Si se figurará el comodoro que estamos tan pobres!

El ministro de la Guerra se ha ido á veranear, como mi abuela que se acostaba á dormir y al hacerlo me decia:—"Hijito mio, si alguien me necesitare, avísame."

El ministro de Correos ha salido tambien á recorrer la posta para tomar aires, no porque, segun se dice, los de Washington sean asfixiantes á causa de la pólvora y de la *malaria* de tantos voluntarios reunidos. Cierto que las obligaciones del correo han disminuido un buen tanto por ciento desde la separacion, como en caso igual disminuyen indispensablemente los deberes del matrimonio, sobre que el ministro, como marido celoso, ha mandado suspender toda correspondencia sospechosa para evitar peligros y tentáciones; y cuando se le reclama por la libertad de imprenta y lo sagrado de la nema, contesta que todo eso es pamema y que lo primero es lo primero:—salvar al gobierno, que en parte es él, y reconstruir la Union, que en parte se consigue cortando relaciones así escritas como impresas, pues para hacer union no hay nada tan eficaz como el cortar relaciones.

El ministro de las Esteriores, que por acá va incrustado en el Estado como ostion en su concha, no se abre tampoco, porque al mismo empezar su carrera, declaró que las demas naciones debian persuadirse de que lo que es aquí no hay mas que un gobierno; y como sin duda por lo de Richmond no estan ellas convencidas, las trata como rebeldes y recalcitrantes. El ministro del ramo, por otra parte, goza de la misma opinion que el de Correos, y dice que en boca callada no entran moscas, mácsima doctísima en tiempo de verano que las cria con abundancia, y en tiempos de bloqueo, en que las moscas traen y llevan á las escuadras de observacion mas noticias de las que conviene á un ministro que ya se amosca él mismo con tanto moscardon como pretende intervenir en nuestras cuestiones interiores. El ministro. . . .

Para que mas no te aburras, te diré que en Washington no hay mas ministros que los de policia, y que si se ofreciese en este momento discutir la muerte de Jefferson Davis, ó la entrega amistosa de Manasas, tendria que reunirse el consejo con el general Scott, ministro (sin cartera) de.... de.... Táctica militar y Ordenanza, y los subsecretarios de mesa; que es como si dijésemos que entre tú, el localista y yo redactáse el *Diario de la Marina*, escribiendo por de contado largos artículos sobre economía política yo que no la tengo ni impolítica; sobre el cultivo de la caña, tú que no la conoces sino por haberla chupado y usar su producto, y él sobre pozos artesianos, que no los ha catado mas que cualquiera otra col mena.

Mira, pues, si podré darte noticias con libertad ahora que no tenemos ministros que me inquieten y cuando los de arte menor se hallan ocupados en prender y confiscar á nombre del santo derecho de propiedad, los barcos y los monises de cuantos no reconocen la autoridad de Washington, eso para mayor gloria de las instituciones populares y á nombre de la Constitucion, que prohibia terminantemente, segun contaban los viejos, las confiscaciones de los ciudadanos libres.

Debo incluir en estas la de Flora Temple, la cual no te imagines que es ninguna amiga de la señora Greenough ni otra de las prisioneras de Estado que custodian los zuavos en la capital, sino una hermosa yegua de carrera, para quien adrede escribió Pablo Céspedes aqnellos versos:

"Qne parezca en el aire y movimient
La generosa raza dó ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano."

Flora ganó mas carreras en Centreville (*) que victorias cualquier general moderno, incluso McDowel, y aunque difícil, no seria imposible que las hubiese ganado tambien en la retirada del otro Centreville, junto á Manasas, donde probaron ligereza de cascos un sesudo redactor del *Times* de Nueva York, un corresponsal del Tocayo de Lóndres y el Gran Ejército de la *goahead* Union. Flora Temple tiene ya su nombre bien sentado en materias de uñas, tanto que es digna de la silla de un ministro—ó de otro cualquier personaje que guste de bestias—de primer órden. Por Flora ha rehusado su dueño $20,000, que no son poca fortuna en época de papel moneda y de contribucion directa. Flora es mas conocida en la Union que la Union misma, porque son ahora mas los que corren que los que se unen. Flora en fin es Flora como el *Herald* es un "diario concienzudo y perseverante en sus opiniones." Los encargados de prenderla, primero la dejaron ganar una apuesta en Centreville y luego con todos sus laureles le pusieron mano en nombre de la Constitucion y de la felicidad de la patria. Si hubiese manera de reunir el gabinete, ya se habria discutido con asistencia del Dr. General Butler lo que deberia hacerse con el "contrabando" cuadrú

(*) Sitio en que se celebran en Nueva York.

pedo; pero la opinion se generaliza sobre que lo mejor que puede hacerse es enviarla de regalo al general McClellan para que dé, montado en ella, su prócsima batalla.—El presente seria digno del personaje. Abd-el-Kader escribió que para un combate mejor es el caballo que la yegua, porque al revés del primero esta flaquea en cuanto se siente herida; pero el caso es de mayor escepcion, pues no hay bala de carabina Minié que pueda alcanzar á Flora, ya sea de Temple ó de McClellan. En esta captura ganó el gobierno estraordinariamente, por ser única en su especie, si bien por respeto al secso, la Sociedad Sabatina se ha quejado de que no se hubiesen enviado mujeres para efectuarla con todos los miramientos que correspondian á una Flora cuya reputacion está bien sentada ó bien corrida.

No vayas á imaginar que esta Sociedad está compuesta de brujas que se reunen los sábados en sanhedrines para ir á chupar la sangre á los niños y hacer mal de ojos á las muchachas que han conseguido novio. La Sociedad en último caso se compondrá de brujos, que bien pueden serlo si la brujeria consiste en espantar á la gente y no vivir como los demas. Tienen por objeto los brujos impedir entre otras cosas que los demas se diviertan en domingo ó "sabath," de donde les viene el nombre; y como la guerra es diversion, segun los voluntarios franceses que últimamente salieron á hacerla, los sabatinos se oponen á que el general Scott disponga, desde su sillon en el cuatel general de la Casa Blanca, ningun ataque que no sea contra el *roastbeef*, ni lo reciba tampoco; por manera que si Jefferson Davis se presentase mañana domingo en el Puente Largo, el general en jefe le pasaria atento recado de que esperase hasta el lunes si queria darse el gusto de pelear con él. Los brujos han regañado al gobierno por lo de Buil Run, que si bien se mira, fué cuando no anti-dominical, una gran dominguejada de los que corrieron, y otra no menos grande de los que se quedaron parados y no corrieron detras. Flora Temple habria podido darles una leccion, y aun se la daria ahora, si no fuese por las opiniones que profesa de algun tiempo á esta parte.

No puedo decirte en verdad si ha muerto Jefferson Davis, porque las noticias sobre tan importante suceso son contradictorias. "Bien sabido es que babia de morir," dice en letras de molde uno de los directores de la opinion pública. Murió, segun los partes, el lunes, espidió una proclama el

martes, fué enterrado el miércoles, reunió el Congreso el jueves y se le escribieron las necrologias en viernes. *Malum signum* es el de las necrologias, tan malo que, mira tú, á mí nadie me las ha escrito sino un fulano coheredero mio de cierta fortuna que se evaporó, no en mis manos. Pero las necrologias del Presidente de la Confederacion del Sur puede ser que no lo hayan podido llevar al sepulcro. El telégrafo no lo asegura dos minutos de seguida, y ya tú sabes que sus noticias son oficiales, porque no pasan sin permiso del gobierno que domina, como Júpiter, la electricidad en el cielo y el rayo ó raya de los cañones en la tierra.

¿Cómo habria podido tampoco Jefferson Davis morirse sin permiso de la policia, que no permite á nadie ausentarse del pais sin pasaporte *visé* por el secretario de Estado? Tal vez tuviese el general tanto apuro que se marchara, como la mayoria de los viajeros, sin el refrendo, que importa tres ó mas dias de espera. Mas en todo caso la policia lo sabria, porque no se mueve la hoja del árbol sin que ella lo sepa.

Te contaré: llega el vapor *Arago*, que tiene nombre sospechoso por lo afrancesado, y los agentes abren tamaños ojos para descubrir á los portadores de pliegos para la Confederacion. Un francés mal encarado se olvida del lugar en donde está y deja ver cierto paquete abultado en los bolsillos del pantalon. Echanse los guardas miradas mútuas y ojo al pantalon del francés. Será? No será?

—*Musiú*, esas cartas?

Pero las manos del policia habian entrado en el bolsillo traidor antes que las manos del francés.

Cartas! y una de ellas decia BEAUREGARD! No habia duda: aquel *London* seria el nombre del fabricante universal para la Junta de Castel-o-Branco; pero este BEAUREGARD no podia ser otro que el general rebelde.

—Preso! *Musiú* francés.

—Preso! Por qué?

Los demas pasajeros rodean al portador de pliegos; los agentes se le acercan á tiro de clava.

—Por qué?—dice el mas avisado, y le enseña la palabra traidora: BEAUREGARD.

El francés recobró el aliento.

—Sabe V. leer? preguntó.

—En inglés.

—Pues lea V.

El policia leyó:

Monsieur BONDEROT,

rue BEAUREGARD, *número* 9,

PARIS.

—Y bien?

—*Monsieur*..... Ese es V *Bond*, bono, acciones, dinero. *Rot*, podrido, como todo el dinero del Sur. *Rue*—este *rue* no lo comprendo, pero debe decir *para*. BEAUREGARD, ya V. lo conoce. *Paris*, de Paris, porque el rebelde es un hijo de francés y.....

El policia añadió algo que no te puedo repetir.

Los pasajeros con la traduccion reventaron de risa por no poderla contener y el policia se volvió á todos lados con cada ojo como un punto de interrogacion. Difícil fué esplicarle que en Paris ecsiste una calle traidora y que aquel era un sobrescrito dirigido á dicha calle. Pero al fin, despues de largas discusiones, el vecino del barrio de San Dionisio quedó libre diciendo:—*Sapristi! quel drôle de pays!*

A las señoras las registran *ajentas* nombradas al efecto por la Aduana, que se recela de que los malakoffs ó crinolinas introduzcan algun "contrabando separatista." Confesemos que en ambas cosas la han acertado, porque si no es trabando y si no separa.... A tí te nombro juez en propia causa, y si fallo, falla contra mí, aunque sea tu colega.

La guerra ha introducido novedades de esta especie. La señora Barnes pide divorcio de su marido porque es separatista y teme que le aplique sus teorias de gobierno á ella, que es en todos conceptos unionista. Huyendo del toro, le cayó en los cuernos.

Ahi mismo han caido todos los habitantes de La Crosse, en cuyo vecindario ha aparecido el unicornio del circo de Dan Rice. Este unicornio naufragó como el corsario *Jefferson Davis*, y nadó hasta la playa, acogiéndose á uno de los primeros pantanos que encontró. Pero como Dan Rice no es separatista, los vecinos de La Crosse, que pertenecen á la escuela de los guardas del *Arago*, han tomado al animal de cuerno por agente de Satanás ó del gobierno de Washington, y han salido á perseguirlo. En todas partes lo encuentran, pero en ninguna lo ven; hacen fuego y "calculan que han

causado grande estrago al enemigo;" mas el rinoceronte reaparece en todas partes como el guerrillero Ben McCulloch, y los labriegos han pedido ausilio á Richmond para deshacerse del único viviente que en el mundo tiene un solo cuerno.

¿Qué mas te diré de nuevo? ¡Ah! Se ha descubierto el templo de Salomon en Búffalo (animal de dos astas), y se exhibe á medio duro la entrada. El templo tiene cinco pisos y veinte torres. En sus gradas se ve al propio rey sabio, rodeado de los empleados de la corona, aquel con charreteras y los últimos en traje de zuavo de Ellsworth, aunque otros dicen que de bombero. En el interior del templo corre una locomotora. El portero, con los piés sobre la mesa, masca tabaco, y en la parte esterior hay un tiro al blanco con rifle y una venta de Agua de Soda. Los perseguidores del rinoceronte aseguran que la similitud es perfecta y que solo falta al edificio una bandera estrellada y un empleado que tome juramento de fidelidad á los cortesanos del rey, para admitir á este en la plataforma como candidato para las próximas elecciones. Bien necesitamos á un Salomon, sabio, pero sobre todo rico.

Muchas mas noticias pudiera enviarte, si no temiese la indiscrecion de los tiempos. Prometo, sin embargo, que en la próxima ocasion seré mas largo que el plazo de la guerra, y te mandaré mas apuntes que los de una mesa de juego, para que escribas tu folletin dominical. Si no me los agradeces, será lástima que así quieras pagarme á la republicana el fruto de tantos desvelos.

Posdata.—Se me olvidaba decirte que la Sociedad Sabatina te tiene entre ojos, porque profanas el domingo con tus habladurias. Va á despachar á la Habana por el próximo vapor directo un comisionado que te tome juramento de fidelidad, que es el octavo sacramento, sin el cual no puedes ser cristiana entera.

Tambien te aconsejaré que no escribas mucho: el general Spinner, tesorero de los Estados Unidos, está en cama, con la mano hinchada y el brazo paralítico á fuerza de echar firmas en los billetes de la nueva emision. (*) Es verdad que no son pocos y que hacer tanto dinero algo debe costar al que ejecuta el milagro.—Adios otra vez.—N.

Nueva York, 7 de setiembre de 1861.

(*) Histórico.

MIS DIENTES.

A MI YA MUERTO AMIGO D. PEDRO TOLEDO, CIRUJANO DENTISTA.

Nunca jamas habria podido imaginar que los pacíficos habitantes de mi boca pudieran ser objeto de una Nazarenada; por mas que mil y una barrabasadas se han hecho y se esten haciendo con ellos, de cuenta, como dice el pueblo, que no se habrian de quejar ni irian con el pleito á España. Pero ha llegado el momento en que la injusticia rebosa, y ya que no me es dado echar por esta boca mas dientes, echaré mas verdades que santos un calendario—lo cual no será difícil.

Supongo que mi lectora tiene dientes y que su amante le ha repetido mas de una vez que son como perlas orientales, ó que parecen ópalos incrustados en engastes de coral. Supongo que jamas barbero ó dentista alguno le ha metido el gato en la boca, ni le ha puesto las raices al sol, aplicándole ungüento de hierro. Supongo en fin que el enamorado mancebo tiene razon de sobra, y que no se atreveria á meterle el dedo en la boca, por mas que su arrobamiento le diese tentaciones de hacerlo.

Esto supuesto y considerada la valia en que estimará esas perlas orientales, sobre todo cuanto tenga que batirse con una suculenta pierna de pavo, ó con un sabroso turron de Alicante, sepa la hermosa de los dientes de perlas que á los mios se les puede ya escribir una necrologia y dedicar un soneto y hasta dos, de los que firman algunos autores ó autoras "A la sentida muerte de". . . . . En lenguaje llano puedo decir que *fueron* como Troya, y que aun cuando no tenian muralla que los protegiese contra los Aquiles y demas héroes de la moderna dentuza, ellos se sabian defender con tanto brio que desgraciado del atrevido que osase ponérseles á tiro, y tanto peor para él miéntras mas apretados los pusiese.

No lo digo porque ya no existan y porque de los muertos no se recuerdan sino las virtudes, sino por aquella su firmeza incontrastable, por su temple de alma, por su incansalbe tenacidad perruna despues que hacian presa; todo lo cual consta de autos y saben bien á su costa millares de gallinas que murieron antes que ellos, y de pollos y pollonas, vacas, terneros, gansos, conejos y, con perdon de Vds., marranos, destrozados en la empeñada lid que mis compañeros sostuvieron mien-

ras asistieron al refectorio en este valle de lágrimas. De las frutas no haré mencion, porque en mi tierra existen árboles que no me dejaran mentir, los cuales creo que se abstuvieron de producirlas por temor á los ataques de mis dos hileras de frutívoros. Si los muertos hablasen, cuántos levantarian el grito para apellidar asesinos á los que yacen hoy en el "sepulcro helado" sin esperanza de resurreccion!

En fin, para ahorrar palabras diré que nadie como yo podia aconsejar al vecino que entre dos muelas cordales no metiese los pulgares y que cual hombre prudente no se dejase hincar el diente. Si hasta recuerdo que viendo un brazo regordete y con hoyuelo blanco, terso y unido á un cuerpo de zandunga que tuviese pegada una cara de buena moza, lo primero que me ocurria era la tentacion de morderlo. Miren Vds. si tendria dientes. Ay! que si los tenia! Nadie sabe lo que tiene sino despues que lo ha perdido.

En fin, volviendo á mis dientes, ó á la historia de mis dientes, que es mas exacto, dióme luengos años hace, la mania de escribir y las horas del dia eran pocas para satisfacer ese apetito desordenado, que lo es. Para alargar las de trabajo hasta 20, no hasta 14 como el cicatero de Alejandro Dumas, escribia á la luz, y es probado que nada hay tan fatal para los dientes como la luz. Hay personas que jamas usan cepillo por no esponer sus dientes, y la raza africana los tiene tan buenos, porque los conserva en la oscuridad.

De mí sé decir que si el calor del sol deshizo mitológicamente hablando las alas á Icaro, la luz del gas me deshizo á mí sin ningun mito, sino muy lógicamente, todos los elementos que ahora sin consuelo estoy llorando. Primero una picadura que se llenó con oro; despues otra que sirvió de depósito á un nuevo lingote de 24 quilates; mas tarde otra idem idem. El resultado fué que se me volvió la boca una mina tan rica y bien repleta como las de California, y á solas para mi consuelo calculaba en mi oculto *placer* como en otra Montecristo, para el dia en que llegase la razon de ser corresponsal á tornarse tan apremiante que me hiciese acudir á empréstitos extraordinarios sin curso en la bolsa: echaria mano á mis dientes y les haria devolver todo el oro que se habian tragado.

Todo no, porque recuerdo que jamas fuí á casa de mi dentista, el cual sea dicho en justicia, es hombre de mucha conciencia, sin que volviese á casa con una pieza de 5 pesos me-

nos, y calculo que por rica que estuviese mi boca, no habria podido soportar el peso de un cuarto de águila en cada picadura, aun cuando los dientes mios estuviesen convertidos en sutil encaje por el estilo de las redecillas de oro y perlas que hace Newcomb para la Señora de B..... y otras millonarias.

Pues, como iba diciendo, de picadura en picadura llegamos á que habia por aquellos cerros mas cavernas que tierra firme y que todos se iban desmoronando como bizcocho en que entran hormigas.

La apariencia muy lucida como la manzana de Inés, querida de Gil, pero el primer pollo á quien se le antojaba apersonarse de héroe para vengar á sus innumerables compañeros mártires que le habian precedido, con solo hacerse un instante algo duro de piernas, me habria un portillo como el que que abrieron los indios del Cuzco para huir de Francisco Pizarro. A fin de cerciorarme de la averia mandaba á la lengua que fuese á esplorarla y me parecia por sus informes que á traves de la tronera cabria desahogado el *Great Eastern.* Es verdad que no hay cosa como la lengua para exagerar y abrir una brecha, ni los cañones rayados que inventó Napoleon III.

Este ilustre soberano á quien venero por sus talentos y admiro (*) por lo bien que sabe tratar á los ingleses, aun cuando estos se le presentan armados hasta los dientes, diz que para tratar á los suyos (á sus dientes) ha escogido doctores americanos. Debo advertir, primero, que en los Estados Unidos hay doctores dentistas ó en dientes, en cambio de que no hay doctores en leyes; y segundo, que si al que sabe se le llama doctor, como cuando se dice de alguno que es muy doctor y de alguna que es muy doctora, abundan razones para llamar doctores á los dentistas americanos, porque saben de dientes á pedir de boca, y tienen el colmillo ahumado en eso de saberlos arreglar y sacar. Son los primeros dentistas del mundo. ¡Cuando Napoleon se pone en sus manos!

Viendo, pues, ó mejor diré, sintiendo que ni el oro de California me salvaba y que empezaban los dolores de muelas y los de dientes, resolví sériamente deshacerme de huéspedes molestos, y una noche que habia pasado en vela, oyendo á los gatos lamentarse y casi hablar, aguijoneados por el mal que á mí me atormentaba, dispuse que como tres y dos son cinco, á la mañana siguiente, sin aguardar mas tiempo, me pondria en

(*) Escrito antes de la guerra de Méjico, inmediatamente despues de la de Italia

manos de los dentistas imperiales para hacer lo que me imagino que Napoleon, hombre que habla muy claro, no ha hecho todavia; porque el que no tiene dientes masca el agua y pierde el modo de hablar.

Entonces comprendí la mucha razon con que pagó el hombre de bien al barbero los veinte doblones. El barbero le decia:

—Pero, señor, si no le conozco á V., y mi conciencia.....

—Si, señor, decia el hombre de bien; pero yo se los debo.

—Cómo? esplíquese V.

—Cuánto pide V. por arrancar un diente?

—Dos doblones.

—Y por curar un dolor de muelas?

—Uno.

—Pues yo, señor barbero, he venido veinte veces con el dolor de muelas y resuelto á que V. me las arrancase; pero al mismo llegar á la puerta de V. me curaba. Quiere decir que me curó V. veinte veces sin saberlo; pero me curó, y mi conciencia...

—Ah! si es caso de conciencia... dijo el barbero y se guardó los doblones.

Yo habria podido pagar por lo menos diez doblones hasta el dia en que me resigné como santa Irene, y el artista imperial me puso los dientes al aire. Terrible dia, mas afortunadamente dia único!

El doctor me propuso cloroformizarme. No estoy por perder el juicio mas veces de las que naturalmente nos ocurren á los hombres todos los dias, incluso y principalmente el de la boda. Despues me ofreció, para animarme sin duda, que me los sacaria sin dolor. Le creí, mentecato de mí, porque una de las flaquezas humanas consiste en creer, y á veces se creen hasta las promesas de los dentistas y otras. Lo creí y metió el alicate.

Oh! qué talento tuvo el que escribió aquel chispazo:

"Juan Tachuelas, sangrador
Es un hábil sacamuelas,
Pues las saca sin dolor...
Sin dolor de Juan Tachuelas."

Vi estrellas á mediodia sin necesidad de que estuviese por allí la bandera nacional, ni de que hubiese eclipse, á menos que por tal fenómeno se entendiese la ausencia de los plane-

tas que regian el cielo de mi boca, los cuales se eclipsaron desde entonces muy de veras, totalmente y no sé para cuántas semanas apocalípticas.

¿Cómo hay gente que se deja sacar las muelas con una espada, segun lo practican los charlatanes de aldea? ¡Cuán cierto es aquello de que una mujer quiere á su rival como un dolor de muelas! Y ¿aquello otro que suele decirse, de que un hombre avaro tiene entrañas de barbero?

El sentimiento que nos produce el bienhechor es de gratitud cuando nos liberta de un mal; pero el sentimiento que nos arranca el dentista con la muela picada, es el de la ira. Y despues tener alma de cobrarle á uno por el desarme general en que lo deja! Fácilmente se concibe el homicidio que cometió el provincial á quien le sacó el barbero la muela inmediata á la enferma.

—Cómo! esclamó el mártir, si le dije á V. la penúltima y me ha estraido V. la última!

—Perdone V., ahora le sacaré á V. la penúltima.

Por obra del barbero faltaba una y la enferma no era ya penúltima; pero el operario obedeció esta vez y sacó la penúltima que estaba tambien sana.

El paciente se enfureció y con uno de los instrumentos del suplicio desbarrigó al barbero. Un jurado compuesto de doce vecinos honrados declaró unánimente que la muerte era necesaria y que todos en su lugar habrian hecho lo mismo, absolviendo en seguida al desmolado.

¿Qué habria declarado si, como yo, hubiera sido desdentado? Mi imperial doctor tuvo sin embargo sofismas á mano bastantes para convencerme de que todo habia salido perfectamente. Por supuesto que habia salido, bien lo sentia yo.

El desguarnecedor de mis mandíbulas añadia que todo asímismo habia quedado perfectamente. Embustero, cuando no quedaba nada, ni la esperanza, porque los dientes son como el humo, despues que se ha llegado á cierta edad.

He quedado bien. Ganas me daban de cometer un disparate con solo pensar que los muchachos de mi pueblo aludirian á mí cuando gritasen por las calles: "pan caliente para los viejos que no tienen dientes," y que yo cada vez que leyese versos de enamorados con perlas engastadas en coral, me sonrojaria ni mas ni menos que una doncella de las que no se han educado en colegio.

Por último hicimos las paces como Gorstchakoff despues

que Pelisier le sacó los colmillos á la torre de Malakoff, y convinimos en que sobre el monton de ruinas sangrientas de mi un tiempo formidable Sebastopol se construiria, no lo que antes habia hecho y pudiera hacer otra vez la guerra á todos los aliados ó alados del universo, sino lo que el bien parecer y la dignidad de una boca decente requiriesen.

He estudiado media hora la anterior metáfora para no mentir ni declarar tampoco la verdad. Pero ¿á qué fin? Las lectoras saben ya que convinimos en que él me pondria dientes postizos, y en que yo volveria á tener Malakoff (*) en la boca, así como sus beldades lo llevan en otra parte que Dios les guarde, para que los mozos les puedan decir que tienen talle esbelto y cintura de mimbre.

Hecho el convenio, lo demas está dicho: el doctor me hizo una mampara, una especie de telon de teatro, muy bien hecho, eso sí; cualquiera, menos yo, diria que

"Es tanta la verdad de mi mentira
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual en dientes verdaderos."

Mas, ah! que para el desgraciado todo es cuita, y tras el primer mal paso vienen otros que lo hunden en el abismo. La virtud es una isla sin orillas, y una boca sin dientes no tiene por dónde agarrar.

Los primeros dias me sentia precisamente como potro con freno en el picadero. Los tocaba y retocaba, los mascaba (con las encias,) los tascaba y en poco estuvo que no los escupiese en un estornudo. Al fin me habitué como la mujer á los palos del marido, y hacia uso de la herramienta con notable maestria. La vista de un brazo regordete volvió á producir su efecto acostumbrado de encolerizarme á punto de querer morderlo.

Pero ahora son mis temores: á muchos les ha sucedido tragarse los dientes cuando no son como Dios los manda, sino contra la ley de Dios. Yo mismo conocí en Washington á todo un ministro plenipotenciario que murió, no de hambre y por falta de dientes, sino por sobra de dientes que se le anexaron mas adentro de la línea divisoria entre la boca y el gaznate. El hecho es histórico. Antes de irme á la cama todas las noches me examino la conciencia y la boca, no porque sea diplomático ni cosa que se le parezca, sino porque temo

(*) La crinolina en Cuba se llama Malakoff.

que me dé á soñar que lo soy y aun no teniendo inmunidad me trague los dientes.

Un amigo mio para consolarme, y como dice él, para sacarme esas ideas de la cabeza, cual si no fuese mejor sacarme los dientes de la boca, me ha contado un lance, pero qué lance! el cual me viene de molde para concluir bien. El caso es... Pero él me lo contó en verso y en verso lo he de repetir. Dice, pues... y luego que lo lean, señoritas, derechito á la cama, sin reirse ni murmurar de mi amigo. Dice, pues... y tengan presente que el cuento no es mio. Dice:

Yo dentadura postiza!
No á fé, que ha un año cumplido
Vi tragarse en un descuido
Los dientes á doña Luisa.
Luego la hallé en un salon
Y alabando los suplentes,
Me dijo: ¿Muy bellos dientes,
Verdad? pues *aquellos* son.

Yo apreté los dientes por no reirme y luego me quedé en una pieza pensando que si doña Luisa era buena pieza, su plancha de dientes aquellos no era ya mala pieza.

EL VAPOR DE LA HABANA.

A la Habana me voy
Te lo vengo á decir,
Que me han hecho sargento
De la guardia civil.

ANÓNIMO.

En el año de gracia de 1858, siendo Mr. James Buchanan, Presidente de los Estados entónces Unidos, y desempeñando la cartera de Estado el general Cass, antes que tan ilustre personaje hubiese llorado á lágrima viva el rompimiento de la Union, que ha resultado insoldable como otros muchos *ejusdem generis*, se me antojó cierto dia escribir un artí-

culo sobre mí mismo, porque bajo la capa comun del cielo adolezco de la flaqueza de los ministros, de los generales y de los papás de la patria que no quieren dejarse olvidar, y empatando alguna frase mia con otros pensamientos agenos, solté un "Soy Corresponsal," tan bueno y tan interesante que, menos yo, creo que todos los demas lo han olvidado. Esto sentado, mi lectora sin duda recuerda que en el terminaba al cansado soliloquio con mi llegada al vapor de la Habana, y la entrega de la correspondencia al contador del correo *Black Warrior*, ó Guerrero Negro, que, como la Union, dió bastante que hacer á sus vecinos, y luego se disolvió en tantas tablas como estados cuenta la entidad histórica citada. Propúseme desde entónces escribir otro artículo sobre la salida del vapor de la Habana; imaginaba que aquella escena prestaria argumento para decir muchas cosas, aunque no fuesen muy buenas, con tal que hubiese su poco de buena voluntad, y que el estro no anduviese flojo. Aguardé, sin embargo, muchos finales de mes, que es cuando, devorada la pension, regularmente me siento mas inclinado á escribir, así cual se eleva el globo con mas facilidad cuando tiene menos lastre. Dejé pasar meses y meses, y aun cuando en todos ellos me encontré sin lastre, mi pensamiento no se elevó á ninguna altura que yo supiese, ni aun siquiera á la que alcanzan el general McClellan y el conde, quiero decir el capitan Paris, cuando el profesor Lowe los mete en su barquilla para llevarlos por esos aires á examinar el campamento de los ejércitos confederados. No digo que hoy esté tan vano como para elevarme á altas regiones, sino que voy á escribir sobre la salida del vapor de la Habana, para lo cual no se necesita subir á ninguna region sino bajar al muelle del rio del Norte donde está atracado el vapor.

Doy por pasadas las incertidumbres de la salida. Muchos cartelones dicen donde quiera que hay pila de ladrillos ó cerca de tablas, que el *Marion* saldrá para la Habana el 15 del corriente á las doce del dia "sin falta." Y el "sin falta" va en tipo tan gordo como la seguridad que se quiere dar al pasajero y al corresponsal de que no perderan aquel su viaje ni este su carta.

—¿Sabe V. si se va el *Marion?* me preguntan todos mis innumerables amigos y conocidos.

—Está anunciado.

—Pero eso no quiere decir que se va.

—Entonces... preguntar en la oficina.

En la oficina dice el primer dependiente titulado que es tan fija la salida del vapor, como que ya está cargando y tiene dada la fianza que Mr. Seward exige en los pasaportes de que el individuo no ha de entrar en ninguno de los puertos rebelados.

—Pues al avio, dice el pasajero, y apresta el pasaporte, lo cual es asunto de cinco dias largos entre el cónsul y el ministro de Estado; hace la maleta, se despide de sus amigos, que le llenan de encargos, saca su retrato de *carte de visite* en el palacio de Fredricks, compra muchos remedios para el mareo, de los cuales ninguno le produce despues el efecto apetecido, hace juramentos de eterna fidelidad á su último amor de la calle de..... y avisa en el hotel ó en el *boarding house* que se marcha el dia 15 á las doce en punto, conforme á los cartelones de la empresa.

Pero estamos en guerra. El dia 14 antes de las doce en punto avisa la empresa en otros cartelones tan gordos que devolverá los pasajes y entregará las mercancias á sus dueños, porque el gobierno ha tomado el vapor para su uso. En la oficina de pasajes le confirman á V. la noticia, añadiendo que lo sienten mucho, que ellos no tienen la culpa, que el vapor estaba listo; pero que se necesita uno mas para la famosa armada destinada al Sur. La parte última es un secreto que recomendó especialmente el general McClellan, pero que lo pregonan en las calles los chicos de los periódicos, por lo cual no hay que tener remordimientos de conciencia al divulgarlo privadamente. Y aquí una de Jeremias.

—Qué chasco! No sale el vapor! Y yo que tengo que estar en la Habana el 30.—Y yo que me he quedado sin fondos contando con que hoy saldriamos!—Y yo que levanté la casa y entregué las llaves esta mañana, en la seguridad de que no la necesitaba mas.—Y á mí que se me cumple un plazo el 24 y no pensaba mas en él, puesto que partiamos hoy.—Y yo que me creia á estas horas libre de miss O'Brien.—Y yo que ofrecí llevar esta noche á las Smith al teatro, contando con la salida del vapor maldito.—Pero canario! eso es engañar al público y burlarse de todo el mundo.

Media hora en la oficina de pasajes el dia de contraórden es uno de los estudios mas humanos ó inhumanos, como V. quiera, que se presentan á un observador curioso. El arran-

que del carácter español se pone en contraposicion palpitante con la flema del armador yankee que á todos contesta con un solo estribillo impreso:

☞ De Orden del Gobierno

ha sido tomado el "Columbia."

El oficinista ha tenido cuidado de poner la ☞ apuntando hácia el fuerte Lafayette, del cual no dista muchas millas, sobre todo considerada la velocidad del vapor.

Yo leí no sé dónde que en Paris hay un cañon en el Jardin de Plantas, ó en cualquiera otra parte, pues no tengo el gusto de haberlo visto, el cual dispara á las doce un cañonazo tan seguramente como recomienda el sigilo nuestro constitucional gobierno cada vez que tiene expedicion en ciernes y quiere que se sepa. Es el caso que el tal cañon tiene tantos dares y tomares con el sol, que si disparase al amanecer, la Aurora se encelaria con el fiel maestro de ceremonias que le hace competencia á las doce. Cuentan que algunos chicos se escurrieron un dia por entre las verjas, y por medio de una invencion de Lucifer dieron fuego al cañon antes de las doce. Sonar el estampido y darse cada cual por equivocado todo fué uno. El mismo Sol encontró á su cortesano de siempre mudo y tieso por la primera vez de su vida. El maestro de piano, el amante, todo el que tenia cita para las doce, echaba pestes de su propio reloj y contra el ladron del relojero que lo habia compuesto, y corrian esos señores por Paris como en hora de revolucion. Paris era aquel dia un campo de Agramante, ó mas bien de Bull Run.

Pues el adelanto de aquellos muchachos produjo el mismo efecto que el atraso de la empresa de vapores, atraso por otra parte que no debe cargárseles en cuenta. La verdad es que por la noche ví á don Pepito de las Conquistas con las señoritas Smith en el teatro de Wallack y al dia siguiente se lucia en Broadway don Paco Gustohondo con la *bella* mas á la moda que hay en ciertos círculos. De los demas no sé sino que no fueron á Cuba y eso por la razon muy sencilla de que no hubo vapor.

Pero llegó por fin el suspirado instante en que la empresa pudo cumplir con sus compromisos, porque eso no se lo estorbó nadie ni habia sigilo recomendado á los periódicos, y á las once y media, acabando de traducir el parte de la úl-

tima batalla que, entre paréntesis, es el mismo que el de todas las demas, menos *una*, del mundo conocido, tomo el sombrero y bajo á la marina por la calle que conduce al embarcadero. Al verla tan estrecha pudiera cualquier cubano imaginarse que se encuentra en la calle del Obispo y que por encantamento hizo el viaje en algun artefacto de los del *Profesor* Lowe. Los que no vamos á la calle del Obispo nos admiramos de ver tanto español que sigue el mismo rumbo. La poblacion hispana se ha dado cita para la calle de Moor, como se la dió no ha mucho para poner á los moros en la calle. Lo digo porque un amigo mio de Guamutas al ver el nombre de la calle me preguntó si aquí tambien habia morisma.

Llego al vapor saltando por sobre baules, fardos, cajas y todo género de flete y haciendo mas equilibrios que Blondin en el Niágara. ¿Qué transformacion ha ocurrido en aquel casco anglo-americano? Un tumulto de los mayores se ha apoderado de él y si no fuese por el policia con estrella que está en la plancha, podria creerme trasportado á la Isla. Los caballeros que así la llaman por escelencia, hablan todos un idioma y si no lo hablasen, si estuviesen mudos (lo cual en aquel momento de agitacion no seria fácil) me reconoceria en mi terreno con solo tener ojos. Aquellas fisonomias son las que llaman *sweet* (dulce) las muchachas americanas. *Sweet* por los ojos negros, por el pelo ensortijado, obra tal vez del peluquero, por los modales escesivamente políticos, como dice el *New York Times*, y por la atraccion en fin que tiene para toda mujer el estrangero en todos los paises y que Dios ha permitido para la mejora de las razas con el cruzamiento. Así aparecian tambien *sweet* los forasteros á las rusas del tiempo de Pedro el Grande, quienes los obsequiaban y conservaban tanto tiempo como podian para lo que dice la historia y no repetiré yo. Los españoles son tambien *sweet* para las americanas por otra razon que me ha dado una de ellas y que desafio á que salga uno á negármela.

—Cuál es? cuál es? me preguntan ya todos.

—Porque tienen azucar... que es el mejor endulzador conocido.

Dicho se está, pues, que el puente y la cubierta del vapor, la cámara, el salon y el buque entero de proa á popa, es una isla flotante que pertenece á otra nacion que no la del territorio, y que sus habitantes entran, salen, suben, bajan, charlan, fuman, rien y hacen, ni mas ni menos que en el paseo de

Isabel II, ó en la Dominica. En Cuba es donde hay mas cubanos que yo sepa; pero despues de Cuba en ninguna parte hay mas cubanos que en el muelle del *Columbia* ó del *Marion* el dia de marcha. Parece que Nueva York es un barrio de la Habana, ó una continuacion de Regla, decia uno de tantos, y á mí no me pareció corta la idea.

Me retiro á un rincon despues de arreglar mis asuntos con el contador y empiezo á observar. Qué mareo!—La hilera de coches se prolonga hasta Broadway por espacio de algunas calles y se confunde y disputa el paso con las carretas de equipajes y los carros con carga que va desocupando la machina. Por entre carros y caballos baja la procesion de pedestres armados de envoltorios y paquetes que van de encargo para probar la formalidad de los pasajeros. Estos, los amigos que los acompañan, las niñas que desean despedirse de sus amigos del dia ó de la noche anterior, las revendedoras de fruta, los vendedores de periódicos, los carreteros, los que vienen á pescar á rio revuelto, los mozos cargadores, los que atienden á la carga ó descarga de otros buques atracados á aquel muelle, y, por último, los ociosos y mirones que van á ver, forman un panorama tan animado y vivo, tan babelesco, tan curioso y digno de estudio como pudiera haberlo deseado Mesonero ó todo folletinista semanal el dia en que se le agota la vena por falta de asunto.

En la entrada del muelle los cocheros se disputan la preferencia, aunque en honor suyo debe decirse que si hablasen en otro idioma, lo harian con mas veras. Por la portezuela de un carruaje asoma un rostro meridional, en el que está pintada la impaciencia revuelta con el temor de no llegar á tiempo. Tres ó cuatro mozos traen asidos los baules por las asas y trotan al compas de los caballos por tener el *placer* de trasladar los baules á bordo. Retiembla el muelle con el trote de bípedos y cuadrúpedos y salen del coche junto á la plancha cuatro pasajeros y 20 baules, maletas, sacos, sombrereras, paraguas, lios, paquetes y diabluras. Un americano viaja por todos los estados en que no se lo impide el pasaporte, con un saco pequeño en la mano derecha y una manzana y un periódico en la izquierda. Los viajeros para Cuba llevan mas equipaje que el ejército inglés. Y ¿que diré, si van señoras, del baul Saratoga y de las sombrereras para tejas en forma de sombreros y . . . y . . . y . . . ?

Un cuerpo suelto como compañía de tiradores francos pasa

revista en la escala á todo el que llega y sus observaciones son otros tantos disparos con bala rasá de chistes y epígramas. La caridad cristiana es desconocida en aquel conjunto de ingenios desocupados.

—Papeles! El tal y el cual! Batalla sangrienta en el Missouri! Captura de Nueva Orleans! Hundimiento de la escuadra ballenera! —gritan los muchachos.

—Manzanas! manzanas dulces á tres centavos una! Naranjas como azúcar! gritan las revendedoras metiéndole al viandante la mercancia por los ojos.

Pero trabajo perdido. Don Gerónimo va absorto con una yankeecita de ojos azules que le dice con ternura: — ¿Cuándo te volveré á ver?

—Pues, chica, le contesta el galan, el año que viene, en Saratoga.

—Y me escribirás?

—Por todos los correos.

—Yo me quedaré muy triste, muy desgraciada. Un año sin verte!

—Pero, chica, la zafra; ya ves que es preciso.

—Ah! la zafra! ¿Cuántas cajas de azúcar cosecharás este año?

—Segun y como . . . Tú me escribirás? no es así, chiquita?

—Y tú á mí cuando la zafra te lo permita.

—Ya te he dicho, hijita, que en cada vapor.

Dejémoslos para seguir á otro grupo desprendido del conjunto bullente y cambiante que se agita por todas partes.

—Chico, un favor: se me quedó este paquete olvidado para mi prima y tú se lo llevas. No es cosa.

—Pero hombre! si mi baul está en la bodega.

—Qué importa! te lo pones en el camarote y en llegando á la Isla lo metes en la maleta. Tú eres buen muchacho.

—Pero, digo, y qué contiene el paquete?

—Hombre, poca cosa, unas crinolinas.

—Santa Bárbara! Y las llevaré en el camarote! Y qué diran los compañeros?

Las crinolinas fueron al camarote con un paquete de cigarros, un frasco que me imagino de pólvora por la figura, los chanclos de goma y el sobretodo que hizo la campaña del último invierno. Nunca he sabido si llegaron las crinolinas á la hermana del recomendado, ó si se quedaron en otra par-

te. El encargo es una mania como la de morderse las uñas ú otra tan estravagante como esta. Conozco personas que en sabiendo que alguien sale á viajar, registran todos los rincones de la memoria para averiguar qué pediran, aunque no lo necesiten, y por eso hay viajeros que se despiden por medio de los periódicos en aviso publicado un dia despues de puesto mar de por medio.

El viceversa de esta mania son las ofertas. Todos mis recomendados, por ejemplo, me prometen escribir apenas lleguen allá y cigarrillos de Susini, porque todos saben la idolatria que profeso á esta marca. Ah! de piñas y plátanos podria poner almacen si me llegase una solitaria décima parte de los prometidos. El catálogo de las ofertas formaria un volúmen del tamaño del Diccionario de la Academia. Al principio aguardé; pero cuando tuve mas esperiencia, me persuadí de que mis amigos *en partance* tenian por objeto *judaizarme* haciéndome esperar en cada cual de ellos un Mesias. Rebeláronse todas mis creencias de cristiano viejo y ya oigo promesas como quien oye juramentos de amor en general y de fidelidad en particular al gobierno republicano, que quiere decir, como quien oye llover.

Pero suena el tantan chinesco y el mayordomo del vapor grita á buen gritar:—"A tierra, caballeros, que el vapor se marcha!" Una doble corriente como la del Mediterráneo se establece en la plancha que sirve de puente para entrar en el vapor: unos se dirigen á tierra y otros al mar y ambos cordones se empujan y atropellan en la via que es tan estrecha como la senda del cielo. Una crinolina, no de las que estan hace minutos en el camarote, sino de las que el derecho llama semovientes, cierra el paso con mas eficacia que Beauregard el camino del Sur: un pasajero escesivamente político va con la crinolina de vuelta encontrada y ahi los apuros del mancebo para no estropear á la dama ni irse él mismo al agua. En tales dudas carga por retaguardia un mozo de cordel con un baul al hombro dando mas prisa de la que permite el estorboso malakoff, y cuando el caballero cortés menos lo piensa, se encuentra sin sombrero, porque la punta del baul ambulante se lo ha echado al agua. Risa de los espectadores, ira del contra su voluntad descubierto viajero, apuro creciente de la señora que prevee que será prócsimamente atacada por el mozo del baul.

—Naranjas! dulces naranjas!

—Papeles! La batalla de Missouri! espléndido triunfo!

—Adios, chico, hasta el verano que viene. Escribe.

—Sí, te escribiré. Dile á miss Julia que no la olvido.

—Oye; en el tocador dejé olvidadas las llaves: recójelas y unas cartas que no quiero que lea mi patrona.

—Ya, como que son de.....

—Calla la boca, imprudente!

—Adios, Juan; dichoso tú que vas á la Isla.

—Y tú que irás esta tarde al Parque Central. Pero ten cuidado que no te agarre, entiendes?

—Ay! que se me quedaron las cartas de Pepita! Y tanto como me las recomendó!

—Me alegro para que aprendas que el correo se hizo para las cartas y no las cartas para los pasajeros.

—Juancho, dile á papá que no olvide mandarme dinero.

—Apara, apara. Esos zapatos son para Fernandez. Por poco se quedan.

—No olvides los cigarrillos. Mira que aquí son infernales.

Los personajes que sostienen este diálogo se hallan unos en el muelle y otros en la cubierta y sobre la borda del vapor y avivan la conversacion hasta el último instante á gritos disparados de una y otra parte. Baja entretanto la porcion lacrimosa de la partida: madres y padres, parientes y amigos de los que se marchan á la Isla cuando empieza la estacion del invierno tan temible para las afecciones pulmonares. No hacen ruido y sus lágrimas corren en silencio, cual si la voz se negase á formular un pensamiento terrible: — *Volveran?*

A última hora llegan los atrasados, los que no tienen reloj ó no saben cumplir una cita.—Corre, pára, saca el equipaje —en el equipaje va una jaula con pájaros—embarca pronto!

—Alto, dice el cochero. Caballero, V. no me ha pagado.

—Cierto. ¿Cuánto es?

—Cuatro pesos.

—¿Cuatro pesos por quince minutos?

—Ni un centavo menos.

El hombre va á replicar cuando suena el pito del vapor y aparece el capitan sobre la rueda. Un adios! mas alto y prolongado que los demas resuena entre la multitud del muelle y las paletas baten el agua que se levanta espumosa. Del bolsillo del atrasado sale con mas rabia que voluntad un doblon de á cuatro que debia haberse gastado en el muelle

de allende el mar. La palabra ladrones! retumba mas alto que el ruido de la máquina y el pasajero salta en cubierta cuando ya va á caer la plancha.

El capitan tira de la campana de órdenes en el momento en que llega otro coche cuyos caballos dan claros indicios de haber corrido como en hora de derrota. La plancha ha caido de la parte del vapor, el contramaestre ata la cuerda que la sostiene y sobre aquel precipicio pasa el último de los pasajeros del *Columbia*. Giran las ruedas y el agua se remueve en espumoso remolino y el vapor arranca con la gracia de un cisne que salta del césped al agua.

—Adios, Juan!

—Adios, chico! Memorias á todos por allá! (Cómoda recomendacion.)

—Que te vaya bien.

—Buen viaje.

—No olvides mis encargos!

Y otras espresiones semejantes se cambian entre los que van y los que se quedan. El *Columbia* dispara un cañonazo y á todas las señoras se les ocurre desmayarse. Otro cañonazo, la bandera española sube al tope de la mesana y—hasta la vuelta!

En aquel momento aparece á la cabeza del muelle otro coche á galope, que llega bastante á tiempo para ver salir el vapor.

La reunion se dirige en procesion hácia la calle que mi amigo de Guamutas llama de Moros, pensando cada cual en el ausente de hace un segundo; la madre levanta los ojos al cielo implorando misericordia para el hijo de su corazon; la hermana suspira por el hermano ido y la yankeecita de ojos azules, la de D. Gerónimo, aquella de la zafra, se vuelve á casa ó á Broadway con su primo, capitan de reemplazo, que montará la guardia durante la ausencia del propietario. La miro y repito maquinalmente los versos de Góngora:

"Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves
Y entender que penas graves
Las paga un mirar risueño,
Y pensar que no son sueño
Las promesas de Marfira:
Mentira."

Y poco á poco me encamino al restaurant de Delmónico para tomar mi *lunch* hasta el otro vapor de la Habana.

LOS JUGUETES DE MIS HIJOS.

AGUINALDO.

Válame Dios, lectora amable, si quier bondadosa! y qué disertacion podia yo copiarte aquí acerca de los regalos de Pascuas desde su primitivo orígen hasta la fecha, citando al autor egipcio, ó caldeo, que los inventó, y acabando con la última peseta que salió de mi bolsillo en prueba y fé de que la invencion ha durado! Cómo podria pedantear y decir cosas que á tí te dejarian tan satisfecha de leerlas como á mí de haberlas escrito! Cómo me luciria! Cómo te figurarias tú que yo soy sabio! Diríate que Moises y Herodoto, y Confucio y Quinto Curcio, y Demóstenes y Tarquino, y el rey Herodes y la Bula de Meca y el Gargantúa dicen algo muy instructivo sobre el aguinaldo; pues parece que en todos tiempos ha existido esa contribucion directa contra el tesoro individual.

Pero no es mi ánimo aparecer hecho todo un sabio á espensas de los difuntos, ni convertir este mi regalo de Pascuas en índice de biblioteca. Quiero contarte solamente cómo han pasado las Pascuas por acá, para que tú compares datos y sepas mejor cómo han pasado por allá.

Es el caso que llegó aquí la Noche-Buena en la misma fecha que en todo el resto del mundo, si esceptuamos la Rusia, donde parece que el calendario anda mas atrasado que en ninguna otra parte. Con la Noche-Buena debia llegar Santa Claus, segun la tradicion inglesa. Santa Claus es santo y no santa, pues donde quiera que lo pinta la historia, le regala unas barbas mas completas que las del mejor lechuguino. Pero santo ó santa (que no hemos de reñir por diferencia de mas ó de menos) quiere la tradicion que se cuele por la chimenea y ponga á las doce en punto de la noche del 24 del frio mes de diciembre cuantos dulces y juguetes desea el querubin de la casa, ó apetecen los querubines, ó querubinas con que alguna otra santa se haya dignado favorecer á la familia—cuyos muñequitos seguramente se introdujeron en la misma forma y por el mismo viaducto que los de la noche del 24. Si santa Claus dejase de venir, ¡qué chasco para toda la progenie! Si viene, qué gozo para todos los pedazos de corazon que visten, comen y rompen como corazones enteros, cuando vean la chimenea rellena de títeres mas que un retablo. La que para la de un criado allá en tu tierra, cara lectora; por-

felicidad de los piquinines bien vale una visita de santa Claus aun cuando se opongan á su aparicion subrepticia todas las prácticas reconocidas del nuevo derecho de gentes. ¡Venga santa Claus, cueste lo que costare! esclaman todos los papás y mamás: sometámonos á esa humillacion en cambio de sofocar la guerra intestina, que cuando la rebelion de nuestros chicos esté concluida, ya tendremos tiempo de vernos las caras con la intrusa que se vale de la ocasion. (*)

Y sale uno á comprar juguetes, no precisamente para los rebeldes de casa, sino para los del vecino, pues en naciones civilizadas se debe practicar siempre el cange de prisioneros. Ahora bien; comprar un muñeco es asunto mas grave de lo que al principio se imagina el comprador. Un muñeco tiene su significacion tan perfecta como un hombre, y así como hay hombres inadmisibles, así hay muñecos irregalables. Suponga usted que compra un hombrecito vestido de embajador y que se lo envia al hijo del vecino, el cual, por espíritu de patriotismo exaltado, da en la vena de creer el regalo una alusion personal á los individuos (Mason y Slidell) que el alcaide del fuerte Warren ha puesto á disposicion del gobierno inglés. Ya tiene usted un enemigo donde procuraba hacerse un amigo. Si compra usted un títere vestido con fraque y corbata blanca, puede creerse que alude á algun ministro, y aunque no pensó usted en hacer á ninguno muñeco, corre el peligro de ir á ocupar uno de los puestos declarados vacantes en el fuerte arriba dicho. Si el muñeco es zuavo, como los hay en tan crecido número; si imita á un militar de los que pasean por Broadway á todas horas, asoleando el uniforme; si lleva bandera y al fabricante del artificio se le olvidó poner el número ecsacto de estrellas, ó si algunas de estas se han separado ó despegado de la constelacion; si al hijo de un regidor le regala V. la estátua de Mercurio ó un torete á la niña de un empleado supernumerario; si una dama á la moda recibe para su pimpollo una muñeca de cera con colorete; si á un constitucional en mantillas se le hace el presente de algun libro con cuentos de brujas; si en la cubierta de otro libro para la señora de un contratista se escapa el aviso de las tablas de sustraccion, ó alguna anécdota sobre el manejo de cubiletes; si.... Me parece bastante la esplicacion para probar que en la compra de un muñeco se necesita mas tacto

(*) Razones dadas para la soltura de los del *Trent.*

que, al fin, si el criado es, como yo los he visto anunciados, "negro de nacion, calesero de pareja, regular cocinero y zapatero de mujer" y si es "jóven con principios de cocina y propio para lo que quieran aplicarlo, en precio cómodo," no hay mas que decir sino aprontar los dineros y quedarse con el zapatero de mujer y el jóven con principios (de cocina) y aplicarlo "en precio cómodo" á lo que se quiera. El precio lo hace todo. El trato es femenino.

La humanidad desvencijada é ilustrada conviene tambien en que si el hombre no es negro ni tiene principios (de cocina ni otros) todo lo que se necesita para comprarlo es *tacto*, un tacto mas ó menos expresivo y continuado, segun lo "calesero de pareja" que él sea. *Tout homme a son prix*, decia Napoleon á su caballo cuando corria á revientacinchas de Waterloo para Paris, *en route* para Santa Helena.

Pero vaya V. á buscar Bluchers entre muñecos! Aquí á lo menos no se han presentado en mostrador, por mas que el acopio de este año era abundante y habia de venta, como he indicado arriba, toda clase de ministros con cartera y con vaso de punch; oficiales á carretadas; soldados que daba horror, caballos que no comian y un pueblo entre el cual se podia escoger sin temor de pecar, porque desde el estúpido asno hasta el manso carnero, de todo habia en las tiendas de juguetes la víspera de Pascuas.

Pero escojer los propios, esa era la cuestion. La tienda de Mr. Smith es un modelo de tiendas. ¡Qué abundancia, qué profusion y qué gusto, qué riqueza de muñecos. Mr. Smith tiene nenes de carton y cera que saben decir *papá* y *mamá* por unas boquitas con dientes como perlas, y que ademas cierran los ojos cuando los acuestan y los abren cuando estan en línea perpendicular, ni menos ni mas que un hombre hecho y derecho. Mr. Smith tiene soldados con uniforme, fusiles con bayoneta, cañones con balas de madera, como si se dijera balas de confederados que no matan. (Véase cualquier parte oficial.) Mr. Smith vende maniquíes que parecen gente, tan perfectos que no se les encuentra pero. Tiene retablos que representan la toma de Nueva Orleans y la rendicion de Manassas, tan á lo vivo como lo estarán el dia en que esto suceda, y *Deo volente*, sucederá. En una palabra, Mr. Smith gobierna dentro de su casa mas tropas que McClellan, mas caballos que un *Mariechal* de Washington, mas cas-

tillos que el Secretario de Estado, y mas cabezas vacias que una directora de colegio en la Quinta Avenida.

Pues á Mr. Smith y los suyos!

Tentéme el bolsillo, pues para caer en esa clase de tentaciones es necesario llevarlo bien provisto, y entré en la república federal ó confederada de Mr. Smith. Aunque el local estaba mas lleno que la antesala de un ministro en vísperas de repartir empleos, hubo sin embargo un dependiente que me atendiese sin demora. Mr. Smith no es centinela que se deje sorprender dormido frente al enemigo. Mi cara retostada y la cadena de oro que asomaba por debajo del chaleco, me delataban como *indiano*.

—Caballero, buenos dias. Hace mucho frio. ¿En qué puedo servir á V?

No hay persona mas amable que un dependiente de Mr. Smith cuando olfatea onzas de oro.

—Deseo comprar un muñeco.

—Estoy á la disposicion de V.

—Pero no lo compraré á V.

—Perdone V.; decia que estoy á la disposicion de V. para venderle el que V. elija. ¿Cuál quiere V?

—Pues para mí este es un apuro.

—Diga V., ¿es para niño ó niña?

—Para niña.

—Oh! para niña una caja de polvos, un salon de baile, este carruaje de librea, este capitan de artilleria ó mas bien aquel Cupido que menea las alas. Oh! no, este grupo de Pablo y Virginia.

Todo aquello no me parecia muy propio para la educanda mi amiguita; pero el dependiente me aseguraba que él era hombre que lo entendia y que á las niñas no se les regalan ya muñecos, por contener alusiones ofensivas en mas de un sentido.

Despues de mucho titubear nos fijamos en que el regalo mas adecuado seria una *Papéterie* francesa, natural de Massachussets segun todas las trazas, llena de motes eróticos y papel de orillas de color y escudos de la Union con las estrellas completas. Ahora se tiene mucho cuidado en no disminuir el número, por no dar que hacer á la policía. Una cartera con ávios de escribir y su correspondiente rótulo en francés parecerá regalo fuera de lugar para una educanda; pero yo me atuve á lo que decia el dependiente de Mr Smith, que lo habrá estudiado sin duda

Pasamos á otro regalo: el de George Washington Brownson, hermano menor de la consabida.

—Otra cartera! dijo el dependiente.

—Hombre, no, y me hace V. formar bien pobre idea de su penetracion. Una cartera para un hombrecito que aun está en bragas no es regalo; menos lo será para un niño de escuela.

—Sea como V. quiera; pero las ideas son correlativas: si ella tiene. . . . Pero vea V. un mapa de los Estados Unidos en pedazos, el cual se puede ensamblar á voluntad del que lo maneje.

—Precioso regalo para Mr. Lincoln! Vaya que sí. Y el mapa en retazos ¿cuánto cuesta?

—Un duro si está todo unido.

—Y separado?

—Tres duros.

—Pero, señor mio, pide V. mas por las partes que por el todo.

—Sí, señor, porque se calcula el trabajo de unirlo, que no deja de costar. Observe V.: este rio es el Potomac; para reunir la Virginia que está aquí, con la orilla de Marilandia que está allá, se necesitan todos estos cañones. Marilandia no se mantiene tampoco donde está sino bajo la presion de todo este campamento, que encierra como 30,000 soldados. Ya ve V. el motivo de la diferencia de precios; los empates son los costosos; porque estan hechos con cañones, soldados y otros adminículos nada baratos.

A mí no me pareció mal el juguete que se unia y desunia como matrimonio de Indiana: pero temí que á mi amiguito se le calentase mucho la cabeza uniendo y desuniendo aquel tejemaneje y pedí otra cosa. Ofrecióseme un caballo con su añadidura de sinfonia para remedar los relinchos, y como me pareció mas fácil relinchar que empatar la Union, voté por el caballo. El dependiente me aseguró que uno igual habia comprado el comandante de cierto escuadron de lanceros y eso me satisfizo. El comandante era de mi opinion, lo cual no dejaba de ser raro en un hombre de tajo y cercen.

Ahora el regalo para la mamá de los dos angelitos. El dependiente me preguntó dónde vivia, si era casada ó viuda, cuántos años tenia y cuál era su opinion política. Todo ello me dejaba pasmado; pero aquel hombre parecia un lince por su penetracion y agudeza. Cada una de sus preguntas tenia un porqué.

La Quinta está antes de la Sesta y por consiguiente bajo ese respecto el número de la Avenida aumenta el precio del regalo. Si la señora fuese casada, no se le podrian regalar los dijes de que necesita una viuda. La edad era esencial; pero á otro que le hiciera la pregunta. La opinion política era aun mas esencial para no regalarle la Esclava Griega de Power, caso de ser unionista, no fuera á tomarla por la estátua de Colombia, *sicut est;* y si era separatista, lo cual es gala entre las señoras mas aristocráticas, para no presentarle la efigie de Jefferson Davis atada por el cuello, como de esas veces se suele encontrar. Hechos todos los cálculos y atendidas todas las consideraciones, se resolvió en cámaras reunidas regalar á la señora viuda un marido representado bastante bien por la estatuita de un guerrero antiguo, jóven al parecer, de gallarda presencia y con las rosas de Jericó en la mano. Aquel militar serviria á mi amiga para adorno de su sala como otros muchos que no dejan de verse.

El dependiente de Mr. Smith arregló el presente en una caja tan llena de adornos y recamos, que la viuda no pudo dejar de esclamar cuando la vió:

"¿Qué es esto que miro
Con tanto colgajo,
Con cintas arriba
Con cinta abajo
Y dentro una cosa
Que le ha de gustar?"

Salí por fin de mis encargos, aunque no sin haber comprado antes un busto de la Libertad, porque me suplicó mi mujer se lo regalase al agente de policia secreta de nuestro barrio, que está desecho por tener uno para pisapapeles de la mesa en que escribe sus partes; y no tampoco sin que hubiese empleado en las compras dos terceras partes mas de mi primitivo presupuesto, como sucede á los ministros que hacen la guerra en todas las naciones y no cuentan con la huéspeda. Mi huéspeda tomó la forma de un dependiente que sabia mas de lo que le habian enseñado y tenia encanto para sacar pesos del bolsillo, á título de mi dignidad personal y de lo que convenia á la alcurnia de mis obsequiados. Otra huéspeda me aguardaba en la cuenta de Sofia, que hizo sus regalos aparte, cual conviene á una mujer en tierra donde hay "derechos" como los de la Reverenda Antonieta Brown, y conspiradoras como la señora de Greenhow, que conserva su guardia de seguridad á la otra puerta del ministro de Italia en Washington

Pagué, y me fuí á casa para gozar de la noche por escelencia Buena.

En el ómnibus—lo diré no de paso sino de viaje—me atropellaron, primero una señora que llevaba crinolina, pieles, sombrero de teja y un paquete de muñecos como el mio. En lo último estábamos en paz; en el resto me hacia una guerra de sofocacion; segundo, un mozo de carnicero, que llevaba á su patrona predilecta, en descargo quizá de las sisas de todo el año, un pavo cebado y media docena de botellas que decian, (no juro si contenian) Burdeos de Primera; tercero, una damisela con cara de pecado mortal, de no malos bigotes y piés magnéticos, que no se estaban tranquilos ni un momento con el iman de otros piés pegados á las botazas de un sargento de zuavos imperiales, cuya pechuga estaba mas amarilla que la del pavo cebon y cuyo rostro de puro colorado parecia de dia de batalla; cuarto media docena ó mas de lectores del *Herald*, que lo llevaban abierto para ganar tiempo y saber antes de llegaa á casa si Slidell y Mason serian entregados á la bandera del Reino Unido ó á lo que mandó el Congreso de la Union. Item: iban varios muchachos provistos de patines y un viejo que tosia sin intermitencia por causa del aire que la damisela de las tentaciones dejaba colar por su ventana abierta. La infeliz! ¡temeria sofocarse!

Entre tanto yo seguia con mi paquete mas ufano y cuidadoso que el capitan del *San Jacinto* cuando traia en remojo á los magos del Sur.

Llegué como conquistador romano de vuelta de Africa y me rodearon todos los generalitos para tomar informes sobre Santa Claus.

—¿La viste? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué te dijo? ¿Qué recados te dió? ¿Vendrá esta noche? ¿Qué nos traerá?

Díles razon de todo y cómo habia visto á la santa con sus barbas llenas de nieve y un saco al hombro buscando muñecos por todas partes como el alguacil que cita para concurso general de acreedores, ó como contratista de empréstito voluntario el dia de la entrega; aseguréles que sin falta acudiria á la cita noturna y que dejaria en la chimenea muchos juguetes para todos los niños que habian sido buenos con su mamá. Los generales se retiraron temprano á sus cuarteles de invierno, vulgo cama, y yo no supe mas de Noche Buena por entregarme á las noticias que si eran de noche no puedo asegurar que fuesen buenas.

"La escaramuza en Newport News el dia 22 (leia yo) fué un buen empeño si se considera que el regimiento 20º de Nueva York, por nuestra parte, no tenia sino dos compañias en campaña y fué rodeado repentinamente por 700 rebeldes de caballeria é infanteria, y sin embargo logró abrirse paso sin perder ni un solo hombre."

—Ahi estan! me dijo Sofia en aquel momento.

—¿Quiénes? Los 700?

—Qué! Mas. Y todos con su fusil y su bayoneta.

—No, Sofia, no tienen fusil ni bayoneta. Si la tuviesen, no habrian pasado las dos compañias.

—¿Cómo dos compañias? Si son mas de tres regimientos.

—Te engañas: el parte no dice sino dos compañias.

—O tú ó yo estamos locos.

—Lo estaremos los dos; pero el parte es parte y hubo dos compañias.

—Pues, míralo tú mismo y te convencerás.

Me dejé conducir instintivamente y caí de mi asno cuando Sofia me mostró varios regimientos formados con su fusil y bayoneta calada, no en Newport News, sino al pié de la chimenea del *Nursery* ó cuarto de los niños. Un ejército completo y tan numeroso como el que consta de la Memoria del Secretario de la Guerra, se desplegaba en el lado Norte de la chimenea con sus tiendas, banderas, cañones, caballos, hospitales de sangre, parques, etc. etc. La tienda del general en jefe descollaba sobre las demas por su posicion y sencillez. En el lado Sur habia otro ejército cuyo número no se distinguia, porque se hallaba la tropa acampada en un bosque sobre las vertientes de algunas colinas que se cubrian unas á otras.

—¡Bravo! esclamé con la propension á entusiasmarme que me inspiran los militares. Pero ¿y ese canoso viejo, Sofia, es la Santa Claus?

—¡Oh! no; es S. M. Algodon I, Rey del Sur y de Inglaterra, y de Francia, y de todas las tierras del mar Océano donde se usan camisas de listado, y calcetas, y abuchados, y rellenos..... de chaleco. Observa con cuidado, al lado del Rey están los "contrabandos," que le sirven ademas de gradas á su trono, y la aristocracia de su corte.....

—Pero este es un plagio de lo que está pasando.....

Como es un plagio toda la comedia de la vida. ¿No

fué Chateaubriand quien dijo que los hombres son niños grandes? Mira de este otro lado: el ejército va á atacar, seguro de vencer, aunque Dios sabe lo que sucederá. Despues que se batan, (eso será por la mañana cuando los niños despierten) los pedazos que queden, dada ya la batalla, se reunirán y pegarán con goma, ú otro adhesivo, y se formará en los campos uno solo que llamaremos el campo de... de lo que fuere entónces; porque ahora no sabemos lo que "Beauregard" y "Scott" dejarán á poco de andar con sus ejércitos entre manos. Pero chico ó grande, te aseguro que será campo de la Union. (Sofia es yankee.)

No sé lo que contesté á Sofia, porque con nuestro ruido empezó á despertar "Beauregard," y como es niño tan terrible cuando se le molesta, nos salimos de puntillas para no presenciar á deshoras un Bull Run.

Padres y madres que teneis Scotts y Beauregards, vosotros solos comprendeis el entusiasmo con que á los primeros albores de la mañana, que en esta época del año es perezosa tambien para levantarse, abandoné yo las sábanas calentitas como bizcocho recien salido del horno, y encomendándome al Niño de Belen, me vestí á toda prisa para gozar del espectáculo que nos darian nuestros querubines al despertar. Sofia no se hizo de rogar en aquella mañana fria de diciembre, y dándonos el *Merry Chritsmas* con la misma cordialidad que lo habriamos hecho seis años ha, cuando el pobre proscrito vagaba por la tierra como el Judio Errante, y ella no habia conocido sino los besos y las sonrisas de su madre, nos sentamos al rededor de los ejércitos de Santa Claus para aguardar la venida de los protegidos de aquella generosa vision poética que no envejece ni con los siglos.

Vinieron. ¡Qué gozo! Si los hubiéseis visto con los ojos radiantes de felicidad y las manos galvanizadas sin saber á cuál de los muñecos echar mano primero; si hubiéseis oido sus voces llenas de júbilo ensalzando á la buena Santa; si los hubiéseis visto saltar en un solo punto como temerosos de que el Rey Algodon se les escapase al volver la cara; si hubiéseis contemplado aquella escena, que no se repite dos veces al año; si hubiéseis sentido unos brazos que apenas alcanzan para abarcar nuestro cuello y unas manecitas que borran de la frente todas las arrugas; si os hubiéseis hallado junto á nosotros en aquel momento, estoy seguro de que habriais gozado como no se goza en ninguna otra parte, sin

pensar, como no pensaba yo, sino en lo bien que me pagan los juguetes de mis hijos.

Recuerdo que antes de ir al vapor que salia aquella mañana para Matanzas, abrí los brazos y me encontré en ellos el colmo de la dicha: mi esposa y mis hijos. La casita del proscrito se convirtió en un nido de felicidad. Olvidé que habia gastado la vida trabajando afanosamente todo el año, y al sepultar los restos del de 1861 me sentí con nuevos brios para combatir contra las tormentas de la vida, y para hacer frente á las injusticias de los hombres. Benditos sean los juguetes de mis hijos.

Nueva York, diciembre de 1861.

DON FERMIN EL GUIA.

—Pues créame V., Señor Nazareno, por la fé de cristiano, mas quisiera ser fregon de la cocina de algun rico, ó albacea de quien no tuviese por heredero mas que sobrinos, ó escribano del tiempo viejo, ó cobrador de rentas. . . . .

—Tan cansado está V. de su oficio?

—¿Cómo cansado, si estoy que quisiera ahorcarme? Y si pronto no me retiro de la profesion, me parece que acabaré en una casa de orates.

—¿Conque tan mal le sabe á V. el ser guia?

—¡Que si me sabe! Me sabe á retama, y á hiel y á cuanto amargo se conoce en el mundo! Yo guia! ¡Yo cicerone! Yo conductor de tontos y director de ignorantes, yo que tengo la desgracia de verlo todo por el lado flaco y no encontré en la vida quien me quisiera, ni madre, porque la mia se murió por no verme crecer; yo que apenas ví mujer que me agradase, la cual no tuviese mas peros que la mata mas cargada del mejor huerto!

—En resúmen, D. Fermin, á V. le sucede lo que dijo Quevedo.

—¿Pues qué dijo, Sr. Nazareno? Ya V. nota que no sé mas español que el que hablan en mi pueblo.

—Quevedo dijo:

No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga."

—Pero, dígame V., señor, y eso lo escribió el Sr. de Quevedo para algun guia?

—No, señor, sino para sí mismo.

—Pues el hombre era guia indudablemente, porque todo eso me ha acontecido á mí.

—Veamos cómo, D. Fermin.

—Pues oiga V. mis cuitas y dígame en conciencia si no son hartas, aunque lo que soy yo, con ellas no podria mantenerme. Yo vine á esta tierra de la jerigonza, fresquecito de mi pueblo, donde era, como allá se dice, gran cacao, ó para que V. me entienda, secretario del alcalde, sacristan del cura, tertuliano del ministro, capitan de milicianos, intérprete de la aduana y ayudante de correos cuando los habia. Yo mismo me tenia respeto, se lo aseguro á V., y me consideraba como una especie de entidad que habia equivocado el lugar de su nacimiento. A ocasiones me preguntaba qué hacia yo en aquel lugar miserable donde á lo sumo llegaria á ser ministro, sucediendo á otros tantos como yo, incluso el enterrador, que descubrió un tesoro ahondando la tierra para acomodar á un calenturiento á quien se habia depositado antes de morir por precaucion sanitaria. Si me quedo, solia decirme, nunca seré mas que el D. Fermin de siempre, á quien conocen hasta los cerdos de esta ciudad. (Así se llamaba el pueblo.) Y si me voy, haré fortuna, porque en yendo á tierra donde no se hable español, seré un portento. Cierto dia se presentó en la rada un pícaro buque inglés, á cuyo capitan habia interpretado yo en la aduana. . . . . porque sepa V., señor Nazareno, que yo aprendí el inglés en la casa del representante de aquella nacion donde se me queria desde que casualmente estornudé al preguntarme S. E. cómo se decia reloj en su idioma . . . . Pues como iba diciendo: en un pais en que no se hablase español, seria yo un portento, por ser único. Un buque en puer-

to, el capitan amigo, el pasaje gratis. . . . A las dos semanas de feliz travesia me encontraba ya en Nueva York, quiero decir en un muelle de Nueva York.

—Y le gustó á V. el pais?

—Vaya, señor, si me gustó! ¿Cómo le perdonaria yo á la metrópoli que nadie hubiese salido á recibirme al muelle? Yo que me habia imaginado que en el mismo muelle se darian de pescozones por agarrar á un hombre que hablaba español, inglés y sabia decir: *Ui, musiú!* Yo que en mi pueblo habria causado un terremoto con mi entrada del estrangero, y todos, incluso el cura y el alcalde, habrian salido á recibir á don Fermin y ¿Cómo está V. don Fermin? y ¡Bien venido, don Fermin! y ¡Chico, has vuelto mas gordo! ¿te conocieron en Francia al llegar? y ¿Qué dicen en *Ingalaterra* de nuestro pueblo y del último discurso del *menistro*?

En fin, me resigné á mi suerte y empecé á dudar de si á Nueva York habria llegado la fama de don Fermin. Paso por alto los contratiempos de la llegada: el cochero me ecsigió cuatro duros por llevarme al hotel, y como me pareció caro, trató de convencerme como lo hace con sus caballos; llamaron á comer, dejé abierta la puerta, y por ella me sacaron el reloj, que era de lo mejor que habia en mi pueblo, y las onzas de oro que tenia en mi baul, advirtiendo á V. que el baul no lo dejé abierto; soplé el gas al echar mi siesta, como solia soplar una vela de sebo en la casa donde nací, y fué menester forzar la puerta para sacarme medio asfiesiado. Todo eso no vale nada comparado con la inaudita desgracia que me sucedió despues: no sabiendo el camino de mi cuarto por entre tantas escaleras, pasadizos y callejones como habia antes de llegar á él, me dió vergüenza preguntar á los criados. Considere V. un hombre que sabia hablar inglés y no sabia ir á su cuarto! Me senté confundido y casi rabioso en el locutorio del hotel y aquí fué mi desgracia: en la cara de uno de los dependientes reconocí no sé qué trazas de españolismo, y para salir de dudas, eché un terno y lo dije redondo.

—Caballero, me dijo en el acto el dependiente, advierto á V. que en ese salon inmediato hay señoras que hablan español.

—Toma! le contesté, si V. lo habla tambien.

—Soy de Sevilla.

—Y las señoras, son tambien sevillanas?

—No, señor, de Cuba.

—¿Conque hay aquí gente que habla español?

—Y mucha. Suponga V. que estamos en verano y que los baños de Cuba quedan en Saratoga, donde no hay rio.

Conque muchos españoles! esclamé sintiendo que sobre el corazon me caia un peso de quintal y medio. ¿Qué será de mí, triste ex-secretario, ex-sacristan y ex-tertuliano de ministro? me pregunté en mi interior sin saber ni dónde estaba parado; y en un arrebato de desesperacion, echando de menos mas que nunca mi pueblo, y á falta de mi pueblo, las onzas que se me habian escapado del baul por el ojo de la cerradura como para que no pudiese volver á incorporarme con mi compañia de milicias, pedí al dependiente que me diese las señas de mi cuarto á ver si lo encontraba, para irme á dormir, porque el sueño es un gran remedio.

—Escelente, don Fermin.

—El dependiente, señor Nazareno, se sonrió y mandó á un criado que me condujese al sesto piso. Dormí, me refresqué, pensé con calma en mi situacion y de las mismas desgracias me ocurrió sacar partido. Puesto que hay tantos cubanos en esta tierra y tantos que hablan español, me dije, voy á continuar mi vida pasada y á convertirme en director como lo hacia en otro tiempo con el alcalde y la compañia de milicias. Pensar, decir y hacer, todo fué uno: compré un derrotero de la ciudad, me lo aprendí de memoria y me anuncié dos dias despues en los periódicos como guia, cicerone, intérprete, lazarillo, conductor, director, enseñador y cuanto se me ocurrió en aquel momento. Gasté en la publicacion del aviso mis dos últimas pesetas y me senté á esperar. Un aviso produce siempre su efecto, es la palanca de los negocios . . .

—Y el refugio de los necesitados.

—Cabal, señor Nazareno. Mi anuncio me trajo un cliente el mismo dia. Erase un honrado vizcaino que acababa de desembarcar y estaba poco mas ó menos como yo. El menos era el inglés que él no sabia y el mas el dinero que yo no tenia. A mí me sobraba ademas una cosa, y era atrevimiento.

La "Guia de Nueva York" me enseñó todos los puntos notables de la gran ciudad, las vias de comunicacion, el precio de pasajes etc. Aprendí el mapa de memoria y bien ó mal salí de mi primera empresa, sin que el de Vizcaya echase de ver que éramos un ciego guiando á otro ciego, porque con mi cháchara no le daba tiempo á reflecsionar. Pagó-

me generosamente, y al despedirse me recomendó á sus amigos. Dios se lo pague al buen señor, que su intencion fué buena.

Pero de ahi el orígen de esta vida arrastrada que llevo. Soy guia, señor Nazareno, y ya Nueva York, Saratoga y el Niágara con todas sus entradas y salidas, usos, costumbres y servidumbres, segun diria mi alcalde, se me han fotografiado en la cabeza, de manera que pudiera repasarlos á tientas.

—Tanto mejor, don Fermin.

—O tanto peor, señor Nazareno. V. no sabe lo que es visitar por obligacion los sitios de placer. Y ademas, V. no sabe lo que es ser guia. Supongo que vamos de tiendas mi conducido y yo y que nos detenemos á comprar medias.

—Hombre! dice él á gritos, ¿y cuánto quitan en esta tierra por las bolsas de pié?

Moderadamente me le acerco y le hago observar que aquí es muy notable la gente que habla á gritos.

—Pero, hombre, me replica alzando mas la voz; pues en esta tierra no dicen que hay libertad?

—Si señor, pero no se acostumbra á dar voces sino en casos de incendio.

—Pues hombre! (y vuelve á las andadas) yo en mi tierra grito hasta que me pongo ronco y nadie me dice esta boca es mia. Ya V. ve, señor Nazareno, ese es un lance apretado, porque los dependientes de la tienda y todas las personas que entran en ella, se detienen para gozar de la comedia que estamos representando grátis mi conducido y yo. Pero, finalmente, volvemos á las medias.

—Las medias valen tres reales el par.

—Tres reales! pues digo! y esta gente no se confiesa? Judiazos, ladrones, en mi tierra se venden á dos, y eso que allá no las hacen.

—Ni aquí tampoco, señor don Liborio, estas son medias inglesas.

—Pues esta está mejor! ¿Y aquí qué son, don Fermin, sino ingleses? V. como que no sabe nada de guia!

Yo me muerdo los labios para no contestar un desatino y vuelvo á las medias.

—Le gustan á V., don Liborio?

—A mí sí; pero no el precio. Dígale que si quiere dos reales.

—No es posible, señor, es precio fijo.

—Hombre! V. como que está de acuerdo con el tendero. Pues bien: dígale V. que sus medias son muy caras, y que no sea tan ladron.

—Cómo? cómo?

—Que no sea tan ladron.

—No, señor, yo no diré tal, no quiero llevar un mal golpe ni que el tendero me persiga por insultos.

—Pero si V. no es quien se lo dice, que soy yo.

—En eso está V. equivocado, porque *autores et factores eamdem penam ferentur*, le contesto acordándome de mi alcaldia.

—Pues si me viene V. con latines, la obligacion de V. es interpretarme y V. no me interpreta, vaya V. con Dios! Yo no lo necesito mas, que para mal acompañado mejor es ir solo, y el buey suelto bien se lame, y á solas me coman moscas.

El hombre me soltó una ensarta de refranes y los pocos pesos que me dió en cambio de insultos, no vinieron á mis manos sino por conducto del amo del hotel, que me pagó el piscolabis regular sin consultar á don Liborio. Ah! mi vizcaino! esclamé yo, echando de menos al que me lanzó al mundo de los guias desorientados.

En otra ocasion me tocó un caballero que hablaba quedo y preguntaba mucho. Vimos toda la ciudad y quiso saber de qué eran los edificios, cuánto habian costado, quién los hizo, en qué año y qué sé yo cuántas cosas mas que seria cansado repetir. Llegamos á Blackwell's Island, donde está el San Hipólito del Ayuntamiento, como V. sabe.

El primer paciente era una loca que no hablaba. Don Francisco se le acercó, la loca lo miró y sonriéndose le alargó la mano en silencio.

—Don Fermin.

—Don Francisco.

—Esta es loca?

—Así parece, puesto que está aquí.

—Y desde cuándo?

El portero nos dió el informe: cinco años.

—Y por qué no habla?

—Yo no sé.

—Pues, don Fermin, pregúntemele V. por qué no habla.

—Pero, don Francisco, si en eso consiste su locura.

—Pues por lo mismo, hágale V. la pregunta.

Me revisto de paciencia y le hago la pregunta:

—Señora loca, este caballero desea saber por qué no habla V.

La loca se sonrió.

—No ha oido, dijo don Francisco.

—Sí ha oido, mi señor; pero ella no ha hablado en cinco años ¿y quiere V. que hable ahora por amor á V?

—Don Fermin, repítale la pregunta, y á que contesta . . .

Repito y repito hasta que la loca se cansa de importunidades y me hace enfurecida una mueca. Yo que no soy ningun Fierabrás, me cubro con el cuerpo del portero, dándome por bien librado de que la infeliz no me hubiese arañado la cara.

Don Francisco sigue imperturbable haciendo preguntas y yo con una paciencia de canonizado. Vamos por la calle y pasa un coche con lacayo de librea.

—Don Fermin, ¿qué marquesa va en aquel coche?

—Aquí no hay marquesas.

—Pues, y la librea?

—La librea quiere decir que el pais es libre y que cada cual puede vestir á sus criados como se le antoje.

—No me satisface; diga V., ¿esta es república?

—Sí, señor.

—Demócrata?

—Así dicen.

—Pues la librea es un contrasentido.

—Lo será, don Francisco; yo nunca me meto en asuntos agenos.

—Y esa mujer que se sonrió con V. al pasar, ¿quién es, don Fermin, si se puede saber?

—Esa mujer, pues . . . esa mujer . . . pero le advierto á V. que no se rió conmigo, sino con V.

—Conmigo, esa señorita? Yo no la conozco.

—Pero ella le conoce á V.

—Cómo que me conoce?

—Ella sabe que V. es rico, estrangero y soltero, ó por lo menos que su señora no le acompaña.

—Pero cómo se averigua . . . ?

—La práctica, don Francisco.

Y de pregunta en pregunta el bueno de don Paco se desliza á laberintos en que, para que no se pierda, tengo que acompañarle, como le acompañaria á una emboscada ó mu-

cho peor, si estuviésemos en campaña. El mal paso andarlo pronto, me digo. Yo soy guia. Guia, señor Nazareno, quiere decir muchas cosas.

—Ya lo veo, señor don Fermin.

—Tocóme otro, señor Nazareno... pero no permita V. que yo le quite su tiempo...

—Oh! no. Continúe V., que soy taquígrafo y me divierto en ejercer el arte con las palabras de V.

—Pues con permiso de V.: me tocó otro que se bebia él solo los vientos y tenia mas diligencias que una casa de postas. El comerciante, el banquero, el corredor, el demonio! Y qué genio de hombre! Era preciso, indispensable, prender á uno que se habia fugado de no sé dónde por no sé qué, y eso en el acto.

—Vamos al comerciante, me dijo á las siete y media de la mañana.

—Es inútil, señor: el comerciante no baja á su oficina hasta las nueve.

Con dificultad le hice aguardar, no sin que hubiese visto antes su reloj cincuenta veces y prorumpido en imprecaciones contra la costumbre de ir tan tarde al escritorio. ¿A qué horas irian en la tierra de mi Telémaco? Por fin vimos al comerciante, se presentaron las cartas de introduccion, que fueron atendidas con una de esas fórmulas vanas: "Estoy á la disposicion de V." "Vea V. en qué nos manda," y otras por el estilo.

—¿Cómo es eso de "En qué puede serme útil?" me decia mi hombre. Dígale V. que inmediatamente me busque á ese bribon del cajero, y me lo mande poner en la cárcel, y por el primer vapor lo remita para ser castigado.

En vano le espliqué que el comerciante no podia hacer nada de eso, que eran los abogados y la policia quienes podian encargarse de la comision, que los negociantes estaban á su negocio, y otras cosas que á mí me parecian muy racionales, y á él muy irritantes. Insistió, y hube de traducir lo que queria para oir por supuesto las mismas observaciones que yo le habia anticipado.

—V. traduce á su favor, me contestaba el litigante, y desconfiando sin duda de mi veracidad, le decia en español al comerciante una multitud de espresiones que el comerciante oia abriendo desmesuradamente los ojos, pero quedándose en ayunas sobre su contenido.

—Apuesto á qué ahora le hace, me decia el extranjero.

—Qué me está diciendo? preguntaba el comerciante.

Y yo en medio de los dos, señor Nazareno, como supongo que estará un buque entre dos olas embravecidas.

Al cabo de mucho tiempo, y de muchas idas y venidas, resultó que entre abogados y curiales consumieron á mi recomendado media talega, y que su hombre fué preso, pero no pudo ser sacado del pais á consecuencia de no estar comprendido en la ley de *estraduccion.*

—Estradicion quiere V. decir, D. Fermin.

—Así es en efecto, señor Nazareno, dispense V. que confunda la tradicion con la traduccion, que es mi mayor cócora, y no se cómo me ha dejado el juicio sano.

Y no es lo peor, continuó D. Fermin, sino que la mayoria de los paseantes en corte que emplean el guia, vienen con el ánimo hecho de que en esta bendita tierra todo está por el suelo, quiero decir, regalado, ó á precio de bienes mal habidos, que todos somos unos bribones que poco mas, poco menos, tratamos de chupar la sangre á cuantos tienen la desgracia de caer en nuestras manos, y que ademas pueden hacer cuanto se les antoje. Ahí de los apuros del que sirve de eslabon entre la sociedad de allá y la de acá. El choque de las ideas viejas y de las ideas nuevas lo sufre sin remedio el eslabon como una descarga eléctrica que le sacude hasta la médula de los huesos. Es el guia, señor Nazareno, el editor responsable de todo aquello á que el forastero no está habituado, y en el guia se personifica al pais nuevo para hacerle sentir toda la estrañeza que produce un órden de ideas que difieren mucho de las que para el recienllegado vienen sucediéndose desde la cuna.

—Filosofa V., D. Fermin.

—Que filosófo! Buenas solfas me ha costado esa filosofia y no creo que el picador haya llevado mas coces y mordiscones del potro antes de aleccionarlo al freno y á la silla, que estropeos ha llevado el guia, con la diferencia de que el picador puede sacar un caballo maestro, al paso que el guia no alecciona á nadie, porque trabajando contra sus intereses, mientras mas pronto enseña, mas pronto es abandonado por innecesario. Por eso echa mano de fretas y subterfugios, aguijoneado por la necesidad de vivir de su oficio á fin de que le dure. A nadie puede exigírsele que voluntariamente se condene á morir de hambre. Luego, ha de saber V. que todos nacen ya aprendi-

dos y bien pocos son los que requieren guia; la mayor parte puede poner cátedra.

Referiré á V. una historieta de cuya veracidad respondo. Un sabihondo de alguna de las repúblicas de Centro América desembarcó en Nueva York con toda las ínfulas del D. Fermin aquel que V. conoce, ex-secretario, ex-capitan, etc. El hombre se lo sabia todo, y cuando en el hotel me ofrecieron de guia, se sonrió con el mayor y mas soberano desprecio. No pasaron muchos dias sin que en mis escursiones ciceroninas me lo encontrase disputando en una fruteria con el vendedor de peras, duraznos y *yames* de Baracoa. El frutero y el Doctor en ciencias mayores estaban para arañarse, segun las voces que se cambiaban. El cerco de gente en la puerta parecia el de una valla de gallos.

—Paisano! me gritó el forastero desde que me vió. ¿Quiere V. decir á este caco que es un ladron?

—No, señor, dígaselo V. mismo.

—Si se lo he dicho y no me quiere entender. Suponga V. que este tunante.... Mal rayo lo parta!... pretende quitarme una peseta por dos plátanos..... con cinco mil de á caballo!.....

—Doctor, le dije: cálmese V. para que esta gente se retire, ó habrá escándalo.

A la sazon, el vendedor, que sin duda adivinó que yo le comprenderia mejor, vino á contarme lo ocurrido. Le rogué que se aguardase hasta que el público despejara y entonces entendí lo que habia pasado. El Doctor vió los plátanos y como gato á raton les puso ojos y manos, preguntando por señas cuánto valian.

—Un real, contestó el vendedor.

El Doctor, que venia de Costa-Rica, donde se venden tres ó cuatro racimos por esa suma, pensó que el precio era subido; pero se conformó, considerada la distancia, con pagar tres veces mas y empezó á comer del que creyó *su* racimo. Seguramente que al segundo plátano no pudo mas y trató de pagar en proporcion á lo consumido.

—Dos reales, dijo el frutero con la boca y con los dedos.

—Dos reales! contestó el Doctor. Eso será por el racimo; pero yo no lo quiero todo. (Y pagaba un real pensando que aquello seria el colmo de la generosidad centro-americana.)

—No, argüía el frutero, dos reales.

—Pero, hombre de Barrabas, decia el Doctor, ¿quiere V. que me salga yo por la calle con un racimo de plátanos que

no vale sino dos reales? Guárdeselo V., yo no lo quiero, y tome la mitad del precio total.

—Oh! *Sir*, dos reales, volvia á decir el frutero.

—No hay *Sir* que valga, ni me engatuzará V. con tratamiento de Majestad: aquí tiene V. un real y guárdese V. el racimo, que yo no lo cargaré en Broadway por nada del mundo. Si V. no lo quiere, tírelo V., déselo á un pobre, arrójeselo V. á los puercos; pero lo que soy yo, no lo llevaré, aunque V. se empeñe.

—Oh! *Sir*, dos reales.

—¡Vuelta con el *Sir* y con el empeño! ¿Pues no entiende V. que no quiero todo el racimo ni lo querria, aunque V. me lo regalase, con mil diablos?

—Nada de diablos, replicaba el frutero, sino de monis: dos reales, dos. (Y levantaba el índice y el mayor para ayudar á esplicarse por señas.)

En aquel momento entré yo y el Doctor se quedó como picado de raya cuando le espliqué que no estábamos en Sonsonate sino en Nueva York, y que si allá valia el racimo algunos centavos, aquí cada plátano importaba un real fuerte. Creo que los plátanos le dieron cólico de indigestion, segun el acceso de bilis que le acometió. Aprestando de mala gana los dineros, sacó el Memorandum y apuntó en mi presencia "Avisar al ministro que los plátanos son en Nueva York mejor artículo de comercio que el cacao, pues este nadie lo usa y aquellos se venden á real cada uno.—Reforma en los Aranceles.—Revolucion rentística.—Cambio de cultivo."

¿Y qué diré á V., señor Nazareno, de los trances del guia cuando el recomendado es recomendada? Mas le valiera no haber nacido!—Imagine V. á un pobre diablo de solteron como yo, algo avanzado en años, frente por frente con una tenderita buena moza y rozagante de malicia, cuando la encomienda le dice á Don Fermin que pregunte el precio de las crinolinas. La tendera se sonrie por debajo de cuerda y saca un paquete lleno de misterios, mirando al Don Fermin con cierto airecillo socarronazo que lo pone carmesí subido y á medio pié mas arriba del suelo. ¿Y las ligas? ¿y los fustanes? y..... y..... y..... no sé cómo le diga á V. lo demas. Para tales escursiones va sola la mamá; las niñas se quedan en el hotel y el pobre Don Fermin pasa mas trasudores de los que son de imaginar, no solamente, señor Nazareno, por la compra en sí misma y su resbaladiza calidad, sino por lo difícil de la

interpretacion en ciencia no sabida de quien no vivió jamas con mujer ni sabe de sus artes y argucias mas que lo que dicen escasamente los libros. La correspondencia de las palabras mugeriles es un potro de tormento para un neófito.

—Pregunte, D. Fermin, si tiene Malakoff, me ordena la señora.

—¿Tiene V. Malakoff? pregunto yo, sin saber qué querrá hacer la buena cubana con la derruida fortaleza.

—Malakoff! contesta la tendera. Vaya V. á Sebastopol.

Los polvos dice la picaresca vendedora estan en el fusil, porque la palabra inglesa correspondiente á cascarilla, V. sabe que significa pólvora. En cuanto á las ligas, recuerdo la órden de la Jarretera y digo que es lo que usa para poner en las piernas á los milores la reina Victoria, y me dan una verdadera jarretera que usan aquí los lacayos de algunos ricos. Pido abuecadores y me traen un tontillo, equivocando el lugar en que han de aplicarse. No digo nada del túnico que para algunas señoras es vestido esterior, como en Lima, y para otras es interior; y el camison que en Venezuela no es una camisa grande sino el túnico del Perú. ¿Qué es manteleta? Pregúnteselo V. á tres señoras y tendrá tres definiciones. ¿Y la batata, y el buniato, y el guanajo, y el papelon, y el choclo, y el jojoto? Y las flores que en cada seccion de la América española tienen nombres distintos? ¡Cuántas veces me he encontrado con que no hay diccionario posible, mucho menos interpretacion, para algunas cosas que mis encomiendas necesitaban! Pero en resúmen, señor Nazareno, prefiero interpretar á las damas, porque si bien es mas difícil, y costoso á veces para el varonil pudor, siempre quedan mas complacidas y proceden con mas generosidad. Sobre que todas no son mamás ni tias, y las que lo son, tienen sus competentes hijas y sobrinas que, ya V. ve, aunque los años aumenten, jamas se pierde el buen gusto y la aficion.

Pero los hombres!..... Con decirle á V. que he tenido presuntuosos gaznápiros que han ido al teatro inglés para que yo les interpretase la comedia, está dicho cuanto puede decirse de las calamidades de un guia. Uno recuerdo que me llevó á la ópera y se empeñó en que yo habia de explicarle porqué *Elbino*, ó cómo se llame, deseaba *acostar* á Amina un solo momento, en aquella aria:

Acostarla,
Acostarla un sol momento.

—Mire V., le dije, yo no sé italiano, pero me parece que ese *acostar* quiere decir "estar á su lado," porque el enamorado de la ópera es hombre muy fino y muy respetuoso con la dama para pretender otra cosa.

—Esas son suposiciones de V., me replicó; yo conozco á Tiberini y sé que no es tanto como V. dice. Lo que hay es que V. interpreta mal.

El amor propio se me picó y algo colérico le contesté:

—Pues mire V., si V. conoce á Tiberini, yo conozco á madama Gazzaniga y ni V., ni nadie.....

La orquesta, que tocaba un *tutti fortissimo*, apagó mi voz completamente y me alegré, porque la mejor palabra es la que no se dice.....

Señor Nazareno, no quiero aburrir á V. con mas cuitas; pero tenga V. entendido que el capítulo es inagotable y que cuando se sienta V. cansado de la vida, en lugar de suicidarse en un dia de *spleen* á la inglesa, se meta á guia, bien persuadido de que si Dios no lo remedia, se irá camino derecho del cielo, porque ha hecho su purgatorio acá en la tierra.

Don Fermin se despidió de mí y yo me quedé con las ganas de aconsejarle que si queria mejorar de suerte, se metiese á corresponsal.

LOS TEATROS DE NUEVA YORK.

El vulgo es necio, y pues lo paga es justo
Hablarle en necio para darle gusto.
LOPE DE VEGA.

Y en lo de moralidad, dijo Sancho, esas son temeridades.
CERVANTES.

El hombre de bien imita á las gallinas en lo de ir á la cama y levantarse temprano. Dios hizo la noche para dormir, y si se obedeciese el mas cómodo de sus preceptos, ganarian menos los médicos y las compañias de gas. Nuestros padres del siglo

XVIII en toda la América española, y permítase á un hombre sin patria el recuerdo de la que tuvo, gozaban en general de mejor salud que nosotros. A nuestras abuelas rara vez les pasó por las mientes desmayarse, y ni los unos ni las otras conocieron enfermedad de nervios, que, como la difteria, la dispepsia y el cloroformo, son calamidades tan modernas como las garantias constitucionales y la libertad de imprenta en tiempo de conmocion. Ello es verdad que los buenos señores y las inmejorables señoras de aquellos tiempos, no obstante que cenaban y que no tomaban té sino por remedio, siempre estaban frescachones y coloradotes, y se morian cuando Dios queria, despues de haber gozado largos años de los placeres de la vida y de las delicias de la cama, estas últimas un cincuenta por ciento mas que toda su progenie. Una buena cama y una conciencia tranquila, despues de haber besado la mano de rodillas á su merced el padre, y á su merced mamita, daban á los hijos de nuestros tatarabuelos aquella salud robusta con que así descogotaban á un toro como hacian entrar en razon al animal mas irracional del mundo, cuando lo es, al caballo criado en las soledades de los campos. Entonces aun podia recordarse la época hazañosa en que Garcigonzalez vencia á un cacique, su contrario, apretándolo contra el pecho á ejemplo de los gladiadores romanos, y Francisco Escobedo, el salamanquino, hacia gemir á su tordillo de Andalucia con la sola presion de sus piernas, y Juan Rodriguez, el de la capa de grana que servia de pasaporte entre los indios, se batia solo durante cuatro dias seguidos, resguardándose las espaldas con un peñon, contra todos los tarmas y cumanagotos mandados por el mismo cacique Terepaima.

"En dónde está el forzudo
Brazo de Villandrando?
De Argüello y de Paredes los robustos
Hombros? El pesado
Morrion, la penachuda
Y alta cimera acaso se forjaron
Para cráneos raquíticos? Quién puede
Sobre la cuera y enmallada cota
Vestir ya el duro y centellante peto?
Quién enristrar la ponderosa lanza?"

¿Y todas esas sansonadas no las hacian esos señores porque guardaban los preceptos de la iglesia y dormian á pierna tendida toda la noche? Contemplemos el rostro de una abuela y de una mamá en estos dias, y observaremos que el de la segunda lleva apariencias mas señaladas de vejez que el de la

primera. La mamá tiene la cara trasnochada, es una rosa que ha estado demasiado espuesta á la llama. La cara de la abuelita es rechoncha, y á despecho de las arrugas de la edad, rozagante como flor que no ha disfrutado de mas luz que la del sol. ¿No es cierto que todas las plantas que florecen de noche son pálidas? ¿No lo es que todos los animales nocturnos son feos, y todos los ruidos temerosos, y todos los cantos desapacibles é incómodos despues de oculto el sol? La luna, luminar de la noche,

"brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla."

Y todos bien sabemos que no es mala lámpara la dueña encubridora de amorios desordenados y de robos con escalamientos. ¿Quién no sabe, ademas, que el brillo de la luna es prestado como el blanco y carmin de D.ª Elvira, es decir, la cascarilla y el arrebol de Pepita? Ajustemos cuentas, y al cabo encontraremos que la mayor parte de las cosas que se hacen de noche no son buenas, porque contrarian á la naturaleza. La noche se hizo para dormir únicamente. Son escepcion de esta regla los que la emplean ademas en roncar, que como cualidad inofensiva se permite con privilegio esclusivo á los gordos y á los cerdos.

Con tales ideas en la cabeza, y la cabeza embutida en almohadas de pluma, que por ser de ganso inspiran á los escritores, héteme que una de estas noches pasadas me encuentro despierto y alborotado por mi amigo Ruiz para que visitásemos á Broadway por la noche. Mi amigo Ruiz es un hombre de los mas exigentes, porque lo hace todo con tanta voluntad, y pide con tanto modo y tanto aquel, que no es posible decirle que no. Esa mismísima razon me da para quererlo una muchacha que se muere por él.

—Pero, hombre, y qué va V. á buscar á Broadway por la noche? Alguna de las tentaciones que con cara de fiambre y obras de serpiente recorren esa Babilonia, como zorras que salen despues de oscurecer á caza de los pollos del vecindario?

—Dios me libre! contestó Ruiz; para eso me quedaria en mi casa, ó en la de Mercedes.

—Pues hágame la de decirme si va á comprar en las tiendas á la hora que todos los gatos son pardos?

—Qué comprar, si nada necesito?

—Pues entonces?

—Entonces, si V. no lo lleva á mal, quiero que me enseñe V. algunos teatros. Digo, si V. no tiene en qué matar la noche.

—En qué matarla? Pues no se me acusará nunca de un nochicidio. Yo la gozo y deseo que se conserve.

—Y no quiere gozarla fuéra de techo?

—A V. no sabe uno decirle *No*. Vamos allá y sea esta una escepcion sin ejemplo, que se esplicará por la natural curiosi dad de V., como viajero, de conocer el pais en todas sus faces.

Nos dimos el brazo y entramos, principiando por lo alto, en la Academia de Música.

—Altisonante nombre! dijo Ruiz, altisonante para un teatro de ópera. . . . .

—Cuando la hay, añadí yo, y mas altisonante, porque no siempre es de ópera sola. Ahora mismo se estan dando funciones de prestidigitacion.

—Hermann! Es un académico perfecto en su género.

—Sucedió á un chapucero en el local.

—Pero Hermann, como Napoleon, ni tiene padres ni tiene hijos.

—A qué Napoleon alude V? Porque ha de saber V., que el chiquirritin del empresario que ha alquilado el local, se llama Napoleon.

—Ullman, querrá V. decir.

—Así se llamaba su padre; pero él ha sido rebautizado.

—Si me dicen que es hebreo!

—Los periódicos de Nueva York lo convirtieron en Napoleon el Chico desde que echó del teatro á un periodista.

—Y se convirtió?

—Usted lo juzgará mejor entrando.

La tarjeta de entrada decia que los directores, accionistas, artistas italianos y empleados de la Academia daban á Mr. Ullman dos beneficios con objeto de habilitarle para su viaje á Europa en busca de una compañia de cantantes.

Los directores y accionistas de la Academia son ricachos bien conocidos y así se curan ellos de ella como del gran turco. La primera noticia que tuvieron de su generosidad fué el recibo inesperado de veinte entradas cada uno, que Ullman les enviaba para hacerles sabedores del beneficio y para distribuirlas entre sus amigos, mediante un subsidio racional.

—Quiere decir, interrumpió Ruiz, que Ullman hace saber á los directores y accionistas que ellos le dan á él un beneficio de

ópera, precisamente cuando no ha habido temporada y ni si quiera les pasaba por la imaginacion que pudiese haberla.

—Precisamente. Ullman conoce á su público y sabe que con buenos modos. . . . .

—Ya.

—En cuanto á los artistas italianos de la Academia que dice la papeleta, no los conoce nadie, pues la Academia ni mantiene académicos ni tiene artistas. Son un mito y nada mas. Brignoli se ha ciudadanizado en Nueva York hasta el punto de correr á caballo por el Parque Central, comer ostras y beber *largerbier*. La Hinckley y la Kellogg estan hablando inglés con solo decir su nombre; son tan ciudadanas como el aleman que representa á los Estados Unidos en Madrid. Mancusi es barítono ademas de italiano; pero no conoce la Academia, puesto que lo anuncian como novedad. Quedan los coristas, gente del pueblo que no ha aspirado nunca á ser italiana ni académica.

—Pero hombre, y así se miente?

—Barnum ha dicho: mientras mas imposible parece la mentira, mas concurrencia atrae. Y Barnum es uno de los siete sabios de esta Grecia.

Subió el telon y aparecieron los artistas italianos "de la Academia" dándonos *Un Ballo in Maschera*, ópera que toma su nombre del acto final como los castores que se califican por la forma del rabo. Paso en silencio las opiniones de Ruiz sobre la arquitectura y ornamentacion del teatro, sobre los italianos y su canto y sobre la concurrencia que era numerosísima, segun conviene á un beneficiado popular y que lleva nombre tan alto. Las opiniones dichas al oido son sagradas. Pero no puedo callar que en las paredes del teatro habia un cartel anunciando que por muchos empeños se habia decidido el beneficiado á la repeticion de la misma ópera, es decir, á *aceptar* otro beneficio.

—Estará convertido? le pregunté á Ruiz.

En cuanto á la ejecucion de *Un Ballo in Maschera* aseguran los periódicos que estuvo mucho mejor que la primera vez que se dió esta ópera un año hace, por la superioridad de todos los cantantes del actual *cartelo*, á saber: Tenor: entonces lo era Brignoli y ahora lo es Brignoli. Prima donna: Madame Colson cantó admirablemente y ahora canta Miss Kellogg que "es principiante y no debe esponer su voz á los embates de la música de Verdi." Otra prima donna: Miss Hinckley que can-

tó la primera vez, canta ahora la segunda; pero esta actriz es mejor que aquella y. . . digo que es mejor, porque lo dice el periódico. El mismo periódico recuerda á Ferri con dolor y cree que Mancusi promete, lo cual hace el que no da. Los demas cantantes, coros etc. son los de siempre. Recapitulemos: todas las partes de la compañia son las mismas, menos Miss Kellogg que se confiesa inferior á Mme. Colson; luego, la compañia es *muy* superior, segun dice el periódico y el público lo cree.

Ullman se frotaba las manos al contemplar la concurrencia y se reia con media cara y cierto sonido parecido á las articulaciones del hebreo, que dice Hayne remedan el tic-tac de un reló en la mesa de un prestamista sobre prendas. Al verle la cara en aquel momento supremo, Ruiz se convenció de que el Mesías habia llegado para él aquella noche de beneficio gratuito. El anuncio de que se repetia la funcion llevó al colmo la admiracion de Ruiz.—¿Y habrá en el mundo quién no tenga por crédulos á los americanos? me decia.

—Eso no, le contesté, la concurrencia no es toda de americanos; hay en ella muchos ciertamente; pero la gran mayoria la que decidiria en un dia de voto universal, se compone de estrangeros; mucho francés, mucho español, mucho italiano, mumucho aleman; pero sobre todo, mucho francés y mucho español.

Al salir del teatro nos dirijimos Ruiz y yo á la *Maison Dorée*, restaurant que Monsieur Martin, de California, ha bautizado en galiparla, al mismo tiempo que él se hace llamar Martinez, para rendir homenaje á la mayoria de la poblacion flotante que frecuenta la ópera y los restaurants. El *señor* Martinez ha establecido la *Maison Dorée* junto á la Academia. Esta escita el apetito y aquella lo satisface; la buena música, aun escamoteada, la buena mesa, aun sin dorar, han sido siempre socias comanditarias para los oidos y los estómagos bien nacidos. La observacion es de Ruiz que me probó ser tan buen discípulo de Apolo como de Ganimedes y de aquel Anfitrion á quien Júpiter hizo la mala obra que todos conocen. Nuestros comentarios de aquella noche *cantabile* fueron honrosamente sepultados con acompañamiento de faisanes y salvas de champaña. Eso y la buena compañia de mi amigo no impidieron que al recogerme entre sábanas dejase de pensar que habia perdido tres horas de sueño y tres dias por lo menos de los que me restarian sin la trasnochada, los cuales sentí con tanta fuerza como el emperador romano que no habia hecho antes de acostarse ningun beneficio (sin alusion al *impresario*.)

A la noche siguiente Ruiz en casa. No abra V. nunca la puerta á un abuso, porque por un portillo sale todo el ganado. Volvimos á Broadway en busca de teatros. Mi amigo se empeñó en conocer todos los de Nueva York, acaso para juzgar de la literatura y del gusto dramático de esta ciudad que ha puesto mostrador en Wall street y corona un dia al Rey Algodon para destronarlo al siguiente y pasar el cetro al Rey Cereal.

Wallack tiene á poca distancia de la Academia el teatro que lleva su nombre. No es Academia ni escuela, sino mondo y lirondo el Teatro de Wallack, como la iglesia de la calle 10ª en la Quinta Avenida es la iglesia del Doctor Smith y la de la calle 15ª en la plaza de la Union es la iglesia del Doctor Cheever, tal vez porque estos Doctores tratan en sus iglesias mas de sus opiniones que de Dios. Pero Wallack no trata de sí mismo en su lindísimo teatro, sino de agradar y complacer á *su* público, que es un público especial. Para entrar en aquel local se necesita tomar billete con una semana de anticipacion ó pertenecer á la comunidad periodística ó tener amigos íntimos detras de bastidores. La segunda de estas circunstancias nos proporcionó asientos y estuvimos todo un acto oyendo las palabras de una comedia francesa, puesta en inglés por el autor del drama. Un acto bastaba á Ruiz para juzgar la representacion, ver lo lleno del local y apuntar en su cartera: "Wallack tiene un bonito teatro donde se dan comedias francesas en inglés por actores que desempeñan bien sus papeles; bien, en el sentido inglés, algo estirado y doctrinario. Pero. . . . ."

Lo demas no pude leerlo, porque un caballero que pasaba junto á mí, acertó á ponerme el pié sobre un callo y me hizo ver chispas en lugar de lo que Ruiz escribia. Aguardo la publicacion de sus apuntes de viaje para continuar la frase.

El ruido de catarata con que á todas horas ensordece Broadway á los que transitan por él, no me dejó tampoco preguntarle nada.

Detúveme frente á un sótano.

—¿Va V. á enterrarse? me preguntó Ruiz.

—¿No quiere V. ir á teatros? Pues aquí hay uno.

—¿Aquí, en un sótano?

—Como V. lo oye.

Bajamos no sin que nuestras cabezas hubiesen de pedir permiso al umbral de la puerta y nos encontramos en una atmósfera de humo de mal tabaco. Soy fumador de lo bueno; pero creo que el humo cigarresco se hizo para la atmósfera del cie-

lo que lo disuelve, despues que las fosas nasales y todo el aparato respiratorio lo han saborado. Aquella atmósfera subterránea era como me suelen pintar la de Lóndres en invierno. Despues de acostumbrados los ojos se veian luces y mas tarde hombres sentados junto á mesitas en las que habia cántaros de cerveza, pipas y puntas de tabaco. Al lado de los hombres estaban en pié ó sentadas unas que tal vez fueron mujeres; á la sazon mas parecian culebras que cambian de piel, restos de meretrices, escoria de algo que en su tiempo debió ser malo y que ya pasa de lo insoportable. Sus prendidos y tocados querian ser una intentona contra la lujuria; pero imposible! aquellos carapachos abandonados hasta por los buitres, mas que de formas humanas tenian la apariencia de los espectros que los poetas alemanes idearon despues de un profundo estudio de la anatomia. Los hombres que junto á aquellos animales estaban, eran alemanes los mas; tal vez estudiaban. En una especie de proscenio habia un piano chillon, tocado por uno tambien aleman, tan serio como si no tuviese ojos, y en el proscenio un negro, vivo y efectivo ó remedado, que tocaba los *huesos*, castañeta absurda que finje el sonido de las coyunturas de un esqueleto. Aquel repique con el del piano discordaba mas que una charanga chinesca. Pero todo se correspondia.

Sentámonos junto á una mesa, y una de las sirvientas se nos acercó, púsose de codos sobre la mesa (sus brazos eran dos ramas de la higuera maldita, á través de los cuales se veia el desierto) y nos preguntó qué queriamos. Nadie contestó á su sonrisa de calavera ni á su pregunta repugnante. Ruiz le alargó una peseta y ambos nos levantamos á un tiempo sin decir palabra. A la entrada de aquel infierno habia un hombre tan serio como el pianista, que detrás del mostrador despachaba licores.

—Y esto qué es?—me preguntó Ruiz cuando el aire libre le hizo recuperar la respiracion.

—Un café cantante á estilo de Paris. Hay de estos mas de 20 en Broadway y un sinnúmero en el Bowery y en Chattam y en la calle de Grand y en todas las calles. La policia cuida de que no haya desórdenes en ellos.

—Y no son ellos un desórden en sí?

—Oiga V., amigo Ruiz. La generacion actual va de tránsito; el pueblo de hoy no ha pensado sino en acumular dinero, dejando á las futuras generaciones el cuidado de fundar algo mas sólido. Observe V. sus edificios, sus casas, sus templos, sus

puentes y caminos: lo necesario para el dia. Las ciudades nacen como por encanto; el ferrocarril las va haciendo como el tubo del cristalero que sopla y va poniendo á sus costados botella tras botella; son lindas, pero frágiles. Infatuados por otra parte con la absoluta libertad individual respetan el abuso por no lastimar esa libertad que han hinchado como vejiga fácil de reventar; no es mala prueba de mi tésis el fuerte Lafayette, por ejemplo. Los antecesores de esta generacion que formaron una sociedad contando solo con ellos y para ellos solos, le dieron todas las formas y hasta las apariencias de una independencia personal absoluta: el matrimonio se disuelve con la misma presteza que cualquiera contrato mercantil, y la mujer reina y gobierna en todos tiempos, edades y condiciones. Vinieron luego los emigrados, trajeron de ultramar sus costumbres y sus vicios, lo mismo que sus virtudes. Estas se han encerrado con las virtudes nacionales en el hogar doméstico, santuario que V. ha visitado y admirado. Quién no lo admiraria? Los vicios han salido á la calle y V. se escandaliza al verlos en toda su fea desnudez, semi-ocultos en los sótanos que respiran esos miasmas de que estan saturadas las aceras.

—Pero V. disculpa . . . . .

—No disculpo; esplico. Para que el asombro de V. llegue mas alto, le diré que el *recorder* Hoffinan, juez del Tribunal de Sesiones Generales, acaba decidir—y aquí las decisiones anteriores hacen ley, se juzga por fazañas—que una *disorderly house* ó sea una casa de desórden, como la que hemos visto y todas las demas que V. imagine, no es una ofensa pública digna de castigo por autoridad de la justicia (1).

—Qué horror!

—Preguntaba V. hace nada los orígenes de esta tremenda revolucion que atravesamos. Piense V. un poco en la degeneracion social y añada las consideraciones fáciles de comprender que de ella se desprenden á las causas políticas que han venido desarrollándose de veinte ó treinta años acá, y le será preciso concluir que la revolucion ha sido tan necesaria como la esplosion de una caldera gastada en algunos de sus fondos, al impulso de la gran presion del vapor. La revolucion, si no se prolonga demasiado, regenerará la sociedad; si se prolonga, Dios nos considere con ojos de misericordia.

(1) Causa de El público contra Christian Rosenzweig por tener casa de desórden. Oct. 22 de 1861.

Re-Nota.—La legislatura prohibió los cafés cantantes por inmorales.

Tri-Nota.—Los cafés se quitaron el nombre; pero viven!

Ruiz me hizo muchas reflexiones mas sabias y mas profundas que las mias y dichas con el descuido razonado, propio de su modestia, hasta que llegamos al Teatro de Bryant. Allí trabaja una compañia de "artistas" *minstrels* ó ministriles, cuyo objeto es imitar las costumbres, los modales y el idioma de los africanos libertos del Sur. El teatro está mas atestado de gente que la Academia y que el de Wallack. Prueba de que el género gusta al público, y si no basta, ahí estan seis ú ocho salones con bastidores, llamados teatros, en los que se repiten las mismas escenas. Todos ellos estan llenos.

—Si el teatro es la escuela de las costumbres, me dijo Ruiz, estos mamarrachos debian desaparecer.

—Cada dia aumentan, cada dia aparecen como los hongos despues de una lluvia, nuevas compañias de ministriles cuyas fiestas son mas concurridas, repito, que la ópera, que el drama de Wallack y que cuantos mas se presenten á disputar á esta "institucion nacional" el favor del público. Lo sublime del grotesco y de la chocarreria que dan los ministriles, agrada mas que cuantas escenas han inventado la imaginacion y el arte. La ópera se ha constituido en diversion casual; pero los ministriles son nacionales, verdaderamente nacionales como *Yankee Doodle* y sus macarrones.

Ruiz se encogió de hombros y nos salimos porque Bryant no le hizo gracia.

Laura Keene da *Los Siete Hermanos* despues de haber dado durante un año *Las Siete Hermanas*. Luego nos dará *Los Siete Hijos* ó *Los Siete Padres*, ú otros siete parientes en mayor ó menor grado de consanguinidad y en los cuales habrá mas concurrencia de la metrópoli que en los siete pecados mortales, á pesar de las siete tentaciones que cada uno de estos encierra. No he encontrado nunca yo pecador las de los diálogos incoherentes de Laura Keene, en que se principia en el infierno y se acaba en un lago como el jardin de las Hespérides despues de haber pasado por todas las calles de Nueva York, por todos los cataclismos y peripecias mas descabelladas, y oido á los personajes del dia en la gran escena del mundo, lord Palmerston, Napoleon, el general Scott, el general McClellan, Mr. Lincoln, un negro de Luisiana (personaje obligado) y cuanto el delirio de un febricitante pudiera haber aglomerado en sucesion confusa y disparatada, sin traba ni argumento de ninguna especie, para entretener al respetable público y á los hijos de tan buen señor que tienen dos pesetas

en el bolsillo y no saben cómo matar el tiempo, acaso porque no tienen una cama sibarítica como la mia. Laura Keene da todas las noches un conjunto de despropósitos reunidos, rematado con un final de fuegos de Bengala y de maquinaria con bastidores de encantamentos en escena que el público hace repetir. Asistir á semejante farándula toda una noche es imposible para quien no quiera aborrecer la escena dramática toda su vida.

—Y cómo hay gente que lo aguante? preguntó Ruiz.

—Porque todos quieren "ver la escena final que es tan linda," es la disculpa general. Y Laura Keene que lo sabe, atropella por todo hasta la consabida escena de las hadas.

—Pues, señor, á otro teatro.

—Winter Garden!

—El Jardin de Invierno! Pero si estamos en otoño y hace calor!

—Precisamente. El nombre atrae al público. En ese teatro nos dió Rachel veinte soirées dramáticas, las últimas, las mejores, como que con ellas rindió su divina jornada; fueron el canto del cisne moribundo.

—Pobre Rachel! La oí en Paris y la vi en la Habana.

—Despues compró Burton el teatro y lo consagró á Momo, á las comedias que él representaba. Es cierto que todas ellas participaban un poco del gusto especial de D. Ramon de la Cruz; pero en boca de Burton sabian á las de Breton y Ventura de la Vega en boca y brazos de Guzman. Rachel no necesitaba sino de actores secundarios que repitiesen su papel á fin de continuar ella el suyo inimitable. (No conozco á la Ristori.) Burton era lo mismo; él solo llenaba el teatro y en su *Toodles* no habia sino Burton, y en sus *Cien Costureras* solo Burton. Murió y con él su teatro, donde se representa hoy una *Cinderella* ó *Cenicienta* que es otro imposible dramático. "La bellísima y brillante" Señora Wood, como la denomina el cartel, es una actriz de conciencia que representa bien, canta muy mal y baila peor; á su edad ya no se baila sino en salones que esten bajo el nivel de la calle. Y ella canta sin voz y baila sin arte sobre dos piernazas que el público aplaude tal vez por amor al arte. . . . del estatuario. Los demas actores nunca habian cantado hasta que á la Empresa se le ocurrió probar si el público tendria oidos y probó todo lo que quiso, menos lo del oido.

—En resúmen, una *Cinderella* de treinta y pico que baila

en los treinta y canta en el pico, cantores que no tienen fecha. . . . . eh?

—Y decoraciones doradas y fuegos de Bengala.

—Pues á casa ó á La Maison Dorée que está mejor surtida que las decoraciones, segun V. se esplica.

—Podria llevarlo á V. al Bowery y á otras partes donde se exhiben animales sabios, pero no sé si allí se exhiben los maestros ó los discípulos, porque ninguno de ellos (hablo de los dos) pertenece á la escuela de Donetti.

—Doy la merced por recibida.

—Tambien, si V. quiere, iremos á los *Tableaux Vivants*; pero le advierto que se paga 25 centavos de entrada y tres pesos detrás de bastidores. No hay nada allí que compita con Keller, á quien, diré de paso, acribilló la prensa de esta ciudad por su admirable imitacion del Descendimiento de Rafael.

—Pues á la Maison Dorée.

Y cenamos ostras al rescoldo con aceitunas castellanas y vino de Valdepeñas.

—Y á dónde vamos ahora? me preguntó Ruiz con malicia.

—Yo á la cama, que si la sigo descuidando por los teatros de Nueva York, van á endurecérseme los colchones.

—Cuando no se resfrien, añadió el picaron encendiendo un puro.

—Volveremos mañana, amigo Ruiz?

—No á los teatros de Nueva York.

Aquella noche soñé que estaban asesinando entre muchos á un hombre coronado de laureles. ¿Si será algun rebelde cogido en el Potomac? me pregunté.

—Muera Shakespeare! gritaba la turba.

Ullman me enseñaba los dientes y me miraba con los ojos bizcos.

EL AMOR DE ESTOS DIAS.

"Esas flores te remito
Que al acaso recogí
Entre las flores mas raras
Que se dan en mi jardin."
MERY—*Le Bouquet.*

La menuda lluvia que está cayendo sobre la tierra, como las lágrimas del cielo, presiente la desolacion con que el invierno la amenaza. Las hojas de los árboles no han caido todas; aun quedan algunas apegadas á las ramas como los viejos á la vida y que antes de desprenderse y convertirse en polvo hacen los esfuerzos de la desesperacion. El viento va cambiando al Norte y sacude los árboles con furia. Ya viene el invierno—el espanto del pobre que no tiene trabajo, que carece de abrigo, á quien falta el pan y sobran los hijos, si los hijos pueden sobrar á ningun corazon paternal. El alarife se apresura á poner los últimos coronamientos al palacio de los príncipes del comercio, porque entrado el frio le será imposible continuar la obra. En la arquitectura y en el amor el frio impide igualmente la cohesion y la amalgama. Ya viene el invierno. ¿Qué hará el pobre artesano, qué el jornalero, la costurera, tantos necesitados que viven con el dia, cuando el dia esté helado y por entre el rasgado colchon de paja se cuele el cierzo que mata los pulmones y produce muerte de lenta agonia?—Gracias, Dios mio, porque mi bodega está llena y en mi sótano hay pilas de carbon que templaran el aire de las nieves cuando mis hijos abran la boca para sonreirme! Pero el pobre, el menesteroso de todo, el desheredado?.....

Los cristales de la ventana sudaban lágrimas por causa de la temperatura superior de la antesala, y el viento sacudia con mas fuerza las ventanas, haciendo al mismo tiempo silbar los alambres del telégrafo que pasan por la acera. Serpientes que amenazan con esos silbos de guerra, conductores del rayo que estalla en Loesburg hoy, mañana un poco mas lejos, despues aquí, entre nosotros. Mi gato negro se enarcó chispeando por cada uno de sus erizados pelos; sus ojos amarillos brillaron mas que de costumbre. El animal se sacudia agitado por una sensacion penosa. La electricidad impregnaba la atmósfera; yo habria podido encender el gas con la punta de los dedos. El cielo era de plomo y su media oscuridad agradable á las

pupilas cansadas. La luz las haria doler. Otra ráfaga mas fuerte hizo cimbrar el asta de bandera con que mi vecino prueba su patriotismo en los grandes dias. La bandera se hizo girones y sentí el calofrio de los malos augurios.....

Una mano regordeta, enana, y suave como bola de algodon, posándose sobre mi espalda, me arrancó de la contemplacion de la tormenta.

—Susini se ha casado!—dijo una voz que conoce muy bien el camino de mi corazon.

—¡Susini!—repetí maquinalmente—el artista?

—Sí.

—Quiero decir, continué mas en mí, el afamado artífice de la Habana á quien deben los estudiantes de todo el mundo y los fumadores profesionales mas fruiciones que las que son de contar.

—Siempre con el cigarro! me replicó Sofia contemplándome con la lástima que da todo el que tiene una idea fija ó con la complacencia que inspira á una alma bien puesta ver gozar á los demás. Siempre con el buen cigarro y con Susini.....

—Ideas inseparables. Pero de qué Susini me hablas entonces?

—Del artista de la Academia.

—Como no sabia que la Academia tuviese mas artistas que Ullman, el artista de hacer dinero.....

—Pues Susini el *basso*.

—Sea en hora buena y el Señor lo haya cogido en carrera de salvacion.

La noticia no es mala. Susini se ha casado. No sé con quién, porque todavia no me lo ha comunicado Sofia. Puesto que no hay ópera y la Academia está cerrada sin esperanzas hasta despues de la guerra, no se puede cantar, y para estarse á solas punto en boca, mejor es casarse y trinar á duo. Susini ha descubierto la piedra de toque..... Iba á decir la filosofal; pero es una piedra de que se abusa mas que de la del escándalo.

—Conque se casó Susini? y con quién?

—Con miss Hinckley.

—Ola! Dios los cria y ellos se juntan.

—Y están los *habitués* de la ópera locos con el matrimonio. ¡Qué linda pareja! Susini tan caballero, buen mozo, noble como todos los canarios italianos, coronel y *basso* absoluto.

Ella jóven y linda como una manzana de primera cosecha, prima donna, graciosa y pobre. Santa Cecilia ó el romanticismo en accion. Si no te basta, añadiré que se ha convertido al catolicismo, de manera que para ser prima donna italiana no le falta ni una coma..... El Papa no la rechazaria.

—Madame Susini.....

—La signora Susini, que canta bien, es jóven, bonita, católica y.....

—Coronela!

—Viva Isabel! Viva! Hurrah!

Esta es la única noticia teatral que puedo enviar en el correo y la aprovecho de mil amores con el ahinco del ahogado que alcanza una tabla. Los Sres. de Susini fueron á pasar su luna de miel á Filadelfia, la ciudad del *Brotherly Love*, (amor de hermano), que dicen los cuáqueros, y que los novios haran del amor de amantes; porque ni Pablo y Virginia lo son mas, segun las crónicas de la Quinta Avenida, que el coronel Susini y su nueva compañera. La historia de Isabella es interesante; huérfana desde su mas tierna edad, creció sin otro apoyo que el escaso que podia darle su madre. La buena señora conoció sin embargo el valor de la joya que le habia dejado el cielo en su viudez é hizo sacrificios para cultivar aquella voz con que Isabella habria de hacer fortuna. Fué á Italia con su hija, la mantuvo en Europa hasta que pudo y (el mayor de los triunfos) consiguió en Nueva York que el empresario la aceptase para *debutar*. Es verdad que el empresaria no tenia entonces prima donna disponible, porque Mme Colson se mostraba asaz exigente en las escalas aritméticas y habia jurado sostener el calderon hasta que el otro le argentase un poco la garganta. Isabella fué aplaudida y en su *début* conquistó dos coronas: una de rosas que le arrojó el público á las tablas, otra de azahares que el vencedor en Solferino y en Magenta le deparó desde entonces oculta en su corazon. La obra está consumada y la Union ha perdido uno de sus gilgueros que pasa á Italia por derecho de conquista. Diran despues que la Union es invulnerable cuando un coronel peregrino sabe descubrirle el talon.

El invierno se ha reputado siempre la época de los matrimonios. Siendo la estacion fria la de las fiestas y goces de puertas adentro, porque de puertas afuera está la nieve, el matrimonio, que es de las primeras fiestas y de las mejores de la vida, ocupa el lugar que merece, y así las promesas de verano

se pagan todas en invierno. Mr. Frank Stuart, de Williamsburg, no concurrió tal vez á los paseos campestres en el mes de julio, no estuvo en Saratoga, en Newport, ni en el Niágara, ó si estuvo perdió miserablemente su tiempo y su dinero, porque volvió á su pueblo tan solo como habia salido. Sintiendo el frio que ya pica y observando que por los periódicos se piden maridos y mujeres cuando se necesita provision, ha acudido á este remedio heróico, ó de héroes, que debe surtir su efecto cuando así se repite. Hace pocas mañanas que se nos presentó con un aviso, cuya modestia es inmaculada:

WANTED—A situation as *son-in-law*, in some respectable family. No objections to going a short distance into the country. For reference and particulars, adress FRANK STUART, Post-Office, Williamsburg, N. Y.

"Se solicita una colocacion como *yerno* en una familia respetable. No será obstáculo ir al campo á poca distancia. Para mas pormenores ocúrrase por escrito á Frank Stuart, correo de Williamsburg."

La colocacion que solicita este caballero (perdone si le calumnio) es de las mas agradables, y como quiera que él, ademas de llamarse Frank procede con cuanta franqueza pudiera ecsigírsele por el suegro mas descontentadizo, no hay porqué echarle en cara que viene engañando á nadie. La que conteste sabe de antemano que encontrará marido. ¿Cuántas se han llevado su palma al cielo por falta de ese adminículo! El suegro, ó el que quiera serlo, no puede ecsigir á Mr. Frank sino que sea yerno. El no ha solicitado ninguna otra colocacion. Sobre familia, antecedentes, *pane lucrando* etc. nada, porque él no se compromete sino á ser yerno. Frank Stuart es una especie de príncipe aleman que (está probado) son maridos escelentes, aunque no son tampoco otra cosa. Pero algo es algo y, ¿por ventura vale poco el hombre que da con su persona todo lo que posee en este mundo y todo lo que tal vez tiene esperanzas de poseer? ¿O se pretende que sin fé ni creencias políticas, vaya, en lugar de buscar mujer á quien hacer feliz, en solicitud de una bala que le deje á orillas del Potomac ó en medio de sus revueltas aguas cuando él no tiene vocacion sino para yerno?

"Conócete á tí mismo," dice el precepto de lasabiduria y Frank Stuart da á entender que merece la proteccion de todos los hombres de bien cuando frenológicamente ha acertado á descubrirse el chichon mas sobresaliente que le regaló la naturaleza. Y qué, ¿es poco servir para yerno? Acaso hay muchos

que puedan decir otro tanto? Desmiéntalo quien pueda desde Quevedo hasta el novio mas fresco de la presente campaña. Frank Stuart es uno de los hombres mas dignos del martirologio moderno, porque se confiesa con vocacion decidida para su destino. ¿Faltará quién le conteste?

Indudablemente nó, escepto las muchachas de Indiana por casar que han jurado en el altar de la patria y bajo la sombra de la bandera de las estrellas no aceptar por amante á ninguno que no haya tomado parte en la guerra, ni casarse con él hasta despues que esta haya terminado. De donde se infiere que las indianesas se hallan tan bien avenidas con su solteria como desesperado Frank Stuart con la suya, y eso á tal estremo que, sin ser monjas, dan plazos capaces de ponerlas á vestir santos y de estinguir en son apocalíptico la futura generacion de indianesitas é indianesitos, con mas crueldad que Herodes, pues el rey de Judea siquiera dejó nacer á los niños de Belen, mientras que las niñas de Indiana . . . . Vamos, dicho se está hace muchos años que la política es el azote destructor de la sociedad; pero hasta el presente nunca fuera mejor probado que con el juramento anti-nupcial de las Herodias unionistas ó mejor dicho, antiunionistas. La comedia nos pinta siempre á las campesinas temblando al ver los bigotes de un granadero:

"Estos bigotes cubrió
La nieve del Mont Cenis,
La pólvora de Austerlitz
Tambien los ennegreció."

Pero las doncellas de Indiana desean gente veterana con toda preferencia. Y cómo? Con esclusion de otra alguna: piden marido como el centinela que no puede llamar sino al cabo de guardia. El patriotismo ante todo, y cuando la guerra cese, todos los tuertos y mancos, cojos y de otras mil maneras estropeados tienen seguro asilo en Indiana, con tal que hayan estudiado un poco para descifrar los partes del telégrafo y saber dónde se dió tal batalla y dónde fueron ellos heridos. Aviso universal tan interesante para los hombres como el de Frank Stuart para las mujeres que no sean de Indiana ni de sus contornos.

La de John Heenan. . . . . ¿Sabe mi lectora quién es ese personaje? Si la memoria no le falta, recordará que John Heenan, ó el Chico de Venecia, es un pugilista de profesion, quiere decir, un hombre que nació para romper narices agenas y

descoyuntar brazos á otros profesores de su linaje que quieran competir con él á cual rompa mejor y mas en regla, con mas gracia y prontitud. Los anglo-americanos trajeron el *sport* á bordo de la *Flor de Mayo* cuando desembarcaron en la roca monumental de Plymouth y lo trajeron, no robado ni á escondidas, sino como legítima propiedad bien habida de sus papás los ingleses, que son dados desde el diluvio á arrimar trompis á todos los que quieran recibirlos y á algunos mas. Andando los tiempos, la ciencia del puño se sistematizó entre los primos de la América inglesa, como lo estaba ya en la madre patria y así cual los españoles gustan de toros, y nosotros sus hijitos gustamos de novillos y gallos, así los descendientes de los Peregrinos gustaron del cerco y las puñadas que los anglosajones habian establecido inmediatamente despues de que echó la postrimera boqueada el último *gladiator* romano. Cundió la ciencia y se estableció en Nueva York el *Clipper*, diario *oficial* que da cuenta de las peleas de ratones, perros y otros animales, incluso el hombre. No se fundó Academia como la de Música, porque la policia por un resto de pudor y por el qué diran y eso que se llama el bien parecer, se opuso á la fundacion del *Templo de Hércules*, ó Academia de la Fuerza, ó como la hubiesen llamado sus patronos. Pero, eso no obstante, las academias privadas se hicieron tan numerosas que el coronel Wilson pudo reclutar todo un regimiento de alumnos laureados y graduados de bachilleres, por lo menos, para la guerra actual, á los cuales tiene á buen recaudo en la isla de Santa Rosa, allá en la Florida. Descolló en la escuela John Heenan, matriculado cuyas puñadas se hicieron tan sobresalientes que se convirtió en el gallo del corral, ó en Campeon de la América inglesa, sin permiso de George Washington ni de otras entidades de menor cuantia que habian hecho algo por conseguir fama. Florecia allende el mar en la misma época que el "Campeon" otro guapote inglés de nombre Tom Sayers, á quien el de acá no podia tolerar en paciencia porque era de lo mas crudo, y un dia en que la sed de gloria atosigaba á Heenan, se metió en un barco y se apareció en Inglaterra para desafiar al Bradamante britano. Todos saben que el anglo-americano se le subió á las barbas á su papá y que ya la banda de Campeon de Inglaterra iba á pasar el Atlántico mas de veras que el telégrafo submarino, cuando los pollos ingleses empezaron á gritar. La policia que hasta allí habia estado presenciando la riña *con amore*, saltó vallas y quitó á Heenan su pre-

sa, conquistada en verdad á duras penas ó á duros puños. La reina del Reino Unido admitió en audiencia á su propio Campeon y el de acá, mas enardecido que nunca, lo desafió á subir á la torre de Lóndres para tomarse con él de mano y dar juntos un salto mortal hasta el suelo, ó hasta donde se abriese la tierra con su peso, á fin de probar quién era mas guapo. El inglés temió que el forzudo elefante humano hiciese un agujero tan grande como para que los dos pudieran pasar sin inconveniente ni registro de aduanas al otro lado del globo, y se negó á aquella novel espedicion á los antípodas. Heenan se volvió para la América con el rostro hecho un tomate, pero con mas orgullo que Napoleon (el viejo) despues de la refriega de Austerlitz. Este es el Heenan, destripaterrones ó destripanarices y rompebrazos, de cuya mujer empezaba á hablar á Vds. cuando por decir quién era ella,

"Salióme este paréntesis muy largo.

Cerrando el paréntesis, la mujer de Heenan, al revés de las niñas sin casar de Indiana, lo quiere por marido antes y despues de la guerra, que bueno es un pan en dos bocados y un congreso en dos sesiones. Ada Isaac Menken, personaje mitológico por su primer nombre, hebráico por el segundo y aleman puro por el tercero (con lo que huele al Bowery ó la Cité á tiro de cañon rayado) pretende probar al campeon de América que ella es tan su esposa y señora legítima como es cierto que los confederados son hoy dueños del Potomac, y que la confederacion entre ella y él se hizo en buena ley y despues de probar la hada á su Goliat que mas vale maña que fuerza. Heenan se escrupuliza solo de oirlo decir y esclama con sus pulmones de Estentor :

Antes para mi entierro venga el cura.

Ahora bien, cómo aconteció el fracaso? Por desgracia de muchos, en este pais es mas fácil casarse que enamorarse; no queda duda alguna de que un hombre soltero cae por aquí mas seguramente que en ninguna otra parte, pues casa el cura, y casa el juez, y casa el corregidor y el concejal (cuando no está ocupado en otra caza), y casan los escribanos y el fiel de fechos y si V. pone su nombre en un libro de hotel al lado del de cualquiera hija de Eva á quien convide para darle buenas comidas, y por descuido ó inadvertencia ó acaso por disimulo, llama V. á la consabida por el mismo nombre del padre de V., tan

casado quedaria como si lo fuese ante nuestra Santa Madre Iglesia con sus correspondientes proclamas, confesion, velaciones, esquela de convite, arroz, gallo muerto y lo demás que se usa. Todo eso es verdad; el matrimonio es una especie de sarna, piojillo ó lepra contagiosa, y bien á su costa lo saben algunos neófitos que por vivir de azúcares se han hecho de miel en estos trigos. Pero, suponiendo todo eso y doble mas, Heenan jura y rejura gordo, que no ha pasado por el trance y remate de la tal boda en ninguna de las mil y una formas de la ley, pues él no acostumbra dar la mano sino el puño, y si la tal hada se dejase abrazar por él, no quedaria de ella mas de lo que queda de un ciervo dentro de las roscas de un boa constrictor, pues ni Sanson ni el ejemplo de Dálila le convenceria de lo contrario.

John Heenan se halla tan inocente como la lugareña que no sabia cuándo habia sido eso, y ha dado en la mania de escribir al público sobre su no-matrimonio, imprimiendo proclamas como un general antes de ser derrotado. Vamos á ver si la pérfida fada consigue abusar de la inocencia del matamoros y si este es hombre tan capaz de haber dado el salto mortal como le hacia creer á Sayers desde la torre de Lóndres. El *sport* se ha alarmado con la cuestion tribunalicia, y el *Clipper*, que contiene las cartas de Heenan, se vende mas que la carta de despedida del general Scott. Cierto es que la última se parece á una elegia,

> "Y á los muertos y á los idos
> Pertenecen los sudarios
> Funerarios.
> Y por premio los olvidos;"

mientras que las cartas de Heenan estan llenas del vigor y la fuerza de vida que se hacen sentir en la masa y hasta en los huesos del pueblo.

En Filadelfia hubo la semana última un matrimonio diplomático, ó semi, entre el cónsul inglés y una bella yankeecita que ha sabido descubrir mejor que Mr. Seward y todos sus colegas juntos el medio mas seguro de hacer con el inglés un tratado de alianza vitalicio sin temor al bloqueo ni á la escasez de algodon. Concurrieron á la interesante ceremonia todas las notabilidades de corbata blanca y guantes de color de perla que representan en Washington á la Europa entera y á una parte bien reducida de la América del Sur.

El Espíritu Santo mueve sus alas en la capital. Cien licen-

cias para matrimonio ha espedido el gobierno en el mes de octubre, y si las muchachas de Indiana se descuidan puede ser que las de Washington saquen astilla á costillas de su patriotismo, porque el amor por la Union se ha desarrollado en los militares mas de lo que á ellas les conviene. En una sola Avenida—la de Massachusetts—se han casado trece "y no mas, dice el telegrama, porque se han agotado las muchachas bonitas del vecindario." La mayor parte de los soldados acuartelados allí son ingleses, del principado de Gales, y bien sabida es la costumbre de aquella porcion de la Gran Bretaña con los que mueren solteros: sus tumbas son sembradas con ruda, albahaca y zarza, como para defenderlos hasta despues de la muerte del contacto de las faldas.

Tanta gana de casarse tienen los oficiales que no es mucha ninguna ponderacion. El teniente Leach, del regimiento 3° de Maine, cuyo teniente se llamaria en español el Señor ó el caballero Sanguijuela, sacó de Bull Run una choquezuela en dos pedazos, un ojo de menos y tres balas de mas dentro de una pantorrilla, despues que la caballeria enemiga le pasó por el cuerpo desojado. Vivió sin embargo y tuvo que retirarse á su casa para remendarse lo mejor posible. Pareceríale á cualquiera que el teniente Sanguijuela tenia bastante con lo recibido; pero el hombre no es animal de escarmiento, y el señor teniente se ha casado con una linda moza de Lewiston Falls donde las hay tan guapas que el que no cae tropieza, y de ahí el nombre de *Caidas* de Lewiston con que se envanece el lugar. Tuerto, manco y casado el teniente aun no desdice de su casta y se ha vuelto á Virginia con la seguridad de que las balas no se meteran mas con él, porque ya lo conocen.

En la compañia en que él sirve se ha descubierto una muchacha que sentó plaza en Lewiston y se ha batido en los últimos tres meses cuantas ocasiones ha sido preciso. Todos sus camaradas querian mucho al soldadito porque hacia muy bien el puchero y pegaba botones y surcia como una profesora. Pero al único ojo del teniente cojo no podia ocultársele una mujer. ¿Cómo se figuran Vds. que la descubió?—¿Por el pelo? Lo tenia cortado.—Por las formas *arrondies?* Vestia pantalon de zuavo que lleva mas pliegues que un fustan.—Por el pié? Era patona.—Por la voz? Era contralto.—Por qué entonces? Porque trató de sacarse los pantalones por encima de la cabeza.

Sobre GOTTSCHALK (Luis Moreau.)

Hace poco recordaba yo en un Totilimundi que yo solo recuerdo, el dicho sentencioso de Tassara: "El genio es la fatalidad." Hoy se me vuelve á presentar ese "letrero en la pared" al escribir el nombre que es preciso deletrear antes de ponerlo de corrido. Miren Vds., es un nombre trabajoso de escribir y yo tengo con el propietario bastante intimidad para llamarle Moreau ó Luis, ó tú, ó cualquiera cosa, pues él siempre y de todas maneras me responde. No es calumniar al amo de ese nombre decir que él mismo no lo sabe escribir· entre los innumerables papeles sueltos que tengo sobre la mesa, entre recortes de periódicos, poesias inéditas, artículos empezados, Totilimundis sin concluir, cuentas del sastre, apuntes para la historia, cartas de mi madre, recibos de escencion de milicia, súplicas para que escriba biombos, epístolas oratorias *é tutti quanti*, hay papelitos garabateados que cualquiera diria son obra de los generalitos "Beauregard" y "Scott," si no fuese porque á la segunda vista, como geroglíficos griegos ó letra de Heine, revelan pensamientos que no caben todavia en la cabeza de los herederos de mis plumas embadurnadas de tinta y de mi pobreza honrada.

Entre esos papelitos egipcios, griegos ó camuleos hay un garabato mas prominente que los demas, el cual va acompañado por una esplicacion que yo solo puedo descifrar, yo que he sido escribano público. Dice: "Esto, (es decir, el garabato) quiere significar Abd-el-Kader, ú Ollendorf, ó Napoleon, segun se le antoje al lector ver en él uno de esos tres nombres. A los que saben descifrar mis geroglíficos, patas de mosca, no necesito decirles lo que significa L. M. Gottschalk.—Chicago á la media noche del 18 de abril."

El nombre del corresponsal está escrito con letras que remedan las de molde y cuando él mismo confiesa que sus patas de mosca son geroglíficos, no hay que someterlo á la rueda del tormento para descubrir la verdad.

Yo no tendria tampoco el mal corazon de someter á Luis á pruebas inquisistoriales. Creo que con sus propios tormentos tiene bastante para no vivir tranquilo. Cuando al escribir su nombre recordé á Tassara, era porque me da compasion la vida que lleva ese genio. En los antiguos tiempos Orfeo tocando algun mal guitarron, que los años y su venerabilidad hacen lla-

mar lira, obligaba á las piedras á encaramarse sobre las piedras para construir ciudades. En los tiempos modernos tiene el artista que desempedrar calles y caminos para construir una semi-fortuna que sirva en la edad mayor, si acaso los ojos de una sirena ó el tapete verde no la deshacen en una noche de aventura, ó si un amigo íntimo no se la roba con calidad de restitucion.

Qué vida! qué bureo! qué movimiento continuo! *Go ahead* es el sino del anglo-americano *bound to travel*—obligado á viajar. Peor que esa vida es la del artista que se compromete con un empresario. La mina que se presentase *in propria persona* para ser catada; la vaca que viene á casa al reclamo del ganadero; la colmena abierta por las mismas abejas; el chico de escuela que estiende la mano para recibir sus palmetas—esas son vívidas imágenes del artista contratado, de Gottschalk en su temporada de conciertos. El chico aprende, la colmena da miel, la vaca da leche, la mina oro. El artista es oro para el empresario, miel para el público. ¿Qué será para él mismo? Su contrata es acíbar, veneno, condenacion, como decian los románticos.

En medio de la guerra, cuando el comodoro Foot recorria el Misisipí hasta donde se lo permitia el enemigo; cuando McClellan corria de Washington á Manasas, de Manasas á la península; cuando Halleck si no daba batallas, daba proclamas y Beauregard aparecia en Shiloh sin ser convidado; cuando.... Pero yo no pretendo contar la historia de la guerra ahora que los partes bajo la censura no cuentan sino la guerra que á la historia se está haciendo. Decia, pues, que en medio del tumulto de la guerra solo á Moreau le fué dado distraer la atencion del público, hacer diversion á los ataques del cañon rayado.

Un dia de invierno se presentó con sus barbas de chuleta y el color de aceituna que dan los soles del trópico, con el corazon. . . . . Ah! no trajo corazon. ¿Dónde lo habia dejado? Moreau suspira cuando se le hace la pregunta. Pero en su rostro entristecido se le reconocia el pesar con que habia abandonado á la Perla del Golfo. Fumaba su puro con tanto deleite como si fuese el último de los goces que habia tenido en Cuba, y tras de las ondas del humo se alejaba su pensamiento en éstasis voluptuoso y tranquilo como todos los recuerdos de los grandes placeres que son idos. Aquel no era el jóven niño, medio serio, medio calavera, medio alegre, medio contempla-

dor, siempre astuto, siempre poeta, improvisador, fresco, picante, todo corazon, todo alma, que nosotros nos dejamos robar en un dia de materialismo, cuando al sonido de los dollars que se contaban en la calle de Wall, olvidamos que él daba un concierto en el salon de Dodwoth.

Hablábamosle de su viaje á las Antillas y se sonreia mirando el cielo raso de su habitacion donde el humo del cigarro formaba espirales fantásticas que iban poco á poco espesando la atmósfera.

—¡Tengo frio! decia arrimándose al fuego, como si nunca hubiese vivido en la zona de los hielos, como si echase de menos el aire que bebe aromas bajo los naranjos, á la sombra del plátano y junto á la pasiflora.

El empresario solamente, el empresario era el único que no comprendia el alelamiento en que Moreau se encantaba, dejándose mecer como el cisne por una ola que allá á lo léjos fué tempestad, pero que cerca, junto á la orilla, es mansa y deja una lijera espuma sobre la superficie azul transparente del agua tranquila.

El empresario preguntó á Luis si habia olvidado el piano.

—Oh! sí, contestó el artista sin titubear. Tengo otros amores.

La cara del hombre decia con todas sus letras "especulacion perdida." La del poeta repetia en todas sus facciones lo que habian dicho sus labios.

R** levantó la tapa del piano y hubo una escena muda, en la cual un signo de cabeza fué contestado con una señal de mano, y el piano empezó á sonar.

¡La Serenata! Las palabras del modesto poeta cubano don Rafael de Mendive saltaban de las teclas como gotas de rocio que caen de las flores de páscua cuando sobre ellas vuelan en nubes las mariposas.—Oh! Cuba, hermosa Cuba, patria de Milanés y de Gertrúdis, nido de tantos cantores, tú no hacias falta allí, porque la inspiracion te habia representado con vívidos colores como esos gratos fantasmas que la refraccion presenta á los ojos del sediento viajero en las arenas abrasadas de nuestras llanuras de Venezuela. Broadway con su ruido de carruajes, con sus mil y una bellezas arrastrando seda, sus almacenes deslumbradores, sus torres, su calle de Wall y su Barnum, desapareció entre las armonias de la Serenata.

Moreau mantenia, como tiene de costumbre los ojos en el techo, cual si allí leyese las notas que formaban la armonia y con

el cigarro en la boca se balanceaba en la trípode del piano ni mas ni menos que en las horas de deliquio que habia dejado atras cuando la música criolla toca esos aires incomprensibles para el estrangero—la *danza* cubana.

Solo el contratista no sabia esplicarse los movimientos de Moreau. Tal vez lo creia loco ó enfermo del mal del baile. Los demas no bailamos, acaso por no plagiar á los cardenales encargados de imponer la pena á los boleros de España.

Yo no sé si aquel dia se hizo la contrata ó si estaba hecha ó si fué escrita despues. Solo sé que Moreau se contrató y que empezaron los conciertos.

Tengo carta blanca para pedir entradas y sin embargo pocas veces he asistido á ellos, porque no habia lugar. ¡Cuál pondria la cara el empresario! Nueva York acogió á Moreau como una "novedad de la estacion," como si nunca lo hubiese visto, como si nunca se cansase de oirlo.

¡Ah bribon! Salia al escenario donde no habia mas atractivos que su piano, tan modesto, tan inocente, tan inmaculado, siempre quitándose los guantes, siempre retorciéndose los dedos, como el *groom* que mueve su caballo antes de empezar la carrera. Aplausos estrepitosos saludaban su aparicion, y el pícaro contestaba con una sonrisa triste, de indefinida tristeza.

¿Escribiré ahora un juicio crítico de su ejecucion? ¿Lo escribiré para quienes tantas veces lo han oido, para quienes tantas veces volveran á oirle? No, mil veces no; la ejecucion y el arte inspirado de Moreau no merecen una "ejecucion" folletinesca de mi parte. Diré solamente que nunca tocó Moreau ninguna composicion suya que no se le hiciese repetir, aun cuando él en su repertorio inagotable jamas repite.

Moreau salió despues para Washington. Washington es una ciudad poblada desde que empezó la guerra, y ocupa ahora rango de primer órden; ya no se ven las vacas en sus eternas calles, y los cerdos han huido para no volver desde que visitaron la capital los zuavos de Ellsworth, tan amigos de la caza como del cuartel y la guarnicion. McClellan acababa de suceder al general Scott, y no habia descubierto aun que los rebeldes *no* estaban en Manasas; era entonces el ídolo del dia, y no tenia tiempo para atender sino á los asuntos de la guerra. A los que le obsequiaron con una serenata, les mandó decir que ni para darles las gracias podia abandonar el bufete. La organizacion, como se decia á la sazon, bastaba para poner á prueba su organizacion. Pero, ¡oh fortuna de los empresarios

que tienen estrategia! las baterias de Luis (con no ser Napoleon) hicieron desalojar al entonces vencedor en no sé que desfiladero de las montañas de Virginia, y "nuestro jóven Napoleon" concurrió á los conciertos, y pidió su retrato á Moreau, y le presentó á su señora, porque la generala quiso tener un *shake hand* con el pianista, y lo convidó á su casa. Los genios se asimilan. Mr. Seward, á quien tiempo debia de faltarle para firmar las órdenes de alojamiento en el Hotel Lincoln, hizo tiempo para oir á Moreau, y cuentan que el astuto diplomático se dejó seducir por el buen chico cuando este le improvisaba preludios que remedan á maravilla la introduccion de sus cartas al lord inglés. Al dia siguiente del primer concierto Moreau tenia á sus órdenes un pase y una escolta de caballeria para ir á visitar á su paisano Beauregard en las cumbres y desfiladeros de Manasas. En Munson's Hill y en Falls Church se formó la guardia para recibirle.

¿Quién sino el Príncipe Napoleon obtuvo nunca igual favor de los magnates que gobiernan la república federal?

Un labriego de Illinois que servia (no sé si ha muerto,) porque el Dr. Smith de su pueblo dijo en el sermon dominical que la guerra es para la *igualacion* del trabajo, y él, por supuesto, queria trabajar tan poco como el mismo doctor en cánones, pretendia que Moreau no era buen músico, por mas que el coronel del regimiento lo asegurase, porque no sabia tocar la corneta como la banda del 25° de Illinois ó del 100 y no sé qué tantos de Indiana. Moreau se sonrió con su sonrisa triste y fascinadora, y aplicó las espuelas al caballo, sin tratar de convencer al hombre del campo.

Los Riggs, millonarios, prepararon á Luis un sarao para su regreso de Manasas, y el Escmo. Sr. de Tassara (ya no puedo tratarlo de Tassara á secas, porque no es el poeta sino el ministro)

"Le hizo tocar un jaleo
Tan guapo y lleno de sal,
Que de oirlo bailarian
La Alhambra y el Escorial;
Y si volvieran á oirlo,
Lo volvieran á bailar."

Pero el empresario es hombre que nunca se detiene ni se prepara mucho para marchar, como los generales unionistas que avanzan todos los dias á razon de pulgadas, y sin decir ¡agua va! se encaminó á San Luis con su canario, y á Cincinati, y á todo el Oeste descubierto y por descubrir, y en pocos dias dió tantas batallas musicales como las que anuncia el bo-

letin oficial y se quedan en música celestial, con la diferencia de que en todas ellas Moreau podia decir como César: llegué, ví, vencí. . . . . y el otro se quedó con el botin. La campaña fué estupenda; pero. . . . "el genio es una fatalidad."

Oigamos al mismo Moreau. En su carta de media noche me escribia:

"En Cincinati 4; en San Luis 7, en Luisville 2, todo en 6 dias! Tuve el gusto de ser presentado á Halleck la misma noche en que se le daba una serenata y recibia él la noticia de la toma de la isla Nº 10 y de la gran victoria (*????*. . . . . Despues de hechos esos puntos interrogantes veo que tienen cierto aire de *grullas*) la victoria de Pittsburg Landing. . . . En Chicago 6 conciertos, en Milivawkee 1, en Alton 1, etc., etc., etc. En 75 dias he dado 68 conciertos y hecho cosa de 12 ó 15 mil millas. Algunas veces he viajado 78 horas seguidas; he llegado un cuarto de hora antes de empezar el concierto y apenas terminado este, otra vez á los carros. Hay motivo para embrutecerse. Ya no puedo ser clasificado por ningun naturalista; dejo de pertenecer al género *homo*. Soy algo entre el autómata, el pepino y la pila de Volta. Mis dedos corren sobre el teclado con rapidez enfermiza y me es *ahora* imposible oir música sin esperimentar algo de aquella sensacion del desgraciado que en la novela de Dumas 2º fué condenado á comer pichones durante un mes! La vista de un piano me horripila como la del *caballete* (potro) al condenado que acaba de sufrir tortura. Cierro los baules y en marcha!"

"El piano me horripila!" Yo tambien. . . . *anch' io* . . . yo tambien sé lo que es eso y compadezco al pobre Moreau desde lo mas profundo de mi corazon.

Pero Moreau es incorregible y el recuerdo de la tortura ha pasado, como las impresiones del último beso le daban sed á Don Juan. El piano es el caballete; pero el piano—ese instrumento de suplicio—es el encanto de un público que ama, que mima, que contempla á Moreau y que tiene celos de que se le escape otra vez á una de esas escursiones vagabundas en que deja prendido el corazon. La vida de la empresa fatiga al artista; pero esa es la vida del pais. No es aquí como allá en Cuba donde

"Sarah belle d'indolance
Se balance
Sur un hamac au-dessus
D'une fontaine
Toute pleine
D'eau puisée de Pilsus."

El autor de *Los Miserables* no habia ido á Cuba cuando escribió esos versos, pero habia estudiado en Oriente las costumbres de aquel bello pais de los encantos para Luis Moreau Todo el talento de Víctor Hugo, sin embargo, no bastaria para pintar la actividad histérica de la patria adoptiva de los empresarios, donde no le es permitido á nadie andar despacio, escepto al general Halleck frente á Corinto y al general McDowell frente á no se sabe donde.

Amo á Luis como lo ama el público de aquí, como lo quiere el público de la Habana; sus manos tienen la fascinacion de Hermann y su piano (el caballete) el dulce encanto salvaje de una melodia en el desierto. Pero su corazon tiene mas encantos que su piano y sus dedos de prestidigitador musical. Ha terminado su milésima campaña para empezar otra. ¿Ha ganado? está rico? rico como B. . . . ? Ha ganado como el empresario?

Nueva York empieza á llenarse de cubanos; ya vuelan en Broadway las aves de los trópicos; ya empiezan á brillar ojos como el sol de julio. La ópera se ha convertido en un espectáculo que divierte por lo grotesco de su conjunto. Ullman no ha traido á la Ristori como ofreció en enero. El teatro inglés —no, el teatro de Nueva York—hace dormir.

Moreau tiene campo abierto, se ha unido con Brignoli, con la simpática Kellogg. . . . . Tendremos operetas y conciertos como ellos solo saben darlos. La *Reina del Océano* ha hecho su primera visita á la reina de las Antillas. Nos traerá á sus ricos vasallos que ya estaran convencidos de que ni la guerra concluye, ni interviene en la vida de todos los dias que sigue haciendo honradamente la metrópoli. Habrá motivo de gozar música, habrá música que dé motivos vara gozar. . . .

Moreau! si el génio es una fatalidad, resígnate, hijo mio, que las fatalidades son inevitables. Al *potro*, pues, como siempre irá á tus tormentos quien bien te quiere y lo dice á Cuba.

Nueva York, mayo de 1862.

EL VUELTO No. 1.

Take care of the pennies, and the pounds will take care of themselves.

FRANKLIN.

Se equivoca V. lastimosamente si imagina que me ha picado la tarántula de la política y que voy á escribir sobre el que vuelve la casaca todos los dias; ni menos se figure que hablaré del que fué á la guerra y ha vuelto para no volver sino las espaldas, como dice pintorescamente el pueblo; ni piense que el "sujeto" de mi Folletin es ninguno de los rebeldes vuelto á la obediencia, mendiante la *gracia* del juramento á la Constitucion que á ellos les hace tan poca.

Entendámonos. Quiero hacer ante todo mi profesion de fé política, porque estamos en época de política, de profesiones y principalmente de fé. ¿Sin esa luz y conocimiento con que sin ver creemos, quién se atreveria á creer lo que está viendo? Yo soy unionista. Siempre me pareció mas juicioso unir que desunir, y si mi vocacion hubiese sido distinta de la que es, en lugar de meterme á escritor público, que es meterse en camisa de once varas, me habria consagrado á la Iglesia por solo el placer de unir de tal manera que nadie pudiese desunir. Tengo fé, porque á nadie han quemado hasta ahora sino por no tenerla. Soy unionista. Tengo fé en la Union, cosa que todos ven, por mucho que no todos la crean. Digo que soy unionista á carta cabal, á puño cerrado, con tanta fuerza que el mismo general Pope no esperaria á la conclusion de la guerra para pagarme mis bienes, si yo los tuviese y si los dejase en el camino de sus tropas que han de vivir del pais que defienden. Soy unionista puro y opino que todo el que no lo sea sufra las penas de confiscacion, expropiacion, abolicion, deportacion y colonizacion con sus demas *ones* en algun punto ancho y barato de la América del Sur.

Mire V., pues, si gustaré de política, ni de guerra, ni de los rebeldes, cuando principio el Folletin de *El Continental, Boletin de Noticias y Precios Corrientes*, con el nombre de EL VUELTO. Vuelva la hoja quien pretenda encontrar en ella alguna de las esplicaciones que busca para el misterio de la situacion. Mi VUELTO es mas claro, mas limpio, mas visible, mas digno de *Precios Corrientes* y de *Boletin.*

El Vuelto es el precio que corre, es decir, un precio que no se halla estacionario, que ya hoy no se encuentra siquiera avanzando, sino corriendo. Es ademas un boletin, es decir un boleto pequeño que si no anuncia las victorias del rio Chickahominy, representa el crédito del mercado. Boletin es un libramiento para cobrar dinero, segun el diccionario de la lengua.

Sin necesidad del diccionario ni de acudir á Florez Estrada, Vuelto es cambio—la representacion de la moneda, la *imágen* del oro y de la plata. Digo la imágen, porque solo la imaginacion puede hallar en el vuelto de hoy forma de dinero, cuanto menos sustancia de idem. Digo representacion para no decir comedia, y lo llamo cambio, porque no es poco el del oro en papel.

Hace medio año (para no ir mas lejos) que el oro se vendia al par, ó si V. queria, al non. Abundaba como cosa mala. En aquellos tiempos nos reiamos de los *shinplasters* ó papel de moneda que habian echado á volar ciertos vecinos y hermanos nuestros, bastante incómodos para lo de vecinos y bien poco aficionados á nosotros para lo de hermanos, á no ser que nos tratasen como hermanos políticos ó como miembros de la Santa Hermandad. Deciamos de los *shinplasters* cuanto se nos venia á la boca para que se hiciese agua la de los que veian á la calle de Wall—ese mostrador de Nueva York—repicando con onzas de oro las victorias del Sudoeste y de Manasas.

Pero un dia se levantó Nueva York mas temprano de lo que solia y vió que el oro se le marchaba sin necesidad de pasaporte. Era moneda corriente, pero qué corriente! Ni la del galgo en lo veloz, ni la del rio Misisipí en lo abundante. Los bancos de depósito y descuento se quedaron con los depósitos, y los descuentos se volvieron cuentos, porque se entregó en vez del oro *qui quondam* habia sido recibido, papel verde como la esperanza, desapacible como la fruta en agraz. La efijie del Presidente estaba en todos aquellos papeles y todos los tomamos por amor al Presidente. ¿No era y es moda tener libros en blanco con *cartes de visite?* ¿No era y es Lincoln el Bueno un recuerdo monumental de la época?

Cundió la moda y todos los bolsillos reverdecieron con la llamada emision, y el retrato de Mr. Lincoln ha sido desde entonces testigo de mas de una transaccion que dejaria transido al original si su mala suerte le hubiese deparado la de

presenciarla. Jamas hizo nadie mas papel que el que llevaba y lleva y por muchos años parece que llevará el retrato del Presidente, sin que entre en mi ánimo decir que ese papel lo hizo Mr. Lincoln, ni bueno ni malo; porque tal clase de moneda pertenece á las que se hacen solas, por sí, como las revoluciones y los generales que han sido ó sabido ser abogados.

Por detras del retrato de Mr. Lincoln, vino el del general Scott, aunque escaseó mas por ser hombre de mas pesos—en la marca del papel, quiero decir. Detras de Scott vino otro y luego otro y otro, en número igual al de las cabras de que contaba Sancho. Con el dicho número le sucedió á Nueva York exactamente lo que á Don Quijote con el de las cabras, que fueron cuento de nunca acabar. Porque á ejemplo de los grandes, los chicos viven: en pos del oro ha empezado á marcharse la plata de Nueva York y de otras islas, como de lugares apestados. El cobre villano ha tomado tambien el portante; que para las clases bajas no hay nada peor que el mal ejemplo. Y hete á Nueva York despierta, madrugando, sin tener *materialmente* con que mandar al mercado!

Al oro han sustituido los billetes color de esperanza—una esperanza de pago firmemente impresa con la efigie de la Libertad. Repare V. que no digo la imágen. Los representantes del oro no podian sin embargo sobajarse á representar la plata y menos el cobre, que eso fuera indigno de su muy poderoso constituyente. Tenia V. uno ó mas bustos de la Libertad teñida de verde; pero con eso y con todo el influjo de la soberana del mundo no salia V. de apuros. O se comia V. cinco duros de pan—lo cual seria empresa de indigestion ó de un mes de plazo, ahora que la mitad de la Union no consume el trigo de la otra mitad—ó se quedaba V. en ayunas por falta de moneda para comprar la racion de un dia. En medio de los calores del estio no se encontraba yankee bastante especulador que tuviese la caridad de darle á V. un vaso de soda á la crema ó con jarabe de fresas, si habia de cambiar para ello un Lincoln de 5 pesos ó un Scott de 20. El botero subió el precio de sus cárceles ambulantes para no dar cambio. El marchante de los cigarros veia disminuir á ojos vistas el número de sus consumidores por falta de menudo.

La plata subió como espuma de chocolate español. (El anglo-americano no hace espuma.) Los cambistas hicieron su agosto en el mes de julio, robándonos—31 dias nada menos. El aviso en todas partes decia que no habia cambio, aun

cuando el telégrafo casi se derretia con los rumores del de ministerio. Cambio! cambio! se gritaba por todas partes á la vez que por todas partes se trabajaba por la estabilidad de la Union y por la conservacion del *status quo ante bellum.*

Entónces apareció el VUELTO. Ese personaje de todos deseado *debutó* en Delmónico, el *restaurant* de los ricos de la calle de Wall y de los dependientes de buen tono. Despues de una comida tan sabrosa y suculenta como las que suele pintar Fernan Caballero en sus novelas, el criado cobrador presentaba con la mayor urbanidad un billete de *vuelto* al portador, en el que prometia para el dia siguiente otro plato tan apetecible y satisfactorio cual el que empezaba á hacer digestion en el estómago satisfecho, y—la hora de la digestion es la de las concesiones—con la esperanza de repetir viandas tan esquisitas aceptaba uno el billete de convite para la segunda entrada de mañana. Bien podia no decir el portador su Paternoster aquel dia, pues tenia asegurado el pan para el dia siguiente.

La policia quiso "intervenir" y detener la emision de moneda de papel,—emision prohibida por la ley; pero Delmónico alegó que su moneda era de comida buena y no de papel, mientras que su abogado sostuvo el contrato entre el anfitrion y el gastrónomo, de dar el primero al segundo una buena mesa en dos sesiones, contrato apetecible y aun provechoso, sobre todo cuando el Congreso mismo necesita tres sesiones para dar una ley que no siempre es buena ni sabe bien. La policia no encontró el argumento de Delmónico tan digerible como sus fritadas y sus guisos y empezaba á masticarlo y á rumiarlo, cuando he aquí que otros proveedores empezaron á emitir sus Paternoster, ó promesas de pagos y de comidas para el dia siguiente. Nadie tenia vuelto. Todos alegaban con el premio de la plata la necesidad de los billetes de banco ó de mostrador personal sin patente y sin garantia. La union hace la fuerza. Un movimiento estratégico tan general equivalia á una victoria. Es cierto que podia haber quebrantos bursátiles y que en poder de parroquianos rebeldes tambien podia quedar mucho botin en el cambio de la base de operaciones comerciales; pero la necesidad de establecer una posicion mas decidida, segura y mas apropósito para tomar el capital que no se entregaba entero, hizo admitir su separacion, contra todos los principios de la época y contra todas las teorias constitucionales del sistema de crédito bien organizado.

Apareció el vuelto en millares de formas distintas. Paga el patron la semana con un Scott de á 20 sin rayar y en el banco ó en la subtesoreria se convierte en cuatro piezas volantes de á 5. Con una de ellas se marcha el feliz propietario de la moneda legal á la oficina de Correos y compra sellos. Ya tiene vuelto: sellos de á 24 como cañon de Parrot; sellos de á 10, de á 3 y de á 1. El Congreso ha declarado el sello moneda legal ó forzosa, y aunque lo primero pudiera ponerse en duda, en lo segundo no cabe ni la mas mínima. El único óbice de la nueva moneda consiste en que se pega, porque tiene goma al respaldo, y así, han dado en llamarla *sticking plaster*, es decir, emplasto pegajoso. Cuestion de nombre : ello pasa y así vengan muchas. Tiene uno la cartera llena siempre de valores.

El ómnibus se toma al salir de casa. Con dos sellos se le pone uno en la boca al exigente auriga que desde que entra el viajero en su pato sobre ruedas empieza á dar golpes sobre la imperial reclamando la paga adelantada, como la de recluta que se engancha para la guerra. Dos sellos y punto en boca. Pero ¿ quién osará ponerse en la suya al franquear un billete de amor ó negocio, que es lo mismo, aquellos dos sellos que le cerraron el pico al faeton grasiento y trasudado en estos dias de julio?

En la tienda de los cigarros se fuma uno dos sellos de tabaco de contrabando. En la botica dos sellos aplacan la sed convirtiéndose en soda á la crema. No hay mas vuelto que el sello, y el sello ha venido á ponerle el sello, como suele decirse, á la situacion rentística del mercado.

El sello es un vuelto fácil, ligero, aceptable, fiel por su adhesion. Fácil, porque las subdivisiones estan bien proporcionadas. Ligero! Licurgo que asombrado de la sobrada ligereza de los marcos, inventó, los $30 que no podian ser trasladados sino en un carro de bueyes, se quedaria en babia al palpar un vuelto de 90 centavos. Aceptable—¿ quién sin pensar en alojamiento gratis se opondrá á la ley que lo constituyó con Constitucion ó sin ella? Si es pegajoso, díganlo no la goma que lleva, sino los muchos que se pierden. Fiel! como que es perfectamente adhesivo.....

Vea V. en el correo la cola de gente esperando turno; desde un cuarto de segundo piso en donde se hace la conversion de un Lincoln ó de un Scott en moneda legal, baja la anaconda de muchachos y porteros hasta estrechar con sus

roscas á la calle de la Libertad esperando la oportunidad de entrar en el santuario donde se verifica la transformacion. La calle de la Libertad se ha convertido en mostrador de cambios, en bolsa, en mercado, en lonja. En lonja de papel! Allí se negócia papel por papel, sin mas diferencia que el tamaño. Siempre temieron los filósofos que de la libertad se hiciese alguna vez mercancia y especulacion. Los filósofos han encontrado la razon de sus temores en la calle del correo nacional.

El vuelto en Nicaragua es un rollizo grano de cacao blanco; en Venezuela era lo que las monjas honestamente llaman postura de gallina. Los indios dan por vuelto piedras azules cuyo valor en los paises civilizados ignoran ellos completamente. Cada nacion ha inventado un medio especial de cambio. La revolucion nos ha regalado hoy el sello del correo, el vale del carnicero, el del proveedor, el del frutero, el del boticario, el del posadero, el de todo aquel con quien hacemos negocio. El papel bajo todas sus formas inunda á la sociedad. La Union nada en papel. Como el célebre duque de Aremberg en Bélgica podemos entapizar aquí los salones con certificados de crédito, porque el crédito se puede medir por piés, por varas, por millas. Aunque parezca paradoja, nunca hubo en la Union mas crédito que ahora.

Una gentil suscritora de *El Continental* dice que su recado de escribir se ha aumentado con la adicion de una esponja humedecida desde la creacion de la moneda-sello. Sus labios no osarian tocar la goma de la moneda para franquear las cartas. El vuelto ha hecho una revolucion rentística y muchas domésticas; ya no se compra un centavo de pan sino un sello de pan; el vino se bebe por sellos; todo es sello. El vuelto de sellos, he dicho, pone el sello á la situacion.

Haria mal en enojarse conmigo el Editor principal, porque el Folletin no siga el compas de sus editoriales y no entre como él en sesudas y profundísimas disertaciones sobre la filosofia de los sellos y su influencia en la suerte de la Union, ya que constituyen una moneda que se pega. Haria muy mal, lo repito; porque vivimos en un pais libre donde todo se permite, con tal que no afecte la opinion de que la Union *es* como *era* y *será* como *es*, y con tal que nada se escriba, ni se diga, ni se piense que no sea favorable á los sostenedores de la libertad sellada. Prometo que jamas diré que en ninguna batalla han dejado ellos de triunfar; prometo que en todas ma-

taremos los de acá doble mas gente que los de allá; prometo que en asuntos mayores jamas se mezclará el Folletin.

Pero, oiga, V., señor Editor Redactor en jefe! *Nosotros* tenemos independencia, convicciones y principios y estamos dispuestos á defenderlos hasta con la última gota de..... la tinta que haya en nuestro tintero. Entre el Folletin y el Editorial echamos una linea divisoria, tan demarcada como la de Dixie y tan honda como la del Chickahominy. No nos meteremos con V. ni permitiremos que V. se meta con nosotros. *Let us alone*, ha dicho por toda exigencia el archi-rebelde Jeff. Davis. Trate V. de convencer al público y de ilustrarlo, como con tanta modestia se proponen todos los periodistas *de son état.* Nosotros trataremos de distraerlo y de divertirlo, si podemos y para ello nos diere el naipe. Y entre tanto vivamos en paz, como verdaderos hermanos y camaradas, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Al encargarnos del mando del ala izquierda inferior de *El Continental*, prestamos el juramento de lealtad á la Union y estamos decididos á cumprirlo, sin faltar, cuando fuere innecesario, á estilo de gabinete constitucional, á nuestro programa escrito, con el cual gobernaremos ó sucumbiremos.

Tal es nuestro propósito: un Folletin blindado en chismeria es el único elemento con que trataremos de salvar *l'entente cordiale* de las potencias que han de mantener la union continental.

EL SUELTO ó MENUDO No. 2.

Prefiero (*) un toro suelto en una sabana limpia, un toro de los que San Pablo y San Fernando y otros santos que los llanos de Venezuela no envidian á Jarama ni al circo de ninguna ciudad de la tauromáquica España, un toro de cinco años, con cerviguillo de fraile y ojos de tizon, rabo alzado y patas de ciervo;

(*) Teniendo que escribir para *El Continental* y para el *Diario de la Marina* sobre las cosas del dia, me resultó, como en este folletin, que debia repetir el asunto.

un toro mañoso, con cada punta como una alezna y cada bufido como el de una ballena; prefiero ese toro irritado por el moscon y dispuesto á revindicar su soberania; ese toro que donde quiera se hace plaza, aunque no la haya, y donde quiera es *considerado;* lo prefiero, digo, al "amigo" que me pregunta si por casualidad tengo suelto. No es ya por regla de economia, ni por el temor de una cornada, aunque siempre es peor la del hombre que la del toro, sino porque la palabra "suelto" le amarra á uno el entrecejo en estos dias y le indigesta la comida y le hace soñar con incendios, inundaciones, terremotos y matrimonios. Escoja quien quiera la peor de esas calamidades, que nunca habrá escojido una comparable con la de no tener suelto. Es la verdad que hoy nadie tiene medio en el bolsillo, por muchos que sean sus medios, y ya nada significa el refran de "es mas feo que préstame medio" porque ha desaparecido la verdad proverbial con el objeto del préstamo.

Ahora se presta en grande ó no se presta. Verbi-gracia, el gobierno toma prestados tres ó cuatro millones diarios. Quien se los presta no lo sé; pero es lo cierto que de alguna parte salen. Pues con toda su habilidad para encontrar millones donde no los hay, perderia su tiempo buscando medio. De ahi el que no encuentre en ninguna cosa el justo medio, aun cuando las mas de las cosas se hagan á medias, y esas muchas veces con los contratistas y especuladores que se las saben calzar por entero. No lo digo precisamente por la campaña de la península, donde la cosa fué completamente redonda y no hubo mas medias que las que dejó el ejército federal en poder de esos malvados rebeldes incorregibles. Allí hubo cambio de frente, de base de operaciones—de papel. De frente, porque el ejército que lo daba hacia el poniente y sobre Richmond donde tenia metida media nariz, le dió la espalda con desagrado para no ver lo que allí se estaba haciendo, que no debia ser bueno porque no era constitucional, ni arreglado á la ley. De base de operaciones, porque ahora se hacen sobre el rio James cuyas aguas son mas limpias que los pantanos del Chikahominy y que las estancadas que rodean á Richmond, depósito de miasmas y de corrupcion material y espiritual.—Cambio de papel finalmente, por aquello que vulgarmente se dice de que la "criada se volvió respondona" y los que vestian laureles hicieron el entremés.

Cambio de papel, sobre todo. Esa es la órden del dia y aun cuando á algunos hacendistas les parezca que en la tal órden del

dia no hay ningun órden, órden es y "lo manda la ordenanza, que es preciso obedecer."

Pero ¡oh! suerte bien sin suerte! Con las medidas de papel que habian caido en desuso desde que los sastres las arrinconaron por la lienza de resorte, nos han atado las manos de tal manera que no hay cómo usar en el dia de los patrimonios legítimamente adquiridos. La legitimidad de papel es la peor de las legitimidades: testigos los herederos del trono francés que sirvieron en el ejército de McClellan hasta que se retiraron indignados de ver que los rebeldes se atrevieran á mayores con las fuerzas de la legitimidad y del derecho "de la vieja bandera." Sus Altezas confiados en los títulos al respeto y veneracion que les asistian, no comprendieron cómo la oligarquia del Sur pudo mandar á Jackson (*Calicanto*) por la izquierda y á Lee por el frente para ocupar los pantanos del rio. Menos les hizo gracia ver que el ejército del Potomac se retirase; y como quiera que ellos habian venido á América para avanzar y no para retroceder, se dieron prisa á protestar con su ausencia contra los acontecimientos que pasaban entre los rios York y James y contra un cambio de programa que variaba completamente sus papeles en la funcion anunciada. La promesa era de avance "en una campaña sangrienta pero corta." La ejecucion fué en retirada sangrienta, pero larga. El cambio no podia ser mayor; las palabras estaban desempeñadas y los Príncipes sueltos.

Sueltos! Dije y por ello recuerdo que apesar de mis digresiones y del horror que profeso á todo lo que anda suelto, inclusos los maridos de mujeres bonitas y los sueltos de periódico que lo suelen ser tan en demasia que nadie los tolera; apesar de todo eso, he de volver al asunto empezado.

Suelto! . . . Las viejas dicen que así anda Barrabas, alias el para ellas Perro Sucio, en el dia cuyo santo es Bartolomé. Pues para nosotros hoy todos los dias son de San Bartolomé, porque todos los dias amanecemos con un diablo de suelto que sirve de tormento y purgatorio á pecadores y justos. Bien hayan aquellos tiempos en que se usaban grandes placas, como las que ahora estilan el *Monitor* y las *Merrimaques*, placas cuyo peso requeria no pequeñas fuerzas en el portador! Bien hayan los centavos de cobre y de bronce y de mezcla que para todo servian en este mundo de necesidades y en este siglo metalizado! Hoy lloramos su desaparicion con lágrimas que pudieran ser de sangre si no fuesen de miseria. Todos aque

llos honrados representantes de la pública riqueza han desaparecido y en su lugar tenemos papelitos de todos los colores del arco íris, llenos de una sustancia pegajosa como emplasto de botica y mas frágiles y quebradizos que virtud de mujer: papelitos que pasan de una á otra mano millones de veces antes de pasar á la boca para ser puestos en las cartas del correo.

Porque has de saber, lectora limpia y boquirosa, que nuestro suelto de hoy no es ni menos ni mas que los sellos del correo, los sellos del franqueo previo. Antes venia en ellos nítido y puro el retrato de Washington ó el de Franklin, conforme habia salido de las manos del artífice, y pasaba á la boca antes de unirse para siempre á la carta, á la cual servia de pasaporporte. Hoy la efigie del Padre de la Patria y la del impresor estadista de la revolucion, convertidas en moneda, pasan de una mano á otra y antes de ser pegadas reciben el barniz de la mano popular cuyo contacto ha gastado á tantos y tan insignes varones. Tú sabes que la mano del pueblo se hizo para borrar notabilidades, y si no lo sabes, pudieras preguntarlo al general Fremont y á cuantos otros mas ha amolado la rueda revolucionaria que anda sobre nosotros como vara que sacude trigo en espigas. Imagina pues cuál quedaran los sellos despues que han sufrido la prueba del pueblo!

Mas aparte la cuestion de limpieza, aun cuando sea la que no se aparta del pensamiento cada vez que de dinero se trata, magüer fuere dinero de papel—el que ahora llamamos aquí menudo, cambio, vuelto ó suelto, á sus muchos engorros añade el de que no todo marchante lo recibe, y cuando, por ejemplo, se presenta á la tienda mas á la moda una gallarda belleza con guante de cabritilla y sombrilla que no da sombra, una de esas doñas yankees cuya nariz parece que sufre la atraccion magnética de la punta de su sombrero de teja, si el dependiente tiene la desgracia de ofrecerle cambio de estampillas, oye de aquella boca de coral verdades que lo ponen de perlas, sobre lo irrecibibles que son las monedas que no suenan. El dinero ha de ser para ella sonante, ó no es dinero. A fé que tiene razon.

Otros alegan que el billete de banco vale por lo menos lo que dice, porque detrás de su faz está, ó debe estar, el metálico, mientras que el sello de correo es una especie de carta de amor que no puede ser recibida sino con descuento.

Una de tantas cubanas ricas y espléndidas que pasan la temporada en Saratoga, se indigna de que á sus onzas de oro se

les corresponda con *shinplasters*, ó papel mojado del que inventaron los separatistas y tanto dió que reir en su tiempo á los unionistas. Suponga V. á qué le sabrá el papel á quien en su vida no vió sino doblones de á cuatro por lo menos.

El doblon

"Que de puro enamorado
De contínuo anda amarillo,"

ha desaparecido como espantado de la guerra.

Si él es el nervio de la guerra, ¿cómo no se ha de espantar de ver sus propias obras? Nadie conoce á sus hijos tanto como el padre que los engendró, á pesar de lo que digan malas lenguas pecadoras.

Mas la peor obra de la nueva moneda consiste en el demérito, en el menos valer, en la pérdida que hace sufrir. Para mejor esplicarme pondré un ejemplo.

Una antigua amiga nuestra se presenta muy de mañana á mi bufete donde estoy mas que ocupado, descifrando un parte del general Pope que á fé de hombre de bien, no entiendo cómo ha matado á tantos separatistas en una emboscada sin perder él ni un solo hombre.

—Nazareno, dinero.

—Dinero! Hija, eso va muy de prisa. ¿Cómo has gastado tan pronto la pension? No eres unionista en lo de perder.

—¿Cómo? Muy fácilmente, porque los pesos de ahora no son pesos.

—¿Pues qué son?

—Lo que tú quieras, menos cien centavos, pues por un billete, aun siendo de Mr. Lincoln, no te dará nadie sino ochenta y pico. El pico segun está el cambio.

—Por manera que una parte de mi trabajo se marcha con el cambio?

—Cabalito. Aun así mismo, nadie da otro cambio que el de centavos muy pocas veces y el de sellos de correo siempre.—Sellos, añadió Sofia, que no los reciben muchas tiendas.

Por primera vez caí en la cuenta y ví que el suelto encierra una gran cuestion ecónomo-política. En mi Diccionario Mercantil no estaba resuelta esa cuestion.

—A lo que se agrega, continuó diciendo Sofia, que todo ha subido de precio y que el gasto de ahora dos meses. . . .

—Me haces temblar, Sofia. . . .

—Pues sí, el gasto de ahora dos meses no se hace con una tercera parte mas de lo que se hacia.

—Tampoco estaba eso en mi Diccionario.

—Verbi-gracia, la espada nueva de "Scott" ha costado un peso mas y es igual á la vieja.

—Pero, Sofia, ese buen general nuestro no necesita espada.

—Y los cañones para "Beauregard" los he pagado mas caros que antes.

—Pero, hija, si lo que sobra son cañones para "Beauregard."

—El mozo de la tienda me ha dicho que los nuevos aranceles y la contribucion directa y la falta de suelto y las quintas y no sé cuántas cosas mas han encarecido todas las sustancias necesarias á la existencia. . . . .

—Inclusos los cañones para "Beauregard."

—Como lo dices. ¿ Qué seria de "Beauregard" sin cañones?

La lójica de Sofia me aterraba. Pensé con tristeza por primera vez en el porvenir de la familia, ya que el de la patria no me incumbe, y toda la comedia del suelto se me convirtió en tragedia. Abrí mi coleccion de folletines de "J. S." y ví con él que la esperanza nunca se pierde. Pero. . . .

Muchas veces he interrumpido este "suelto," tentando maquinalmente el que todavia contiene mi bolsillo y contemplando con ojos avaros una moneda de oro que yace colgada como en castigo ignominioso desde hace muchos años en lo alto de mi bufete.

El suelto amenaza al oro y aquella es una especie de reliquia de lo pasado que debemos venerar. Llegan uno y otro vapor de California cargados de oro, y el precioso metal desaparece como evaporado al calor de la guerra combinado con el del verano. Si ambos continúan como van, ¿ qué será de la grandeza del pais rico por escelencia ? ¿ qué de su tesoro inagotable, de su "plétora" monetaria ?

"Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿ Qué fueron sino devaneos ?
Qué fueron sino verduras
De las eras ? "

En los últimos treinta dias he aprendido mas teorias hacendistas que en todo el tiempo que perdimos en esa ciencia mi maestro y yo desarrollando principios en la escuela. ¡ Cómo es cierto que solo el marido sabe lo que es ser casado!

Hénos, pues, aquí, á vuelta de un solo año de guerra envueltos en una crísis rentística de revienta-cinchas, en un *goahead*

tan cabal como todos los que en otras materias le han precedido. En punto á ferrocarriles cuando los demas pueblos los construian para comunicarse entre sí, el pueblo anglo-americano los echaba por esos andurriales para que á sus costados se edificasen pueblos. El mundo entero se hacia muecas por medio de unos palos que por error se llamaban telégrafo, cuando los anglo-americanos inventaron la comunicacion eléctrica. Lo que en otras partes era emigracion, aquí fué diluvio de hombres. Si las demas naciones trataban de estender su influjo por medio de sus diplomáticos y de sus relaciones mercantiles, por la fuerza suave del tráfico y del envio de sus producciones escedentes, de "América" salió, con permiso de sus progenitores, el filibusterismo armado con las armas de la conquista. Nadie puede negar que en materia de progreso este pais iba á la vanguardia en todo y por todo. Entonces ¿cómo pretender que en materia de guerra civil (desde que perdió el seso para empezarla) hubiese de quedar rezagado? ¿Cómo estrañar que en punto á crear deuda no la formase por millares de millones y en punto de suelto no soltase el papel moneda de sellos de correos, que es el papel mas delgado, con monedas ó sin ellas, que se usa en el mundo?

Cuando el Congreso declaró *legal tender* á la estampilla, se encontraba en vísperas de cerrar sus sesiones y aprobaba sin discutir cuanto se ponia á la órden del dia, que en casos tales bien poco de órden suele tener. Treinta y siete leyes pasaron en una semana; por que los representantes del pueblo, cuando estan para marcharse á sus casas, parecen colegiales en vísperas de vacaciones; todo lo hacen, contando con que hasta despues de idos ellos no será que resulte el daño. Entre las 37 leyes estaba la del menudo, la del suelto; y es preciso confesar que ni la hilaron delgado ni se vieron ellos muy amarrados para darnos un suelto con un Resuelto tan re-suelto que nadie puede atarle cabos. Verdad es que ¿quién se opone á la necesidad? ¿qué fuerza hay contra la fuerza? No habia mas remedio á falta de dinero sino crearlo y se creó y hemos visto que la cosa es buena, pero de aquella bondad que hacia esclamar á Miguel de los Santos Alvarez:

Bueno es el mundo, bueno. bueno, bueno.

Comemos y bebemos estampilla; vivimos de la estampilla como las parásitas viven del aire. La comparacion es ecsacta: la estampilla con sus multi-colores formas es la flor con que la

parásita hechiza la vista de los que la contemplan estasiados. ¿Cuánto durará el hechizo? ¿Cuánto tiempo vivirá la parásita? ¿Qué frutos dará?

En medio de la guerra, mas que el profundo silencio temeroso del rio James, mas que la "conscripcion," la quinta—es decir, mas que la guerra á la fuerza,—se preocupa la atencion pública con el suelto, que representa inmediatamente la *question d'argent*, que se ha convertido en la pesadilla del momento, porque habla por la boca de los hijos hambrientos, del hogar desolado, del invierno sin pan y sin carbon, del porvenir sombrio.

El corazon se aprieta, la pluma se cae de las manos. Es horrible el suelto.

NUEVA YORK, agosto de 1862.

LA QUINTA.

I.

Soldados, la patria
Nos llama á la lid.
Juremos por ella
Vencer ó morir.
Himno de Riego.

Las noticias se parecen á los huevos en que han de ser frescas. Ni noticia vieja ni huevo huero. Por eso tengo el honor de anunciar, con birrete en mano, al respetable público de este continente que se ha ordenado la quinta.

A fin de evitar equivocaciones conviene saber que esta quinta no es ninguna casa de campo, ni hace referencia á la esposa del historiador de Alejandro que tenia el mal gusto de llamarse Curcio ademas de Quinto. La quinta de mi cuento no es otra cosa sino el sorteo para la milicia—*sortiri milites*, que dice el diccionario de la lengua.

Venga V. aquí, señor Editor Redactor en jefe, y explique, como Dios le ayude, lo que significa esa ley que manda para

suprimir la rebelion en el Sur el empleo de la quinta en el Norte. ¿ No le topa á V. la confrontacion de esas dos ideas ?

"Non vos fabla á vos, don Nuño,
Non vos fabla á la razon,
Ca si todos voluntarios,
Non forzados fueran, non ?"

He leido—cuando yo solia leer—que en las guerras de la Galias los llamados soldados en aquellas bárbaras naciones y mas bárbaros tiempos, tenian tanta adhesion á sus jefes, que muerto el que los mandaba, morian todos hasta el último. Y mas tarde en Escocia, Francia é Italia los entonces titulados *aventureros* y *facciones* hacian tres cuartos de lo mismo, poco mas ó menos. El cuarto restante provenia sin duda de que la ilustracion habia cundido algo mas con los siglos y los hombres no tenian tanto apego al jefe como á la vida.

Calcúlese ahora cómo habrá de ser una quinta en el siglo de las luces, de los *Monitores* y los *Arkansas*, de los Parrots y de los Napoleones, de los Miniés y de los Enfields y de tantos otros sabios é hijos de sabios que se han empeñado en perfeccionar el arte cristiano de matar al prójimo con mayor facilidad y soltura.

El secretario de la Guerra dijo : la Quinta ! por las razones que espondrá indudablemente la parte editorial—y el pueblo que siempre fué el primero en nuestro continente, no quiso ser quinto por nada de este mundo. Mucho rebajo era ese para aceptado sin maduras consideraciones previas. E luego ¿ qué diran las naciones estranjeras de un reclutamiento de "chaquetilla ajustada" en el fervor del entusiasmo por la causa de la Union ?

Así que para dejar bien puesta la lógica y bien puesto tambien el que ocupamos, la gente empezó á desaparecer de la pública escena y á esparcirse por esos andurriales del estranjero, unos á bordo de los vapores que van á ultramar y otros en los wagones que atraviesan la frontera de nuestros primos del Canadá.

Pongámonos en razon : el pueblo de los Estados Unidos es religioso por escelencia ; religioso á su manera. En virtud de esa religiosidad, mas pronunciada que ciudad rebelde, la quinta le ofreció una cuestion de conciencia, *que voici :*

El quinto mandamiento ordena *No matar :*

La quinta tiene por esclusivo objeto *matar :*

Luego.....

¿Qué hacer en el aprieto sino obedecer los mandamientos para salvar el alma, sobre todo cuando á la vez y por la misma via se salvaba el cuerpo?

—Quinto! esclamaba una señora cubano-anglo-americana. Quinto!..... No permitiera yo á mi hijo que lo fuese ni aun siendo Cárlos.

Y cuenta que el tal Cárlos Quinto era hombre que lo entendia y que en materia de quintas no conoció mas que las muchas en que Su Sacra Real Majestad gustaba de veranear y de otras cosas que podia hacer tambien en invierno. Añado que conoció, eso mas, la quinta de la baraja en cuyo juego, dice el mas veraz de sus biógrafos, que cuando las conquistas le daban tiempo, solia solazarse hasta que se aburria.

Pero mi cubana anglizada no quiere que su Cárlos sea quinto, y tiene á fé razon, porque un quinto, cuando no es Cárlos, bien puede ser el último de la pollada, y oiga V., las balas no escojen. Mas ahora quisiera yo tambien interpelar á mi paisana la española sobre una cuestion personal:

¿A qué, pecado mio mortal, se metió vuesa merced en el magin la idea de hacerse lo que no puede ser, lo que nunca será, lo que le repugnará ser? ¿Para bien de qué ánima se hizo, es decir, se quiso hacer la inglesa quien nació y morirá hispano-americana?

Pero ya veo que en lugar de contestarme, la *donna móbile* sigue haciéndose la inglesa y no entiende.

Ah! dueña mia! Así no me sean perdonadas todas mis culpas cuando Nuestro Señor Jesucristo nos quinte á todos los pecadores en el último dia, si yo pudiese no llevarle mas pecados sino el de merecer ahora ser quintado. Sancho nací, Sancho soy y Sancho moriré; que lo que es cambiar de nacionalidad, señora, no entra en mi reino. Cómo! Bien se me alcanza que "allí está la patria donde bien le va á uno." (*Ubi patria ubi bene.*)

Pero en cuanto á la mia,

"Patria! patria! yo te adoro
Porque he visto el estrangero
Y en él tu nombre hechicero
Me ha arrancado amargo lloro.
Oh! no hay suelo cual tu suelo
De los que guardan mi huella,
Ni cielo como tu cielo,
Ni tierra mas que tú bella."

Si todos pensasen como yo—no lo reclamo en faz de pri-

vilegio—los nacionalizados no andarian hoy á caza de papeles para probar que son lo que no han podido dejar de ser. La "tirania," alegaban casi todos, es insoportable, y por eso venian á la tierra de la libertad para ser *ciudadanos*.

Pero he aquí que la fulgente Diosa, no olvidando la costumbre de embriagarse de gloria, como lo hace en otros paises donde trata mas al desgaire las fórmulas del bien parecer, se dió á sus antiguas tretas en este y..... tiró el Diablo de la manta en el momento de mayor grandeza.

Si *allá* teniamos guerra por asegurar la libertad, que es dada con esceso á andar demasiado suelta, *acá* hicimos otro tanto y un medio mas. Hubo y por luengos años habrá faccion, rebelion y revolucion, y con tan venerables matronas se ha presentado la quinta—esencia de todos ellas y su hija, nieta y biznieta mas requintada.

Con la quinta han venido—"como iba diciendo"—los apuros de los que tienen el honor de ser patriotas y estar dispuestos á hacer todo género de sacrificios por la integridad de la Union y por el sostenimiento de los derechos constitucionales.

Ya espliqué cómo los mas patriotas, es decir, los mas ricos, andan buscando las fronteras terrestres y marítimas, cual ratas que se escapan por las endijas de la puerta cuando ven al gato entrar en el aposento.

Ya dije que los nacionalizados se quieren desnacionalizar..... *y el que me los descontantinopolizare, buen descontantinopolizador será.*

Los pasajeros patriotas—hombres del Norte, partidarios de la Union y de la Constitucion (no se puede remendar el tamboron)—llegaron al muelle como si tal guerra no hubiese en los Estados, como si Pope hubiera ya pasado de Richmond y McClellan el Chickahominy y el fuerte Darling.

—Atras! dijeron los cerberos de la policia.

—Por qué? preguntó uno.

—Debe V. probar que no está comprendido en la ley de alistamientos voluntarios, quiero decir, en la *conscripcion*.

—En la *conscripcion!* Pues si tengo cuarenta y cinco años cumplidos.

—No tal! esclamó irritada una dama que le acompañaba. El es mi hermano menor y yo no los he cumplido.

—Hermana, por Dios! disimulas mucho la verdad.

Y allí fué la de tú dices y yo digo, y los hermanos no se

entendieron acerca de la edad, y el policia no dió el pase. Atras!

Entre tanto otros pasajeros patriotas pensaban ir á Paris para salvar la Union, acaso dando consejos al Sobrino de su Tio, ó tal vez influyendo en la opinion del otro mundo á estilo de Thurlow Weed.

Cada cual tenia su escusa.

—La escusa de V.

—Yo! yo! Pues yo soy viudo.

—No le comprenden las generales de la ley.

—Pues soy mayor de edad.

—Mayor de 45?

—No; pero soy jurado.

—Su nombramiento?

—Soy jurado, porque he jurado..... No, señor, soy, estudiante.

—De qué?

—De medicina.

—Tiene V. diploma?

—Pues si ni aun para ser médico graduado se necesita en este pais!

—Atras! decia finalmente el representante que allí habia del patriotismo nacional.

Uno alegó que era bombero, porque hacia bombas, siendo asi que la ley solo esceptua á los que con ellas apagan ó tratan de apagar incendios.—Atras!

Otro quiso salir so capa de telegrafista. El policia pidió prueba y él la presentó de testigos. El primero citado dijo

—Declaro solemnemente que Mr. Jones, mi amigo, es telegrafista.

—Cómo? dónde? por qué?

—Porque es el mayor embustero de mi barrio, contestó con gravedad el deponente.

El policia admitió el argumento como ecsacto, pero esclamando siempre—Atras!

Los asmáticos, tísicos, enfermos de hipertrofia y de otros males decibles é indecibles, no tenian número, comparando el de su falanje con el de pasajeros. Un cojo se dejó medir las piernas y resultó que una de ellas era mas alta que la otra; pero el policia, ni con la ayuda del Doctor, pudo averiguar cuál era la mas larga, pues *alternaban* como piernas republicanas, segun quien las media. El Doctor encontraba

el defecto en la derecha y el policia en la izquierda. Como no habia tercero en discordia—atras!

—Yo soy casado, espuso uno de tantos.

—Y qué?

—Y mi mujer está en Europa.

—Y qué mas?

—Y pronto me hará padre.

—Y entonces?

—Ella no puede hacer nada en esta vida sin mí. La tengo tan mimada y es tan dengosa!

Un cuarto ó quinto, que no queria serlo, propuso como escepcion la estrangeria.

—Dónde nació V?

—Yo? en California.

—Luego es V. ciudadano.

—No, señor, porque nací antes de la anecsion, antes del descubrimiento del oro, antes que el coronel Fremont encontrase las minas de Mariposa.

—Y á este?—preguntó el policia á su capitan.

—Este, contestó el capitan, este..... ¿Sabe V. que se necesita saber mucho derecho de gentes para ser policia en los tiempos que alcanzamos? Mas por lo pronto, atras! que es lo mas seguro. Consultaremos á Mr. Seward.

—Protesto, dijo el estranjero de patria dudosa.

No se admiten protestas, sino pasaportes, respondió el capitan de las Estrellas.

Un hombre alto, seco y estirado como *macaroni* sin cocer, espuso su motivo:

-Soy idiota! dijo imperturbablemente.

Idiota! pues no lo parece.

-Así hay muchos en el mundo; pero aquí está el certificado de mi médico.

—Y si no vale, dijo terciando en la disputa una que parecia su mujer, *yo* daré mas pruebas, que las tengo de sobra.

El capitan de policia estaba mas irresoluto que el señor ministro de la Guerra el dia en que le avisaron del "movimiento estratégico." No creia el honrado capitan que el subterfugio del "idiota" era malo; mas para satisfacer sus escrúpulos pasó el espediente al Doctor y—atras!

Mientras acontecian estas y otras muchas escenas que serian largas de contar, el vapor continuaba en su puesto, haciendo

girar las ruedas como caballo impaciente que escarba el suelo al sentirse sofrenado.

Son las cinco: ha sonado la quinta hora de la tarde y gracias á la quinta de la milicia, el vapor correo de Europa no ha salido, ni ninguno de los que estaban anunciados para las doce, por causa de los pasajeros que han llegado á la hora llamada nona, ignoro con qué motivo.

Las escenas domésticas, emanadas de los decretos de *conscripcion*, no brindan menos motivo para el lente folletinesco. Aquellas mismas señoras madres que cuando empezó la guerra tenian á gala vestir á sus niños de zuavos, aquellas que salian á Broadway para estasiarse en la contemplacion de sus *zouzous* cuando marchaban de rigoroso uniforme y con bandera desplegada y tambor batiente por la gran calle sin rival en el mundo, hoy emplean toda la influencia de la Quinta Avenida para detener la avenida de la quinta. (Perdon por el retruécano, es inevitable.) Las que alzaban su voz al cielo para pedir la reconstruccion consabida, hacen ahora plegarias para buscar escepciones legales y para que no les toque á sus primogénitos el papel negro en el sorteo. Los médicos no podian haber sospechado jamas que fuese este verano tan enfermizo como se ha declarado de tres dias á esta parte. ¡Cuánto dolor de corazon, material y figuradamente. . . . hablando! Qué de aneurismas hasta el presente no desarrolladas! Qué de recriminaciones contra la futura injusticia de la *suerte!*

Mi amiga la señora *** está resuelta á jurar que su hijo padece un miopismo incorregible. Pero el patriota jóven se ha adelantado á la señora y ha tenido el valor de declarar que es *cobarde* y que por lo tanto no puede servir.

El *Times* aseguró ayer que otro caballero se cortó un dedo á fin de tener escencion!

Afortunadamente para la patria los hombres de escencion no son la regla general. Hay ó debe haber una inmensa mayoria que se presta voluntariamente á tomar las armas para reconstruir la Union, pues se afirma como positivo que ya está llena la cuota del primer alistamiento de 300,000 hombres. Las primas concluyen en esta semana y despues de las primas siguen otras parientas mas lejanas y menos atrayentes, que son las quintas; de donde se deduce que para ser de los quintos sin prima, ó de los primos sin quinta y con su añadidura correspondiente en dinero sonante ó sin sonar, de ese que se usa, y su buen item mas de patriotismo, bien vale la pena de coger

desde luego el fusil con los dineros y la honra de ser ó aparecer patriota de los mas voluntarios.

Por lo que hace á los amantes de la loteria y á los que estan acostumbrados á jugarla, ya podran decir que se la han sacado y no mala. ¿Qué premio mayor que el de servir á la patria natural ó adoptiva?

La quinta ha causado novedad como todo lo desusado; ha puesto á prueba á los patriotas del bombardeo del castillo Sumter y de la guerra á todo trance; ha impreso carácter á la misma guerra, y final y principalmente, ha puesto en movimiento el dinero.

Ganan con ella los cónsules estrangeros que espiden certificados de nacionalidad, los médicos que ven súbitamente aumentada su clientela, los agentes de escenciones que cobran á duro por cabeza, el mismo quinto que se anticipa al sorteo, el gobierno que ha descubierto una mina de voluntarios y el Folletin que ha encontrado otra de involuntarios para llenar sus columnas. ¡Así se llenen los ejércitos militantes que *deben* salvar la Union!

El señor secretario de la Guerra, entre sus nuevas disposiciones sobre alistamiento, ha dictado una contra los que se ocupan en desalentar á los que deseen engancharse. Manda que se les considere como á enemigos. En este caso se encuentran muchas mamás y papás y todos los médicos y agentes de escenciones. Para las primeras hace falta el general Butler. Los segundos en el pecado llevan la penitencia, porque tendran que comprar substitutos, fruta cara aun en la presente estacion de las frutas. Los médicos han sido siempre enemigos del género humano; testigo todo el que no está enfermo y todavia no tiene para qué llamar á estos de la cuarta clase. En cuanto á la quinta, la de los agentes, la otra quinta los compondrá.

No hay remedio, la ley es ley y se ha de cumplir. Necesitamos un ejército de voluntarios y otro de milicianos. Avante por todo y que los haya.

La partida está empezada y no hay por qué dejarla á medio camino. Sus! avante! digo. Al campo! "A Richmond"—en batallones, en compañias, en mitades, en cuartas, con quinta ó sin ella. Ea!

Soldados la patria
Nos llama á la lid.
Juremos por ella
Vencer ó morir,

Agosto 9 de 1862.

LA QUINTA.

II.

Deberes del ciudadano.
Artº 342—servir á la patria con sus bienes y su vida, si fuere necesario.
CONSTITUCION.

Gústame generalmente citar por epígrafes los testos vivos, es decir, las obras de los contemporáneos, dejando en su eterno reposo para que descansen en paz los testos muertos.

Ni citaria la Constitucion (R. I. P.) si no fuera porque en estos últimos dias he tenido que estudiarla mas que el "Exámen de Conciencia" en vísperas de Semana Santa. Lo cual prueba que todavia no está muerta.

Porque ha de saber mi público, si hasta ahora no lo sabia—y lo digo con no poco orgullo bien fundado—que soy autoridad en cierto sentido, como lo es el dómine y pretende serlo el sacristan en toda aldea donde se hable el castellano y aun el flamenco.

Eso dicho con su tonillo, repito que últimamente han llovido las consultas sobre mí, como sobre el Egipto llovieron en los tiempos sagrados las plagas de todos tamaños y figuras, queriendo cada cual que yo, mísero, invente un sublime específico para libertar de la patria á sus hijos naturales ó legítimos; quiero decir nacidos ó pegados.

Esta adorable tierra que tanto era amada en tiempo de entonces;

Tierra de libertad.....—*Ora pro nobis.*
Tierra de independencia.—*Ora pro nobis.*
Patria de los emigrados..—*Ora pro nobis.*
Consuelo de los afligidos.—*Ora pro nobis.*
Refugio de los pecadores.—*Ora pro nobis.*
Etc. etc. etc.....—*Ora pro nobis.*

(Véanse los discursos de Kossuth y las cartas de todos los que han dejado cuentas pendientes en otra parte.)

Esta tierra tan querida, tan amada, tan preferible á todas las demas tierras descubiertas y por descubrir del mar Océano y despues, por añadidura, ó anecsion, del mar Pacífico; esta tierra que con nombrarla

Su nombre solo á la region etérea
Sobre los otros nombres se levanta,
Porque en diciendo E. U. con mano férrea
Del tirano se aprieta la garganta.....

Pues bien, esos mismos E. U. tan singularizados, cuyo patriotismo voluntario hacia raya, en la hora del peligro se han encontrado descreidos y negados, no antes que el gallo cantase ciertamente, sino despues que habia cantado y en realidad porque habia cantado.

Todas mis consultas han sido sobre cómo y por qué medios se evitará un ciudadano el ser soldado.

—Porque, ya V. ve, me decia un hijo de Malpaso, ó de Camuy, ó de Maracaibo, ó de cualquiera otra parte no anglosajona, yo vine á este pais precisamente por la repugnancia que tengo á los soldados y ahora salimos con que aquí tambien es preciso ser soldado. ¿Cómo evitaria yo esa calamidad?

—Calamidad, por qué? Señor Perez, la patria es lo primero.

—Sí, hombre de Dios, pero esta no es patria, ni con mil diables. Yo tomé los papeles, porque no me permitia la ley tener casa propia sin ser ciudadano y aun cuando esta tirania contra el estranjero carece de justicia, me sometí á ella y aquí me tiene V., sin siquiera hablar el idioma, obligado á echar suertes para tomar el fusil. ¿Qué me importa á mí el Norte ni el Sur, ni el Este ni el Oeste? ¿ni qué me va ni me viene de que estos señores se empeñen en romperse la cabeza y cortarse el pescuezo, segun dice el Presidente Lincoln, si á mí no me duelen ellos ni me dolerian sino en caso de haber nacido yo hablando inglés, que no lo hablaré ni aun cuando me muera?

El Sr. Perez trasudaba con el doble efecto del centígrado á 92 y la quinta á tiro de pistola, pues ya se figuraba armado de rifle, con mochila al hombro y cantimplora colgada, marchando hácia el Rappahannock, el Rapidan ú otro de esos rios insurgentes donde Pepe echa proclamas que tiembla el misterio.

Yo lo contemplaba en silencio.

—Conque, vamos, hombre: diga V. ¿qué hago para salir del apuro?

—Para salir de los Estados Unidos, quiere V. decir?

—Ojalá! Pues vaya! ¡Toma que si saldria!

—¿Para salir de la ciudadania?

—Pues eso.

—¿Para volver á ser estranjero?

—Claro.

—Pero, señor mio, si V. nunca ha dejado de serlo!

—¿Cómo que no? Y el "juramento de intencion?"

—Fué una mala intencion y nada mas.

—Pero, chico, la cosa es que con buena ó mala intencion me ponen el fusil al hombro y me mandan á la guerra, entiende V?

—Ya, ya.

El señor Perez es la viva representacion en este momento de los patriotas desinteresados que son capaces de sacrificarlo todo sin restriccion alguna por. . . . no tomar el fusil.

Lo escuso yo mismo, á pesar de lo incomprensible que me es la conducta por él observada. ¿Quién habia de pensar diez años hace que nos veriamos ahora por estas alturas?

Yo sé positivamente que ya el señor Perez no suda sino de calor, porque lo del juramento se *arregló*. El me dice que hay *medios*; pero que ese es su secreto y él se lo calla.

Con su permiso he leido en un diario de Filadelfia que cierto jocoso especulador anunció que mediante un peso fuerte enviado por el correo daria el remedio *infalible* "para escapar al sorteo de la quinta." Veinte, treinta, qué! doscientos, mil enviaron su peso para salvarse con el infalible espediente. Era en aquella hora suprema la pesadilla general *no* servir á la patria. El hombre de la invencion contestó á todos los neófitos una sola palabra, cuya virtud produciria infalibilísimamente el efecto deseado:—ALISTARSE!

Efectivamente el que se alista no puede ser quintado. El remedio era *infalible* como se ofrecia. Oh! si yo lo hubiese sabido para deshacerme de importunos! Lo mejor del remedio consistia en que ninguno de los que habian caido en el garlito se atrevia á quejarse, porque corria peligro de aparecer "sospechoso" en la época del *rechaufement* oficial.

Hubo sin embargo un guapo que no temió dar la cara y demandó al inventor por el engaño.

Escena en el tribunal:

—El señor me ha robado un peso y ha robado á muchos otros.

—Niego la acusacion, Sr. juez.

—Yo la pruebo. El señor ofreció un *remedio infalible* contra la quinta.

—Y lo he dado.

—ALISTARSE! Ya lo creo; pero el remedio es peor que la enfermedad.

—Enfermedad! Mire V. qué patriotismo! llamar enfermedad el servir á la patria. Es un deber, es una necesidad, y es un delito no hacerlo—delito de traicion.

Aquí conoció el demandante que su pleito iba por mal camino (el camino del fuerte Lafayette) y quiso volver el argumento.

—Es delito de traicion, ciertamente, dijo al embaucador; pero V. no se ha alistado.

—No á fé, ni me alisto.

—Lo ve V., señor juez? El señor es partidario del Sur. No se alista.

—No señor, no me alisto, ni soy partidario del Sur, ni del Norte, ni de nadie.

—No se alista, señor juez, porque no quiere que el Sur sea vencido.

—No me alisto, no señor, ni me alistaré nunca.

—Es un hombre "sospechoso." Pregúntele V. por qué no se alista? La patria está en peligro y todo el que no se aliste es un traidor, un separatista, un. . . . .

—Pero yo no me alisto.

—Luego lo confiesa.

—No confieso nada.

—En el fuerte Mc Henry lo confesará.

—No iré al fuerte Mc Henry.

—Señor juez, este es un traidor empedernido.

—Ni por esas. No me alistaré.

—Y por qué razon? preguntó el juez terciando en el altercado que el hombre del remedio sostenia con calma.

—Sí, por qué razon? que lo diga, voceó el demandante.

—Por qué razon? Si el tribunal la desea, contestó el hombre, yo se la daré.

—Sí, dígala V.

—Sí, dígala V.

—Pues por una razon muy poderosa.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es?

—Porque soy CUAQUERO. (*)

Las risas del auditorio acabaron de desconcertar al demandante y el autor del *remedio infalible* salió con paso de triunfo á acabar de recoger su cosecha de quintos renuentes.

(*) Los cuáqueros no servian nunca en la milicia.—La nueva ley no los exime.

Para los que no han conocido al cuáquero de Filadelfinia saben el secreto que libertó al amigo Perez, no se ha encontrado otro subterfugio que un viaje á las Antillas, ó al Canadá, que está mas cerca. La frontera de la provincia inglesa se encuentra llena de señoritos mimados y de patriotas ilustres que aguardan el momento oportuno para *pasarse á los ingleses.* Por primera vez en la vida se ven hombres que en lugar de huir buscan á los *ingleses.* El gobierno tiene allí una guardia pretoriana que impide toda comunicacion con el vecino y sin misericordia detiene á cuantos tratan de poner piés en polvorosa. He leido una carta de Clifton House, el mejor hotel (inglés) del Niágara, en la cual dice á su mamá un patriota novel de los que mas gritaron en el *meeting* de la Union para la segunda leva :—"Estos policias se han declarado enemigos del género humano con pantalones ; pero tú sabes que yo son un gran táctico y por medio de movimientos estratégicos dí al enemigo puente de plata y ya estoy salvo. Respiro."

La guardia pretoriana puso tambien cerco á los muelles y embarcaderos. El Preboste de la ciudad concurria en persona con ella para impedir que los pájaros volasen, y las escenas que allí pasaron son para contadas, ya que mis lectores no las han visto.

Cuando Mr. Seward estableció los pasaportes por primera vez como medida de guerra, dió aviso prévio para que esta se cumpliese.—Ahora no hubo tal aviso, porque la medida era urgente. El golpe avisado no mata soldado y se necesitaba reunir gente á toda costa.

Los pasajeros no eran de la misma opinion. Alegaron enfermedades, estrangeria, escencion de la quinta y otras de las cinco mil escusas que sugiere la propia defensa contra la defensa de la patria.

El Preboste y su fuerza eran urbanos, pero firmes. A los estrangeros se les mandaba al consulado, y á los nacionales que no habian acertado á ser mujeres, ni viejos de toda vejez, ni niños, se les daba por consuelo la idea de que Mr. Seward era el único mortal que podia sacarlos de angustias. Y hé aquí que el buen filósofo de Auburn recibió aquel dia nefasto para él tantas maldiciones como pasajeros habia, multiplicadas por cuatro. Pero ninguna conmovió á la guardia pretoriana que continuó rechazando gente implacablemente.

La compañia detuvo el vapor hasta ver si se conseguian los pasaportes ; pero ni la mitad logró aquel fin á la sazon tan sus-

pirado, y era de ver los montones de baules que salian del vapor, los petates y colchones, los nenes y piquinines que en confusion babilónica pasaban y repasaban de una parte á la otra en brazos ó al lado de sus mamás llorando, y de sus papás renegando, por medio de carros y carretas, de cargadores y vendedores de periódicos y de duraznos, de chicos y grandes que van á la que se cae, de cestos con verduras y gallinas, de un baturrillo, en fin, donde el órden se pondria tamañito si se le antojase asomar la nariz por alguna de las endijas de la reja que estaba cerrada.

Dos marineros piden paso, y con muy mal humor por cierto, á la guardia del Preboste. El primer oficial los detiene.

—Aparta! grita el uno tomando el pasamanos del puente.

—Alto! grita el oficial, no hay pase.

—Atras! que soy del barco.

—Atras! que V. no lo es.

Sin necesidad de reconocimiento el oficial los rechaza asegurando al Preboste que no son marineros.

—¿Cómo los conoce? pregunta el Preboste.

—Toma, porque huelen á esencia de rosa. Son los niños de la Quinta Avenida que tienen miedo de oir hablar de quinta.

Un caballero (al parecer) se presenta á un policia de la guardia y le alarga con disimulo un billete de á ciento. El *Times* dice que lo devolvió. Creámoslo, que la fé es lo que salva.

Dos que habian pasado á bordo le arrojaron sus pasaportes á otros dos amigos que estaban en el muelle; pero la trampa fué descubierta. En esta ocasion no intervino la guardia sino un estraño personaje de aquellos que los ingleses pagan bien y desprecian mejor.

Una mujer de seis piés y y un hombre de cuatro se presentan á la reja pidiendo entrada.

—El pasaporte.

—Aquí está el mio, dice la mujer.

—Tampoco lo necesita, añade con dignidad el Preboste. Pero el del hombre!

—Mi hombre es sordo-mudo, contesta la que no lo era.

Aquí la dificultad! La guardia, aunque compuesta de las *sombras* (*) mas finas, no habia soñado siquiera con que se le

(*) *Sombras.* — Así se llaman los policias secretos, ó pertenecientes á la alta policia.

presentaria un caso parecido. El Preboste titubeaba, cuando uno de los policias dejó sonar varias monedas á espaldas del sordo de nacimiento. El hombre era yankee, y cayó en la tentacion volviendo el rostro inmediatamente.

—No es sordo! esclamó el policia.

—Sí soy, contestó el hombre.

Y en medio de risas estrepitosas fueron devueltos marido y mujer, porque esta aseguró, con un terno por salza, que nadie la separaria de su hombre.

Un chiquitin aleman (porque olia á *largerbier*), presenta su pasaporte de uno de tantos principados como hay allá por el Rhin, y entonces se establece entre él y la guardia el siguiente diálogo:

—Conque es V. aleman!

—Sí, señor.

—¿De dónde?

—De Hesse.....

—Cuántos años tiene V. de América?

—Unos quince.

—¿Y cuántas veces ha votado?

—Diez y seis.

—Basta con eso, concluyó el policia cerrando la puerta.

Entre tanto los dicharachos y silbas de la multitud hacian en alto contrapunto un acompañamiento algo parecido al que yo he visto hacer en los redondeles donde se juegan toros (que no son de jugar,) en otros paises. La escena era bélico-joco-seria.

Por los consulados se efectuaba otra con no menos incidentes, escepto, á lo que supongo, lo de las silbas. Españoles, ingleses, franceses, griegos, armenios, chinos, japoneses, y de todas las naciones del mundo que tienen representacion en la metrópoli, andaban á casa de nacionalidad, registrando sus genealogias, la fecha de arribo á esta plaza y otras mil cosas que nadie recuerda sino cuando las necesita.

El cónsul inglés puso aviso de que á la policia, y no á él, correspondia declarar las escenciones; pero no por eso se libertó de molestias. Cada irlandés de los innumerables de esta tierra de *Ora pro nobis*, queria su pasaporte como prueba de ciudadania, y no sirvió de óbice el haber alzado el precio á los pasaportes. Las pruebas habia de suministrarlas el consulado, por supuesto, á la mayor parte de los solicitantes, porque la mayor parte de ellos no sabian por qué eran

irlandeses. Algunos hubo que sostenian no ser de Irlanda, sino solamente del condado en que habian nacido.

En un consulado de los hispano-americanos ví la escena mas natural que pudiera ofrecerse. Un estudiante bonazo pedia pasaporte, y el cónsul le exijia pruebas de su ciudadania.

—¿Cómo pruebas? replicaba admirado el mozo. ¿Pues quién no sabe que yo soy de allá?

—Yo no lo sé, decia el cónsul.

—Pues V. no es buen cónsul, y dispénseme que se lo diga, porque en Casupo todos, toditos, saben que mi madre es Juana Paula, y mi padre D. Juan de Dios de los Caminos.

El cónsul lo contempló un rato sin entenderlo y luego se decidió á concederle el pasaporte, mediante la esplicacion que le pareció satisfactoria.

En las oficinas de policia se agolpó el tumulto como agua de rio crecido, en busca de pase, pasaporte ó boleta que permitiese ir á todas partes. Ejemplo:

—Voy á Elizabeth.

—Cuál Elizabeth?

—De Nueva Jersey.

—Pues con Dios.

—Pero no traigo pasaporte.

—V. no lo necesita.

—Está bien, pero hoy tomé una de sol que me ha dado tabardillo y no puedo servir en la milicia. Yo voy por causa de salud.

—Por qué no se va V?

—Por el pasaporte.

—Oiga V., seó..... Va V. á Elizabeth?

—Sí.

—Pues márchese V.

—Pero el pasaporte?

Un policia agarró al campesino por el brazo y lo puso en la puerta. El pobre hombre se quedó como si el mundo se le viniese encima, considerando que al llegar á los carros del camino de hierro le pondrian mano como á prófugo cuando él no tenia sino tabardillo y queria curarse en el campo.

Las escuelas han aumentado considerablemente desde que empezó la amenaza de la quinta; los colegiales estan escentos lo mismo que los maestros. Así que dos vecinos que tienen casas contiguas, un hijo de 18 años cada uno é igual interés

por sostener al gobierno, se mandan recíprocamente sus hijos y establece cada cual una escuela para el hijo del vecino.

Las compañias de bomberos han duplicado y triplicado sus fuerzas. El bombero está escento.

¿Quién lo creyera? Los politicastros son los mayores enemigos de la quinta y no ya cuando aplicada á ellos mismos, sino cuando se aplica á sus vecinos. Ninguno quiere que sus compañeros de barrio vayan á la guerra. ¿De dónde tanto amor? Porque cada hombre que sale del barrio es un voto que pierde el politicastro y una esperanza menos de ser electo cuando llegue la ocasion, que no tarda.

Parece, pues, que existe (como si la hubiese) una conspiracion universal contra el aumento del ejército. Sin embargo se nos asegura que el entusiasmo aumenta dia por dia en favor de la guerra y que la prueba es que ya todas las cuotas estan llenas.

Al saber que las cajas de primas ó premios estan vacias se esplica perfectamente ese misterio.

Si al cabo he de echar avante,
Seguido de un alguacil,
Y hoy con dinero sonante
Me entragaran el fusil,
Venga el dinero;
Yo los pre-enganches prefiero.
Viva la patria, señores,
Lo primero es lo primero
Y enganches con pré mejores.

Al paso que vamos, la guerra durará———años, (llene quien quiera el blanco) y la poblacion de la gran metrópoli quedará reducida á las mujeres para montar guardia y á los escentos para cuidar á los niños en mantillas.

Nueva York, agosto de 1862.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

—Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo ?
—Pues, toma, si lo entiendo !—Mientes, Fabio,
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

LOPE DE VEGA.

En tiempo de entonces estudiábamos filosofia, aun cuando despues bien pocos aprendieron á ser filósofos de veras. Todavia ignoro lo que me sucedió á mí, porque como no me he muerto, ni tengo empleo de alto rango, ni soy pariente de quien lo tenga, no me han consagrado hasta la fecha necrologias ni sonetos. Mis amigos suelen decir que se rien con mis escritos, lo cual prueba que no tengo ni asomos de filósofo.

Pero en mi clase habia uno á quien se le podia poner con razon ese apodo, siquiera por el silencio socrático que imperturbablemente guardaba. Erase un hombre que todo lo sabia, aunque no se le conociese por fuera. Va de ejemplo :

—Señor Jimenez, decia el catedrático, dígame V. qué es brújula?

—Pues, brújula, contestaba el señor Jimenez, brújula. . . Yo sé lo que es, *pero no lo puedo esplicar.*

Y en vano trataria nadie de sacarle las palabras con cuchara, á fin de averiguar lo que es brújula, porque el señor Jimenez se la hacia perder al mas esperto con su imposibilidad de esplicarse.

Cuentan de Federico el Grande—

" Señores, yo no lo he visto "—

que siempre llevaba consigo un cronista de sus campañas, una especie de redactor en jefe de victorias que las enarraba todas, porque el rey las sabia dar á pedir de boca, pero en lo de referirlas era un bolo, un duplicado de la edicion del señor Jimenez, con pasta de tafilete y cantos dorados. El guerrero absorbia en él al narrador tan completamente como el narrador ó cuentista de ahora absorbe al general P. . . Iba á escribir todo su nombre sin acordarme de que estamos en verano todavia y de que en el puerto hay " hoteles," alias castillos gratis.

César—y por lo visto voy en órden cronológico : el señor Jimenez, Federico de Prusia y—César gozaba fama por sus partes. ¿Quién no conoce aquel tan famoso de *Veni, vidi, vi-*

ci, que recordó el galo por tanto tiempo? La fama de César es inconmensurable y en este sentido no tuvo rival en su época. El otro parte suyo que empieza. . . Aguarde V. á que el moderno César galo concluya su obra sobre el antiguo, y prometo que en el momento traduciré el parte, pues recordarlo ahora seria empresa de romanos. En cuanto á la brevedad cesárea, aquellos señores gustaban mucho de ella, porque el emperador dirigia sus partes al Senado y al Pueblo Romano (el S. P. Q. R. de las procesiones de Miércoles Santo) y ninguno de los dos tenia mucho tiempo que perder: el Senado, porque escasamente le alcanzaba el de las sesiones para decretar conquistas y el de asueto para coronar vencedores; y el pueblo, porque tenia que arremeter con el mundo entero y aprender latin, que era otra verdadera obra de romanos. Mire V.:

Nominativo—*Ego.*
Genitivo—. . . . .

"Yo bien lo sé, pero no lo puedo esplicar." Cuando dije que para estudiar latin se necesita de una vida entera! Es un idioma vitalicio.

El de los partes modernos no es latin, sino griego, es una especie de adivinanza que hace brotar canas. No le daria yo mas castigo á don Modesto de la Fuente, autor de la Historia de España, sino ponerlo á escribir la Historia Contemporánea de los Estados Unidos en sus relaciones con los Desunidos. Un yankee de buen corazon ha tratado de reunir en forma de tomo los materiales que don Modesto le pediria para su trabajo, y á ese que es de Hércules lo ha llamado *Rebellion Record* ó Anales de la Rebelion, que mas son en realidad la Rebelion de los Anales, no por culpa de él, pobrecito! que es un yankee de conciencia, si los hay, sino por la naturaleza misma de los documentos.

Supongamos, para conocerlos bien, que en Kentucky, ó en Ohio, ó en cualquiera otra parte de los Estados "fieles" *in partibus*, se da una batalla. Pero no, supongamos algo mas: supongamos que se *va á dar* la batalla. ¿Quiere V. leer el parte de ella? Que me emplumen y me canten gori-gori si no dice ó dirá así:

"La division del general Smith ó Brown hizo una marcha de 120 millas en 30 horas—la marcha mas notable de la campaña—y al amanecer del dia de ayer encontró al enemigo fuerte en varias colinas. Las tropas rebeldes estaban con las

nacionales en razon de tres á uno. Sin embargo, el coronel Van Zolt, del 124 de Nueva York, atacó sin mirar el número y rechazó á los rebeldes hasta la cúspide de las colinas, donde encontró una bateria enmascarada que tuvo que flanquear. La batalla fué de las mas calientes (*hotest*) de la estacion. Las pérdidas nuestras consisten en un caballo muerto y dos hombres heridos. *Se calcula* que las del enemigo son mucho mayores. Un contrabando que huyó de sus filas dice que las tropas estan hambrientas y amotinadas y que solo aguardan la ocasion de pasarse. Todas hablan con grande elogio de las proezas del coronel Van Zolt."

Dicho coronel es pariente del telegrafista y está mandado que la caridad bien entendida entre primero en casa.

Pero quienquiera que imagine que este parte no es genuino, probable ó admisible en buena tarifa histórico-militar, lea el siguiente que está flamante y tan fresquito que chorrea sangre. Dice:

GRAN VICTORIA.
COMBATE EN TAZEWELL.
COMPLETA DERROTA DE LOS REBELDES.
250 MUERTOS Y HERIDOS.
GRAN CANTIDAD DE FORRAJE CAPTURADA.

LOUISVILLE, viérnes, agosto 15.

El capitan Terry dice que el general De Courcey con su *brigada* fué atacado por la *division* Stevenson el dia 9 en Tazewell y que el coronel Cochran, del 14.º de Kentucky, sobó (*whipped*) á 4 regimientos rebeldes.

El coronel Cochran guardó sus fuegos hasta que el enemigo se puso á 150 yardas y *lo detuvo.*

Las pérdidas nacionales son *tres* muertos, *quince* heridos y 57 prisioneros del regimiento 17.º

Nosotros tomamos prisionero á un teniente coronel rebelde y lo cangeamos por los 57 prisioneros.

Los oficiales rebeldes admitieron una pérdida de *doscientos cincuenta* muertos y heridos.

Nosotros cogimos 230 cargas de forraje y 70 caballos.

Perdimos las mochilas de dos regimientos.

—Señor Jimenez, qué es brújula?

—Yo bien sé lo que es, pero. . .

El coronel Cochran que habia guardado su fuego *detuvo* al enemigo.

57 prisioneros cangeados por un semi-coronel.

15 heridos y 3 muertos contra
250 entre muertos y heridos "*admitidos*."

230 cargas de heno y 70 caballos contra
2,000 mochilas de dos regimientos.

"Gran victoria!"

Luego ganamos, porque en los prisioneros quedamos en paz; en los heridos y muertos nos escedieron, y las 230 cargas con sus 70 caballos valen mas que las 2,000 mochilas. Sabe Dios de que serán esas mochilas!

—Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

—Pues, toma, si lo entiendo!

—Mientes, Fabio, que el parte es quien lo dice y no lo entiende.

El parte es una parte de la verdad y le sobra razon á mi amigo el señor editor de *La Crónica* para llevar en el bolsillo la palabra *confusos* que aplica *inevitablemente* (como diria el señor redactor de El Continental,) á cuantos partes le caen á la mano. Tiene razon y si él no la tuviese, los partes se la darian. No son partes sino partos y eso muy laboriosos y tan en embrion como las Majestades de que habla el *Times*, (hijos de Luis Felipe.)

Otra clase de documentos encontraria don Modesto si su mala estrella lo trajese á punto de escribir la Historia de la Separacion ó la Historia de la Union (majadero son-son este!) en estos dias que estan corriendo. Vaya de ejemplo:

Hace algunos meses—y lo digo ahora como noticia fresca, para no "dar calor y ayuda al enemigo"—se metió el general McClellan en unos vericuetos de Belcebú, en donde no habria entrado de buena voluntad si se le hubiese dejado su libre albedrio; pero en resúmen, entró, y ¿qué mas da decirlo, cuando los enemigos lo vieron entrar, y ahora sobre todo, que ha salido?—Aquel fué un "movimiento estratégico"—calificacion tan universalmente reconocida como la de Pepe Botella, Juan Lanas y Perico el de los Palotes. Por medio del movimiento empezó el ejército á avanzar sobre Richmond. ¿Cómo habria avanzado sin el movimiento? Dia por dia se empleaba el telégrafo terrestre y submarino en avisar que el general avanzaba y seguia avanzando.

Lúnes: el general avanza hoy.

Mártes: el general avanzó anoche.

Miércoles: el general avanzaba ayer.

Juéves: el general hoy avanza.

Viérnes: anoche avanzó el general.

Sábado: ayer avanzaba el general.

El domingo no avanzó, porque es dia de descanso y nadie avanza cuando descansa.

En fin y para cabo de cuentas, echó un curioso matemático (no del *genus* Jimenez) la de los avances de McClellan y encontró que enjaretándolos unos con otros, no solo habia el general llegado á Richmond, sino que lo habia dejado por detras.

Hoy está avanzando el general Pope y lleva trazas de seguir las huellas de McClellan. Entienda el censor que hablo en sentido figurado y que no pretendo ser "sospechoso" en mis equiparaciones. A principios del mes se dió la batalla de Cedar Mountain y en el mismo dia pasó el rio la caballeria en persecucion de los fugitivos. El telégrafo dice que *avanza* y *avanza* siempre.

Sin querer, recuerdo á un loco de mi tierra que se ponia en la orilla del mar y gritaba: "*Nada! nada!*" y cuando los vecinos le preguntaban, creyendo que alguien se ahogaba: "¿Quién es? Qué es?"—contestaba variando el tono de la voz: "*Nada.*" Efectivamente nada habia.

Sospecho que el telegrafista, si lo pusiesen en confesion, no diria mas que lo del loco de mi tierra.

Hay todavia otra clase de documentos que se produce en esta la estacion de las peras y de las calabazas para el consumo de los cronistas presentes y de los historiadores futuros:

"Se va á hacer un movimiento importantísimo: pero no conviene revelarlo por ahora. Cuando el público lo sepa, quedará admirado. Todos los planes están tan bien coordinados que el buen éxito es *infalible.*"

El parte corre en esto parejas con una de las partes del drama actual á quien he citado en otra parte. (Pícaras repeticiones que me persiguen!)

Mañana se dice lo mismo en distinta forma. Luego se cambian las palabras. Mas despues llega el momento de lo infalible, y vemos salir al general McClellan de los vericuetos aquellos, á los ocho dias justos de haber empezado el movimiento (estratégico?) delante y á ojos vistas de los rebeldes.

Encuentro á Mr. Randolph en la calle y me dice al oido:

—McClellan se está moviendo. Pero. . . chito! Esto no lo sabe nadie.

—Prometo guardar el secreto.

Mas lejos viene Mr. Johnson.

—Sabe V. la noticia?

—Qué noticia? (con cara de estupidez.)

—La gran noticia . . . pero cuidado! no lo diga V. á nadie. . .

—McClellan se retira de Harrison's Bar.

—De veras? (con voz de tonto.)

—Como V. lo oye.

—Pero, Mr. Johnson, y ¿á qué dice el telégrafo que está preparado un gran plan y que todo se ha coordinado de manera que el resultado sea infalible?

—Ah! oh! eh! ih! Mire V. eso es para que nadie sospeche y el pueblo ignore.

—Ola!

—Por supuesto; pero guárdeme V. el secreto. Eso no lo saben sino unos pocos.

A mis solas me pongo á pensar que si las palabras se inventaron para ocultar los pensamientos, el telégrafo se inventó para *no* trasmitir las palabras.

Pero llegan otro y otro á la oficina de El Continental y todos me dicen al oido:

—McClellan se retira; mas no lo divulgue V. Es un secreto.

¿Cuántas personas se necesitan hoy dia para guardar un secreto? me pregunto á mí mismo, sofocado por no poder reventar con ninguna de las quinientas que me lo encargan.

Chismecitos conmigo, cáspita! Ya no puedo mas y publico en letra de molde, para que nadie lo sepa, que McClellan se ha retirado.

Y digo mas: que el número de los tontos aumenta todos los dias con el de los que se creen únicos privilegiados para llamar á los demas del pueblo ignorantes.

Y digo mas: que el telégrafo es un *humbug* y que despues de la conserva de guayaba y de las sonrisas de mis muchachos—hijos del pueblo como mios, y como mios ignorantes y llamados á tomar el fusil y á creer en la democracia y en otras cosotas,—no hay cosa mas dulce que un telégrafo militarizado y un parte de ese telégrafo, escrito para la historia contemporánea.

Vive la Republique!

Cuando considero á un pueblo grande como este pueblo, á un

pueblo ilustrado como este pueblo, á un pueblo culto, fuerte, poderoso, omnipotente en sus propios linderos, acostumbrado á gozar de una libertad omnímoda; cuando veo sus inmensos recursos, muestra inequívoca de su pujanza; cuando veo levantado el brazo herculeo que amenaza airado; cuando veo los inagotables graneros, la juventud lozana, los ricos prodigando todos sus caudales;—cuando veo todo eso; cuando considero que una vez empezada la guerra, las masas se derramaran como torrentes; y cuando veo que todo eso envuelve una suerte *irrevocable*, pienso en los partes del telégrafo y digo. . .

"Yo bien sé lo que quiero decir, pero no acierto á esplicarme."

Entre tanto que me ocurren palabras para hacerlo,

—Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Pues, toma, si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo.

Agosto, 19 de 1862.

CUESTIONES FILOLOGICAS.

El estilo es el hombre.

El escelentísimo señor don Antonio José de Irisarri ha escrito un libro con el título de "Cuestiones Filológicas." Yo quiero mucho al señor Irisarri y su fama como literato en este y el otro y los otros continentes es demasiado preclara para que ahora me meta en camisa de once varas ó á discurrir en El Continental sobre las Cuestiones Filológicas que él ha tratado con mano maestra, cual correspondia á un escritor de su talla. Esas Cuestiones no son de mi resorte, que no quiero andar en cuestiones agenas; pero ellas me han inspirado el estudio de otras no menos importantes, sobre todo para un Fo-

lletin en tiempo de revolucion y cuando el censor, es decir, el ministro de Estado ó el de la Guerra, que todos son uno solo en materia de *gobernar* la prensa, está alerta para enviar al gran jurado del fuerte Lafayette á todos los escritores que se anden en cuestiones.

No, lectores; yo de mio me soy pacífico y otra cosa no quiero de los ministros (censores ó no) sino un empleo que tenga mucho sueldo y poquísimo que hacer—un empleo de ganga, de esos que se les suele dar á los que han prestado juramento mas de una vez y son estrangeros *de oficio*.

Tengo propósito de escribir hoy tranquilamente un Folletin ó cosa que se le parezca, muy manso y humilde, muy inofensivo y ageno de la política militante, un Folletin de gramática no parda sino blanca; y no blanca como las armas, sino como el armiño ó como los demócratas en vísperas de elecciones ó los carneros en vísperas de tonsura.

Válgame esta salva, y la buena intencion que tengo por dentro me sirva para asegurar que trato de escribir sobre asuntos de gramática, de simple gramática, como los del venezolano don Andrés Bello en Chile.

Hecha esta salva real, demasiado real, todavia me falta otra por hacer, y es que me aburre la política y mas me aburren los políticos, si bien les profeso lealtad y pleito homenaje cuando gobiernan, porque como no soy de esta tierra, poco me importa quien gobierne en ella, como no le importaba al indio que lloviese fuera de su casa, porque no se mojaria sino en ella.

Concretando y resumiendo, pues, digo que pienso escribir un Folletin de gramática y el que no lo quiera leer habrá perdido bien poco, y el que no lo leyere no habrá ganado cosa alguna; por lo que bien se está que no me la haga perder á mi con su malicia. Y vamos al caso.

Mi primera cuestion de gramática consiste en la nueva acepcion que se da hoy á las palabras antiguas. Desde que empezó esta guerra de hermanos desunidos en favor de la Union, se dicen unas cosas que nadie las entenderia si las palabras significasen lo que significaban cuando se les dió permiso para entrar en el diccionario de la lengua. Verbi-gracia: el autor del parte sobre la batalla del Gran Bethel, ocurrida mas hace de un año, decia que habia habido en ella tantos muertos, tantos heridos y tantos "pasmados" (*astonished.*) Que á un hombre lo mate una bala si le da en parte noble, se comprende; que

lo hiera solamente si le da y no lo mata, sea en buen hora, aunque para él es mala; pero que en la lista de bajas haya un regimiento de admirados, embelesados, maravillados, pasmados ó *astonished*—he ahi lo que no me cabe en la crisma, aun cuando para colarlo en ella me la rompa. De donde infiero que á mí se me va olvidando el inglés á fuerza de andar y tener confianza con él ó la guerra ha cambiado el significado genuino del idioma de lord Byron y es preciso—á la vejez viruelas—empezar de nuevo á estudiarlo para entenderlo. Vaya con el regimiento *pasmado*!—Y va una cuestion que está visto es del idioma, conforme lo prometí.

La segunda cuestion que me ocurre es la de un verbo que llaman *to bag*, ó en castellano *ensacar*, el cual hace hoy por todas partes un papel tan importante como el de Periquillo entre ellas. Desde que Price en el occidente de Virginia se le vino á las barbas á Rosecranz (que no sé si las usa) hasta que McClellan se fué sobre los confederados que invadieron á Marilandia, se oye decir por donde quiera que los unionistas van á ensacar á los otros. Lo particular de este verbo consiste en que solo se conjuga en futuro, pues si se dice que Rosecranz ensacará y McClellan ensacará y Pope ensacará, nunca se ha dicho que Rosecranz ensacó, ni McClellan ni Pope ni nadie ensaca á nadie. Imagino que siendo el ensacar idea de los periodistas, pues ninguno de aquellos honrados militares ha empleado ese término no inventado por los hombres del arte, la idea no pasa de ser idea, y en eso se queda. Por otra parte, lo de ensacar está bien cuando se trata de gatos ó de granos, ó de dinero, ó de frailes, que todos llevan el saco mas ó menos bien. Pero ensacar soldados! No habria hecho mal papel el general McClellan si cuando á orillas del Potomac diz que iba á ensacar al ejército rebelde, hubiese escrito al ministro de la Guerra pidiéndole los 200 mil y tantos sacos que necesitaban para ejecutar la delicada operacion y llevarlos á Washington como gallos que viajan para alguna fiesta de pueblo allá en las tierras donde se ensacan gallos.—Quede pues establecida la segunda cuestion filológica para que la resuelva el señor de Irisarri ú otro hábil maestro de humanidades, pues lo que soy yo creo que seria una inhumanidad ensacar á nadie que tenga forma de cristiano.

Hay otro verbo nuevo, aunque por ser griego, lo llamaré mas bien renovado: *skedaddle* significa en romance irse, fugarse, ponerse en polvorosa, tomar las de Villadiego. Dije

que es griego y así está averiguado; porque en las profundas investigaciones que se han hecho para establecer su verdadera acepcion, se ha descubierto que Xenofontes lo usaba y que Tucídides y otros *doctores* de aquellos tiempos fueron los primeron que emplearon la palabra. Como el inglés no tenia ninguna para esplicar la accion de ponerse en polvorosa sino la bien conocida de *to run* y esta es de mal agüero desde que ocurrió aquello de Bull Run, fué preciso inventar otra y vino muy á pelo la de Tucídides. Vemos en todos los partes que el enemigo *escaladeó*. Jackson, por ejemplo, el llamado *Calicanto* por lo que él se sabe, *escaladeó* en la batalla de Cedar Mountain. Aquí empieza mi duda y aquí pongo mi tercera cuestion filológica: si Jackson *escaladeó* y su enemigo Pope no paró desde el Rapidan hasta el Potomac, en cuyas fortificadas orillas buscó refugio, como conspirador de la América española en la casa de cónsul estrangero,—¿qué demonios significa la palabra griega? O está en latin para que no la entienda el enfermo?—En apoyo y corroboracion de mi duda concurre ademas la circunstancia de que en el mismo punto y á la misma hora dice un diario del Sur que *escaladearon* los del Norte y un papel del Norte que *escaladearon* los del Sur? ¿Acaso significa el verbo griego que cada uno tira por su lado como matrimonio á la moda, hecho á gusto del papá solamente? A fé que la cuestion para mí es irresoluble desde el primer Bull Run y por eso la propongo en este Folletin.

En el segundo Bull Run acurrió otra frase que demanda esplicaciones. Jackson estaba al Sur, los unionistas en el centro y la ciudad de Washington en el Norte. El parte dijo que el entusiasmo del ejército al ver á McCllean habia sido grande y que los soldados "estaban listos *á volver la espalda* y batir al enemigo." El general Pope hasta aquel entonces nunca habia visto al enemigo sino por la espalda; por primera vez lo miraba de frente. Tal vez por eso sus tropas estaban listas á volver la espalda; que lo estuvieron muy de veras es probado, porque no pararon hasta Washington; pero—y aquí mi cuarta cuestion filológica—¿cómo vencian de espaldas al enemigo si la batalla no habia de ser á espaldazos?

En aquellos dias estuvo tambien de moda el verbo saber: en una prolongada série de partes el general McClellan no sabia si el enemigo habia ido por aquí ó por allá, si se habia retirado al rio ó si se habia internado, ó si . . . . . No sabia en fin nada de lo que estaba pasando; y como quiera

que de todos los generales unionistas McClellan es el que ha probado con obras y no con buenas razones que es el que mas sabe, dudo y establezco mi quinta cuestion, *id est:* ¿Qué significa el verbo saber para los que deben saber?

Leí un parte del coronel Miles, el que vendió ó entregó á Harper's Ferry (que esto no lo sabe McClellan, ni lo sabe nadie á las derechas) en cuyo parte dice que el coronel Ford podia defender las alturas de Marilandia "hasta que se les cayese el rabo á las vacas." El tropo es un si es no es llanero, goagiro ó gíbaro, segun lo califique un venezolano, un cubano ó un puerto-riqueño. "Hasta que el manco eche dedos," habria dicho un mozo de playa, y á mí me ocurre preguntar filológicamente si los generales de la Union han leido algun Hermosilla inglés ó algun Martinez de la Rosa anglosajon, en el cual hayan aprendido esas bellezas del idioma que si va á examinarlas, dan asunto para una larga disertacion sobre los galanos del buen decir que encomian tanto los clásicos de todos los idiomas, incluso el *papiamento.*

El general Rosecranz perseguia al rebelde Price y el rebelde lo dejó una mañana á la luna de Valencia, porque ni el rastro de su ejército se veia á través del rio en cuya orilla habia estado la noche precedente. El general Rosecranz disparó sin embargo muchos cañonazos "para el efecto moral."—¿Qué efecto moral era ese que se proponia conseguir el tan valiente y siempre feliz general de los unionistas? ¿Significan las palabras lo que dicen ó son como moneda de papel un representante *moral* de lo que pudieran y debieran *ser*?—He ahi la cuestion N°. . . . . he perdido la cuenta, porque son muchas las que hacen estos buenos hombres leales.

El general McClellan prometió una campaña "sangrienta, pero corta," así como el *Herald* ofreció otra "decidida pero decisiva" y como Mr. Seward otra de "sesenta dias."—A un estudiante de cánones le preguntaron cuánto tiempo duró el diluvio y él contestó con aplomo:—Un millon y seiscientos años.

El mismo general McClellan fué "á poner al enemigo contra la pared" (*against the wall*) persiguiéndolo sobre los talones (*to their heel*—léase *jil*)—y no tuvo mas *Wall* que *Stonewall* Jackson ni mas *Heels* que los dos generales que se llaman así, aun cuando por el genio de la lengua y el rabo de las vacas se escriben Hill.

Un "contrabando"—un "caballero bien informado"—"el

unionismo del Sur,"—"*se calcula* que el enemigo sufrió grandes pérdidas,"—sus pérdidas *debieron* ser mayores que las nuestras" etc., etc., etc.—he aquí una coleccion de palabras y frases que no significan lo que dice el diccionario de Webster, ni el de Walker, ni ninguno otro diccionario que tenga *skedaddle*, *ensacar* y demas peregrinos del dioma que vienen buscando carta de residencia.

"Mujer de mala vida"—calificacion usada por Butler en una por siempre memorable proclama, ha costado á la Union torrentes de sangre, solamente porque no se entendió la verdadera significacion en que la empleara el abogado de mas letras (menudas) que haya tenido y tenga de general el ejército de los fieles.

Para no hacer interminable este paso de gramática citaré un ejemplo final, copiado de cierto parte que aprobó la censura: "La batalla del *mártes* y el *miércoles*, dice, duró *dos* dias,"—ó lo que es lo mismo este Folletin ha durado mas de lo que merecian las necedades que contiene.

Octubre, 1862.

DEBUT DE CARLOTA.

Así como entre los animales irracionales hay especies cuyos individuos todos tienen las mismas propiedades—todos los galgos son cazadores, todos los canarios cantan—así tambien entre los hombres, esos otros animales que á sí propios se llaman racionales, hay familias cuyos miembros todos poseen las mismas cualidades. Todos los Leland de Nueva York son hoteleros, todos los Raveles histriones; Delmónico y buena comida son sinónimos. No sigo dando ejemplos porque la lista seria mas larga que el papel, y soy demasiado católico para pretender probar que todos nacimos con el *sino* escrito sobre la frente, del cual no podriamos habernos desprendido

nunca, aun cuando lo hubiésemos querido. Esta teoria de la fatalidad me conduciria muy lejos de Carlota.

Que el sino de la nueva prima donna fué cantar—pesia á mi propósito de no admitir sino—lo probaria con solo decir lo que todos saben: la madre cantó y todas las hijas han ido cantando desde que han tenido edad de voz, que para ellas ha venido antes de la edad de la razon. Es una especie de mal de familia, una necesidad de organizacion, un desarrollo inevitable de la vida animal, porque seria menos difícil encontrar un canario que no cantase que una Patti que no cante.

La señora madre cantaba en Madrid la *Norma* de Bellini pocas horas antes de dar al mundo ese prodigio musical que se llamó Adelina, y que nació cantando, al revés de los demas mortales, que nacimos llorando. De aquel hecho singular dedujo en su dia un folletinista bien humorado que Adelina es nieta de Norma, por mas que nunca fuera dada á ser sacerdotisa. Adelina pasmó al mundo con su garganta de jilguero y cuentan que jamas ha llorado sino en escalas cromáticas. Ahora anda por Europa esa chica de tres bemoles que encantó un dia á sus compatriotas y dió la vuelta al Mar Caribe trinando como un ruiseñor cuando aun no sabia á derechas lo que estaba haciendo.

Mme Amalia Patti Strakosh canta, si no como un ruiseñor, como un señor Ruiz de voz sonora, que la tiene de contralto puro, y el *Trovador* la ha visto lucir lo mismo que lució en el Orsini de la *Lucrecia* y lucirá en toda ópera en que entre la parte masculina que no puede cantar ningun hombre.

Allá en Cuba hay un sepulcro solitario sobre el cual no caen mas lágrimas que las del rocio matinal, ni se oyen mas voces que la del viento al pasar por entre las palmas tropicales, ni se ven mas flores que los azahares del naranjo y del cafeto sacudidas por la brisa del poniente. Bajo la losa de aquel sepulcro yace Madame Clotilde Patti Scola, pobre cisne cuya vida pasó entre los llantos de la vida real y las alegrias finjidas de la escena lírico-dramática. El romanticismo no inventó la historia de esa mujer, á la que los nobles de la república-modelo cerraron sus puertas porque supo hacerse adorar por uno de ellos á quien no perdonaron la *mésalliance*. Aquella voz privilejiada se apagó como la luz encerrada en una cúpula de cristal. Las lágrimas que corrian hácia el corazon la fueron ahogando lentamente. El médico certificó que habia

muerto de tísis cuando habia muerto de dolor. Pobre Clotilde!

Ettore Barilli es de la familia; padece del mismo mal, no la tísis sino el canto.

Ettore es hermano de las Patti y tiene otros hermanos que cantan como él y como ellas.

En los siglos de la idolatria ó en la época de la ignorancia los poetas habrian fingido una leyenda de hechizos para esplicar el milagro de esa familia. Habrian dicho que el espíritu del canto cuando iba á nacer el niño, bajaba con sus alas trasparentes de mariposa, color de aurora, recibia al reciennacido en sus brazos y antes que el aire del mundo penetrase en sus pulmones, le inspiraba el aliento divino que beben los ecos y sustenta á los murmurios de las fuentes y á las armonias de las auras.

En este siglo de la ilustracion y en este pueblo del algodon y del siete por ciento, yo no he podido esplicar esa encarnacion del canto sino por medio de una asimilacion con el instinto de los otros animales. He dicho que los perros cazan y aullan, y las Patti cantan. Ambas cosas son naturales.

Anoche lo vi otra vez y otra vez me convencí de que es menos difícil encontrar un perro que aulle mal, que una Patti que no cante bien.

Anoche fué el *début* de Carlota. Digo *début*, porque la palabra es forastera en nuestro idioma, por mas que muchos se empeñen en darle carta de ciudadania y me viene á salvar en un grave empeño. Carlota ha *debutado*, no se ha estrenado. ¿Cómo puede estrenarse una Patti? ¿No nacen todas ellas cantando?

Llámola Carlota á secas, por la familiaridad que da el genio: á nadie se le ha ocurrido decir el señor Miguel Angel, ni Mister Rosini, ni don Gutemberg. Tampoco podria llamársela con precision *la Patti*—manera aceptada, aunque vulgarísima, de nombrar á las primas-donnas, aunque sean donnas, y acaso porque una música para estar completa debe de tener *la*—no la puedo llamar así, porque *la Patti* es una de tantas de su nombre, *la Patti* es una *re-Patti*, una de las recitadas en el mundo de los recitados: pudiera ser Adelina, Amalia ó Clotilde.

Carlota, pues, *debutó* ayer en la Academia de Música ante un público numeroso y amigo viejo de la donna nueva á quien todos habiamos conocido desde niña cantando en los salones

de la aristocracia y en los conciertos del pueblo con la gracia de la niñez, la habilidad de su familia y la agilidad de vocalizaciones, que la distingue de sus demas hermanas. Para los que viven en el estrangero, es decir, para los que no la han visto, será preciso añadir ademas que Carlota es una *bellezza folgorante.*

"De la cabeza á los piés,
De los piés á la cabeza,
Una cumplida belleza
Es la belleza de Inés."

Así lo escribió el poeta, pero él no habia conocido á Carlota cuando lo escribió, pues si bien para ella parece hecho el cantarcillo y en lo de belleza nadie pudiera exijirle mas, vamos por partes al hacer la esplicacion; porque de Carlota parece tambien que escribió aquel chusco la seguidilla:

"Esta es la capa azul
Y esta la roja;
Ambas de rico tul,
La reina *es coja.*"

Carlota es..... coja. El genio de la armonia que realizó primores al presidir al nacimiento de su nueva hija, llegó sin embargo con tal precipitacion que rompió las ventanas para entrar, volcó los muebles y en su *fuga* prestísima dejó caer la lira á los piés de la reciennacida, que desde entonces anda á compás. Carlota es-coja otra esplicacion mas poética, si la encuentra, para la desigualdad de sus pasos.

Entró sin embargo en la escena como una reina—no aludo á la majestad de la seguidilla.—Un cirujano mecánico habia inventado para ella cierta maquinaria tan ingeniosa, que solamente los iniciados en el secreto pudieron notar la discordancia de sus movimientos; mas para los *dilettanti* un torrente de armonias vocales no permitió atender al desconcierto terrenal. ¿Qué alma elevada podria entonces descender á ideas pedestres? En cuanto al público, que ya sabemos todos de qué pié cojea, los encantos superiores, mas que los cantos, no le daban tiempo á pensar en cosa alguna de baja esfera. El público no se quedó *plantado* sino elevado:

Sus ojos lo dejan bizco.
Qué boca de tentacion!
Quién muriera de un mordisco!
Ay, Jesus, qué sofocon!

Ya sabemos todos que el público tiene en sí mismo dema-

siada poesia y que es mal versificador; así que en hablándole al alma con una cara y un brillo como el de Carlota, nunca se detiene en versos de pié quebrado. La música por otra parte no tiene piés.

Carlota hizo furor; fué acojida con una descarga de aplausos, comparadas con la cual enmudecerian todas las de cañonazos que nos pintan las correspondencias de las batallas fraternales de Marilandia junto al rio Potomac. Entró como en su casa, y no exajero en lo mas mínimo, pues la mujer (si tanta belleza es humana) pisaba el proscenio que sus piés.... digo su pié.....habia antes pisado tantas veces; y la Amina estaba en su casa, como la representa el autor del libreto de la *Sonámbula*, cuya ópera escojió para su *début*. La hermana de Adelina y de Amalia y de Clotilde, la favorita de cuantos conciertos se han dado con éxito en los últimos cuatro años, la gentil prima donna que llegaba á las tablas, no sentia las emociones de un estreno, que para ella no lo era. Muchas veces se habia presentado ante el público y ambos á dos se conocian mútuamente, y tenian de antiguo amistad tan estrecha que no habian menester de introduccion, ni de las sorpresas y encogimiento de una primera visita.

Una corona, en prueba de esa antigua amistad, cayó á los piés de Carlota al mismo alzarse el telon, y desde entonces el público y la actriz se trataron, como valor entendido, con la misma intimidad que á su mútua posicion convenia. Ella cantó como siempre, y él la aplaudió como siempre.

¿Cómo canta ella? acaso me preguntará la lejana lectora que se cree con derecho á saberlo y á hacérselo decir por quien le da cuenta de este *début*.

Desde luego cantó como un pájaro—en un pié. Pero en un pié que hacia poner de pié á su auditorio cada vez que se le antojaba echar á volar uno de esos milagros de vocalizacion que todas las Patti hacen sin ninguna dificultad, como que nada les cuesta, pues los hubieron por herencia y no á fuerza de los penosos trabajos de la adquisicion personal.

Con respecto á sus cualidades intrínsecas, digo que *gusta*, sin entrar en mas razones ni análisis, porque en materia de música y de canto mi ignorancia debe ser *breve*, ya que no tengo ni *mínima* tintura de esa ciencia que me trastorna con*fusa* y sobre cuyas *garrapateas* siempre he de garrapatear, ya hable de Patti con pata ó sin ella.

Digo que su canto encantó y que su voz dejó sin ninguna

á los que la oyeron, por lo cual hicieron uso de las manos y palmotearon, de los piés y taconearon, de los bastones y aturdieron con salvas estrepitosas á la belleza y á su voz y su talento y su gracia y su arte y su maestria. El *encore* y el *bis*, *donna* llenaban el teatro, mientras que al pié de la *donna* caian ramilletes, coronas, arpas y estrellas. Las estrellas caidas abundaban, porque está de moda que caigan. Las arpas eran simbólicas, las coronas proféticas y los ramilletes iban consagrados á la beldad rozagante, á la juventud deslumbradora, que si arrobaba con su canto, hacia latir los corazones de *Young America* con sus sonrisas y sus miradas.

Si canta bien! . . . . A mi lado tenia yo un juez peritísimo, una muchacha de nueve años, una de esas equivocaciones humanadas que la naturaleza se complace alguna vez en hacer, para trastornar las reglas infalibles del órden constituido. Teresa tenia los ojos fijos en Carlota y á cada uno de los movimientos de la cantatriz correspondia una nueva espresion en el rostro del ángel músico, que comprendia y me interpretaba las emociones de la *Sonámbula* con aquella delicada fuerza de la mímica que las palabras no siempre aciertan á esplicar satisfactoriamente. Los movimientos, los ademanes, las transmutaciones del ángel *decian* las emociones que producia la música. Y yo, profano en un arte de que solo conozco las sensaciones, observé aquel termómetro una vez y otra vez, y comprendí que la prima donna de la *Sonámbula* tiene un porvenir espacioso hácia el cual se dirige volando, ya que sus piés no le permiten correr hácia él.

Teresa, el ángel de la música, la artista nacida, me dijo con sus ademanes que Carlota habia entrado en el templo en que solamente tienen lugar las celebridades del arte.

Y Teresa es voto. Yo lo probaré en otra ocasion cuando se descorra el velo de misterio que la cubre, y cuando radiante aparezca ante el mundo hechizado, que no tendrá flores bastantes para alfombrar la senda que sus piés infantiles van á recorrer no muy tarde. Pero volvamos á Carlota y á su *début*.

Ella habia dado conciertos y recorrido media escala del mundo yankee, así como ha recorrido la escala entera del canto en que es maestra. Pero nunca habia tropezado con un empresario bastante audaz que se atreviese á desafiar con el solo talento de ella la sonrisa del público al presentarle una actriz coja. En el teatro romano se negaba la entrada á todo

sér *claudus*. Los empresarios conociendo al público cojijoso, temieron claudicar y se mostraron con Carlota tan romanamente inexorables, que ni pensaron en esplotar su habilidad.

Hubo uno, sin embargo, que se inició en la arena pública ecsibiendo caballos amaestrados para el circo, búfalos aleccionados y otros animales doctos, con los cuales logró atraer al señor *espiritual* de esta metrópoli. Con el mismo talento con que habia amansado á esos animales irracionales, amansó al animal llamado público, y entre un salto y otro del caballo doctor de Mme. Tournaire, al lado de los combates de la *Merrimac* con el *Monitor*, que se disparaban cañonazos de veras, y á la luz de los fuegos de Bengala, *echó* á Carlota Patti en la escena de su Jardin del Palacio—teatro al aire libre del verano donde al mismo tiempo se charla y se oye música, se bebe cerveza y se disfruta de "caballitos." Consiguió aplauso y dinero—los dos cebos de todo empresario bien entendido. Animado con tales resultados el que habia sabido hacer bailar á los búfalos en dos piés, se atrevió á hacer cantar á Carlota en uno, y el público *habituado* por Mr. Nixon se hizo *virtuoso* y perdonó la desigualdad de la perambulancia, pensando que si el justo cae siete veces al dia, bien se podia ser justo con una belleza sobresaliente que sabe cantar con tantos primores.

Y Carlota *debutó* y á todos los empresarios les pesa de no haber tentado fortuna con ella. Olvidaron que la fortuna es calva y que se la debe atrapar por el único pié que tiene. Carlota ha hecho furor con el público y ha dado furor á los esplotadores de artistas. Su *début* no pudo ser mas brillante ni su carrera puede ser mas rápida, aunque ellos no lo crean, ni mas lucida y provechosa.

Aquellos ojos luceros,
Aquella boca panal
Y los dientes hechiceros
Y la voz de turpial
Estan diciendo (ay de mí,
Que soy casado!) á la vista
Que es muy rica la conquista
De quien vale un Potosí.
Sí, sí, sí.

El señor Sbriglia acompañó á Carlota en la *Sonámbula*. El señor Sbriglia sabe cantar; pero no supo cantar, ó no quiso cantar, para que así luciese el solitario con que engalanaba su joyel el teatro de Irving-Place. Por el canto de anoche doy al tenor *Señoria*.

Susini no sabe disimular: entró, accionó, cantó y gesticuló como quien es. Desde que llegó á este pais con Mario y *la* (señora) Grisi, ha cantado siempre lo mismo. No le turbaron ni los recuerdos: por primera vez reaparecia en la escena despues que pérfida la muerte le arrebató aquel ángel de belleza, "sílfide de gracia y melodia" que domeñó al coronel romano, con quien no pudieron ni la amistad ni el cariño de Garibaldi. Otro recuerdo fatal para Susini. ¿No cruzaron alguna vez por su imaginacion en medio de escena las sombras de Isabel moribunda y del jefe italiano mal herido?

. . . . . .

Mi Teresa estaba cansada. A su edad no se puede prestar atencion sostenida por largo tiempo á ninguna cosa, y era preciso retirarnos.

Lo hice con la intencion de volver á oir á Carlota.

—¡Qué lindo canta! me decia Teresa girando en un pié.

Setiembre 23 de 1862.

TERESA.

En agosto escribia yo la siguiente carta, que apenas escrita siguió camino de las Montañas:

Mi querido Luis: Tengo una niña de ocho años que toca el piano como T..... No digo como tú. ¿Quieres oirla? Ven pronto. *C'est ton affaire,* y sentiria mucho que otro que tú la presentase. Si Mahoma no puede ir á la montaña, la montaña irá donde Mahoma. Una palabra tuya y allá nos tienes en tu bellísima Tebaida.

Dos dias despues estaba Gottschalk en Nueva York. ¿Me habia creido?

—Aquí estoy, me dijo.

—Gracias.

—Quién es T.....?

—T..... es el acusativo de tú.

—Pero, y la niña?

—Iremos á verla.

—Y á oirla?

—Como tú quieras.

Luis meneó la cabeza en señal de incredulidad. Yo sentí lo que supongo sentiria el Bautista cuando anunciaba la venida del Mesías.

Los *enfants prodiges* han chasqueado tantas veces á Gottschalk, ha habido tantos papás y tantas mamás que le han prometido maravillas en sus primogénitos y primogénitas, genios en los que no resultaron sino geniesitos, ó mas bien pergenios, que el rey del piano tenia sobrados motivos para dudar.

—Y es bonita? me preguntó.

—¡Tan simpática, tan infantil!

Salimos y no tardamos en llegar. El piano fué abierto. Aquel silencio no se parecia á ninguno otro silencio.

El inventor ha preparado todas las piezas que compondran su máquina; allí estan las unas al lado de las otras, todas muertas, inútiles por sí solas; luego las ha montado, puesto en conecsion. Va á imprimirles movimiento. ¿Será el que habia ideado? El corazon le tiembla y el aliento le falta. Titubea. Su resolucion de tantos años, la seguridad de tantos estudios le abandona por primera vez. Un esfuerzo supremo, el último. . . . . Suelta el vapor, cerrando los ojos para no ver su obra hecha pedazos.

El piano habia sonado hacia algunos minutos; pero solamente Gottschalk, en mi concepto, lo habia oido; todos los demas espectadores estaban embebecidos en un solo objeto, pendientes de una idea, de un fallo, de una sentencia de vida ó de muerte.

No aspiro á producir efecto, sino á contar.

Aquella escena tenia algo de conmovedora: se oian los latidos del corazon de una madre; el rostro severo de un padre habia cambiado con la espresion de la agonia de la incertidumbre.

El rey no habia hablado; pero. . . . .

Recuerdo la historia de los boleros acusados en la córte de Roma por la libertad de sus bailes. Cuando menos lo pensaron los jueces, á pesar de su severidad y de la prevencion de que estaban dominados, se pusieron á bailar al son de las castañuelas.

A los pocos momentos Gottschalk, el rey del piano, llevaba

con la cabeza el compás de una brillante fantasia de Thalberg tocada por Teresa Carreño.

Los genios hermanos se saludaban. El sol del medio dia—la aurora asomada en el oriente.

Un segundo mas y la palabra *¡bravo!* se escapó de los labios de Gottschalk.

La respiracion hizo eco en las paredes de aquel salon cubierto de retratos de los antiguos Knickerbockers.

Teresita estaba bautizada en la pila de las celebridades del arte. ¿Quién tuvo como ella padrino de tal tamaño?

Gottschalk la besó y aquel beso selló en su frente el pensamiento que ella habia inspirado al gran maestro y que habia de arrebatar á la ciudad mas mercantil de este continente.

Imaginaráse alguien por ventura que estoy delineando al antojo una escena de fantasia en que la verdad entra por bien poco. No lo deseo, pero si tal pudiera creerse, aun tengo medios para justificarme: una ligera indicacion bastó para que Gottschalk, *el rey*, acompañase á Teresita, ejecutando ambos artistas, que acaban de conocerse, una gran pieza de concierto á cuatro manos.

E inmediatamente, sin que nadie se lo pidiese, movido por uno de los arranques irresistibles de la emocion, tocó el rey á su turno con todo el entusiasmo inspirado, con todo el sentimiento y valentia de que solo es capaz la pasion agitada. Era el reconocimiento cordial que hacia á la nueva aparicion musical, reconocimiento que no cabia en las palabras y que en las notas se espresaba, mucho mejor comprendido por aquel ángel en quien se encarnó la música y para quien las armonias han tenido voz antes que la razon.

Cuando Gottschalk dejó el piano, el rostro de Teresita parecia brotar sangre, sus hermosos ojos negros estaban velados como por una nube y al fin perdió el aliento.

Ella nunca habia oido al génio con que su imaginacion habia solamente soñado. Lo encuentra de repente, ve por obra lo que ideaba imposible. El golpe era demasiado fuerte para su frágil constitucion de niña. La grandeza de Gottschalk la quebrantó como lirio doblado por el huracan.

¡Pobre paloma de mi patria, donde no habia oido sino las armonias de las selvas y el murmullo de las aguas del Anauco resbalando solitarias al pié del monte Avila! ¡Pobre paloma criada entre el tumulto de fratricida guerra! ¿Tienen encantos losayes? ¿Se encuentra melodia en los gemidos del hermano

herido por el hermano? ¿El misterio de la desolacion puede inspirar las armonias que ella sabe producir, puede arrancar del alma entristecida esas ternísimas cantatas que ella sabe preludiar? ¿Dónde las aprendió sino en el cielo, antes de nacer, ya que la tierra que primero pisaron sus piés y donde siempre ha vivido, se encuentra manchada de sangre, cuando la venganza domina á los hombres, cuando la miseria llora en el hogar doméstico el llanto de la desesperacion? De *allá* las trajo, porque la escena con que impresionó el mundo sus ojos inocentes, sus oidos no tocados, ni tiene encanto, ni armonia, ni inspiracion, ni mas eco que el de los ayes.

¿O es acaso el alma de mi patria, condenada á vagar errante de tierra en tierra estrangera, prodigando las canciones ahogadas en ella por el llanto de la desventura?—Pobre saboyana mia, cuyos cantares van arrancando lágrimas por el mundo. He visto á los ancianos llorar, y he visto á las mujeres llorar y á los jóvenes enternecerse cuando han oido tocar á Teresita los aires que ella sola toca y que nunca repite, porque como los del viento al pasar por las ramas de los sauces, son aires que no se escribiran nunca, porque todavia no existe la taquigrafia de la música, aires que no se repiten; ni ¿cómo pudieran cuando el viento no hiere nunca dos veces de la misma manera y en el mismo punto las ramas de los sauces? Y esos llantos me parecieron consagrados á mi patria, á la de Teresa que va por el mundo—pobre saboyana mia!—revelando todos nuestros dolores, todas nuestras desgracias.—Dios la envió. Ella sabe lo que aprendió en el cielo. Los hombres no pueden enseñarle nada que ella no sepa de antemano.

La parte mecánica..... pudiera ser, si sus manecitas enanas no tuviesen una agilidad no aprendida, tan inesperada como la belleza de sus *composiciones*, la cabalidad de sus acordes, la pureza de sus melodias, la maestria de sus pensamientos armonizados.

¿Cómo, si es el espíritu de la música, si ella no es sino el instrumento que produce pensamientos que no son suyos, que no pueden ser suyos, cómo enseñarle nada?

No aprende, no sabe estudiar. Si la enseñan, repetirá como el autómata, será un *enfant prodige* como los que dan miedo á Gottschalk. Si la dejan sola, será el genio.

Hacedme el favor de convertir con los dedos un capullo en rosa.

Quítese del piano á Teresita y en el acto se va á las muñe-

cas, que son su encanto, su delicia, la única ocupacion que ella entiende bien. La música ni la entiende ni la comprende. La adivina.

Teresita es grande amiga del Dr. B..... porque este, despues de oirla tocar, dijo á sus padres: "Cuidado con el cuerpo de esa niña, mucho cuidado, porque es un vaso que contiene mas espíritu del que naturalmente cabe en él y puede hacer esplosion."

Desde entonces se le deja mas tiempo para que juegue á las muñecas y por eso Teresita ama al Doctor en nombre de su muñecas. Tiene un *niño lloron*, un *crying baby*, que es su predilecto porque *sabe* decir "papá" y "mamá;" lo acuesta en una cama de hierro que un yankee admirador suyo mandó hacer para el *baby* al ver el amor que Teresita le profesa. Ella lo hace llevar á los conciertos para que el niño la *oiga* tocar, y le pone las coronas que el público le regala á ella, "pues del pobrecito *baby* nadie se *acuerda*, porque *todavia* no sabe tocar."

Y esa es la "maestra" que ha llenado el salon de Irving Hall en cuatro grandes conciertos durante las dos últimas semanas. Yo recuerdo haber asistido á uno de los primeros conciertos de Gottschalk. El tambien me lo recuerda muchas veces. Eramos nueve personas por junto. Y era GOTTSCHALK, el rey del piano!

En el primer concierto de Teresita no habia ningun asiento desocupado. Nueva York se admiró de sí misma: no se conocia. Verdad es que estamos en guerra: no es menos cierto que los chascos anteriores de otros prodigios *humbugs* habian escaldado al señor Público. La *edad*—¿quién lo creyera?—es el principal obstáculo para los triunfos de Teresita, porque *no es posible* que una niña toque bien. Si fuera una vieja!

Luego—¿y se figura alguien que es poco?—no viene de Paris, sino de la América del Sur, de Caracas, de donde por ventura podrá salir cacao bueno y café descerezado; pero ¿una artista? ¿un genio? ¿un genio de ocho años? El genio debe tener edad: treinta y tres años por lo menos! No es así?

Dióse el concierto de estreno, al cual concurrieron los amigos por favor, los incrédulos para buscar las pruebas de *su* razon, los artistas que la habian oido en reuniones confidenciales, la prensa que debia dar cuenta del estreno.

Si los resultados justifican los hechos, nunca hubo motivo

mas espléndidamente bien establecido para reafirmar el grande acsioma de los revolucionarios. ¿No es Teresita tambien una revolucionaria de todas las reglas hasta ahora establecidas? ¿No sabe sin haber aprendido?

Un quinteto en que el piano llevó la voz, dió principio á la *funcion*. Uso la palabra consagrada. El soberbio piano de Chickering no llamó tanto la atencion aquella noche como la maquinaria inventada para que la pianista alcanzase el registro con su pié diminuto. A Teresa se le puede exijir que toque con acierto y con gusto la pieza mas difícil y delicada de música, la obra mas enmarañada de Goria ó de Thalberg; pero no puede pedírsele que alcance al registro del piano, cuando está sentada en la trípode para tocarlo; sus piernas no son del tamaño de su genio. Ha sido, pues, indispensable inventar una máquina con su aparejo para llegar al registro desde la altura á que solo baja el pié.

La máquina no impide, sin embargo, que el registro juegue con tanta soltura y tino como juegan las manecitas de Teresa sobre el piano. Yo le perdono y el público le perdona tambien la cortesia zurda con que se presenta en el escenario; ella aprenderá bien luego á hacer otras mas coquetas, si menos naturales y graciosas.

Ya está en el asiento alzado para que la pianista llegue al nivel del teclado; ya miró á todas partes como para averiguar curiosa la impresion que ha causado al presentarse; ya no tiene miedo. Entonces su rostro infantil cambia de repente; se vuelve séria, grave, y con los ojos fijos, cual si no viesen nada de lo que tienen delante, la niña del *crying baby* se convierte en la artista inspirada. Empieza. Su transfiguracion es completa y nadie que ha oido á tocar á Teresita ha dejado de observarla, porque es verdaderamente característica y facinadora.

Suena el piano y el auditorio se sorprende, porque no se oye el eco apagado é indeciso que se espera de una niña, sino armonias claras, distintas, *imprimentes* (si vale la espresion), cuyo carácter decidido parece propio únicamente de la ejecucion de un profesor. Todos los que de Teresita han escrito convienen en una observacion que á todos sin escepcion les ha ocurrido, y es que si se la oyese tocar sin verla, nadie creeria que tocaba una niña.

Pero el mérito de la gran pianista no estriba en su ejecucion clara y bien definida, ni en la agilidad de sus dedos pequeñue-

los que resbalan sobre el teclado con prestísima viveza, ni en la soltura con que usa una y otra mano en las mas rebuscadas complicaciones de Prudant; ni en la habilidad con que emplea el registro para producir maravillas de sonidos. Su mérito distintivo consiste en el acierto de su interpretacion, en la esquisita sensibilidad con que reproduce los temas mas espresivos, en el canto solitario y lleno de alma con que da vida á los ruidos del teclado que no hablarian sin las modulaciones con que ella los hace hablar. Ahi su inspiracion; por eso es genio; á eso ha sido enviada. El piano gime bajo sus manos de ángel como gime el viento en las márgenes del Anauco, donde ella robó las armonias que ahora nos vende como suyas. Mentira! no lo son, no son suyas, son inspiradas, y si no lo fuesen, no las tocaria ella, la del *baby* lloron, la que da todos los pianos del mundo por una sola muñeca.

Bien me sé desde ahora que cuantos me lean van á decir que exajero á sabiendas un talento que cual yo lo pinto, es imposible. Amigos mios, es cuestion de hecho; y como Vds. han de oir á Teresita, para entonces me reservo contestar á los incrédulos. He conocido á muchos Pirrones en esta ciudad de negocios, y Wall street, que está calculando á todas horas cómo se amortizará la moneda de papel en que está nadando, admira mas que yo á Teresa Carreño.

¡Qué nombre! Si se llamase la *signorina* Teresa Trabilini, ó *Mademoiselle* Oignon, ó *Miss* Tallow, siquiera! Pero *señorita*, como decimos nosotros, y *Señorita Doña*, como se la llama en Cuba y en España! ¡Una *Doña* dista tanto de una *Donna* en materias musicales! ¿Quién vió jamas un yankee que no saliese de los Estados Unidos, ni un genio musical que no fuese italiano ó francés?

—¿De dónde se la robaron Vds. para decir que es de Carácas? preguntaba con mucha formalidad un neogranadino que la aplaudia llorando.

—Pero no, decia un anglo-sajon lleno de entusiasmo por ella, esa muchacha tiene once ó doce años, cuando menos.

—El génio no tiene edad, contestó un inglés con mucha calma.

—No lo creo, replicó el anglo-sajon.

—Pues, entonces tiene ochenta años. No necesita menos para tocar así.

Y es porque el prodigio, á causa de sus dimensiones tan desusadas, da orígen á la incredulidad. Viéndolo apenas se cree.

El primer concierto de Teresa en Nueva York hará siempre época para ella, no por las coronas y ramilletes que le regaló el público, entre otras una ofrecida por el representante de la Nueva Granada y otra por el ministro de Guatemala, sino porque la generala H. . . . le hizo el impagable regalo de su niño lloron que dice "papá" y "mamá."

En aquel concierto dió el primer paso de una carrera llena de porvenir para ella, de gloria para su talento como pianista y como autora. Porque Teresa compone tan bien como toca; sus partituras respiran la originalidad de su genio, la melancolia de un pensamiento que ella está llamada á desarrollar largamente, si el licor que contiene ese vaso tan pequeño fuere tratado de manera que no "haga esplosion."

¡Oh! No la hará, pobre saboyana mia. Su camino es largo, y lo recorrerá, *spirito gentile*, esparciendo por el mundo el el caudal de armonias que seres impalpables le hacen oir en sus sueños: ella las repite con toda la inocencia de la virginidad de un alma que llora inspirada las cantatas adormidas en las auras de nuestra Carácas, en sus montañas, en sus rios, bajo la sombra de sus árboles, por entre las flores de sus jardines. Ayes muy tristes, melodias nunca oidas, cuya melancolia es tan dulce de repetir en notas armónicas como eterna es la inspiracion que las hace nacer incesantemente.

. . . . . .

Yo volveré á escribir sobre los conciertos de Teresa en otra ocasion en que me sienta menos impresionado con la idea del pensamiento que su música encierra. Entonces callaré mis sensaciones para decir las que ha producido en los demas, porque nunca hubo artista en Nueva York que mas hiciera decia de sí, y nunca se mostró la prensa mas unánime que con ella al lanzar el grito de sorpresa con que la recibió desde el dia de su aparicion. Hasta entónces *au revoir.*

MATRIMONIO DE PIGMEOS.

Han pasado ya 24 horas y Nueva York no ha vuelto en sí del sobresalto, de la impaciencia en que ha vivido durante las tres últimas semanas. La novia que ve la primera luz del sol á través de las cortinas del tálamo, no se encuentra mas sorprendida que esta buena ciudad imperial hoy que "no sabe lo que le ha pasado."

"Dame la mano.... Oh Dios! que desfallezco
Del gozo inesplicable que me inunda....
Una loca alegria,
Un placer delicioso.... Moribunda
Me siento, trovador del alma mia!"

Pero ¿qué ha sucedido en Nueva York para tantos aspavientos como contiene el introito de este Totilimundi? ¿Qué ha sucedido?

¡Musas del verde Pindo habitadoras! enviadme toda la risa que sabíais mandar al ciego Homero para sus carcajadas olímpicas! ¡Momo, dios de las burlas! préstame un poco de tu insigne socarroneria para contar las locuras carnavalescas de la gente neoyorquina del buen tono y de todos los tonos! Redactores del *Charivari*, del *Punch*, del *Vanity Fair* y del *Don Junípero*. . . . . sus! aquí conmigo! desatad las cataratas de vuestras burlas todas, horacianas y juvenalescas, para pintar á la isla de Manhattan en un dia de boda de pigmeos.

Y hecha ya la invocacion, entro en la esposicion del plan de este poema del matrimonio de dos seres que contienen en la forma mas mínima que cabe sin romper el contenido cuanto deben tener un hombre y una mujer, pues ambos son como la hija de Juan, el de Vega-Baja, que era, segun la tradiccion vulgar, chiquirritina del cuerpo, pero completa de un todo.

El "general" Tom Thumb, ó sea el general Tomás Pulgada, bien conocido en el mundo por la grandeza descomunal de su pequeñez, ha sido el héroe de la funcion, y la heroina cierta señorita de nombre Lavinia Warren, no hija de ningun rey Latino, ni prometida á ningun Turno, rey de los rútulos, sino hija de su padre y de su madre, dos honrados campesinos cuya progenie se distingue toda porque no mide una vara del ojo al suelo. Vivia doña Lavinita muy tranquilamente en su casa de campo hasta que á Barnum, el rey de la farsa y del bombo, se le antojó sacarla á luz en su Museo de curiosidades. ¿Cuál

mayor que la de aquella dama, en cuya crinolina no se podria ocultar ni un pan de azúcar de 25 libras? Conservaba el exhibidor de monos entre sus curiosidades al general Pulgada (tan general como otros muchos de la ocasion presente) y á una síncopa de hombre á quien por una mezcla de patriotismo y de *humbug* llama el "comodoro Nuez."

Y el hombre de los caballos lanudos y de las sirenas modernas, dió en meditar que para hacer dinero y proporcionarse una ó mas curiosidades microscópicas para lo futuro, le bastaria casar á los enanos; porque conociendo su gente, sabia que aquel casamiento llenaria de entusiasmo á los noveleros y noveleras de Nueva York, y quién sabe si con el cruzamiento de la raza no se perfeccionaria la de los pigmeos *ad exhibendum.*

Barnum echó todas sus rayas y conoció que habia dado con un nuevo garlito en donde atrapar á su amigo el respetable público.

Anunció el matrimonio!

El general Tom y la señorita Lavinia se casaban; pero como quiera que ese y otros disparates peores suele hacer todo el que reconoce con Adan algun parentesco, magüer lejano, era de necesidad hacer notable el *acontecimiento.* A la obra!

Dineros hacen dineros. Los periódicos, "órganos de la opinion pública," le abrieron sus columnas para contar la historia de los amores de D.ª Lavinia y D. Tomás.

La "historia" de Eneas dice que Lavinia, hija de Latino, debia casarse con Turno, cuando llegó Eneas á Italia, y, enamorado de la doncella, principió por matar á Turno ¡pérfido homicidio!—y acabó por el suicidio de casarse con la viuda de su rival. Muerto Eneas, Lavinia temió que le saliese el muerto (el primero,) y huyó á los bosques, donde tuvo un hijo, que, por ser hijo de tal selva, se llamó Silvano, como ahora hay quien se llame Silvestre sin haber nacido donde siquiera haya montes ni plantas.

La moderna Lavinia no debia desdecir de su abolenga, y cuenta la "historia" de su maese Pedro, que estaba á un mismo tiempo solicitada por el Eneas de D. Tomas Pulgada y el Turno del comodoro Nuez.

(Entre paréntesis, este debe ser nombre del capitan de algun buque blindado, de los que llevan su tripulacion entre dos conchas, á estilo de ostion.)

Pues, como iba diciendo, Tomás y el comodoro se prendaron á un tiempo de aquella media naranja (no me refiero al ta-

maño de la *donna* con crinolina;) pero como Castor y Polux, convinieron en que le harian la corte por turno (sin alusion al de Eneas) y que á quien Dios se la diera, Barnum se la bendeciria. Empezó Nuez, y le aconteció lo que á otros comodoros del presente siglo, que no logró rendir la fortaleza. Cuenta el historiador que al cu-cu de aquel palomito la Reina de la Belleza (así está bautizada) le contestó mirándole y torciendo los ojos, que no se casaria con ninguno á quien tuviese que hablar bajando la cabeza. Otros chicos han recibido pasaporte por otras razones; pero el de la presente se contentó con su suerte, y no pudiendo alcanzar á mayor altura que la de su cabeza, alzó el sitio, y hasta mas ver.

Midióse el general con el comodoro y vió que le llevaba una pulgada; preguntó á la dueña de Rosina las pulgadas que su pigmea señora media, y resultó que la podia alcanzar y aun sobrepujar en algunas líneas. No tuvo necesidad de desenvainar la espada contra el nuevo Turno, cuyo pesar por ser muy grande, aumentaba mas de lo que podia su cuerpo, y conociendo las condiciones y prendas de la enana, le hizo su declaracion en grande. (Perdon, que grande no pudo ser.)

La chica contestó, como todas las de su tamaño, que se lo dijese á su mamá, y D. Tomás que no anda á paso de buey, ó á lo menos no andaba *entonces*, tanteó sus fondos, que dicen estan mejor cien veces que los del Estado, y se abocó en seguida con papá y mamá.

Hubo objeciones. D. Tomás Pulgada habia andado de picos pardos por Bridgeport; hizo promesa de nunca mas hacerlo. La señorita Warren no queria por ningun motivo ser la señora Pulgada; se convino en que el general Tom Thumb dejaria de ser general, aumentando la lista de los McClellan, Porter, etc., y que desde aquella fecha volveria á firmarse Stranton, como lo habia hecho antes de ser Pulgada. (Nadie confunda á este Stranton con Mr. Stanton; el último no es ningun ministro pigmeo ni tiene *erre* para estar *erre* que *erre* con la misma siempre.) Todo se arregló en familia y la noticia *sorprendió* sobremanera á Barnum, que ni soñaba que en su propia casa se estuviesen fraguando ligas, si no de separatismo y aunque de unionismo, de todas maneras contra la constitucion y las leyes de su establecimiento, que necesita siempre alguna cosa muy pequeña ó muy grande, exajerada en cualquier sentido, para entretener á sus inteligentes parroquianos.

El inocente exibidor no sabia nada de lo que estaba pa-

sando! Mr. Buchanan habria podido dar mejor cuenta de la revolucion que Vds. conocen.

Anuncióse el matrimonio y se puso en los carteles que Lavinia iba á retirarse de la vida pública, porque el general, digo Mr. Stranton (con *erre*) no queria que su mujer se exibiese, en lo cual tenia razon, porque eso no deja de tener sus inconvenientes é impropiedades. Los amores de los enanos, el dolor y la desesperacion del comodoro, la circunstancia de ser ya la última vista de la prometida, que iba á ser pronto mujer de alto coturno y alta sociedad, á despecho de su tamaño natural, hicieron que la noveleria anglosajona se solevantase á punto de que Mr. Barnum ganó en el Museo 20,000 pesos fuertes, ó mas bien verdes, en las tres ó cuatro semanas que precedieron á la boda.

Barnum ha estado inocente de toda supercheria en la *transaccion* de la tal boda, y yo le agradezco mucho la bondad con que me envió la boleta de entrada para asistir á ella como parte integrante de la prensa. El no se ingirió en nada. Yo sé de un empleado estrangero que le mandó pedir una entrada para el templo, y con cuyo amigo tuvo el maese una entrevista por este estilo:

—Oh! señor! diga V. á S. E. (Barnum no omite con nadie el tratamiento, ni menciona á Mr. Lincoln sin añadir su competente "el Honrado," ni á Mr. Seward sin su rabo de talento ó cosa así) diga V. á S. E. que yo no tengo intervencion en el gran matrimonio; que las targetas de convite no se venden y que el general Thumb es demasiado altanero para permitirlo.

—Muy bien, señor.

—Pero yo voy á imponer á S. E. de un secreto que hasta ahora permanece oculto: los Sres. Ball, Black y Cª han sido comisionados por el general y la señorita para distribuir *gratuitamente* los convites.

—Pues allá voy, los conozco mucho.

—Espere V., pregunte V. por el jóven Black y *entiéndase* V. con él.

—Si nos entendemos perfectamente.

—Oh! hay un secreto: el jóven no vende las tarjetas; pero V. va y le compra cualquiera bujeria para la señorita; él se la presenta á nombre de S. E., y *entonces* ella estoy seguro de que le enviará su tarjeta de convite y la de entrada. Oh! amigo, qué lance va á ser ese: imagínelo Vd.: el general es

el mas alto y luego sigue su futura; despues los padrinos. ¿Quiénes se figura V. que son los padrinos? Nada menos que el comodoro Nuez y una hermana de la señorita Lavinia; oh! ambos mas pequeños que ella.

Mi amigo fué á ver al jóven Black y este le enseñó las bujerias compradas para regalo de la novia. Collares y cadenas, alfileres y sortijas, *cunas* y encajes que costaban, ¡vaya si costaban! No habia regalo que bajase de 50 pesos. Ni en papel á 50 p. 0[0 se podian dar los 50 pesos por una entrada, y mi amigo, que sabe dónde le aprieta el zapato, echó su silogismo en el acto y dedujo que la gran tienda con humos aristocráticos se habia puesto de acuerdo con Barnum para vender prendas en los tiempos de escaseces que soplan. ¿Cuánto por ciento ganaria el macse sobre el total de lo vendido?

Dos horas antes de la ceremonia estaba Broadway intransitable desde la calle 8ª hasta la 11ª, porque las *ladies* empezaron por apoderarse de las ventanas y balcones, luego de las aceras y por fin hasta del centro de la calle. Los ómnibus tuvieron que abandonar su acostumbrada ruta; la policia se multiplicó y se escedió á sí misma para conservar el órden. Al principio logró mantener libre el centro de la calle para que pasasen los transeuntes; pero cuando se dijo que venia el cortejo, las crinolinas se lanzaron sobre los agentes de policia y los hicieron replegar mas fácilmente que si les hubiesen dado una carga á la bayoneta.—¡Atrás! ¡atrás! gritaban; pero las Evas decian: ¡adelante! ¡adelante! y no habia estrella que valiese, ni clava, aunque fuera de Hércules, que las hiciese retroceder. En tal conflicto ¿qué recurso quedaba á los agentes del órden público? Echar mano de las pistolas? Oh! asesinato! ¿Hacer uso de las manos solas y empujar hácia atrás? Valiente podia llamarse el que á tan cosquilloso empeño se atreviese. Pues ¿qué hacer? Los agentes de policia se volvieron de espaldas á la multitud y empezaron á caminar hácia atrás, como los hijos de Noé cuando iban á echarle la capa. Así como así, con mucha paciencia, mucha fuerza y á estilo de cangrejo, con mano adelante y paso atrás, hicieron dar una reculada á las mujeres hasta ponerlas contra la pared.

La conversacion, como es de suponer, estaba animada en grado febril: se trataba de matrimonio y se discutian los oficios menudos de la boda.

—Barnum los ha casado, decia una rubia, tan rubia como Eva antes de pecar.

—No, replicó una morena, ellos se han casado y Barnum les ha servido de. . . . . .

—De padrino, esclamó la rubia interrumpiendo.

—Y tienen muchas joyas.

—Sí, de una gran tienda que ha entrado en el *humbug;* son joyas de *entrada.*

—¿Y si tendrán nenes?

Por esta pregunta que resonó como campana de somaten, hubo una especie de discusion de congreso capitolino, en la que confieso no oí los discursos. Solamente recuerdo la voz de un petimetre bloqueado por las armaduras de hierro de las naves en aquel golfo, el cual decia, como si no hablase con nadie, ciertos versos de Quevedo, cuyo final cambió así:

Y los hijos que tuvieren
¿De qué tamaño seran?

Por fin llegó el carruaje anhelado! Un grito, un chillido mas bien, resonó entre la hermosa turba. Iba el vehículo tirado por seis caballos empavesados como navio en dia de gala, y en él los novios y sus padrinos, colocados los cuatro en el asiento de honor. Barnum iba en el asiento delantero con el ministro del tesoro de Mr. Stranton.

Qué bulliciosa alegria! qué remolino de gente! En vano la policia hizo un esfuerzo potente para atajar el torrente que sobre ella se venia! Se quedaron en un feo juntas todas las estrellas, porque todos contra ellas, ellas rompen el bloqueo, haciendo una sarracina á tiros de crinolina.

Cuando pasaba el carruaje y en él la señorita doña Lavinia con su Eneas y con su Turno (que se quedó sin turno) esclamó la rubia de enantes:

—Ay! Emma mia, quién fuera enana!

Y los novios entraron en el templo. Era la iglesia de la Gracia (episcopal) y forzoso es decir que tenia bien pocas señales de templo, pareciendo mas bien teatro de la ópera en dias de *matinée.* Estaba llena hasta reventar, llena como pinta el *Budget of Fun* al secretario del Tesoro, harto de billetes, hidrópico de bonos y de papel verde que se le ha indijestado, diciendo á Mr. Lincoln: "No se acerque V., que reviento!"

Trajes de mañana y trajes de tarde, de baile, de paseo, de casa y de trapillo—de todo habia en aquella viña que no podia en puridad de lenguaje llamarse la viña del Señor, ni por

su apariencia, ni por el porte y compostura. Las *ladies* estaban en pié sobre los asientos y los *gentlemen* sacaban la cabeza por entre el monton de ropajes, como nadadores en mar revuelto.

En el altar habia dispuesto Barnun un tablado alto para exhibir mejor á sus pigmeos que, si no, habrian quedado ocultos, con grave detrimento de sus futuras especulaciones.

El órgano tocaba un trozo de *Roberto el Diablo*, aquel que dice: *Oh! Robert, combien je t'aime.* La ópera y el *morceau* eran característicos.

Brown, el famoso sacristan de la aristocracia, se lavó las manos y no quiso servir en aquel lance "indigno de un hombre de sus antecedentes y alta posicion."

Barnum habia hecho anunciar que el obispo Porter estrecharia el lazo matrimonial; pero á última hora se supo que monseñor se habia negado á manchar su túnica con el escándalo de aquella profanacion del templo, y en su lugar se anunció un Reverendo que tuvo menos escrúpulos para atar el nudo indisoluble en una farsa farisáica.

Barnum consiguió que su establecimiento de la calle 10 tuviese tan buen éxito como el del Parque.

Echada la bendicion sobre el par de enanos, siguió el cortejo al Hotel Metropolitan, donde tuvo efecto la "recepcion." Los esposos y sus padrinos recibieron á sus amigos en pié sobre el piano del salon, porque el empresario creyó que convenia mas así para evitar el fastidio de la repeticion de las *plataformas*, que solamente los hombres políticos multiplican en este pais.

La turba que asediaba la iglesia se trasladó á las inmediaciones del hotel, y hubo otro bloqueo que duró hasta que cada cual se fué cansando ó hasta que Mr. Barnum mandó al ayo que llevase á los niños á dormir, porque era tarde.

Tal es, ¡oh dioses inmortales, musas olímpicas, ridículo Momo, escritores satíricos! tal es la historia de la farsa á que la ciudad imperial ha dado teatro, actores y espectadores á voluntad del maese Pedro que gobierna los alambres de este retablo.

A las mascaradas de la revolucion francesa para divertir al pueblo que tenia hambre, se parecian las de Nueva York, con la desventaja de que la nuestra tuvo por complemento una profanacion sacrílega. ¡Marquemos ese dia con una lá-

grima y que la carne se estremezca al oir entre los cantos de *Roberto el Diablo* el chirrido del carro revolucionario que avanza cubierto de sangre y lleno de heridos, moribundos y muertos!

NUEVA YORK, febrero 11 de 1863.

AVENTURAS DE GOTTSCHALK.

POR FUMAR EN LOS CARROS. (*)

Todo el mundo admira al pianista. Es una celebridad universal, un genio de los no descritos en Breton, el de los Herreros. Gottschalk y el piano son dos cuerpos con una alma; un matrimonio morganático, tan compacto y tan indisoluble como el del *Herald* y la ciudad de Nueva York, como el verano y la visita de los cubanos á la metrópoli. Hablar de Gottschalk sin hablar del piano equivaldria á hablar del ejército del Potomac sin hablar de un revés (por activa ó por pasiva.)

Sin embargo, yo conozco á Gottschalk el turista, á Gottschalk el escritor, á Luis el poeta, y no sé si estos individuos, á ser tan bien conocidos como el otro, si el otro quisiese, no le vencerian en lidia igual. Muchas veces le he preguntado por qué no escribe, por qué no pone en limpio una multitud de artículos, apuntaciones, notas, cuentos (Luis cuenta como Trueba), impresiones, etc., etc., que ha borrajeado en los carros del camino de hierro, cuando Strakosch lo lleva en volandas, como sobre una escoba llevan las brujas alemanas á los espíritus de quienes estan enamoradas. Siempre me ha contestado con una razon inespugnable: *no paga*. "No paga," en inglés quiere decir—no deja cuenta, no produce en proporporcion al trabajo que cuesta hacerlo, no remunera.

(*) Este artículo pertenece á una série que por sí sola bastaria para formar un volúmen.

—Imagínate, me dice, que una página de música vale para mí su precio *en oro*. (Esta frase es hija de la costumbre, no de la situacion rentística del dia.) Una página de música vale por cuatro de la mejor composicion manuscrita. Las ideas cantadas eclipsan á las ideas escritas. Aquellas son *sonantes*; las otras se reducen á "notas" ó promesas de pago.

Cabe mas razon?

Pero tanta no impide que las obras inéditas del autor corran parejas con las del pianista y que el uno iguale al otro, cuando no le venza, por mas que el primero viva ignorado en la oscuridad de la carpeta de viaje.

Suelo á ocasiones ponerme en comunicacion casi magnética con los escondrijos de esa carpeta y leer—digo, descifrar—los logogrifos en que está escrita, y gozo con ellos tanto que no sé guardármelos para mí solo, sino que salgo inmediatamente á buscar con quién compartir mis placeres. Prueba es esa, si no diera yo tantas otras, de mi buen corazon. No es así? Ahora le regalo al público mis goces.

El domingo tuvimos sesion en el congreso de la paz. No se alarmen los republicanos, que á dicha sesion concurrimos Luis y yo solamente. Estaban tambien el criado y el piano; el segundo está ya tan impuesto de todos los secretos de Gottschalk que diria maravillas si otro que él supiese hacerle hablar.

Reunido pues el congreso independiente y soberano, conversamos, á estilo de todo buen congreso. Si hay hombre que haya viajado en este pais, de norte á sur y de oriente á occidente, ese hombre lo conocerá tan bien como Gottschalk. Mejor, nadie. Si quisiera probarlo diria cuál es su fé en política; pero no he de ser mas indiscreto que el piano. Luis ha viajado mucho, porque un artista de su tamaño quiere y debe ser admirado en todas partes, y el empresario de los conciertos trabaja siempre para complacer al artista y para servir al público que le paga (al contratista.) Una escritura de arriendo—si no suena dura la palabra—obliga al artista á tocar donde el empresario lo exige, y así vemos que Luis da una *matinée* en Nueva York, toma los carros, anda al va por 400 millas, toca por la noche en Filadelfia y al dia siguiente su piano (que viaja con él al lado del estuche de la barba) da un concierto en Washington, donde le esperan á hora fija el Presidente y sus ministros, ó aquellos de sus

ministros que gustan de concierto, los cuales, dice el *Herald*, no son los mas.

Todavia no se han apagado los luces cuando el piano va á razon de 25 millas por hora viajando con su dueño en algun ferrocarril de los que no han cortado los rebeldes en aquella semana, y el nuevo dia encuentra al piano y á su señor instalados en un salon donde se les aguardaba, acaso con mas interes que en la ciudad capitolina.

Y esto dura un mes y dos meses, sin que haya ciudad, grande ni chica, que logre ver la sombra del contratista y sus *apéndices* cuarenta y ocho horas de seguido.

Seguramente que si Jefferson Davis estuviese tan instruido de los secretos biógrafo-musicales como parece siempre que lo está de los de su enemigo, Strakosch seria nombrado sucesor de Jackson *Calicanto*, para la próxima invasion con que diz que dicen está amenazada Marilandia. Luis ejecutaria en el concierto de la caballeria rebelde su lindo *Bananier* ó el *Banjo;* Magruder seria el trompeta y si habia lugar á tregua, Hooker tocaria el violon. Por supuesto que si concurria el gobernador de Nueva Orleans, mandaria intercalar en el órden del programa algun *Hail Columbia* ó *Yankee Doodle*, so pena de hacer juzgar al empresario por el jurado del general Burnside.

Pero no haya temor de que nadie haga pasar la línea á Luis:

pues por su interes un dia
el Norte dirá: ¿en el suelo
quién hallará melodia
si yo pierdo este modelo?

Vino á cuenta toda esa disertacion al hablar de la incansable energia de los concertistas que se hacen pagar á precio de oro. No estriba la habilidad únicamente en dar conciertos, sino en distribuirlos cual la gracia de Dios por todas partes y hacer que lluevan como el agua del cielo en cuatro ó cinco lugares al mismo tiempo. Así que, cuando Luis se contrata, no promete tanto hacer hablar su piano como hacer viajar su cuerpo, pasearlo de estremo á estremo de la Union (*vel quasi*) á usanza de guerrilla rebelde, mandada por jefe que lo entienda.

¡Qué campo para estudiar! cuánto motivo de observacion! qué abundancia de asuntos y qué variedad de temas para un observador como el autor de las obras (inéditas) mas picantes

que hayan sido escritas nunca del lado acá de las grandes aguas! y luego, qué de lances de viajero, qué de aventuras, qué mina para un folletin!

Acababa de darse la batalla de Pittsburg Landing, donde Sidney Johnston perdió la vida al querer batir en detall el ejército con que Rosecranz defiende hoy en Nashville la entrada de los Estados limitáneos, esos neutrales forzados que estan, en la gran lucha de los pueblos del Norte con el Mediodia, á favor del sol que mas alumbre; cuando Strakosch llevaba á Gottschalk, en volandas, como Asmodeo á su doctor, para dar un concierto en San Luis.

Gottschalk en la fisiologia del cigarro ha descubierto que debe comerse, solamente porque despues es mas sabroso fumar; suspiraba por un puro como los israelitas por el maná y por aquellas perdices que asaditas y en salza les llovian en el desierto. *No smoking allowed.* "No es permitido fumar" en los carros de los Estados Unidos. Este onzavo mandamiento fué inventado por un *mascador* de Virginia que trató de fomentar el consumo de la hoja aplastada que da náuseas con su sola presencia. Un rio de saliva nicociana cubre el piso del carro; pero no se permite fumar. Luis estaba loco de deseos. Un fumador sabe lo que es *eso:* cuando la cabeza llena de los gases del estómago, producidos por la digestion, se siente vana y hueca como la de un empleado en los ministerios; cuando los ojos ven estrellas y gusanos luminosos por todas partes, y los oidos zumban y la garganta está seca y todo el sistema vibra con un estremecimiento continuado y semi-eléctrico como el de un gato cuando se le hace cariño.

Era preciso fumar ó dejar el viaje, no dar el concierto y renunciar á la contrata. En todo tren hay un carro de fumar, pero en aquel tren no lo habia. Pero en aquel tren habia un carro de equipajes, y los baules que no mascan tal aco, no se oponen á que se fume. Saltando de un carro á otro en una marcha á la desesperada de tren correo, haciendo á cada instante en la oscuridad de la noche la figura del coloso de Rodas, con peligro de ser aplastado entre dos wagones; pero animado con la esperanza de que al fin estaba la tierra de promision—el carro de los baules que permiten fumar—anda, avanza, llega.

La puerta estaba cerrada! Los baules amontonados detras de ella impedian la entrada.

Renunciar á fumar cuando se tiene el cigarro en la boca

y la imaginacion ve arder el fósforo, aplicar la lumbre, quemar la hoja, salir el humo—gozar!

Un empujon! otro y otro!

La puerta cede haciendo hácia atras los baules que la mantenian cerrada y..... Luis Morau Gottschalk, encaramado sobre uno de ellos y con los piés estirados sobre otro á estilo yankee, *siente* arder su cigarro con el mismo júbilo que Neron vió arder á Roma. No sé qué pastorela ó rondo para distraerse en la oscuridad, componia allá en sus adentros, mientras el humo remontando á las cavidades del cerebro hacia vibrar de contento todas sus láminas sensitivas, cuando detras de los baules oyó que conversaban dos bagajeros de esta manera:

—Diga V., paisano, la cosa ha sido fuerte.

—Cómo si ha sido! esclamó el interpelado, han muerto nuestros valientes que es un horror. ¿Cuántos ataudes trae V?

—El Expreso de Adams solamente trae á flete unos quince, y la compañia trae todos esos que ve V. contra la puerta de la entrada.

Los cabellos de Gottschalk se levantaron como flechas sobre su cabeza. Dobláronsele las piernas que tenia estiradas.

—Pero, diga V., paisano, continuó el primer bagajero, yo creo que en una batalla no mueren bien los hombres.

—Por qué lo dice V?

—Porque cuando me entregaron los ataudes, me pareció que el ocupante de uno de ellos se movia.

Gottschalk saltó del *baul* en que estaba sentado.

—Cómo es eso? se movia?

—Así me parece, porque sentí ruido en las paredes y en la tapa del cajon.

—San Patricio me valga! y por qué no trató V. de averiguarlo?

—Averiguar? quién? yo? Ni por cinco pesos. (*sic.*) ¿No sabe V. que los resucitados causan la desgracia de aquellos que los despiertan? Figúrese V. que uno de ellos hubiera sacado la mano por entre el fondo y la tapa cuando yo lo cogia. Si me toca el brazo, me lo seca para toda la vida.

Gottschalk, medio sofocado, dejó caer el cigarro que tenia en la boca. La lumbre al dar sobre los ataudes produjo chispas en todas direcciones, é iluminó por un momento la oscuridad de aquel tabuco.

Los muertos no sacaron las manos de sus cajones; pero se oyó un resuello fuerte y el eco repitió un gemido.

Hasta ahora no ha sabido Luis de dónde salió aquella especie de voz *piangente* que en vano ha procurado encontrar despues en el teclado de su piano.

MI MAQUINA DE COSER.

Rosa, la cieguecita de mi barrio, tiene fama por la perfeccion de sus costuras. ¡Qué pespuntes hace y qué limpieza de manos! En mi pais se diria que sus obras salen de las monjas —espresion familiar con que se pondera todo lo que está bien acabado y pulido. Aquellas santas señoras tienen perenal renombre por la habilidad de sus trabajos, que son verdaderamente artísticos. Pero Rosa no es monja reclusa, aun cuando la falta de la vista la ha aislado completamente del mundo. Sus grandes ojos negros y velados por largas y pobladas pestañas no tienen luz, poseen una fijeza que dá lástima, y conservan alguna animacion ficticia, que á los que no la conocen les haria creer que ven. ¿Cómo ha de ver la pobrecita, si es ciega, completamente ciega?

¿Qué ven los ciegos? me pregunto cada vez que la veo.

Solamente desde que Trueba publicó sus *Cantares* y les puso por mote "Yo soy un ciego que vé;" solamente desde entonces y despues de haber leido lo que aquel "ciego" ha visto y lo que sabe hacer gozar y sentir, solamente así, digo, se me ha ocurrido la idea de lo que ven los ciegos.

Las costuras de Rosa, llenas de los primores de una mano maestra, me han convencido tambien de que los ciegos ven y miran, y reparan y escudriñan, porque de otra manera se comprende muy mal la perfeccion con que Rosa hace los pliegues alternativamente desiguales de un centro de camisa, y los cose y sobrecose, y les pone ribetes y recamos tan pulidos, tan

simétricos, tan iguales, tan sin falta, que ninguna mano guiada por los ojos pudiera hacer otro tanto ni cosa parecida.

El título de *Mi máquina de coser* va á traerme la respuesta de que todo lo hace con máquina y que "esa no es gracia." ¿Qué no *sabe* hacer una máquina en el dia de hoy? ¿Pues no se habla con máquina á distancias inimaginables? ¿No se cuenta con máquina? ¿No se pinta con máquina? ¿El télegrafo, el suma-y-sigue, el ferrocarril y la fotografia no *piensan* y ejecutan lo mismo ó mejor que los hombres? Supongo que los "rebeldes" del Sur den ó presten, ó tengan que dar ó perder una cosecha de algodon con sus semillas y todo. Esa cosecha se recoje, se carga, se despepita, se desmota, se estiende, se hila, se enrolla, se teje, se pinta, se dobla y se forma en piezas, todo por máquina. En Cincinnati hay máquinas que por un estremo reciben la carne en forma de cerdo y por el otro la devuelven á su legítimo dueño en forma de jamones, adobo, chorizos (que no son de Estremadura ciertamente,) butifarras y morcillas, que no hay mas sino decir: ¿Dientes, para que os quiero? ¡Así hubiese máquina para vestir mujeres y para cuidar niños llorones! ¡Cuántos hombres casados, ó cosa parecida, la comprarian!

Haciéndose todo eso por máquina y mas que no digo, ¿qué tiene de raro la habilidosa costura de la cieguecita de mi barrio?—La pregunta esa no es de mujer ni de hombre alguno que como yo sepa coser *á la mechanique.* Ahi está la máquina, es de las mejores, de Wheeler y Wilson, completa, en regla, lustrosa, capaz de coser una sábana para envolver en ella y "ensacar" (perdon por el tecnicismo) á todo el ejército de Hooker, que "es el mas grande y disciplinado de este planeta" segun la espresion de su modesto general. Pues haga V. coser la máquina! Vamos, déle V. con los piés, como dice el ministro de la Guerra que ha de dar á los traidores del Norte *despues* que aplaste con los tacones de las botas á los del Sur. (Por fortuna el plazo va largo.) ¿A que no la hace V. coser, aun cuando se ponga las botas de Tomasito Lincoln, que son las botas mejor hechas de la corte de Washington? Luego tiene gracia que la ciega lo haga con tanta maestria.

Yo he visto á muchas doncellas *et autres*, he visto á hombres mas barbudos que Sanson antes de haber sido pelado, todos los cuales han empezado por creer que la cosa se reducia á soplar y hacer botellas, á dar con los piés y matar rebeldes.... digo, á dar con los piés y hacer camisas, camisones y camisi-

tas; pero se han llevado tanto chasco como el que espero se lleve yo me sé quién. La máquina es como la mujer para quien fué creada: muy dócil con quien sabe llevarla con buenas maneras; altiva, audaz, terca, *inmanejable*, imposible con quien se da á perros para manejarla á estilo de pueblo libre por ministro republicano á la moderna. El indio que por primera vez en su vida ve un reloj, lo mira y vuelve á mirar despues que pierde el miedo, lo vuelve y revuelve, se lo aplica al oido, baila delante de él y acaba por aplastarlo entre dos piedras para saber lo que hay dentro. Muchos son indios con la máquina de coser.

Rosa, que *ve* por los dedos, es el modelo de los ingenieros de máquinas de coser. Cuando su padre murió en el incendio de la calle de Vesey, aplastado por el hundimiento del arco de hierro que sostenia tres pisos superiores, Rosa lloró hasta que se le secaron por sí mismas las lágrimas y quedó ciega. Mr. Wilson trató de consolarla y ella esclamó:

—¡Me moriré de hambre y se morirá mi madre tan viejecita, tan desvalida, y mi hermano no podrá ir á la escuela!

Mr. Wilson tuvo lástima de Rosa y le ofreció que le daria de comer! Rosa no lo vió, porque ya sus ojos estaban muertos, muertos como dos cocuyos disecados, con toda la forma y apariencia de la vida. Pero Rosa interpretó mal la oferta del inventor y se puso encendida como la grana. Habria llorado si le hubiesen quedado lágrimas en sus muertos ojos. Wilson no quiso entrar en esplicaciones y al dia siguiente envió al cuarto piso de Rosa á una hermana de la caridad con una máquina de coser.—La religiosa llevaba bajo su bendito manto el pan de la generosidad que el orgullo, la susceptibilidad misma no podria haber rehusado.

Desde entonces Rosa trabajó con paciencia y perseverancia hasta llegar al grado de perfeccion en que hoy se encuentra, alabada y sostenida por las mejores costureras de la metrópoli que dan trabajo á la máquina siempre en movimiento, menos el domingo por supuesto, de la huérfana del bombero. La viejecita murió; el hermano de Rosa está en el ejército. Ella ha quedado sola en el mundo, con su máquina de coser y un canario que la divierte en la oscuridad de su vida de aislamiento.

El sastre Rontay me presentó á Rosa hace algunos años, porque desde que me contó su historia al encomiar la hechura de un sobretodo cortado por él, manifesté deseos vehementes de conocerla.

Así conocí tambien ese juguete utilísimo, llamado máquina de coser, cuya valia saben hoy apreciar cuantos tienen casa y sus añadiduras obligadas y ribetes de mujer, prima ó cuñada, sobrina é hijos.

Desde entonces tengo yo mi máquina como la de Rosa, de Wheeler y Wilson, y alabo al genio ó mas bien á los genios que se pusieron á contribucion para inventarla á escote entre todos.

No me digan que en Inglaterra se espidió privilegio de invencion desde 1700 y tantos para una máquina de coser, porque allí y entonces se inventó la aguja de dos puntas con el ojo en el centro, que cosia por un lado y otro, como hombre de política que va á donde mas dan, ó como barco de dos proas que anda hácia donde quiere el que gobierna. Aquella invencion pereció como pereció el *Keokuk* en cuanto la espusieron al fuego del crisol de prueba y tuvo su Charleston tan pronta y seguramente como el barco de mas *K K K* que proas. Ni me cuenten que la aguja para bordar al tambor fué descubierta á mediados del siglo décimo sétimo; porque nada tiene de comparable con la invencion de Mr. Howe, el yankee, que averiguó que para hacer una puntada se necesitan dos hilos como se necesitan un hombre y una mujer para hacer un matrimonio.

Y así como antes de que llegásemos en este último ramo á la perfeccion eclesiástica, que exije que los prometidos sean dos no mas, de árboles distintos y de distintos sabores y calibres para que bien se unan, el género humano pasó por todos los trámites, desde las bodas del Paraiso y sus anexas y consecuentes de estramuros, hasta las usanzas orientales que todavia se conservan allá en el Oriente y acá en el Occidente—en Turquia y en los Estados Unidos, en Constantinopla y en Utah—así tambien antes que la máquina de coser llegase al ser y estado de hoy, pasó por mas trámites que un pleito de gente rica y que sabe pagar. Su descubridor—nuevo Colon—anduvo por las cortes estrangeras luego que en su patria le llamaron visionario, ofreciendo el secreto de otro continente en el mundo de empatar telas, y como quiera que presentaba *dos* hilos para hacer *una* puntada, el (entonces) pobre Mr. Howe era desoido, acaso porque la gente se imaginaba que trataba de mejorar el matrimonio. Para regresar á su pueblo tuvo el Colon yankee que servir en clase de marinero en el barco que le condujo, y acaso se pasaria los ocios á bordo entrelazando

cabos y cuerdas como su máquina entrelaza hilos, y haciendo no castillos sino puntadas en el aire.

Hoy Mr. Howe es millonario, y tanto que malas lenguas cuentan que para prolongar el término de su privilegio, dejó en las gavetas de Sus Señorias medio millon en sonante, porque ahora dos años no habia papel verde esperanza, sino mucho del divino oro que hace bailar al perro y decir *sí* al mas patriota republicano que piense decir *no* por deber de conciencia.

Cuatro fanegadas de tierra tienen Wheeler y Wilson cubiertas de edificios de cinco pisos, con maquinaria de vapor en todos los pisos y servidas por tres ó cuatro batallones de trabajadores, produciendo máquinas de coser como agua que sale de la fuente.

A fuerza de echar puntadas se han enjaretado fortunas locas. Nunca mas que en este caso muchas gotitas de cera han formado un cirio pascual. Las máquinas andan por el mundo para consuelo de los descosidos y para descanso de los bolsillos desangrados por la tijera de la modista.

Todas esas historias y el conocimiento de Rosa, la cieguecita de mi barrio, me hicieron entrar por la compra de mi máquina de coser. Llegó esta á casa aplaudida por mí mismo, recibida por mi Sofia con suma desconfianza sobre la eficacia de sus benéficos resultados, tocada y manoseada por los generalitos Scott y Beauregard (*Lee* no habia hecho aun su triunfante aparicion) y curioseada por la criada de mano y la cocinera, que no habrian creido á San Patricio mismo si el patrono de Irlanda les hubiese dicho que *aquello* cosia mejor y mas pronto de lo que ellas mismas podrian hacerlo.

Era por la tarde y la bonita mesa con tapa de palo santo y arabescos de *papier maché* fué reverentemente alojada en el santuario de la casa, ó sea (sin pudor yankee-anglo-femenil) en el dormitorio de la señora, que se prometia tentar fortuna al dia siguiente, pero con no menos desconfianza que siente el ejército del Rappahannock para volver á embestir á Fredericksburg. Era un casi miedo lo que la máquina le inspiraba.

Soñé aquella noche que mi bolsillo de ahorros (ya se ve que soñaba) estaba tan grueso como el de un contratista de provisiones ó vestuarios para los ejércitos federales; todo en virtud de las economias que íbamos á hacer á espensas de la Madame que se habia encargado hasta entonces de vestir á mi mujer dejándome á mí casi desnudo. ¡Qué profundo y cuán dulce

era mi sueño cuando me despertó Beauregard, diciendo con voz de llanto que tenia sed! Si un Beauregard hubiese dicho que tenia hambre, como es fama que la padecen canina todos los que viven como de milagro mas allá de la frontera, lo habria comprendido fácilmente; ¿pero sed un Beauregard, cuando hay tantos rios sin cañoneras y tantos caños en que no pueden entrar las federales? En fin, al que llora, no hay que argumentarle. Caléme mas el gorro, tomé las chanclas y salí á tientas en busca de nuestro rio Misisipí.

¡Paf! Vi estrellas, aun cuando no estaba presente la bandera nacional, y caí del largo de Mr. Lincoln sobre una que, en mi ofuscamiento, me pareció bateria cubierta, cañon de 15 pulgadas, monitor "invulnerable," ó petardo de aguas del Sur. En la oscuridad no acertaba á esplicarme la causa del accidente, ó de la "detencion," como habria dicho "Abraham el Honrado," que me habia puesto en tierra, y evidentemente me habia sacado un perno, ó causado abolladura entre torre y cubierta, para paralizar mi accion locomotora.

—¡La máquina de coser! esclamó la voz que mas familiar es á mi corazon; y en el acto vi claro, á pesar de que no podia ver nada.

Tal fué mi primera aventura en la escuela de Wheeler y Wilson, y confieso que me mató el gato desde la primera noche con tanto aquel, que desde entónces la quiero mas que de veras.

Mi máquina de coser ha prestado despues muchos é importantes servicios, tantos, que si la presentasen en el cuadro del ejército, el ministro de la Guerra la daria de baja, creyéndola tan benemérita como McClellan, ó como Fitz John Porter. No enumeraré los gorritos y baberos, los delantales y pañitos, las camisitas y sayuelas que ha pespunteado desde que vino á casa. Nadie con mas títulos que ella podria decir que su historia es la de sus obras.

Pero hay mas: dióme un dia la tentacion de emigrar, á mí que no soy otro Judio Errante solamente porque no soy judio, á despecho de mi nombre de Tierra Santa; abandoné esta que nada de santa tiene y me marché con toda mi Sofia y mis generalitos todos, guiando la brújula del barco hácia donde apuntaba mi corazon.

Un dia llegué á aquel suelo bendito donde conocia yo todas las piedras, donde me hablaban las aguas y los vientos y donde el cielo me sonreía por la boca de mi madre. Tengo

sino: los hombres que allí mandaban me recibieron como enemigo y la desnuda pobreza tocó á mi puerta y se hizo huésped de mi casa, cerrando las puertas y ventanas al porvenir. La esperanza que se coló por los agujeros del tejado, donde hacen su nido las golondrinas, me decia todos los dias: "Marcha! marcha!" como la voz del cielo al zapatero de Jerusalem. Yo me quedaba, porque la tierra, el aire, el cielo, los árboles, los ecos, todo allí era mio. Mi cariño no habia prescrito con ausencia tan larga.

Pensé en mi máquina de coser y ya que los que tiranizaban mi patria á nombre de la libertad, los progresistas, *pseudo-liberales*, los rojos, los locofocos, me miraban con ira y me negaban el asiento que me era debido en el festin comun de nuestros mayores, puse en movimiento el pedal de mi máquina, hice mover con rapidez los hilos cuya combinacion descubrió Howe y perfeccionó Wilson, y yo, *Nazareno*, el autor (?) festivo, el folletinista (!) por oficio, en lugar de surcir artículos de periódico, surcí telas bastas y descoloridas, y en lugar de vender mis pensamientos á las lindas damas españolas de uno y otro continente, vendí pantalones y camisas para los soldados con que empezó de nuevo á ensangrentar la futura tierra de promision en América el mas ridículo de sus tiranuelos militares. Jamas caiga sobre mis hijos la sangre que manchó mis costuras.

Por eso yo nunca digo *la* máquina de coser, sino *mi* máquina de coser, aun cuando Wheeler y Wilson me reclamen los derechos que la carta patente del medio millon les da para impedir mi coparticipacion en el producto de su invencion ingeniosa.

Mi máquina de coser ha hecho una revolucion en el mundo, como dicen los políticos al hablar de las medidas sin medida de los gobiernos. Es una compañera de toda casa de familia, donde una modesta fortuna y un pan amasado con la alegria de la paz doméstica hacen la dicha del presente, y cierran los labios á la esperanza cuando intenta repetir la sentencia del Judio Errante.

Si yo fuese soltero, me parece que no me casaria con mujer que no tuviese máquina de coser. La charolada mesa sobre la cual se mueve la aguja enseñada, haciendo puntadas iguales y sin tacha, ha sustituido á la rueca de otros siglos, que era el emblema de la felicidad doméstica. La máquina de coser es la caja en que se anidan, como las golondrinas de mi patria,

los lares y penates que en la antigüedad zahumaban con incienso la casilla de las palomas de la boda para aquerenciarlas en ella. Es el *calumet* de los indios. Es la manta blanca de los hotentotes. Es la mas segura dote que la doncella del siglo de la maquinaria y del vapor puede llevar á la casa del esposo—comerciante ó artesano, cambista ó bolsista, rico ó pobre.

La modestia y los azahares son el distintivo de las vírgenes. Los de una buena esposa son la virtud y la máquina de coser.

NUEVA YORK, 23 de abril de 1863.

LAS FALDAS EN CONSEJO.

¡Guerra por la Union! ¡guerra en nombre de la libertad! ¡guerra de ilustracion, de progreso, de conquista!

¿Y cómo no tomarian parte en ella las *mujeres fuertes*, que siempre estan por la union; que llamándose esclavas del hombre, quieren emanciparse; que desean ilustrar á sus tiranos, que quieren adelantar en todo lo que no saben, y que tienen por oficio conquistar á esos mismos tiranos?

Corpo di Bacco, si tomaron parte! El sargento de una compañia de cazadores de las que fueron á visitar á Chancellorville, daba parte en estos términos: "El sargento de la misma participa que el segundo cabo de la espresada parió anoche un niño estando de avanzada. El cabo y el niño siguen sin novedad; pero suplico á V. S. que mande otro cabo para el relevo y unas parihuelas para conducir al saliente."

¿Cómo no han de tomar parte en una guerra de emancipacion? ¿Qué seria de los derechos de la mujer? ¿Qué de esa escuela sostenida siempre en los Estados Unidos por la Reverenda Antoñica Brown, por Lucia Stone y por toda la caterva de *espíritus fuertes* que quieren mandar al hombre?

Pero si alguno se figura que no la toman, como hay quien

supone que no *hemos* de tomar á Richmond, á Vicksburg y el chocolate de la cena, vean Vds. esta carta, que como dos y tres son cinco, ha de probar á incrédulos é incrédulas que las faldas se han levantado, se han pronunciado y arrojado á hacer la guerra. Cada cual se defiende y ataca con sus propias armas; las *mujeres fuertes* de la Union se han armado de lenguas para la defensa, lenguas, que ni cual las de fuego son de sabiduria, aun cuando queman; ni cual las de bacalao, aunque encurtidas, tienen otra sal que la que mi narracion les preste. Ello es que en el "Congreso de las faldas" las lenguas esgrimieron sus puntas con gallardia, y que por ser de lenguas el concilio de que habla mi historia, *se pronunció* en favor de la guerra.

La iglesia de los Puritanos sirvió de teatro al parla-miento de las fembras. Esa iglesia tiene un escenario, donde el Doctor Cheever representa todos los domingos ante un público entusiasta que aplaude cuanto dice aquel fanático histrion.

En el escenario se colocaron la silla presidencial y la tribuna de la Liga Leal de las Mujeres convocada para sostener al gobierno en la lucha contra el Sur. La iglesia estaba llena de bellezas que fueron, y de venerables cuyas edades juntas escederian la de cuatro Matusalenes. *Item:* por deferencia á la verdad histórica, es forzoso añadir que aquellas señoras fueron bellas, lo cual se conocia aun sin necesidad de anteojos ni de registrar el testimonio de su pasado, que no seria corto de leer.

Muchas de las concurrentes, libertadoras y defensoras de la Union, llevaban sombrero de hombre, á estilo de los que usan las Bloomeristas, esas otras hembras que de la cintura para arriba remedan mujeres. Las habia cuáqueras con su sombrero de forma de teja y las faldas de monja carmelita. Y las habia tambien vestidas á la moderna, con crinolina y falda de cola larga que disimulaba tan mal los efectos de una continuada maternidad, como mal ocultaba el ungüento Bachelor las nieves del tiempo sobre el cabello que fué negro, castaño ó rubio. Las damas aquellas se lo tiñen por un principio de consecuencia política. ¡Cómo son libertadoras!

Lucía en el escenario, Lucia Stone, y no lo digo de broma, sino porque á ojos vistas y á menos de tiro de ballesta se estaban conociendo en ella los efectos que ha producido en su constitucion el matrimonio, que la ha puesto lozana y dado un poco de *embonpoint* mas que mediano.

¿Quién te dijera, Lucía,
Quien te dijera
En qué habia de parar
La que pariera,
Ni que *mujer* tan *fuerte*
Fuese criandera?

Habló poco, porque á cada instante la interrumpia cierto llanto infantil detras de las bambalinas; y no porque á ella le tocase de cerca, pues el desconocido trovador que cantaba la barcarola detras de bastidores era harina de otro costal, sino porque mirándose en aquel espejo, habria echado su barba en remojo (si como quisiera, la tuviese) viendo rapada la de su vecina.

Junto á Lucia estaba la Colman, venerable señora vestida de raso negro, como el color político de la reunion, adornado con ribetes verdosos, como la moneda del estado. La Colman rechoncha y con ojillos de fuego, formaba constraste con la alta talla de Lucia y con el rostro benévolo de la señora Isabel Cady Stanton que (aunque por el nombre lo parezca) no es ministra ni cosa que se le aproxime, á no ser que lo sea de cura baptista ó de policia. Susana B. Anthony, que buscó su primer nombre en la Biblia y su último en los dramas de Alejandro Dumas, completaba el grupo de la "plataforma," al lado de una doña de la Carolina del Sur que en su vida poseyó siervos, quizá porque nunca tuvo con que proporcionárselos.

La del nombre dramático llamó el *meeting* al órden, empresa romana, porque para haber órden, debia haber silencio y aquella era una de lenguas montadas al vapor; mas al cabo, en un instante (cronométrico) de respiro, fueron elegidas por unanimidad las siguientes funcionarias:

Presidenta: Lucia Stone.

Vicepresidentas: La Stanton, Fannie Willard y Agustina Weld.

Secretarias: Marta Wright y la nombrada Colman.

Comision de Negocios: Susana (la de Dumas), una Brown, otra Blakewell, otra Ernestina Rose (que por cierto nada de Rosa tenia), Anita Post (que por su figura no desmentia su nombre), y otra Anita, esta no poste, sino Munmford.

La Stanton fué la primera oradora, y digo oradora porque mas rezaba que hablaba su tono sin tonos y seguido sin interrupcion ni cinturas retóricas, que parecia paternoster ó responso. Dijo que teniamos guerra y guerra por la institucion doméstica del Sur, (lo cual ha negado Mr. Lincoln en todos

sus documentos públicos); que las mujeres del Sur han hecho por la guerra mas que los hombres, y que las del Norte donde ellas tienen mas privilegios y mas alta mision que cumplir (Lucia Stone se puso las manos sobre el regazo alzándolas un tanto) nada hacian por la lucha en que estamos empeñados..... (empeñadas, fué lo que dijo.) Los extranjeros venian de luengas tierras para defender la libertad y nadie debe desesperar, porque si Mr. Lincoln subió de simple aserrador de tablas á la presidencia, nadie es menos que ninguno. (Aplausos.) Pero ese mismo Mr. Lincoln debia saber cortar rebeldes como supo cortar tablas. (Frenéticos aplausos. La Colman por poco se desmaya.) Ahora bien (continuó (perorando la oradora) á los del Sur y á sus simpatizadores los "cabezas de bronce," *debemos* mandarlos á Liberia (no *tenemos* Siberia) y todas las mujeres leales de la liga debemos sostener al gobierno en la guerra contra el Sur.

Aplausos y abaniqueos, en medio de los cuales la secretaria Marta Wrigt empezó á leer las cartas de las señoras que no habiàn concurrido.

Una voz: Mas alto, mas alto.

La Secretaria: No puedo gritar.

La voz: Pues no se oye.

La Secretaria: No tengo yo la culpa de que Vds. lleven el sombrero tan pegado á las orejas, y las orejas tan tapadas con flores y frutas.

Mrs. Hallet: Pues yo no tengo ni flores ni frutas, y no oigo.

La Secretaria: Pues que lea otra, que yo no sé leer mas alto.

Una voz: Damos las cartas por leidas. Parece esta junta un congreso de hombres. (Risas.)

La Presidenta: No se permiten alusiones personales que contribuyan á turbar el órden de las deliberaciones. (Risas y abaniqueos.)

Lucia Stone y Antonieta Brown se dan por aludidas.

Antonieta se llamaba antes Antoñica, pero ha cambiado de diminutivo despues que un pícaro vapor rebelde se llama *Antoñica*.

La Presidenta: Señoras y señoritas: permítanme Vds. presentar é introducir en el *meeting* á la señora Weld, de la Carolina del Sur.

Mrs. Weld está en su primavera nº 50 ó 60; es alta, seca,

derecha como el asta de una bandera; del lugar en que solia estar su cintura cuelga un traje talar de seda negra, escurrido como gallardete en tiempo de calma. Entre dos luces no diria nadie á qué sexo pertenece su cara huesuda, y no muy lampiña.

Su presencia llamó mucho la atencion, porque segun la Secretaria, que no sabia leer alto, parecia un ministro presbiteriano con sombrero de mujer y flores y frutas en las orejas.

Pero su discurso llamó mas que su persona la atencion de los oyentes, porque dijo que no queria pronunciarlo, pero que como el pais está manando sangre y como ella nació en la Carolina del Sur, ella debia decir que estaba toda por el Norte y jamas se apartaria de sus principios. (Aplausos.)

"La institucion doméstica del Sur era tolerada y la Union pereció, loado sea Dios! (Varios pañuelos suben á la altura de los ojos. *Preparen!*) Oh! nunca, ni por un instante, semejante union ha debido existir. (Los pañuelos se acercan á los ojos. *Apunten!*) La declaracion de independencia aseguró la libertad de los contrabandos! (Llanto general. *Fuego!*)

—¡Y la de las mujeres! dijo una que aun no habia empezado á llorar.

La oradora: Yo protesto contra la señora Stanton. Yo no quiero que los "cabezas de bronce" y los hombres del Sur se marchen á Liberia. No!

Eco: No!

Pueblo: No!

Oradora: No! no!! no!!! (con una patadita sobre la tarima *á la Lincoln.*) (Aplausos.)

La señora Rose: Difiero de lo que dice la señora Anthony. Las mujeres no debemos nunca olvidar que *una* es mujer y no hombre, (suspiro general) y este hecho debe recordarles.....

Una voz: Recordarnos.

La Rose: Pues recordarnos que nuestra es la obra de la justicia, de la educacion, de la libertad. (Aplausos; varias sombrillas se quiebran con el bastoneo.) Señora Presidenta, ¿no cree V. que Inglaterra (*Buuu* general) que ha mandado sus buques, su dinero y su pólvora á los cabecillas demócratas, tiene derecho á llevárselos á todos?

Una voz: Menos á mi marido. (Risas.)

La Rose: Pues á Inglaterra con ellos! (Aplausos.)

Una voz: Ménos con mi marido; yo no quiero ser viuda.

La Presidenta: Decide la presidencia que los cabezas de bronce deben ir á Inglaterra.

Una voz: Pues yo voy con ellos.

La Presidenta: No se permiten en la asamblea palabras de traicion. Iran á Inglaterra y se acomodaran en la oficina del *London Times*. (Risas.)

Susana Anthony: Propongo las resoluciones.

Una voz: Menos lo del viaje á Inglaterra.

La Oradora: Aquí no se habla, señora, del marido de V.

La voz: Pero se habla de los "cabezas de bronce." Esa es una indirecta.

La Susana Anthony: Vamos con las resoluciones:

1ª Que esta es la guerra del conflicto irremediable.

Lucy Stone: Seward lo dijo.

2ª Que la proclama del Presidente está aprobada por nosotras cordialmente.

3ª Que se conserve la Union á toda costa.

Una voz: ¡No se oye! mas alto!

Secretaria: Volvemos?... ¿Dónde estábamos?

Una voz: En la empatadura de la Union.

Otra: Nadie ha hablado de divorcio.

Secretaria: 4ª Igualdad.....

La voz: Fraternidad.....

La señora Anthony: Eso será lo que tase un sastre, pues lo que soy yo, jamás!

Eco: Jamás!

Secretaria: 5ª Que las mujeres del Norte carecen de entusiasmo porque no conocen bien la causa, que si no, llevarian sus hijos y maridos al altar.

Una voz: ¿A qué altar? ¿al de Himeneo? (Risas.)

La reunion terminó despues de algunas otras resoluciones que no estaban en el programa, y la Patria agradecida mandará que se levante un monumento para perpetuar la memoria de las gloriosas patricias que tanto han contribuido á su defensa. El monumento será de hierro colado y representará un par de calzones.

Nueva York, 23 de mayo de 1863.

EL SOMBRERO DE MI VECINA.

FUNCION PARA EL LUNES
1° DE NOVIEMBRE:

El "TROVATORE" con
Mlle Piccolómini....*Leonor.*
Mme d'Angri.....*Azucena.*
Signor Steffani.....*Manrique.*
Signor Florezza.... *El conde de Luna.*
Signor Gasparoni ...*Nuño.*
Signora Mora.....*Aya.*
Comparsas de damas, caballeros, soldados, etc.

Cartel de la ópera por todas las esquinas y en todos los periódicos.

No sé quién construyó el teatro de la Academia de Música; es un hecho contemporáneo de cuya ignorancia me acuso; no es estraño que no siendo yo académico esté sin el nombre del autor cuando la Academia está sin académicos á pesar de su nombre. Pero la cuestion es inútil: es cuestion de nombres. Lo positivo es que la Academia de Música de Nueva York fué construida, y que no lo fué ciertamente por el modesto Wren, que edificó la iglesia de San Pablo en Lóndres, ni por Miguel Angel, por mas que la Academia tenga ángeles dignos de un Miguel, segun son de despachurrados. Como quiera que sea, por lo dicho se deduce que estoy mas al corriente de la historia antigua que de la moderna, y que no transijo con ángeles que no lo son.

Pero eso no viene al caso, que es otro, apremiante, porque quien quiera que construyó la Academia imaginó que el tal teatro habia de ser visitado solamente por espíritus incorpóreos, ó por seres de goma elástica que pasarian entre asiento y asiento rascando los espaldares, ó dejando en los brazos de las butacas parte del vestido. Para entrar en ellos se necesitan mas perfiles que para ser académico (no de esta Academia por supuesto): se necesita tener el abdómen tan ajustado como un balance de caja, ó pasar los trabajos del suplicio chino de las dos tablas atornilladas. Cuando dije que el asunto es apremiante!

Mucho lo sé por esperiencia, porque muchas veces he tenido asiento "asegurado" (y vaya que sí!), no solo por una contribucion estraordinaria de dos pesetas, sino por la estre-

chez de los vecinos adláteres, cuyos codos y los mios difícilmente podian distinguirse y adjudicarse legítimamente á cada cuerpo de los que allí estábamos poco menos que apelmazados. Nadie tiene la culpa de ese percance sino el arquitecto de la Academia, "de cuyo nombre no quiero acordarme."

Pero anoche, sobre todas las calamidades que persiguen á un dilettante ordinariamente, se agregó una horrible que ha de llenar *toti li mundi* con los clamores que me arrancó.

Anoche hubo *Trovatore.*

El teatro estaba tan lleno como lo pudiera haber deseado Mr. Ullman, el hebráico empresario, que es cuanto se debe decir para esplicar el lleno plenísimo.

En los círculos privados se sabia que Mr. Ullman trataba de cerrar las puertas de la Academia al folletinista R. de T. por razones que él se sabe, y que yo contaré en llegando que llegue la oportunidad. Un trovador cantado y otro rechazado eran doble atractivo para mí, y fuí. Supongo que mi ectora lo adivinaria desde que le dije que el teatro estaba lleno.

Lleno es poco, atestado es mejor. No cabia un alfiler mas ni aun siendo regalado y de diamantes. La conecsion de los codos era por consiguiente estrechísima y la comodidad de los espectadores, de los amigos á quienes Mr. Ullman tiene la generosa condescendencia y amabilidad apreciabilísima de admitir en *su* Academia de (*su*) Música, la comodidad, digo estaba á mas no poder.

Tocóme un asiento como los demas, muy forrado en terciopelo encarnado, y con mucho espaldar de hierro y resorte en el asiento; pero muy pegado á los laterales y mas pegado aun al frontero y mas al de la retaguardia. A mi lado derecho tenia á una jovencita que parecia colegiala ó académica (no de la Academia de Mr. Ullman) por lo estirada y cuellitiesa, cuyas faldas á ojo de buen cubero median prócsimamente la mitad de la vela de baticulo de una goleta costera. La niña no era cejijunta; pero como miraba por entre las cejas en señal de su orgullo de raza, parecia cejifruncida. Con verla una vez tuve lo bastante para no querer verla otra, por mas que su falda se encaramase sobre el brazo de mi butaca y me tuviese inquieto y sobresaltado con el contacto inmediato de la seda. Soy monomaniaco con la seda: no la puedo tocar sin sentir calofrios que me recorren el cuerpo de los piés á la cabeza. La niña aquella me tenia electrizado ó magnetizado: á lo menos atortolado.

A mi izquierda quedaba un abdómen descomunal con piernas y brazos pegados á él simétricamente y una cara embutida en dos pedazos de cuello de camisa tan estirados por la goma como lo estaba el rostro de mi otra vecina por la dignidad aristocrática. La cara pegada al abdómen era bonachona: tenia pocos pelos en la parte que figuraba la cabeza, y sudaba como en un dia de verano. Todos los indicios eran de apoplegía fulminante. Tengo horror á ese mal.

Resolví no mirar á mis costados en toda la noche, para no pensar ni en calofrios ni en apoplegía, no salir de mi asiento aun cuando me muriese de ganas de hacerlo, y tener la vista fija en el escenario, donde Gasparoni referia disfrazado de antiguo *criado* español (con la cruz de Calatrava en el pecho) la historia del robo cometido en la personita del hermano menor del conde de Luna.

¡Qué felicidad! El asiento del frente estaba desocupado, y yo podia buscar compensacion en aquel vacio contra la plenitud faldesca de mi derecha y la mas sólida de mi izquierda. Aquel asiento representaba el ventanillo de la cárcel de un prisionero, el respiradero de una caja herméticamente cerrada; la felicidad, he dicho.

Gasparoni seguia gesticulando mas de lo necesario para contar bien su historia, aunque no lo suficiente para hacerse notable, y decia con su voz de bajo que del castillo del conde babia desaparecido el hermano menor, y que despues se habia visto en los alrededores á deshoras de la noche una *bruja*.

Bruja, dijo: y en aquel instante se presentó en una esquina de nuestra fila una gordísima que debió ser la invocada, solicitando permiso para pasar.

—¡Señora! le observó un caballero, todos los asientos estan ocupados. Sin duda el de V. es el de la fila inmediata; es el único vacio.

—¡Maldicion! esclamé con tono muy débil, para que no se escandalizase la niña cuellitiesa. Me va á cerrar la ventana de la cárcel. ¿Por qué no la dejaria pasar? De seguro que al llegar á mi vecino se atasca y tiene que esperar al fin del acto para que la policia *in force* le dé un remolque.

Mientras duró mi soliloquio y la invocacion del criado don Nuño, la personificacion del colmo de mis desventuras, la bruja ó señora tardia, se iba abriendo paso por entre los desgraciados ocupantes de la fila vecina, y como quiera que perteneciese por el bulto á la familia de mi adlátere de la iz-

quierda, casi de milagro pasaba magullando prójimos, ajando crinolinas y haciendo perder la figura á los sombreros.

En vano manoteaba Gasparoni con toda la furia de que es capaz un criado cruzado; nadie le atendia; todas las miradas se habian concentrado en la bruja gorda, que iba rompiendo calle con mas trabajo que un hipopótamo en selva cerrada.

Por fin llegó.

¡Ojalá nunca hubiese llegado! No habrian sido cumplidas mis desgracias.

La dama en cuestion cuya cara no puedo describrir porque cuando se aproesimó al alcance de mis ojos los cerré, ni mas ni menos que los cerraria si me viese nariz con nariz con la luna llena, tenia (lo puedo jurar) un sombrero cuya circunferencia guardaba proporcion con la talla de su dueña. Era de paja, pero no de Italia sino de cebada, con cuadros blancos y negros como los de un tablero de ajedrez.....

Suplico á Vds. que me crean, porque ecsaminé demasiado atentamente el ejecutor de mis suplicios, peores que la quema del trovador Manrique.....

El sombrero tenia cuadros blancos y negros como un tablero de ajedrez y ocupaba todo el teatro. No diga nadie que es imposible tapar el sol con las manos, porque si se pone uno la mano sobre los ojos el sol queda tapado. Así estaba para mí tapado el teatro con el sombrero que tenia delante de los ojos.

Convencido de que mi suerte estaba echada, y de que no veria en toda la funcion ni un milésimo del escenario, me resigné á estudiar el sombrero de mi vecina con toda la cabalidad que merecia su grandeza. Sobre los cuadros intercalados de blanco y negro corria una cinta que mas parecia faja de recien nacido, que diz las llevan muy anchas, ó cincha de caballo cenceño. El camino de Santiago es al cielo lo que la cinta aquella era al sombrero de paja (de cebada). Era la zona tórrida del globo capital de la dama.

Tenia ademas un cierto ribete que fué negro, pero que la accion del tiempo habia tornado en carmesí oscuro, y unas flores que podrian haber sido recogidas en la hortaliza mas florida de la Union. Descollaba sobre hojas verdes una zanahoria amarillenta, con tal arte contorneada, mas que si fuera obra de ebanista, y despues hácia el opuesto lado un racimo de uvas que la misma zorra no habria encontrado verdes. Las espigas, símbolo de la abundancia, tenian colocacion preferente sobre

la parte mas elevada del sombrero de mi vecina, cuyo dije remataba en forma de cola de pato, ó *á la colombiere.*

Pasmado contemplaba yo aquella maravilla de arquitectura sombreril. Estoy seguro de que si el constructor del sombrero y el del teatro hubiesen reunido sus talentos, habrian hecho una cosa buena.

El traje de seda seguia rozándome y magnetizándome, al paso que el sombrero me tenia embebecido. Habia pagado, mísero de mí! dos pesos cabales por asistir á la ópera, mediante la benevolencia de monseñor el amo de la casa, y estaba contemplando una aparicion superlunar que no podia esplicarme bajo la influencia cloroformizadora del traje de seda y del calor que despedia mi vecino el gordo. No sé si estaba en mi juicio; pero declaro como hombre de bien que he sido y pienso ser toda mi vida, que empecé á ver visiones y á tener miedo.

Unas veces salia por junto á la zanahoria del sombrero una cara regordeta y bonita con risa de páscuas, que decia (á mí?) *Io t'amo.* Otras por entre el racimo de uvas se presentaba una pierna delgada, tan delgada que parecia hecha espresamente para hacer burla del gordo, y daba un traspié mientras que la cara bonita desaparecia para dar lugar á otra lacrimosa que en el diapason mas dulce de barítono hablaba de *la tempesta del mio cor.* Por sobre el ribete del sombrero se me presentaba á veces el rostro de un tenor de pecho con la boca torcida cantando en falsete *Madre adorata, corro á salvarti.* El rostro sobre el sombrero me parecia el de la luna sobre el horizonte. La luna tiene grandes relaciones con los que empiezan á perder el juicio, como yo en aquel momento. La *Madre adorata* debia ser la señora del sombrero, porque se estremeció al oir esas palabras: á lo menos el sombrero se movió convulsivamente como la tierra en dia de temblor, ó como luna de teatro que el maquinista hace salir á la fuerza.

En otras ocasiones veia entre las cintas del sombrero, y por debajo de la faja meridiana que lo ceñia á estilo de cruzado (sin alusion al sirviente del conde,) una fisonomia indescribible de criada, ó cosa por el estilo, que recibia confidencias de un amor inestinguible, eterno, sublime etc. etc.

Finalmente las hojas verdes del sombrero quedaron colocadas á manera de corona de bayadera no sobre la frente sino al redor de la cara de una perfecta bruja que decia con miradas amenazantes: *Questa daga! Questa daga!*

Parecióme que la dama que por el frente me quedaba no

podia tener otra fisonomia sino la de aquella bruja que me amenazaba con *questa daga*, y creí que por uno de tantos gatuperios como suelen hacer esas pícaras brujas habia cambiado la naturaleza pajiza de su sombrero, dándole trasparencia, lo mismo que á su cuerpo todo, para que yo pudiese ver mejor su fisonomia de bruja airada y rencorosa que repetia con risa sardónica: *Mio figlio! questa daga!*

Un *pase* del vestido de seda de mi cejifruncida vecina completó el hechizo. Creí que era víctima de una fascinacion sobrehumana, y por mas esfuerzos que hice no pude resistirla, y me desmayé.

Al volver en mis sentidos oí muchos aplausos, abrí los ojos y vi que á lo léjos quemaban al trovador Manrique: sentí y me encontré acostado sobre un almohadon de goma elástica, patente de Goodyear. ¿Quien me habia llevado á mi cama? Volví el rostro por no ver la hoguera en que ardia el pobre trovador y..... justo cielo! me hallé reclinado muellemente sobre el enorme vientre de mi vecino el gordo que me dijo con bondad:

—Ya ha vuelto V! Qué fué eso?

—Gracias, señor. No fué sino un accidente.

—Pero ¿y eso por qué, amigo mio?

—Por qué? Yo no sabré decirlo; la música, la concurrencia, el calor y sobre todo *esa bruja*.....

—Qué bruja? La gitana?

—La bruja, la bruja.

—Quién? Mme. d'Angri?

—Qué Mme. d'Angri! Acaso la he visto yo? El sombrero de mi vecina no me dejaba ver el escenario, le contesté incorporándome.

—Pues qué bruja entonces?

—Cómo! ¿No ha visto V. la bruja, la pícara bruja, la horrible bruja, la maldita que tenia yo delante?

—No he visto ninguna bruja.

—¿Conque no la ha visto V., con un sombrero enorme adornado con un ramo de uvas y una zanahoria?....

—Bribon! gritó el viejo gordo. Esa es mi hermana; Lucy, mi hermana menor.

El telon habia caido, el público habia llamado á los actores líricos para aplaudirlos. Todos gritaban:

—Picolómini!

—D'Angri!

—Steffani!

—Florenza!

Y el viejo gritaba por sobre todos:—Bribon! Bruja mi hermana? Bruja con sombrero enorme?

Yo oia la grita universal desde una de las puertas del teatro, porque me pareció prudente poner tierra de por medio entre mi cuerpo y el amor fraternal injuriado.

Soñé anoche con el viejo gordo, y con el sombrero de mi vecina, que se me aparecia por todas partes gritando: *Questa daga!*

Tengo resuelto que si los know-nothings me nombran corregidor en las prócsimas elecciones, he de dar una ordenanza contra los sombreros con racimos de uvas y zanahoria, que suelen ir á la ópera.

Tal vez daré otra para la reforma de los asientos de la Academia de Música; pero, eso sí, este es un secreto, niñas reservadas; que no quiero que Ullman, el amo de la Academia, me cierre la puerta en nombre de la libertad republicana, por haber contado el cuento del sombrero de mi vecina.

ESTA CASA SE ALQUILA.

"BOUND TO TRAVEL."
Sentencia pronunciada contra el pueblo de los Estados Unidos

El Judio Errante fué condenado á viajar eternamente en tiempos nada fecundos en Anacarsis ni Humboldts. Cada vez que se detiene desde el dia de su sentencia, oye una voz que le dice implacablemente: "Anda! Anda!" Y el pobre zapatero de Jerusalen continúa su marcha, con sol y buen tiempo, con lluvia ó nieve y cuando el temporal azota sus espaldas y agita las greñas de su cabellera jamas peinada.

El pueblo de los Estados Unidos tiene su sentencia casi como el Judio de las Escrituras y está "obligado á andar," *bound to travel*, como condicion indispensable de su ecsistencia. Si-

mon de Nantua hacia viajes por especulacion, por necesidad ó por placer: el ciudadano yankee viaja porque viaja. Está obligado: tiene que viajar.

Por todas las partes del mundo se le encuentra viajando, unas veces como su primo el lord inglés, con el bolsillo atestado de monedas; otras como el saboyardo, atenido á la gracia de Dios. Dentro de los límites de su propio suelo, de ese suelo que él ama hasta el dia en que lo abandona, tal vez por un capricho, de ese suelo que se mueve sin cesar al impulso del arado, bajo la pala del fabricante y al estertor tremendo de sus cien mil locomotoras, de ese suelo que adora y que para él no tiene igual en el estrangero, y al cual se promete regresar á cada peso mas que añade á su peculio, dentro de los límites de ese mismo suelo, decia, el americano del Norte viaja sin cansancio, dia y noche, por hábito, por costumbre, por sistema. No; por una necesidad inevitable de su organizacion.

No hay pueblo en el mundo que tenga sus caminos mas concurridos que los americanos. En el ferrocarril los trenes se componen de carros inmensos, de muchos carros y de carros siempre llenos. Un brasileño recien llegado de Rio Janeiro me preguntaba no ha mucho con inocente curiosidad: ¿De dónde sale tanta gente? Trenes que van, trenes que vienen, trenes que esperan, todos llevan pasajeros. Si no hubiese pasajeros no habria trenes, como si no hubiese comercio no habria buques. Sin la demanda no se presenta la mercancia, habria dicho un ecónomo-político amigo del tecnicismo. Los trenes que van y los que vienen suelen tropezar á medio camino; muchas veces se alcanzan; en ambos casos ocurre un "accidente." Un accidente quiere decir que hubo veinte muertos y treinta heridos; pero los trenes siguen su viaje con nuevos carros y los muertos son olvidados. El *sino* del pueblo americano es el *go ahead.*

De un estado á otro se viaja al vapor; de un distrito á otro en carriles de hierro y en carros tirados por caballos. De esta última escelente manera se viaja dentro de las ciudades, porque siempre es necesario viajar: *bound to travel.* La casa del comerciante, del banquero, del corredor, del que hace negocio, cualquiera que sea, dista seis millas de su almacen, ó de su oficina. Hay el *down town* y el *up town* en toda ciudad; la ciudad baja para los negocios, la ciudad alta para la familia. Dos viajes al dia implica este arreglo, y para ello sirven los caminos de hierro urbanos, el ómnibus y los coches. Nueva York tiene una docena de ferrocarriles para ir

down town, y como 1,500 ómnibus, sin contar los coches de alquiler y los cupés de los *Esquires* adinerados. La Legislatura del Estado discute hoy un proyecto de ley para darle 20 líneas de carriles mas, y cubrirla con una red de hierro. Digo red porque con ella se pescaran algunos millones. Pero tal es la necesidad de viajar que no bastaran esas líneas, y si alguno creyere que todas no ganan, sepa que no ha acertado, pues se gastan 300 mil pesos solo para conseguir el permiso, y los dividendos son de 25 por ciento.

Mírese cualquiera calle de nuestras ciudades y se creerá que es dia de fiesta, y que nadie se ha quedado en casa. Un cordon, un hormiguero que está "obligado á viajar."—El movimiento contínuo.

De la fatal sentencia no podia ecsimirse la bella mitad del género humano, que goza del fuero nacional, y así las mujeres lo mismo que los hombres son viajeras incansables. Admira ver el número de bellas mitades y no mitades que salen de los trenes, de los carros, de los ómnibus, de todas partes, "obligadas á viajar." Las costumbres y las leyes han hecho que por acá el lobo tema á la oveja: han autorizado los viajes sin caballero acompañante, y por lo mismo han centuplicado las facilidades de viajar en faldas. Una matrona del Sur, si acaso no se ha sembrado eternamente, como el árbol, en el lugar de su nacimiento, jamas lo abandona sino escoltada por el pariente mas cercano, despues de un mes de planes para hacer mas cómodo el penoso trasporte de algunas leguas. En cuanto á la señorita, con decir que sin la señora no puede hacer el viaje, se dijo que su pié no ha traspasado la frontera.

Una americana del Norte toma un saco de viaje al despertar y va á pasar la noche inmediata á cien millas de distancia del lugar en que amaneció. Las facilidades sociales y materiales no tienen número.

Pero si á esto se redujesen los viajes, si las susodichas facilidades se limitasen á la locomocion personal, si no hubiese otro *movimiento* que el diario, para el cual los caminos, los paraderos, los hoteles, todo está dispuesto!

Hay un viaje anual como el del sol, y del cual, sin sentirlo, me he ido alejando por las consideraciones generales que preceden, sin duda "obligado á viajar" como los habitantes del pais. El viaje anual es tan seguro como el del sol, repito, pues ocurre cada 365 ó 366 dias ecsactamente el 1° de mayo á á las doce del dia en punto. Ese viaje se llama "una mu-

dada," operacion difícil y complicada, porque no solo se trata de la locomocion personal, sino de la mocion del moviliario, que es por sus antecedentes y consiguientes punto menos que una conmocion.

El título del folletin comprende la primera parte de la revolucion periódica que se verifica en mayo. "Esta casa se alquila."

"*To let*" dice el papel impreso que está puesto en una de cada tres casas de Nueva York.

—Qué *tolete* es este? decia un andaluz recienllegado á otro andaluz de por acá.

—Un buen *tolete*, contestó el andaluz renegado, que no quisiera V. le cayera sobre los espaldas.

Efectivamente que le sobraba razon. Desde el dia 1° de febrero, en que hace su aparicion indefectible el *To let*, hasta el 1° de mayo, en que todo Nueva York se está mudando, el mísero á quien la estrechez del bolsillo no permite los goces de ser propietario y pagar contribucion directa, se rompe las botas y los sesos en busca de habitacion para el año venidero.

—Pero, hombre de Dios, quédese V. en la misma casa que tiene, y viva en ella como hasta aquí ha vivido.

—La casa es estrecha, está sucia, tiene mal vecindario, ha encarecido el alquiler, el casero es un Iscariote, se gasta mucho carbon en el invierno, quiero estar mas al centro, pierdo mucho tiempo en ir *down town* y en venir *up town;* prefiero estar mas cerca de mis amigos, conseguiré una casa mas cómoda, deseo estar cerca de un ferrocarril, mi actual vecino es un abogado bueno y ya sabe V. el proverbio, etc., etc.

Jamas falta razon para mudarse, y por mi parte declaro que Sofia las tuvo escelentes cuando el 2 de febrero prócsimo pasado le notificó al dueño de la casa su resolucion de irse á otro barrio el 1° de mayo prócsimo venidero á las 12 del dia en punto.

—Pues desde ahora á buscar casa! me dijo, y yo me encargo de ayudarte.

Ningun perro perdiguero ha olfateado jamas presa entre las matas con mas prontitud que yo descubria el *To let* en los balcones desde la mañana siguiente. Corro hacia él, subo la escalera exterior y al pié del letrero impreso encuentro uno manuscrito con lápiz: "Por informes ocúrrase al agente Laurence, número 1061 Broadway." De la casa al agente hay

tres millas de distancia: lo dejaré para la tarde, despues que salga de la oficina.

Otro *To let* en la siguiente cuadra! Qué casa tan linda! Tres pisos, nuevecita, con fróntis de piedra morada, en la calle 23, con un vecindario escelente! Otro letrero con lápiz: "Para ver esta casa se necesita permiso de su dueño, Mr. Smith, y no se puede ver sino de las doce á las dos." Eran las nueve y no podia aguardar hasta las doce. Volveré.

Otro *To let* tenia escrito al pié un $1,500 amenazante. Otro decia que el dueño de la casa, médico por cierto, se reservaba dos piezas en ella. Otro que la casa estaba de venta y que se alquilaba con esa condicion; es decir, que al nuevo amo podia antojársele habitarla.

Perdí aquella mañana de claro en claro, y con ser invierno quedé tan fatigado de andar que tenia la frente rociada de un sudor copioso. De viaje en el carro de la Avenida registré el periódico, y con regocijo observé tres grandes columnas de anuncios que principiaban con las dos palabras del dia: *To let.* Saqué mi lápiz y eché cruz á las casas que mas me convenian.

La segunda intentona de buscar nueva casa me ocupó toda la tarde. En una de tantas la portera Maritornes me informó de que el dueño y *su modo* eran el único motivo que hacia mudar á la señora. "Para malos caseros, me dije, basta con el que tengo:" y no ví la casa. En otra parte salió á recibirme una tia que me hizo saber tan atenta como oportuna y caritativamente que el mastin se habia soltado aquella tarde, y que aunque *no mordia*, bueno era que yo lo supiese, por lo que pudiese alarmarme su vista. Agradeciendo el aviso dí la casa por vista desde el zaguan y cuidando de no soltar la hoja de puerta que tenia agarrada. Aseguré á la señora que ella era muy amable, y que su casa estaba *muy bien cuidada*, y me despedí hasta mas ver. Otra inquilina habia caido enferma aquel mismo dia, y el médico habia prohibido todo ruido; tanto que me afirmó la criada que todos los de la casa andaban en plantillas de media! Yo llevaba botas de invierno. En otra casa me dijo la portera que la señora no pensaba mudarse, y que aquel *To let* eran temeridades del dueño por no sé qué desacuerdos sobre alquileres que cobraba de mas. Otra me ofreció enseñar la casa: entré y en la sala habia visita: el comedor estaba oscuro porque el mechero del gas se habia obstruido; el dormitorio tenia las camas deshechas, porque la señora se

recogia tempranito, y el cuarto inmediato estaba cerrado porque la señora estaba haciendo sus oraciones antes de ir á la cama.

En pocas casas me recibieron con tanta cortesia como en el número 202 de la calle. . . . La misma señorita me condujo de uno á otro cuarto, dejándomelos ver á mis anchas. Cuando hubimos repasado hasta el último, y la conversacion se habia facilitado con el uso, me dijo la niña con rostro de mortificacion:

—Nosotras sentimos mucho mudarnos, porque la casa es muy buena; pero no podemos soportar la idea de que en ella murió mi hermana.

—Pobrecita! ¿Y de qué murió, si me permite V. la pregunta?

—Etica.

—Dios la haya perdonado. La tísis no se pega.

Por regla general las inquilinas se prestaban mal su grado á cumplir con la cláusula obligatoria de enseñar la casa, y aquellas que lo hacian me daban malos informes, tan malos que si no fuesen ciertos, ellas no pensarian en mudarse.

Llegué á mis lares molido, desanimado y cuando la sopa estaba ya fria, con muchas menos ganas de mudarme que las que tenia por la mañana. Pero Sofia insistió en mudarse, porque estaba "*bound to move*," á estilo del pais.

Mes y medio ha pasado y no encuentro casa. He puesto aviso pidiendo una de precio moderado, y en contestacion me han enviado á la calle 80 y pico, dándome por recomendacion que la casa está inmediata al Central Park, lo cual no quiere decir que esté central, ni que allí hayan llegado todavia los trabajadores que van haciendo el Parque. Otra contestacion me ofrece una casa, que está dando frente al rio Norte, y me recomienda la belleza de la perspectiva, callando por supuesto las bellezas marineresca del vecindario. Otro dice que su casa dista media hora del City Hall ó Casa del Ayuntamiento: anduve una hora y me quedé á mitad de camino. En una palabra, los alquileres han subido este año á precios fabulosos, y es preciso pagar hasta el capricho, ó vivir en las nubes, como las alondras, los poetas y otros animales de pluma.

Despues de la esperiencia que he adquirido en casi sesenta dias de caza de casas comprendo la filosofia picarona del andaluz que llamaba *tolete* al *To let*, y me siento inclinado á vivir

donde vivo mas bien que continuar la romeria. Sofia me dice sin embargo que *es preciso* mudarnos, y que lleve en paciencia mis trabajos porque estamos en Cuaresma.

Admiro ahora la grandeza de alma de los americanos que se mudan todos los años, y creo verdaderamente que "no está en ellos" el permanecer constantemente en un mismo lugar, sino que se halian *bound to travel* y *bound to move*, como las aves que emigran hácia el Ecuador cuando se nos viene acercando el invierno. Verdaderos nómades de persona, no saben estarse dos años seguidos en el mismo sitio, y si para trasladarse tropiezan como yo con tantos inconvenientes, su sino de *go ahead* debe ser superior á todos ellos.

¿Llegará el dia en que toda la nacion haya cambiado de lugar y sea menester poner á la Union el fatídico To LET: "*Esta casa se alquila?*"

MI CASA NUEVA.

> Si es chica (la casa) digo que es acomodada; si grande me parece que respiro en ella con todo el pulmon.
>
> FIGARO, *ó quien lo dijere.*

Conocí al individuo personalmente, y no lo aseguro como todo el que refiere un cuento y añade irremediablemente: "Yo lo ví." Pero á este de quien hago memoria lo conocia tan bien como á mis manos, al cual hombre se le habia ofrecido una paliza, y todo se le iba en pensar cuándo se la darian. Por último llegó el momento crítico y se sometió el paciente sin murmurar. Sacudióse el polvo, se levantó y dijo con efusion: "Gracias á Dios que al cabo salí de esta!" Mas le fatigaba el pensar en los palos por venir que el mismo dolor de los palos de presente.

Así digo ahora con toda la efusion de mi alma: "Salí de

esta." Salí de la mudada y no sé cómo salí. Vuelvo los ojos hácia atrás, cual supongo que lo haria Moisés aquende el Mar Rojo, y contemplando el mare magnum que dejo á mis espaldas, no acierto á explicarme la manera de esguazarlo. Cierto que no la tengo muy librada todavia, porque un monton de baules que me sirve de escritorio, y la porcelana donde sobrenada el tintero, y el ruido que por todas partes guarda compás con el chirrido de la pluma, me anuncian que aun falta mucho pan por rebanar.

Aquí tenemos las industrias divididas y subdivididas hasta su mas mínima espresion: hay un almacen donde no se vende sino agujas, y otro que negocia en medias solamente. Mme. de Bonneville especula en fajas para niños recien nacidos; Genin en sombreros, y cuando se metió á farolero quebró—los vidrios:—Barnum domina el *humbug*, y si ha tratado alguna vez de especular con el símbolo de la verdad—el tiempo y por consecuencia el reloj—toda su máquina ha salido descompuesta.

Por el mismo principio, en el arreglo de una casa toman parte operarios, artífices, artesanos y otras categorias mas de lo que pareceria regular. Las alfombras estan en manos del ciudadano que las estira y encoje cual si fueran libertades y franquicias municipales en manos de una legislatura. Las cortinas pertenecen á un elector del barrio que oculta los puntos maltratados como si manejase la votacion contra el partido "ignorante." Los muebles tienen su jefe, lo cocina su arreglador, y todos ellos hablan, carpintean, martillean y hacen un ruido mayor que el de un arsenal ó una fábrica de calderas de vapor. Acrece la tempestad el llanto de los chicos, que piden volver á su casa, y el de las Brígidas, que discuten sobre el mejor modo de colocarlo todo.

Aseguro que mi casa es una república democrática federal, y debe creérseme bajo mi palabra de buen conocedor y voto en la materia.

Mas hasta llegar á este mismo punto se pasa primero por el cáos; quiero decir, la mudada. El contratista de la operacion la entiende por principios: dice que podria escribir un tratado sobre mudadas con mas acierto que cualquier diplomático: ha estado de cambios y recambios durante veinte años.

La última razon de los diplomáticos es el cañon. La última razon del mudador es un carro en el cual podria caber desaho-

gada el arca de Noé. La aparicion de semejante artefacto ambulante produce una revolucion en el vecindario. Todas las ventanas se abren como las flores al salir el sol; en todas ellas asoman una vez flores, otra caras que no lo son; en las ventanas altas se colocan las gerarquias superiores; en las bajas el pueblo de la cocina, que tambien tiene derecho á gozar del espectáculo. Que luzca la otomana forrada en brocatel, pase; que sea admirado mi escritorio, obra maestra de un San José aleman, no está mal; pero que entre el fuego cruzado de tantas miradas aparezcan algunos otros muebles que huelen—á viejos por su edad y largos servicios; que se ensañen contra los veteranos de la casa los certeros disparos de una ojiazul que jamas delante de estraños llamaria "esas cosas" por su nombre; que mi pobre casa al trasladarse en el arca sufra minuciosa revista de todas sus interioridades, he ahi lo que no cabe en mis entendederas y contra lo cual protesto las veces que me fuere permitido.

El "arte" de las mudadas se lleva á la perfeccion entre el pueblo *bound to move*. Carros, cogines, alfombras, palancas, tiros, cargadores y caballos, todo está acompasado y dispuesto con aquel arreglo y medida que se necesita para quebrar lo menos y trasladar de una sola barcada la mayor cantidad que se pueda. El tiempo es dinero, y en vísperas del 1.º de mayo todo el tiempo de los mudadores es dinero.

Y bastante dinero. Sucédeles lo que al posadero que despues de mucho esperar logró un pasajero, y le hizo pagar por una sola noche todo el tiempo que habia estado de vacio. En mayo se recoje la cosecha, se hace la zafra, si los cubanos me prestan su frase técnica, y en mayo pagamos justos y pecadores indistintamente. Toda tabla con ruedas es carreta para el mes de la mudada y toda armazon semoviente es caballo.

Pero hasta ahora no se han batido sino las guerrillas: la batalla no se da sino el dia 1.º á las doce en punto, y creeria entonces cualquiera que habia emigracion general. Cierto doctor viejo decia que en mayo cambian las gallinas de sitio para dormir, pasándose las unas al lugar que ocupaban las otras sin que haya mas necesidad que la de mudarse, la cual verdaderamente no es poca necesidad.

¿De dónde proviene la costumbre?—He leido las mas de las historias de Nueva York sin que en ninguna de ellas haya podido encontrar esplicacion que lo sea. Pero ecsiste como el miedo, la fé y otras cosas que tampoco se esplican. Venga V. á al-

quilar casa y nadie se la alquilará sino poniendo á mayo por término fatal para concluir, para empezar ó para continuar contando.

Por mi parte me siento muy satisfecho de poder asegurar que estoy mudado antes de la época de crísis, y que puedo tomar buen desquite con mis nuevos vecinos viéndolos marcharse de carrera todos en un dia y á la hora dada. Presenciaré el carnaval desde mi ventana con la calma de un general que ve á cien coroneles, capitanes y tenientes esforzándose por ganar las charreteras que él puede gozar en paz octaviana.

Entre tanto Sofia me ecsige que le dé el baul que me sirve de escritorio y tengo que suspender la historia que empecé con "esta casa se alquila," y concluyo pronto y mal poniendo á la disposicion de V. mi nueva casa.

MODAS.

He aquí un capítulo en que El Porvenir no se conoce á sí mismo, por mas que procure seguir la máxima menos fácil de observar que nos legó la sabiduria de lo pasado. El Porvenir que tanto tiempo ha estado por venir, con gran descontento é impaciencia de sus editores, no ve en las modas nada de lo futuro, como su título le obliga, y apenas puede creer en el presente, observando las galas, cortes, portes, cuadraturas y circunvalaciones del traje moderno que va á la posta corriendo hácia lo pasado, al remedar con harto mal disimulado empeño cuanto nuestros abuelos desecharon para buscar la perfeccion de la forma, la elegancia del garbo, el logro de la cabalidad artística, recomendada por la ciencia y exigida con imperio por el progreso de la humanidad andante, en el siglo de los fósforos, del alumbrado de gas, del aceite petroleo y de los incendios de poblaciones ribereñas por quítame allá esas pajas: —en el siglo de las luces, en fin, cuyo horizonte no quedará oscuro (al menos aquende las grandes aguas) aun cuando el

viejo Sol, cansado de dar vueltas y escandalizado de ver atrocidades, se marche con su luz á otra parte, pretendiendo dejarnos á buenas noches.

Las modas, de cuyo asunto me apartó el precedente arranque de elocuencia embotellado durante los cuatro meses en que la falta de El Porvenir no me ha dejado hablar, las modas envejecen y decaen á paso de union constitucional entre Estados hermanos. Sin saberlo ó de intento, estamos volviendo la esquina hácia el siglo décimo octavo: nuestras damas arrastran cola, usan corpiño de peto agudo por delante y por detras, llevan la falda abombada como los tontillos en tiempo del Sétimo Fernando, golilla, embeleco de cinta colgante bajo el trenzado del corpiño, alzado el cabello con una especie de chichon, tubo ó ahuecador postizo que finge abundancia de lo que no plugo á natura dar—y otros mil incidentes y accidentes mas ó menos resurrectos, mas ó menos redondos y contorneados, menos ó mas nobles por su antigüedad y por la hidalguia de apariencia y elevado pergeño que dan á la persona. Ni el polvo les falta en la prestada peluca que llevan dentro de una redecilla de pescador, la cual no es ni por pienso aquella de que habló el dulce Batilo cuando muerto de amor dijo:

Rosas sus mejillas,
Sus trenzas la red
Do diestro Amor sabe
Mil almas prender
Si al viento las tiende
La flor del Zurgen.

Todo en este mundo tiene su razon de ser, nos dice la filosofia; pero diera yo un ojo, á tener alguno que no me hiciese falta, por que se me dijese cuál es la razon de ser de la moda y principalmente de la moda del dia. ¿Cómo *es* el Malakoff? cómo la peluca ensamblada en la escasa mata, (no digo que es casamata ó cañon encubierto, aunque lo parezca) de los cabellos naturales?

Comprendo que el hombre primitivo usase por todo vestido la piel de los animales: usáronla los primeros nacidos, menos Adan que prefirió la hoja de la higuera en el instante de su mayor apuro; los indios ó aborígenes de todas las naciones las llevaron; hoy mismo exibe el incomparable Barnum en su Museo á los caciques y señores aliados del gobierno federal, con sus adornos de almagre y sus cueros de zorra y de oso pardo.—Digo que es natural este uso, porque el hombre es ani-

mal imitador, y así como vió que habia otros animales envueltos en cueros peludos, no quiso ser menos que los demas y se convirtió en oso, de donde proviene sin duda el refran de hacer el oso, que se aplica á todo el que quiere parecer algo que no es. En apoyo de mi teoria de imitacion solamente, y aunque bien no cuadre al asunto de las modas y las pieles, ¿por qué los irlandeses que tiran carretoncillos por nuestras calles, haciendo oficio de mozos de cordel, atropellan á mucha mas gente que los mismos caballos de tiro?—En fuerza de la imitacion, pues como van desempeñando el papel de caballos, los imitan á la perfeccion y aun atropellan mas que los cuadrúpedos para demostrar la superioridad de la raza.

Comprendo pues—como va dicho—que el hombre se vista con cueros para no andar en idem. Esplícome que los griegos, pueblo varonil como supo un dia serlo, se envolviese el cuerpo hasta cerca de la rodilla en la ancha *túnica jónica* ó en la menos holgada *doria*, que les dejaban libres todos los movimientos para sus ejercicios gimnásticos. Creo asímismo que por idénticas razones gimnásticas hicieron bien las amazonas en vestir la túnica, aun cuando la preferian corta por la innata inclinacion que tenian aquellas belicosas hembras á cortar hasta lo que el cirujano mas escalpelista hubiera respetado. Convengo con la toga que usaban los romanos ajustada al cinto con una cuerda, como peinador de ogaño, y que nada tenia parecido á la toga moderna sino la cuerda que ahorca, no la cintura, sino el bolsillo del prógimo. Comprendo que los indígenas lleven su taparabo ó *guayuco*, por lo que dice Lope que hizo la gata mirlada.

Lo que no comprende es que cuando el mundo avanza al compas del telégrafo y de la fotografia, las modas retrocedan, como hacen algunos tributarios del rio Misisipí que llevan la corriente del Padre de las Aguas en sentido contrario á la que acostumbra el jefe de la familia. Los pueblos de Oriente jamas cambian de moda: un Mustafá de este año de gracia lleva el mismo turbante y la misma enagua en forma de calzones que llevaron su padre, su abuelo, su bisabuelo y toda la línea masculina ascendente, desde Ismael y el padre que lo engendrara; la misma enagua que el novelero francés adoptó desde la conquista de Argelia y que el anglo-sajon ha parodiado para conquistar á los argelinos domésticos, cosechadores de algodon y productores de azúcar. Un chino—sea perro ú hombre—lleva ahora la misma catadura de ropa que

los fundadores de las murallas en la frontera tártara; el hombre con su moña y con el craneo rapado y el perro sin pelo de barba fuéra del rabo y con moña solamente entre las orejas, estaran lo mismo que han estado todas las generaciones desde el primer hombre y la primera mujer que trajeron de la luna la semilla de los chau-chaus.

Mas racional es no avanzar que retroceder; no ganar, mas no perder; no progresar, pero no desandar el camino. El retrato de mi bisabuela y el de mi sobrina no se diferencian en cuanto al traje sino en que el primero, bajo un clima tropical y con el termómetro alto, ha hecho bajar el escote tanto cuanto el frio bajo cero se lo ha hecho remontar al segundo.

El sombrero de señora ha subido tambien estraordinariamente dejando espacio suficiente para formar un jardin. Las flores que en maceta se usan sobre la frente estarian mejor en otra parte: en lugar de los embuchados de Estremadura que se estilan sobre las sienes, por ejemplo.

La moda exige bajo la barba un lazo mastoideo, como la corbata de un cura protestante. El lazo es una protesta contra el buen gusto y no sienta bien á cuellos de cisne. ¿Por qué ahorcarse una beldad en sus tiernos años cuando tantos hay que por ella se dejarian, si no ahorcar, enlazar por lo menos?

La crinolina va disminuyendo como bolsa de gobierno en años de guerra. A su antigua rotundidad ha sucedido la forma de pan de azúcar ó mas bien de campana; pero no bajará mas de ahi, porque el comercio se halla interesado en muchos millones para sostener la armadura de nuestras conquistadoras. El cambio de la forma no ha disminuido el consumo. Antes se estilaban torres de Malakoff, que quiere decir torre redonda, y fragatas *Merrimac* tan anchas que obstruian todo un rio navegable; ahora se emplea un flacucho artefacto, llamado *El Diablo*, para rendir las plazas fuertes. Algo tiene de eso la nueva crinolina.

Francia, emperadora de la moda, como ántes lo era Italia, ha cambiado el jubon, el corpiño, las mangas, los cuellos; pero no ha podido suprimir el bullarengue, y por eso se ha contentado con alterarlo solamente. El capitan Dahlgren está haciendo cañones por el modelo del último figurin; arrojan bala de á 200 ó 300 y bala hueca. El bullarengue las despide rasas y huecas del calibre que necesita el punto flaco por donde ataca.

Volveran pronto les zapatos de palillo, ahora que el invierno ha hecho desechar las botas á la húngara. Las mujeres fuertes que predicaron á favor del gobierno en las últimas elecciones de Connecticut, se pusieron las botas, no porque ganasen la eleccion (las mujeres fuertes siempre ganan en eso como en todo,) sino porque se las pusieron realmente, y nada importó que los demócratas se apretasen los calzones para hacerse respetar de las abolicionistas. Queda pues establecido que de hoy mas las mujeres haran la eleccion, moda cómoda para hombres honestos, quiero decir honrados.

La moda de los hombres será en breve llevar enaguas á estilo de las que usaban los ingleses en el siglo décimosesto. ¿Qué remedio si las mujeres se ponen los calzones? Usaran enaguas y delantal como los que refiere Strutt cuando entre las instrucciones del gran chambelan, que servia al padre de Enrique Octavo, enumera la de "poner á S. M. una casaca larga, unas *enaguas* limpias, su camisa, su *delantal*, sus medias y sus zapatos."

Los hombres se vestiran tambien por la cabeza y se desnudaran (no entro por lo de desvestiran) por los piés, y tendran ayuda de cámara (dígolo sin retruécano) "que les ponga las sus ropas," porque les sucederá lo que á las mujeres de hoy y á las coetáneas de Felipe Stub "que necesitaban mas tiempo para vestirse y mas menesteres que los de una fragata de combate."

Pero la gran quisicosa de la moda actual depende de la carestia del algodon. La semilla del valioso fruto dicen que no prospera regada con sangre, y veinte millones de hombres por una parte y ocho por otra se han propuesto sacar el agua del rio Misisipí para que la sangre que ellos derraman en su mutua degollina, tenga cauce por donde correr sin anegar la tierra y ahogar á los hombres. A la voz de libertad los veinte y de independencia los ocho, estan ambos ejecutando una degollina que si otra mano no lo remedia, dejará los campos algodoneros como quedó el templo de Salomon despues de la visita domiciliaria que le pasó Tito, el hijo de Vespasiano. Dicen que aquel famoso templo estaba colgado de telas de cáñamo finísimo; desgraciadamente desde entonces ó ha escaseado en extremo ó el consumo lo destina á diferente uso, de manera que ya no hay sino el de la soga con que las amazonas de Connecticut han de colgar, como jamon al humo, para que se

cure, al Presidente de la otra banda. . . . . el dia que lo cojan, que no es decir mañana ni el siguiente.

Persia y Egipto, que eran pueblos bárbaros, enviaron á Roma sus zarazas y madapolanes para hacer las *dorias* de los plebeyos, con quienes la capital del mundo conquistó á sus proveedores de telas de algodon.

Persia y Egipto tienen una representacion moderna. ¿La tendrá Roma?

La moda que ha establecido su solio en la capital de las Galias, cuenta vasallos en todo el mundo, ejerce influencia poderosa en todas las artes é industrias, y es tema inagotable para los artículos de fondo del Folletin. Como por alguna parte habia de empezar, he empezado por ella para anunciar que El Porvenir tendrá su Folletin algunas veces y que en él se dirá todo lo que ocurra y algo mas, para entretener á las lectoras que no se curen de política, mercado y precios corrientes.

LAS PASCUAS EN CUBA.

Aquellos eran tiempos, camarada! En la casa de doña Rita estábamos aguardando la noche buena. La sala y el corredor muy alumbrados: en la sala las señoras de un lado, los hombres de otro. Doña Rita y sus amigas "de aquel tiempo" en la testera; las muchachas haciéndose ojos; los jóvenes fumando cigarrillo y pescando miradas. Cármen al piano y á su lado Gerónimo en su indispensable guitarra.

Cuánta alegria inocente! Qué de bromas! Qué vida tan patriarcal!

Dolores estaba entonces en la edad en que la mujer no es ya niña ni deja de serlo. Sus cabellos trenzados y caidos sobre la espalda, los pantalones, el *bullarengue* poco abultado y el traje corto, decian que la mamá no la consideraba todavia bastante grande para tomar cartas en la tertulia. ¡Doña Rita fué

siempre tan severa! Mas unas formas bien contorneadas y la decidida plenitud del busto la denunciaban como la manzana, que llama "de comer" el horticurista y escritor Alfonso Karr, Doña Rita me perdone la cita.

La guitarra acompañada por el piano seguia punteando las mas alegres redondillas que jamas improvisó Gerónimo, y no quedó en la casa títere con gorra, porque á todos nos tocó alguna. A mí esta:

Con malicia relleno
Y ojos traidores
El viejo Nazareno
Mira á Dolores.

Nazareno sirvió de blanco á la disparada risa hasta que otra salida de Gerónimo cambió de punteria contra alguien que no era yo en la tertulia.

Despues de la música lírica siguió la bailada, y mozos y mozas se esforzaron en mostrar su habilidad, ofreciendo bajo variadas formas la siempre deliciosa danza cubana con su jaleo, y su dengue, y sus miradas furtivas, y sus apretones de manos, y sus solapadas sonrisas de correspondencia. El contagio llegó hasta mí, pues con espejuelos y todo no pude perdonar la zandunga de Dolores en mano estraña y robé al pasar un cedazo que en poco decide de mi suerte para toda la vida. Aconsejo á mis amigos que eviten la tentacion de una danza cubana con niñas de pelo trenzado y pantalones guarnecidos de encajes. Casi á punto estuve de abrazar á Dolores y de llevarla aparte para hacerla una declaracion, que doña Rita no habria aceptado por falta de razones mas *sólidas* que las que puede dar un *oficinista* con pretensiones de poeta y cuenta corriente con los sastres. Pero en fin, librómе Dios de la tentacion, y una mirada de doña Rita devolvió el aplomo á mis alterados nervios.

Siguió la danza y con ella la algazara y el regocijo—uno de esos regocijos que no se conocen sino en los climas que el rubio Febo acaricia como habria deseado yo entonces acariciar á Dolores, quiero decir de veras y cual honradamente cumple á un hombre de bien. Uno de esos regocijos, ¡ay! (los suspiros me ahogan de solo recordarlos) regocijos que se llaman "una jaranita de confianza."

Gerónimo se esplicaba en un *sfogatto* merengue con la hermana Cármen, que lo entendia peregrinamente; y en su abandono parecian estar solos en la sala, porque la niña desmade-

jada en los brazos del doncel se dejaba morir y se dejaba querer. Pues si me parece que acabaron por besarse cuando terminó la danza y él la condujo hasta su asiento en un rincon! Perdóneme Dios si los calumnio; pero mi palabra, que jamas se lo dije á nadie hasta ahora que ya son casados y han cumplido con todos los sacramentos, incluso el del bautismo de una Carmencita de que Dolores y yo somos padrinos.

Como iba diciendo, la fiesta era de lo mas agradable que se conoce en el pais del azúcar quebrado. Todos añadiamos un contingente nada escaso á la alegria general, y de broma en broma y de danza en danza enviamos la noche buena á los fastos de la historia, con tales dibujos y tales ilustraciones que no se presentará edicion igual en todas las obras de aquel año. Gerónimo y yo, sobre todo, quedamos satisfechos; el se casó con Cármen, á consecuencia de aquella noche, y yo me enamoré de Dolores, que por mas señas no se casó conmigo sino con un capitan de artilleria. Las mujeres son incorregibles en tratándose de militares, y mas si gastan cañones! La gloria las deslumbra. Pero ..... volvamos á la fiesta.

En un rincon de la sala estaba sentada doña Rita, conversando con su amiga y vecina la madre de Gerónimo, sobre las cosas de *aquel* tiempo, y mas hácia el medio del estrado un par de tias, que censuraban á mas y mejor, ó *cortaban sayos* al prójimo, segun decia Cármen cuando las tias murmuraron que ella y Gerónimo se habian besado. Otras mamás y otras tias se hallaban repartidas por aquí y por allá como centinelas de campo fronterizo á los rebeldes para dominar la escena con ojeadas que turban á las muchachas. De cuando en cuando alguna vestidora de santos llamaba á su sobrina y con malos modos la decia:

—Niña, componte ese traje! ¿no ves que la sisa te se está bajando?

—Niña, no te dejes apretar la mano por los hombres.

—Pero, tiita, ¿qué hago?

—Sacúdesela duro, ¡bribones!

—Entonces es peor, aprietan mas.

—Pues ríñelos para que te respeten.

—Pero tia, ¿y eso que tiene de malo?

—¡Jesus, Maria y José! esclamaba la tia. ¿¡En qué tiempos estamos!?

El diálogo pasaba *sotto voce*, mientras la tia doña Escolástica le prendia á Narcisa, con alfileres, una farfalá que en el ar-

dor de la danza habia tomado forma de bandera. Narcisa apoyada en el brazo de un buen mozo, se sonreia con malicia por cuenta de la envejecida doncella y olia el ramillete que su pareja le acercaba con galanteria.

Los demas continuaban la danza á toda prisa, como temerosos de que la noche fuese á terminar muy pronto, y

"Qué estrepitosa alegria!
Qué broma! qué algarabia!
¿Quién no estaba divertido?
Solo algun sandio marido
Que bostezaba ó dormia."

Las doce!

—Señores, noche buena!

—Buena noche!

—Qué Dios se la dé muy buena!

—Y á V. lo propio!

—Y que el año que viene tenga V. un buen novio, decia el capitan de artilleria á Dolores.

—Y que ese novio sea yo!—añadió un hombre de espejuelos que no vió cumplido sus deseos.

—Señores, á cenar! nos interrumpió doña Rita.

A tan solemne argumento se aplacaron los celos que me inspiraba el capitan (mala bomba!.....) y pensé cristianamente que mejor era cenar que reñir, con lo que torciendo la direccion de mi *arrancada*, saquéme los guantes y me preparé á devorar un pavo en lugar de un capitan.

Sobre poco mas ó menos conoceran mis lectoras la mesa de doña Rita: en la cabeza el pescado, que generalmente, al revés de otros animales, tiene *cabeza;* en el centro el jamas olvidado guanajo, el *meleagris gallipavo* de Linneo y Buffon (lo digo seriamente) ocupa, repito, el centro de la mesa, como persona principal, dándose codo con codo con un jamon que por lo gordo parecia regidor de abastos, bautizado como de Westfalia, aun cuando en su pícara vida nunca habló aleman el animalito en cuyos cuartos fué conducido miéntras se cebaba. Al guanajo y al jamon acompañaban sin falta una ensalada bien salada y aceitada y un arroz con pollo, digno de la mesa de un Lúculo ú otro comilon famoso. Otros platos menudos con rellenos y demas perfiles de cocina estaban como comparsa de ópera para llenar los espacios en que no entraban los principales actores. El vino con abundancia, el vino que Gerónimo cantaba al compás del piano de Cármen:

Que de ese vinillo nuevo
Sírveme un poco
Pues de ese vinillo bebo
Que vuelve ,loco !

Dejemos en paz los cumplidos y los bríndis! ¡Dejemos para siempre en paz los bríndis en verso, que me indigestaron la cena! La alegria del baile redobló en la mesa, y las libaciones dieron nuevo ímpetu á la alegria del baile.

Amaneció. Mas importuno sol jamas sacó por entre cortinas la cara soñolienta; ni mas imprecaciones nunca le dieron la mala venida. Por mi parte aseguro que todavia recuerdo la sonrisa postrimera con que Dolores levantando el índice á la altura de mis narices, me dijo ¡adios! añadiendo en sus adentros, " para no volver mas."

Un año despues salió de la escuela para casarse, y su belleza y el ingenio de Buena Vista sentaron plaza en la bateria volante N°..... Ni quiero recordarlo.

Otro y otros años han pasado y todavia me acuerdo con entrañable cariño de aquella noche buena. No volverá nunca, nunca..... á menos que yo volviese á buscarla en la casa de doña Rita.

No será este año, porque está nevando y temo que todavia Dolores no esté viuda.

El que suscribe ofrece sus servicios en esta ciudad como comisionista al comercio español para comprar máquinas, instrumentos de agricultura, artículos de daguerreotipo, libros, joyas, ropa, lienzos, muebles, sillas de montar y artículos de talabarteria, baules, carruajes, medicinas, perfumeria, ferreteria, &c.

Descuenta pagarés y libranzas y recauda todo clase de créditos.

Presta y coloca dinero á premio.

Remite á su destino por las vias mas rápidas de comunicacion, los efectos que se le confien.

Se encarga de almacenajes, carga y descarga, diligencias de aduana, aseguro, portes y cuanto concierne á la importacion y exportacion de toda clase.

Se ocupa de interpretar, traducir y copiar, buscar alojamientos, &c.

Recibe suscripciones á obras, periódicos, y otras publicaciones, inserta anuncios en diferentes idiomas, y se encarga de toda publicacion y asunto de imprenta, ó litografia.

Como corredor tiene tanto conocimiento del mercado que los mismos comisionistas españoles le ocupan en sus compras.

Cumplirá con los pedidos que se le hagan sin atender á su pequeñez ó magnitud.

Contestará á las preguntas que se le hagan por carta sobre artículos, calidades, tamaños y precios si se incluyen en la carta 4 reales de sellos de correo.

Su oficina está en el centro de todas las lineas de vapores que hacen viajes y tomará los pasajes para las personas que se lo exijan.

PUBLICA LAS OBRAS SIGUIENTES.

Las cosas de Nueva York, por Nazareno, ...	$2 00
El harpa del desterrado, por Santacilia, ...	1 50
Las poesias de Plácido, ...	2 00
" " " Heredia, ...	1 50
La Guia de los Estados Unidos, ...	1 50
Las obras de Saco, ...	4 00

J. DURAND,

24 y 26½ Broadway, New York.

Form L9–20m-7,'61(C1437s4)444

GUFO
LIBRERIA
ANTICUARIA
TUCUMAN 9
BUENOS AIR

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 001 239 255 1

E
166
C14c

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
305 De Neve Drive - Parking Lot 17 • Box 951388
LOS ANGELES, CALIFORNIA 90095-1388
Return this material to the library from which it was borrowed.

OCT 1 1 2004

Form

GUFO
LIBRERIA
ANTICUARIA
TUCUMAN 9
BUENOS AIR

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 001 239 255 1

E
166
C14c

Ur